

HISTORIA DEL FUTURO I



Robert A. Heinlein

Libros Tauro



www.LibrosTauro.com.ar

Para GINNY

ÍNDICE

La línea de la vida

Las carreteras deben rodar

Ocurren explosiones

El hombre que vendió la Luna

FECHAS	HISTORIAS	PERSONAJES	DATOS
	La línea de la vida	Pinero	
	Las carreteras deben rodar Ocurren explosiones	Martin Douglas Gaines Blekinsop	
	El hombre que vendió la Luna	Harper Erickson King Lentz Harriman McIntyre Cummings	
	Dalila y el montador del espacio Jockey del espacio Réquiem La larga guardia Caballeros, permanezcan sentados Los negros pozos de la Luna Es grande estar de vuelta «...también paseamos perros» Rayo de luz	Wingate Sam Jones Talego Rhyssling Nehemiah Scudder	Pantallas solares de energía Douglas-Martin Carreteras mecanizadas Viaje comercial en cohete Helicópteros Viaje interplanetario
2000	Prueba en el espacio Las verdes colinas de la Tierra		
	Lógica del imperio La amenaza de la Tierra	Novak John Lyle Zeb Jones Maestro Peter Magdalene Lazarus Long	
	«Si esto continúa...»	MacKinnon Fader Randall Perséфона El «Doctor»	Carreteras mecanizadas Viaje comercial en cohete Helicópteros Viaje interplanetario Desarrollo en psicometría y psicodinámica
2100	Coventry	Libby McCoy Rhodes Doyle	
	Inadaptado	Ford	Vuelta de los viajes interplanetarios Desarrollo de la mecánica submolar, cont. atómico de radiactivos artificiales, uranio 235 Uso limitado de la telepatía Ingeniería submolar estática (paraestática)
	Universo (sólo el prólogo)		
	Los hijos de Matusalén		
	Universo		
	Sentido común		

LA LÍNEA DE LA VIDA

El presidente golpeó fuertemente la mesa llamando al orden. Gradualmente, los silbidos y abucheos fueron cesando, mientras varios oficiales de orden espontáneos persuadían a algunos acalorados individuos de que se sentaran de nuevo. El orador en la tribuna al lado del presidente parecía no darse cuenta del tumulto. Su fofa y algo insolente rostro estaba impasible. El presidente se giró hacia él y le dirigió la palabra, con una voz en la cual no se disimulaban la ira y el disgusto.

- Doctor Pinero - recalcó ligeramente la palabra «doctor» -, debo disculparme por el inesperado alboroto producido por sus observaciones. Estoy sorprendido de que mis colegas hayan olvidado la dignidad propia de los hombres de ciencia hasta el punto de interrumpir a un orador, a pesar - hizo una pausa y apretó fuertemente la boca - a pesar de lo grande que haya sido la provocación. - Pinero se rió en su cara, una sonrisa que era en cierto modo un abierto insulto. El presidente controló con visible esfuerzo su indignación y prosiguió -: Estoy ansioso de que el programa finalice honestamente y en orden. Deseo que termine usted sus observaciones. Sin embargo, debo pedirle que intente no insultar nuestras inteligencias con ideas que cualquier hombre educado sabe que son erróneas. Por favor, límitese a hablarnos de su descubrimiento... si es que ha descubierto usted algo.

Pinero extendió sus gordezuelas y blancas manos, con las palmas hacia abajo.

- ¿Cómo puedo poner una idea nueva en las cabezas de ustedes, si primero no quito de ahí sus falsos conceptos?

La audiencia se agitó y murmuró. Alguien gritó desde el fondo de la sala:

- ¡Echen de ahí a ese charlatán! ¡Ya hemos oído bastante!

El presidente levantó su maza.

- ¡Señores! ¡Por favor! - Y luego, dirigiéndose a Pinero -: ¿Debo recordarle que no es usted miembro de esta corporación, y que nosotros no le invitamos?

Pinero frunció las cejas.

- ¿De veras? Creo recordar una invitación con el membrete de la Academia.

El presidente se mordió el labio inferior antes de responder.

- Cierto. Yo mismo escribí esa invitación. Pero fue a petición de uno de los miembros del directorio... un caballero muy educado y sociable, pero no un científico, no un miembro de la Academia.

Pinero exhibió su irritante sonrisa.

- ¿De veras? Debería haberlo supuesto. ¿Acaso fue el viejo Bidwell, el de la Unión de Seguros de Vida? ¿Tal vez esperaba que sus adiestradas focas demostraran que soy un fraude? Porque si yo puedo decirle a un hombre la fecha de su muerte, nadie va a comprar sus preciosas pólizas de seguro de vida. ¿Pero cómo pueden demostrar que soy un fraude, si primero no me escuchan? ¿Aun suponiendo que tengan la suficiente inteligencia como para comprenderme? ¡Bah! Han enviado chacales para vencer a un león. - Les volvió deliberadamente la espalda. Los murmullos de la concurrencia crecieron y adquirieron un tono amenazador. El presidente gritó en vano pidiendo orden. Alguien de la primera fila se levantó.

- ¡Señor presidente!

El presidente aprovechó la circunstancia y gritó:

- ¡Señores! El doctor Van Rheinsmitt tiene la palabra. - La agitación cedió.

El doctor carraspeó, se apartó un mechón de su hermoso pelo blanco y se metió una mano en el bolsillo de sus elegantes pantalones hechos a la medida. Asumió los modales de su club femenino.

- Señor presidente, compañeros miembros de la Academia de Ciencias, seamos tolerantes. Incluso un asesino tiene derecho a hablar antes de que la justicia le exija su

tributo. ¿Vamos a ser nosotros menos? ¿Aunque todos estemos intelectualmente seguros del veredicto? Me gustaría garantizarle al doctor Pinero las mismas consideraciones que habitualmente dispensamos en esta augusta corporación a cualquier colega no afiliado a ella, incluso en el caso - hizo una ligera inclinación en dirección a Pinero - de que no nos sea familiar la universidad donde obtuvo su graduación. Si lo que tiene que decirnos es falso, no va a perjudicarnos. Y si lo que tiene que decir es cierto, deberíamos conocerlo. - Su suave y cultivada voz fluía suavemente, tranquila y apaciguadora -. Si los modales del eminente doctor nos parecen algo rústicos a nuestros paladares, debemos tener en cuenta que el doctor tal vez proceda de un lugar, o de un estado social, no tan meticuloso en estos detalles. Nuestro buen amigo y benefactor nos ha pedido que escuchemos a esta persona y que sopesemos cuidadosamente los méritos de sus afirmaciones. Les pido que lo hagamos con dignidad y decoro.

Se sentó entre un estruendo de aplausos, consciente de que había reforzado su reputación de líder intelectual. Al día siguiente los periódicos mencionarían de nuevo el buen sentido y la persuasiva personalidad del «Presidente de Universidad Más Apuesto de América». ¿Quién sabe? Quizá el viejo Bidwell terminara concediendo aquella donación para la piscina.

Cuando cesaron los aplausos, el presidente se giró hacia el lugar donde estaba sentado el foco de la perturbación, con las manos cruzadas sobre su pequeña y oronda barriga y el rostro sereno.

- ¿Desea continuar, doctor Pinero?

- ¿Por qué debería hacerlo?

El presidente se alzó de hombros.

- Vino aquí para esto.

Pinero se levantó.

- Exacto. Exactísimo. Pero, ¿fui inteligente al venir? ¿Hay aquí alguien que tenga una mente abierta, que pueda enfrentarse cara a cara con un hecho desnudo sin enrojecer? Creo que no. Incluso ese apuesto caballero que acaba de pedirles que me escuchen ya me ha juzgado y condenado. Él busca el orden, no la verdad. Supongamos que la verdad desafía al orden; ¿la aceptará? ¿Lo harán ustedes? Creo que no. Pero por otro lado, si no hablo, ustedes obtendrán su victoria por omisión. El hombrecillo de la calle pensará que ustedes, hombrecillos, me han desenmascarado a mí, a Pinero, como a un embaucador, un farsante. Esto no va con mis planes. Así que hablaré.

«Repetiré mi descubrimiento. En lenguaje sencillo, he inventado una técnica para predecir cuan larga será la vida de un hombre. Puedo anunciarles por anticipado la llegada del Ángel de la Muerte. Puedo decirles cuándo el Camello Negro se arrodillará ante su puerta. En cinco minutos, con mi aparato, puedo decirles a cada uno de ustedes cuántos granos de arena quedan aún en su reloj. - Hizo una pausa y cruzó los brazos sobre su pecho. Por un momento nadie habló. La audiencia empezó a inquietarse. Finalmente, el presidente intervino.

- ¿Ha terminado, doctor Pinero?

- ¿Qué más puedo decir aquí?

- No nos ha dicho cómo funciona su descubrimiento.

Pinero alzó las cejas.

- Está sugiriendo usted que exponga aquí los frutos de mi trabajo para que los niños jueguen con ellos. Es un conocimiento muy peligroso, amigo mío. Lo reservo para el hombre que sepa entenderlo, es decir, yo mismo - se golpeó el pecho.

- ¿Cómo podemos saber que hay realmente algo detrás de sus infundadas afirmaciones?

- Muy sencillo. Envíen a una comisión para observar mis demostraciones. Si funcionan, excelente. Ustedes las admiten y se lo comunican al mundo. Si no funcionan, yo quedo

desacreditado y pido disculpas. También yo, Pinero, soy capaz de pedir disculpas.

Un hombre delgado y cargado de espaldas se levantó en el fondo de la sala. El presidente lo reconoció y le dio la palabra:

- Señor presidente, ¿cómo puede el eminente doctor proponer seriamente una tal prueba? ¿Acaso espera que aguardemos algo así como unos veinte o treinta años hasta que muera alguien y pruebe sus afirmaciones?

Pinero ignoró la presidencia y respondió directamente:

- ¡Puf! ¡Qué estupidez! ¿Es usted tan ignorante de las estadísticas que no sabe que en un grupo lo suficientemente numeroso hay al menos alguien que va a morir en un futuro muy inmediato? Le hago una proposición; déjeme probar con cada uno de ustedes, los que están reunidos en esta sala, y nombraré al hombre que morirá antes de quince días, sí, y el día y la hora de su muerte. - Miró desafiante a toda la sala -. ¿Aceptan?

Otra persona se puso en pie, un hombre corpulento que hablaba midiendo las sílabas.

- Yo, por mi parte, no puedo apoyar tal experimento. Como médico, he observado con dolor los claros indicios de profundos desarreglos cardíacos en algunos de nuestros colegas más ancianos. Si el doctor Pinero conoce esos síntomas, como es probable, y selecciona como víctima a uno de ellos, el hombre seleccionado tendrá muchas posibilidades de fallecer en el plazo previsto, tanto si el maravilloso aparato de nuestro distinguido orador funciona como si no.

Otro asistente se puso inmediatamente de su lado.

- El doctor Shepard tiene razón. ¿Por qué tenemos que perder tiempo con trucos de vudú? Creo que esa persona que se llama a sí mismo doctor Pinero desea utilizar esta corporación para dar autoridad a sus afirmaciones. Si participamos en esta farsa, seguiremos su juego. Ignoro en qué consiste su fraude, pero puedo suponer que ha ideado alguna forma de utilizarnos como propaganda para sus planes. Señor presidente, ruego que procedamos de la forma acostumbrada.

La moción fue aceptada por aclamación, pero Pinero no se sentó. Entre gritos de «¡Orden! ¡Orden!», agitó su descuidada cabeza hacia ellos y dijo:

- ¡Bárbaros! ¡Imbéciles! ¡Estúpidos bobalicones! Vosotros sois quienes habéis bloqueado el reconocimiento de todos los grandes descubrimientos desde el principio de los tiempos. Una gentuza ignorante como vosotros haría removerse a Galileo en su tumba. Ese estúpido gordo de ahí abajo que se está hurgando los dientes se llama a sí mismo médico. ¡Curandero sería un término más adecuado! Ese personajillo calvo que está ahí... ¡sí, usted! Se considera un filósofo, y cacarea acerca de la vida y del tiempo sin ton ni son. ¿Qué sabe usted de ambos? ¿Cómo podrá nunca aprender si se niega a examinar la verdad cuando le es presentada en bandeja? ¡Bah! - escupió al estrado -. Lllaman a esto una Academia de Ciencias. Yo le llamo una convención de sepultureros, interesados tan sólo en embalsamar las ideas de sus valientes predecesores.

Hizo una pausa para tomar aliento, y fue agarrado por ambos lados por dos miembros de la presidencia y echado fuera del estrado. Varios periodistas se pusieron apresuradamente en pie de sus lugares en la mesa de la prensa y fueron a su encuentro. El presidente decretó un aplazamiento.

Los periodistas lo alcanzaron cuando salía por la puerta del escenario. Andaba con paso ligero y despreocupado, silbando una cancioncilla. No había en él el menor rastro de la beligerancia que había exhibido hacía un instante. Lo rodearon.

- ¿Nos concede una entrevista, doc?

- ¿Qué opina usted de la Educación Moderna?

- Los ha apabullado, doc. ¿Cuál es su opinión sobre la Vida después de la Muerte?

- Quítese el sombrero, doc, y mire al pajarito.

Pinero sonrió.

- Uno a uno, muchachos, y no tan aprisa. Yo también he sido periodista. ¿Qué tal si vienen a mi casa y hablamos de todo esto?

Unos pocos minutos más tarde estaban intentando hallar algún lugar libre para sentarse en el desordenado estudio - dormitorio de Pinero, mientras encendían sus cigarrillos. Pinero miró radiante a su alrededor.

- ¿Qué prefieren, muchachos? ¿Escocés o bourbon?

Una vez resuelto el problema, volvió al asunto que interesaba.

- Bueno, muchachos, ¿qué es lo que quieren saber?

- Díganoslo con franqueza, doc. ¿Ha descubierto usted algo, o no?

- Muchacho, claro que he descubierto algo.

- Entonces, díganos cómo funciona. Con lo que les ha dicho a los sesudos de ahí no va a ir a ninguna parte.

- Por favor, mi querido amigo. Es mi invento. Espero sacarle algo de dinero. ¿Quiere usted que se lo revele todo a la primera persona que me lo pregunte?

- Mire, doctor, tiene que decirnos algo si espera que saquemos alguna cosa en los periódicos de mañana. ¿Qué es lo que utiliza usted? ¿Una bola de cristal?

- No, nada de eso. ¿Les gustaría ver mi aparato?

- Por supuesto. Al menos ya tendremos algo.

Los llevó hasta la habitación contigua, y extendió la mano.

- Aquí está, muchachos. - El conjunto del equipo que apareció ante sus ojos se parecía vagamente a los aparatos de rayos X que utilizan los médicos en sus consultorios. Más allá del hecho evidente de que funcionaba con electricidad, y que algunos de los diales estaban calibrados en términos familiares, una primera inspección no dejaba entrever cuál era su uso.

- ¿Bajo qué principio funciona, doc?

Pinero frunció los labios y se quedó pensativo.

- Imagino que todos ustedes estarán familiarizados con el axioma de que la vida es eléctrica por naturaleza. Bien, pues ese axioma no vale un pimiento, pero nos ayudará a proporcionarles una idea del principio. Ustedes han oído decir también que el tiempo es una cuarta dimensión. Quizá lo crean, quizá no. Es algo que se ha dicho tantas veces que ha dejado de tener significado. Es un simple cliché que emplean los charlatanes para impresionar a los tontos. Pero ahora deseo que intenten visualizarlo y sentirlo de una forma emocional.

Avanzó hacia uno de los reporteros.

- Supongamos que lo tomamos a usted como ejemplo. Se llama Rogers, ¿verdad? Muy bien, Rogers, usted es un fenómeno espaciotemporal cuya duración se extiende a través de cuatro dimensiones. No llega usted a un metro ochenta de altura, tiene usted unos cuarenta y cinco centímetros de ancho y quizá veinte de grueso. En el tiempo, hay tras de usted una cierta cantidad de este fenómeno espaciotemporal que se prolonga quizá hasta 1916, y del cual vemos una sección transversal que forma un ángulo recto con el eje del tiempo, del grosor del presente. En su extremo más alejado hay un bebé, oliendo a leche agria y echándose encima el desayuno de su biberón. En el otro extremo yace, quizás, un hombre viejo en algún lugar de los años ochenta. Imaginemos este fenómeno espaciotemporal al que llamamos Rogers como un largo gusano rosado, continuo a través de los años, con un extremo en el seno de su madre y el otro en la tumba. Se extiende aquí junto a nosotros, y la sección transversal que podemos ver se nos aparece como un cuerpo normal y corriente. Pero esto es una ilusión. En este gusano rosado hay una continuidad física, que permanece a través de los años. En realidad esta continuidad física es un concepto común a toda la raza, ya que esos gusanos rosados surgen de otros gusanos rosados. De este modo la raza es como una enredadera cuyas ramas se entrelazan y dan nacimiento a otros vástagos. Tan sólo efectuando una sección

transversal de esta enredadera podríamos caer en el error de creer que los vástagos son individuos independientes.

Hizo una pausa y miró a los rostros reunidos a su alrededor. Uno de ellos, un tipo recio y hosco, intervino:

- Todo esto es muy hermoso, Pinero, si es cierto, pero ¿adonde quiere ir a parar?

Pinero le dedicó una sonrisa totalmente exenta de todo resentimiento.

- Paciencia, amigo mío. Les pedí que pensaran en la vida como en algo eléctrico. Ahora piensen en nuestro largo gusano rosado como en un conductor de electricidad. Habrán oído, quizá, que los ingenieros eléctricos pueden, a través de ciertas mediciones, predecir la exacta localización de una ruptura en un cable transatlántico sin necesidad de abandonar la tierra firme. Yo hago lo mismo con nuestros gusanos rosados. Aplicando mis instrumentos a la sección transversal presente en esta habitación, puedo decir cuándo se produce la ruptura, es decir, cuándo ocurre la muerte. O, si lo prefieren, puedo invertir las conexiones y decirles la fecha de su nacimiento. Pero esto último no tiene el menor interés: todos ustedes la conocen.

El individuo hosco se echó a reír.

- Le he pillado, doctor. Si lo que ha dicho usted de la raza como una enredadera de gusanos rosados es cierto, no puede usted señalar las fechas de los nacimientos debido a que la conexión con la raza es continua en el momento del nacimiento. Su conductor eléctrico se extiende ininterrumpidamente hacia atrás, a través de la madre, hasta los más remotos antepasados del individuo.

Pinero estaba radiante.

- Cierto, y muy agudo, amigo mío. Pero usted ha llevado la analogía demasiado lejos. Esto no funciona exactamente del mismo modo a como se mide la longitud de un conductor eléctrico. De algún modo es más bien como medir la longitud de un largo corredor haciendo rebotar un eco desde su extremo más alejado. El nacimiento aquí es como un recodo en el corredor, y, con las mediciones adecuadas, puedo detectar el eco de este recodo. Sólo hay un caso en el que no puedo precisar la lectura; cuando una mujer está embarazada, no puedo diferenciar su línea de la vida de la del niño aún no nacido.

- Veamos si puede demostrarlo.

- Por supuesto, mi querido amigo. ¿Quiere ser usted el sujeto de la prueba?

Uno de los presentes se echó a reír.

- Has metido la pata, Luke. Acepta o cállate.

- Acepto. ¿Qué es lo que debo hacer?

- Escriba primero la fecha de su nacimiento en un trozo de papel, y entrégueselo a alguno de sus colegas.

Luke hizo lo solicitado.

- ¿Y ahora qué?

- Quítese la ropa menos la interior y súbase a esta báscula. Ahora dígame, ¿ha estado alguna vez mucho más delgado, o mucho más gordo, de lo que está ahora? ¿No? ¿Cuánto pesó al nacer? ¿Cuatro kilos y medio? Un hermoso bebé. Ahora ya no nacen tan grandes.

- ¿Qué significa toda esta palabrería?

- Estoy intentando aproximarme a la sección transversal media de nuestro largo gusano rosado conductor, mi querido Luke. Ahora siéntese aquí. Luego colóquese este electrodo en la boca. No, no le hará daño; el voltaje es muy bajo, menos de un microvoltio, pero necesito establecer una buena conexión. - El doctor lo dejó y se dirigió a la parte trasera de su aparato, donde metió la cabeza en una especie de amplia caperuza antes de tocar sus controles. Algunos de los diales que estaban a la vista cobraron vida, y un suave zumbido surgió de la máquina. Luego cesó, y el doctor emergió de su pequeño escondrijo.

- Me ha dado un día de febrero del 1912. ¿Quién tiene el papel con la fecha?

Apareció, y lo desdoblaron. El que lo custodiaba leyó:

- 22 de febrero de 1912.

El silencio que siguió fue roto por una voz a un lado del pequeño grupo.

- Doc, ¿puedo tomar otra copa?

La tensión se relajó, y empezaron a hablar todos a la vez.

- Pruébelo conmigo, doc.

- Yo primero, doc. Soy huérfano, y la realidad es que me gustaría saberlo.

- Díganos como lo ha hecho, doc. Ande, cuéntenos algo.

Pinero accedió sonriente, metiéndose y saliendo de la caperuza como un conejo de su madriguera. Cuando todos ellos tuvieron el pedazo de papel que demostraba la habilidad del doctor, Luke rompió un largo silencio:

- ¿Qué tal si nos demuestra cómo predice la muerte, Pinero?

- Si ustedes quieren. ¿Quién desea probarlo?

Nadie respondió. Algunos codearon a Luke.

- Adelante, chico listo. Tú lo pediste.

Luke dejó que lo sentaran de nuevo en la silla. Pinero giró algunos de los conmutadores, luego se metió en la caperuza. Cuando se detuvo el zumbido, salió, frotándose enérgicamente las manos.

- Bueno, eso es todo, muchachos. ¿Tienen bastante para sus artículos?

- Hey, ¿y qué ocurre con la predicción? ¿Cuándo la palmará Luke?

Luke se puso frente a él.

- Sí, ¿cuándo? ¿Cuál es su respuesta?

Pinero parecía apenado.

- Señores, me sorprenden. Esta información no es gratuita. Además, es un secreto profesional. No puedo comunicársela a nadie excepto al propio valiente que me consulta.

- No me importa. Adelante, dígaselo.

- Lo siento realmente. Tendría que negarme, de veras. Acepté tan sólo a mostrarles cómo funcionaba, no a darles los resultados.

Luke tiró al suelo la colilla de su cigarrillo.

- Es un timo, muchachos. Seguramente se enteró de la edad de todos los periodistas de la ciudad tan sólo para asombrarnos. Se le ha visto el truco, Pinero.

Pinero se lo quedó mirando tristemente.

- ¿Es usted casado, amigo?

- No.

- ¿No hay nadie que dependa de usted? ¿Ningún pariente próximo?

- No. ¿Por qué, piensa usted adoptarme?

Pinero agitó tristemente la cabeza.

- Lo siento por usted, querido Luke. Morirá antes de mañana.

REUNIÓN CIENTÍFICA QUE TERMINA EN TUMULTO.

LOS SABIOS ATACAN LAS AFIRMACIONES DE UN VIDENTE.

LA MUERTE PISA LOS TALONES AL RELOJ.

UN PERIODISTA MUERE TRAS LA PREDICCIÓN DEL DOCTOR.

«FRAUDE», AFIRMA UNA PERSONALIDAD CIENTÍFICA.

«... a los veinte minutos de la extraña predicción de Pinero, Timons sufrió un colapso cuando caminaba Broadway abajo, en dirección a las oficinas del Daily Herald, donde estaba empleado.

»El doctor Pinero declinó hacer ningún comentario, pero confirmó la historia de que había predicho la muerte de Timons por medio de lo que él llamó su cronovítmetro. El Jefe de la Policía, Roy...»

¿Le preocupa el futuro?

No gaste su dinero en adivinos.

Consulte al doctor Hugo Pinero,
bioconsultante que le ayudará a planear su futuro
a través de métodos científicos infalibles.

Nada de trucos.

Nada de mensajes espiritistas.

Han sido depositados 10.000 dólares como fianza
para responder de la veracidad
de nuestras predicciones.

Se enviará folleto a quien lo solicite.

LAS ARENAS DEL TIEMPO, Inc.

Edif. Majestic, suite 700

Aviso LEGAL

A quien puede interesar: yo, John Cabot Winthrop III, de la firma Winthrop, Winthrop, Ditmars & Winthrop, Abogados, afirmo que Hugo Pinero, de esta ciudad, me entregó diez mil dólares en moneda de curso legal en los Estados Unidos, dándome las instrucciones necesarias para que los guarde en depósito en la caja fuerte de un banco de mi elección, bajo las siguientes condiciones:

La totalidad de dicha suma constituye una fianza, y en consecuencia será pagada al primer cliente de Hugo Pinero o Las Arenas del Tiempo, Inc. cuya vida exceda el tiempo predicho por Hugo Pinero en un uno por ciento, o a los herederos del primer cliente que no alcance el tiempo predicho, sea lo que sea lo que ocurra en primer lugar.

Hago constar que en este día deposito dicha fianza junto con las antedichas instrucciones en el Equitable First National Bank de esta ciudad.

Firmado y rubricado,

John Cabot Winthrop III

Por reconocimiento de la firma que antecede, a 2 de abril de 1951,

Albert M. Swanson,

Notario Público de este distrito y estado.

Mi comisión expira el 17 de junio de 1951.

«¡Buenas noches, señoras y señores radioyentes, dejemos paso a la prensa! Un avance de última hora. Hugo Pinero, el Hombre Milagro Venido de Ninguna Parte, ha hecho su predicción de muerte número mil sin que hasta ahora haya aparecido ningún reclamante de la fianza que depositó para entregar al primero que pueda demostrar que se ha equivocado. Tras el fallecimiento de trece de sus clientes, se da ya por matemáticamente seguro que está en comunicación por línea privada con la oficina principal del Viejo de la Guadaña. He aquí una noticia que yo nunca querré saber antes de que ocurra. Su corresponsal de costa a costa no va a hacerse cliente del Profeta Pinero...»

La aguda voz de barítono del juez resonó en el viciado aire del tribunal.

- Por favor, señor Weems, volvamos a nuestro asunto. Este tribunal accedió a su solicitud de una restricción temporal de las actividades del encartado, y ahora pide usted que esta restricción se convierta en permanente. En refutación, el señor Pinero alega que su causa carece de fundamento y pide que sea levantado el interdicto, y que yo ordene a su cliente que deje de intentar interferir con lo que Pinero describe como un simple

negocio legal. Puesto que no se está dirigiendo usted a un jurado, le ruego que omita la retórica y me diga en lenguaje sencillo por qué no puedo acceder a esa petición.

El señor Weems agitó nerviosamente un músculo de su mandíbula, haciendo agitarse su flácida papada gris sobre su alto cuello duro, y resumió:

- Con la venia del honorable tribunal, yo represento al público...

- Un momento. Creí que representaba usted a la Unión de Seguros de Vida.

- Así es, su señoría, hasta un cierto punto. En un sentido más amplio represento a algunas otras de las más importantes compañías de seguros, instituciones fiduciarias y financieras, y a sus accionistas y asegurados, que constituyen la mayoría de los ciudadanos de este país. Además, creemos proteger los intereses de la población en general; desorganizada, inarticulada, y por ello desprotegida.

- Imaginaba que era yo quien representaba al público - observó secamente el juez -. Me temo que voy a tener que considerarle únicamente como representante de su cliente. Pero continúe: ¿cuál es su tesis?

El viejo abogado hizo un esfuerzo por engullir su nuez de Adán y empezó de nuevo:

- Señoría, afirmamos que existen dos razones distintas para que este interdicto se convierta en permanente y, además, que cada una de estas dos razones es suficiente por sí misma. En primer lugar, esta persona se dedica a la práctica de la adivinación, una ocupación proscrita tanto por el derecho común como por el consuetudinario. Es un vulgar decidor de buenaventura, un charlatán vagabundo que se aprovecha de la credulidad del público. Es más listo que los habituales gitanos que leen la palma de la mano, los astrólogos o los vulgares echadores de cartas, pero por ello mismo resulta mucho más peligroso. Pretende rodearse de modernos métodos científicos para dar una falsa dignidad a su taumaturgia. Tenemos aquí en este tribunal eminentes representantes de la Academia de Ciencias que están dispuestos a testificar acerca de lo absurdo de sus pretensiones.

»En segundo lugar, aun en el caso de que lo que afirma esta persona sea cierto, y aceptando tal absurdo tan sólo para el desarrollo de mi argumentación - el señor Weems se permitió que una débil sonrisa aflorara a sus delgados labios -, afirmamos que sus actividades son contrarias al interés público en general, y atentan ilegalmente contra los intereses de mi cliente en particular. Estamos preparados para presentar numerosos documentos, con sus pruebas correspondientes, que demuestran que esta persona publicó, o hizo publicar, manifestaciones animando a la gente a prescindir del inapreciable don de los seguros de vida, con gran detrimento de su bienestar y perjuicio económico de mi cliente.

Pinero se levantó de su asiento.

- Señoría, ¿puedo decir algunas palabras?

- ¿De qué se trata?

- Creo que puedo simplificar la situación si se me permite efectuar un breve análisis.

- Señoría - interrumpió Weems -, esto es altamente irregular.

- Paciencia, señor Weems. Sus intereses serán protegidos. Mi opinión es que necesitamos más luz y menos ruido en este asunto. Si el doctor Pinero puede abreviar los procedimientos con su declaración, me inclino a escucharle. Adelante, doctor Pinero.

- Gracias, Señoría. Tomando para empezar el último punto del señor Weems, estoy dispuesto a declarar que publiqué las manifestaciones a que hace referencia...

- Un momento, doctor. Ha elegido usted actuar como su propio abogado. ¿Está usted seguro de su competencia para proteger sus propios intereses?

- Estoy dispuesto a correr el riesgo, Señoría. Nuestros amigos aquí presentes pueden probar fácilmente lo que he estipulado.

- Muy bien. Puede proseguir.

- Aceptaré que muchas personas han anulado sus pólizas de seguro de vida como resultado de ello, pero les desafío a que me muestren que alguna de las que así han

actuado ha sufrido alguna pérdida o daño por ello. Es cierto que la Unión ha visto decrecer su negocio a raíz de mis actividades, pero esto es un resultado natural de mi descubrimiento, que ha hecho que sus pólizas se conviertan en algo tan en desuso como el arco y las flechas. Si por este motivo se me prohíbe ejercer mis actividades, entonces crearé una fábrica de quinqués, y luego pondré un interdicto contra las compañías Edison y General Electric para que se les prohíba fabricar bombillas de incandescencia.

»Acepto que me dedico al negocio de predecir la muerte, pero niego que esté practicando ningún tipo de magia, blanca, negra o con los colores del arco iris. Si hacer predicciones a través de métodos rigurosamente científicos es ilegal, entonces los actuarios de la Unión son culpables de haber estado prediciendo durante años el porcentaje exacto de muertes que se producirían cada año en un grupo determinado de personas lo suficientemente amplio. Yo predigo la muerte al detalle; la Unión la predice al por mayor. Si sus acciones son legales, ¿cómo pueden ser ilegales las mías?

«Admito que hay una diferencia en saber si puedo hacer lo que pretendo o no; e imagino que los que se proclaman a sí mismos testigos expertos de la Academia de Ciencias testificarán que no puedo. Pero ellos no saben nada de mi método y no pueden por lo tanto dar ningún testimonio válido al respecto...

- Un momento, doctor. Señor Weems, ¿es cierto que sus testigos expertos no están al corriente de la teoría y métodos del doctor Pinero?

El señor Weems parecía contrariado. Tamborileó con los dedos encima de la mesa y respondió:

- ¿Me concede este tribunal unos minutos de interrupción?

- Por supuesto.

El señor Weems celebró una apresurada consulta en voz muy baja con sus acompañantes, luego regresó al estrado.

- Tenemos un nuevo procedimiento que sugerir, Señoría. Si el doctor Pinero acepta explicar aquí la teoría y práctica de lo que él llama su método, entonces estos distinguidos científicos serán capaces de aconsejar al Tribunal acerca de la validez de sus afirmaciones.

El juez miró interrogativamente a Pinero, que respondió:

- No accederé de buen grado a eso. Tanto si mi procedimiento es cierto como si es falso, sería peligroso que cayera en manos de imbéciles y curanderos - hizo un gesto con su mano en dirección al grupo de profesores sentados en primera fila, marcó una pausa y sonrió maliciosamente -... como esos caballeros saben muy bien. Además, no es necesario conocer el proceso para probar si funciona. ¿Es necesario comprender el complejo milagro de la reproducción biológica para observar cómo una gallina pone un huevo? ¿Será necesario que yo reeduque a todo este cuerpo de autonombrados guardianes del saber, curarlos de sus supersticiones innatas, para probar que mis predicciones son correctas? En ciencia sólo hay dos maneras de formarse una opinión. Una es el método científico; la otra, la escolástica. Se puede juzgar a partir de la experimentación, o aceptar ciegamente una autoridad. Para la mente científica, lo más importante es la prueba experimental, y la teoría es tan sólo una conveniencia descriptiva, a desechar cuando ya no nos sirva. Para la mente académica, la autoridad lo es todo, y los hechos son desechados cuando no concuerdan con la teoría dictada por las autoridades.

»Es este punto de vista, las mentalidades académicas aferrándose como ostras a teorías aún no probadas, lo que ha bloqueado todos los avances del conocimiento a lo largo de la historia. Estoy dispuesto a probar mi método experimentalmente y, como Galileo frente a otro tribunal, insisto en decir: "¡Y sin embargo se mueve!"

»En otra ocasión ofrecí la misma prueba a la misma corporación de autonombrados expertos, y fue rechazada. Renuevo mi oferta; déjenme medir la duración de la vida de los miembros de la Academia de Ciencias. Y dejemos que ellos nombren un comité para

juzgar los resultados. Depositaré mis predicciones en dos juegos de sobres cerrados; en el exterior de cada sobre de uno de los juegos figurará el nombre de un miembro, y en el interior la fecha de su muerte. En el interior de los sobres del otro juego pondré los nombres, y en el exterior las fechas. Que el comité se haga cargo de todos los sobres, y se reúna periódicamente para abrir los que correspondan. En una corporación con tantos miembros es de esperar que ocurran algunas defunciones, si hay que creer en los actuarios de la Unión, cada una o dos semanas. De este modo se podrán acumular muy rápidamente los datos que prueben si Pinero es un embustero o no.»

Se detuvo, y sacó un diminuto pecho que era casi igual a su diminuta panza. Miró socarronamente a los sabios.

- ¿Y bien?

El juez alzó las cejas y observó la mirada del señor Weems.

- ¿Acepta usted?

- Señoría, creo que esta proposición es muy improcedente...

- Le advierto - cortó bruscamente el juez - que procederé contra usted si se niega a aceptarla o no propone otro método igualmente razonable para alcanzar la verdad.

Weems abrió la boca, cambió de pensamiento, miró de arriba a abajo los rostros de los testigos expertos, y se giró hacia el tribunal.

- Aceptamos, Señoría.

- Muy bien. Arreglen los detalles entre ustedes. Queda levantado el interdicto, y el doctor Pinero no debe ser molestado en el ejercicio de su profesión. Mi decisión acerca de la petición de inhabilitación permanente queda postergada hasta que se reúnan todas las pruebas. Antes de dejar el asunto, desearía comentar la teoría expuesta por usted, señor Weems, cuando dijo que su cliente había resultado perjudicado. Es un sentimiento creciente entre algunos grupos de este país la noción de que cuando un hombre o una compañía han sacado un beneficio del público durante un cierto número de años, el gobierno y los tribunales tienen el deber de salvaguardar esos beneficios en el futuro, incluso frente a circunstancias de cambio y contra el interés público. Esta extraña doctrina no se halla apoyada por la constitución ni por las leyes vigentes. Ni los individuos ni las corporaciones tienen el menor derecho de acudir a los tribunales y exigir que el reloj de la historia sea detenido, o retrasado, en beneficio particular suyo. Eso es todo.

Bidwell gruñó disgustado.

- Weems, si no puede usted pensar en algo mejor que en eso, la Unión va a necesitar muy pronto otro abogado que le sustituya. Hace diez semanas desde que perdimos el interdicto, y esa pequeña babosa está ganando dinero a puñados, mientras las compañías de seguros del país van quebrando una tras otra. Hoskins, ¿cuál es el índice de nuestras pérdidas?

- Es difícil saberlo, señor Bidwell. Las cosas van peor cada día. Hemos cancelado trece pólizas muy importantes esta semana; todas ellas desde que Pinero ha iniciado de nuevo sus operaciones.

Un hombrecillo delgado pidió la palabra.

- Como sabe muy bien, Bidwell, no aceptamos nuevas pólizas para la Unión hasta haber comprobado y estar seguros de que el solicitante no ha consultado antes a Pinero. ¿No podemos esperar hasta que los científicos lo desenmascaren?

- ¡Maldito optimista! - gruñó Bidwell -. No lo van a desenmascarar, Aldrich ¿no puede usted enfrentarse a la realidad? Esa pequeña babosa gorda ha descubierto algo; no sé cómo. Hay que luchar hasta el final. Si esperamos, estamos perdidos. - Arrojó con fuerza su cigarro a la escupidera y mordió salvajemente otro que se sacó del bolsillo -. ¡Vamos, lárguense de aquí, todos ustedes! Haré las cosas a mi manera. Usted también, Aldrich. La United puede esperar, pero nosotros no.

Weems carraspeó aprensivamente.

- Señor Bidwell, confío en que me consultará antes de embarcarse en algún cambio importante en la política de la compañía.

Bidwell gruñó. Los demás fueron marchándose. Cuando todos se hubieron ido y la puerta se cerró tras ellos, Bidwell hizo girar el contacto del intercomunicador.

- Adelante, hágalo pasar.

La puerta se abrió; una apuesta y delgada figura se recortó por unos momentos en el umbral. Sus pequeños ojos oscuros recorrieron rápidamente la habitación antes de entrar, luego se acercó a Bidwell con un paso rápido y suave. Habló con una voz llana y desprovista de emoción. Su rostro permanecía impassible excepto por la vida que se reflejaba en sus ojos de animal.

- ¿Deseaba hablar conmigo?

- Sí.

- ¿Cuál es la proposición?

- Siéntese, y hablaremos.

Pinero recibió a la joven pareja en la puerta de su oficina interior.

- Adelante, amigos, adelante. Siéntense. Como si estuvieran en su casa. Y ahora díganme, ¿qué puede hacer por ustedes Pinero? Seguro que una pareja tan joven como ustedes no estará ansiosa por saber la fecha de su partida de este valle de lágrimas.

El rostro juvenil y honesto del muchacho mostraba una ligera confusión.

- Bueno, veré, doctor Pinero. Me llamo Ed Hartley, y ésta es mi esposa, Betty. Estamos esperando... es decir, Betty está esperando un niño y, bueno...

Pinero sonrió bonachonamente.

- Entiendo. Quieren saber cuánto tiempo van a vivir para arreglar las cosas del mejor modo posible para el niño. Muy juicioso. ¿Desean una predicción para ambos, o sólo para usted?

- Pensamos que para ambos - respondió la chica.

Pinero la miró radiante.

- Estupendo. De acuerdo. Su predicción presentará algunas dificultades técnicas por su estado, pero puedo proporcionarle ahora alguna información, y el resto más tarde, cuando el bebé haya nacido. Pasen ahora a mi laboratorio, queridos, y empezaremos. - Redactó sus fichas clínicas, luego los introdujo a su gabinete -. La señora Hartley primero, por favor. Si quiere situarse tras esa cortina y quitarse el vestido y los zapatos. Recuerde que soy un hombre viejo, y que me consulta como si fuera su médico.

Se giró hacia un lado y efectuó algunos pequeños ajustes en su aparato. Ed hizo una seña con la cabeza a su esposa, y ésta surgió de detrás de la cortina casi de inmediato, vestida tan sólo con dos trocitos de seda. Pinero la miró y notó el frescor juvenil de su rostro y su conmovedora timidez.

- Por aquí, querida. Primero tengo que pesarla. Aquí. Ahora colóquese sobre esta plataforma. Póngase este electrodo en la boca. No, Ed, no puede tocarla mientras ella está en circuito. No tardaremos ni un minuto. Permanezca quieta.

Se metió bajo la capucha de la máquina, y los diales cobraron vida. Casi inmediatamente volvió a salir, con una trastornada expresión en su rostro.

- ¿La ha tocado usted, Ed?

- No, doctor. - Pinero regresó al aparato, y permaneció oculto algo más de tiempo. Cuando salió esta vez, le dijo a la muchacha que bajara, de la plataforma y se vistiera. Se giró hacia su marido.

- Ed, ahora le toca a usted.

- ¿Cuál es la lectura para Betty, doctor?

- Hay una pequeña dificultad. Quiero examinarle a usted primero.

Cuando reapareció, después de haber hecho la lectura del joven, su rostro parecía más trastornado que antes. Ed le preguntó qué era lo que le preocupaba. Pinero se alzó de hombros y consiguió que de sus labios brotara una sonrisa.

- Nada que pueda preocuparle a usted, muchacho. Un pequeño desajuste mecánico, supongo. Pero no podré darles los resultados hoy. Tengo que echarle un vistazo a la máquina. ¿Pueden volver mañana?

- Bueno, creo que sí. Siento lo de su máquina. Espero que no sea nada serio.

- No lo es, estoy seguro. ¿Quieren pasar a mi despacho, y charlaremos un poco?

- Gracias, doctor. Es usted muy amable.

- Pero Ed, tengo que verme con Ellen.

Pinero concentró toda la fuerza de su personalidad sobre ella.

- ¿No me concederá unos pocos instantes, querida señorita? Soy viejo, y me gusta el burbujeo de la compañía de la gente joven. Puedo disfrutarlo tan pocas veces. Por favor. - Los empujó suavemente hacia su oficina y les hizo sentarse. Luego encargó limonada y pastelillos, les ofreció cigarrillos, y él encendió un cigarro.

Cuarenta minutos más tarde Ed escuchaba casi en trance, mientras Betty daba evidentes muestras de nerviosismo y de deseos de irse, mientras el doctor les contaba sus aventuras en la Tierra del Fuego, de cuando era joven. Cuando el doctor hizo una pausa para volver a encender su cigarro, ella se puso en pie.

- Doctor, de veras tenemos que irnos. ¿Nos contará el resto mañana?

- ¿Mañana? No habrá tiempo mañana.

- Pero hoy usted tampoco lo tiene. Su secretaria lo ha llamado cinco veces.

- ¿No pueden concederme aunque sea tan sólo unos pocos minutos más?

- Realmente hoy no podemos, doctor. Tengo una cita. Me están esperando.

- ¿No hay forma de convencerla?

- Me temo que no. Vamos, Ed.

Cuando se hubieron ido, el doctor se dirigió a la ventana y miró a la calle. Poco después divisó dos diminutas figurillas que salían del edificio de oficinas. Las contempló mientras se dirigían apresuradamente hacia la esquina, aguardaban a que cambiara el semáforo, y luego empezaban a cruzar la calle. Cuando estaban en medio le llegó el aullido de una sirena. Las dos figurillas vacilaron, retrocedieron, se detuvieron, se giraron. Y el coche ya estaba sobre ellos. Cuando el coche consiguió detenerse, estaban al otro lado, no ya como dos figurillas, sino simplemente como un montón inmóvil de ropas revueltas.

El doctor se apartó de la ventana. Tomó el teléfono y llamó a su secretaria.

- Anule mis visitas para el resto del día... No... A nadie... No me importa; anúlelas.

Luego se hundió en su sillón. Su cigarro se apagó. Mucho rato después de que hubiera oscurecido aún lo sostenía entre sus dedos, apagado.

Pinero se sentó ante la mesa y contempló la comida de gourmet dispuesta ante él. Había encargado aquella comida con un cuidado especial, y había regresado a casa un poco más temprano que de costumbre a fin de disfrutarla por completo.

Cuando hubo terminado paladeó unos sorbos de Fiori d'Alpini, dejándolos resbalar por su lengua y luego a lo largo de su garganta. El denso y fragante licor calentó su boca, y le hizo recordar las florecillas de montaña cuyo nombre llevaba. Suspiró. Había sido una buena comida, una exquisita comida que había justificado aquel exótico licor. Su meditación fue interrumpida por una discusión en la puerta delantera. La voz de su anciana doncella parecía estar reprendiendo a alguien. Una fuerte voz masculina la interrumpió. La conmoción atravesó el vestíbulo, y la puerta del comedor se abrió de golpe.

- ¡Madonna! ¡Non si puo entrare! ¡El maestro está comiendo!

- No importa, Ángela. Tengo tiempo para recibir a estos caballeros. Pueden pasar. -
Pinero hizo frente al ceñudo portavoz de los intrusos -. Desean hablar conmigo, ¿verdad?

- Otra cosa es lo que queremos hacer. Las personas decentes están ya hartas de sus malditas supercherías.

- ¿Y eso?

El que había hablado no respondió inmediatamente. Un individuo más pequeño y vivaracho salió de detrás de él y se enfrentó a Pinero.

- Podemos empezar cuando quieran. - El presidente del comité metió la llave en la cerradura de la cajita fuerte y la abrió -. Wenzell, ¿quiere ayudarme a coger los sobres?

Alguien lo interrumpió tocándole el brazo.

- Doctor Baird, lo llaman por teléfono.

- Está bien. Diga que me traigan aquí el aparato.

Cuando lo tuvo a su lado descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

- ¿Sí?... Sí, al habla... ¿Qué?... No, no sabíamos nada... Entiendo, destruida la máquina... ¡Muerto!... ¿Cómo?... No, ninguna declaración. Ninguna en absoluto... Más tarde...

Colgó bruscamente el aparato y lo apartó.

- ¿Qué ocurre? ¿Quién ha muerto ahora?

Baird levantó una mano.

- ¡Calma, caballeros, por favor! Pinero acaba de ser asesinado hace unos momentos, en su casa. - ¿Asesinado?

- Eso no es todo. Casi al mismo tiempo unos vándalos penetraron en su oficina y destruyeron su aparato.

Por un momento nadie habló. Los miembros del comité se miraron unos a otros. Nadie parecía ansioso de hacer el primer comentario.

Finalmente, uno dijo: - Sáquelo.

- ¿Que saque qué?

- El sobre de Pinero. Está también ahí. Yo lo he visto. Baird lo encontró y lo abrió lentamente. Desdobló la única hoja de papel que contenía y la examinó. - ¿Bien? ¿Qué dice?

- A la una y trece de la tarde... de hoy.

Hubo un largo silencio. Aquella calma dinámica fue rota por un miembro al otro lado de la mesa, que intentó alcanzar la cajita fuerte. Baird interpuso una mano. - ¿Qué quiere usted hacer?

- Mi predicción... está aquí... todas las nuestras están aquí. - Sí, sí. Están todas. Veámoslas.

Baird puso ambas manos sobre la caja. Sostuvo la mirada del hombre que tenía frente a él, pero no habló. Humedeció sus labios. La comisura de su boca se crispó. Sus manos temblaron. Pero no dijo nada. El hombre que tenía frente a él volvió a sentarse.

- Tiene usted razón, desde luego - dijo. - Tráiganme el cesto de los papeles. - La voz de Baird era baja y contenida, pero firme.

Lo tomó, y arrojó su contenido a la alfombra. Colocó el cesto metálico sobre la mesa, ante él. Rasgó media docena de sobres, les prendió fuego, y los arrojó al cesto. Luego siguió rasgando los demás, de dos en dos, alimentando así el fuego. El humo le hacía toser y de sus parpadeantes ojos chorreaban lágrimas. Alguien se levantó y abrió una ventana. Cuando hubo terminado, apartó el cesto y dijo:

- Me temo que he echado a perder la superficie de la mesa.

LAS CARRETERAS DEBEN RODAR

- ¿Quién hace que las carreteras rueden?

El orador permaneció inmóvil en la tribuna y aguardó la respuesta de su auditorio. La réplica llegó en gritos aislados que se alzaron por encima del ominoso y descontento murmullo de la multitud.

- ¡Nosotros lo hacemos... Nosotros... Maldita sea!

- ¿Quién hace el trabajo sucio «ahí abajo»... para que Joe Público pueda circular a sus anchas?

Esta vez la respuesta fue un único rugido.

- ¡Nosotros lo hacemos!

El orador apuró su ventaja, y sus palabras surgieron como un bronco torrente. Se inclinó hacia la multitud, buscando con los ojos algunos individuos a quienes pudiera lanzar directamente sus palabras.

- ¿Qué es lo que permite que se hagan negocios? ¡Las carreteras! ¿Por dónde se transportan los alimentos que comemos? ¡Por las carreteras! ¿Cómo va la gente a su trabajo? ¡Por las carreteras! ¿Cómo vuelven a sus hogares junto a sus esposas? ¡Por las carreteras! - hizo una pausa para estudiar el efecto, y luego bajó la voz -, ¿Dónde estaría el público si vosotros, muchachos, no hicierais que las carreteras rodasen? En apuros, y todo el mundo lo sabe. ¿Pero lo aprecian? ¡Puah! ¿Hemos pedido demasiado? ¿No son razonables nuestras demandas? «El derecho a dejar nuestro empleo cuando queramos.» Todos los demás trabajadores de otros ramos tienen este derecho. «La misma paga que los ingenieros.» ¿Por qué no? ¿Quiénes son los auténticos ingenieros aquí? ¿No hay que empezar como aprendiz con un divertido gorrito antes de que uno aprenda a limpiar un cojinete o a desmontar un rotor? ¿Quién se gana el sustento, los «caballeros» de las oficinas de control, o los muchachos de «ahí abajo»? ¿Qué otra cosa pedimos? «El derecho a elegir a nuestros propios ingenieros.» ¿Por qué infiernos no? ¿Quién es más competente para elegir ingenieros? ¿Los técnicos? ¿O algún estúpido y ciego tribunal examinador que nunca ha estado «ahí abajo» y no es capaz de distinguir un rotor de una bobina de campo?

Cambió el ritmo con arte natural, y bajó un poco más su voz.

- Os digo, hermanos, que ya es tiempo de que dejemos de enviar respetuosas peticiones a la Comisión de Transportes y usemos un poco de acción directa. Dejémosles hablar de democracia; eso son tonterías... ¡nosotros tenemos el poder, y somos los hombres que contamos!

Un hombre se levantó del fondo de la sala mientras el orador estaba arengando. Habló aprovechando una de sus pausas.

- Hermano Presidente - tartamudeó -, ¿me permites que diga un par de palabras?

- Tienes derecho, Hermano Harvey.

- Lo que yo pregunto es: ¿a qué viene todo esto? Tenemos la paga por hora más elevada de toda la profesión mecánica, seguro y retiro completos, y condiciones de trabajo seguras, si exceptuamos la posibilidad de quedarte sordo. - Empujó hacia atrás su casco antirruídos, dejando al descubierto sus orejas. Vestía aún su mono, aparentemente acababa de finalizar su turno -. Claro que tenemos que avisar con noventa días de antelación para dejar el empleo, pero, caracoles, eso ya lo sabíamos cuando firmamos. Las carreteras deben rodar... no pueden detenerse cada vez que algún holgazán decida que está cansado de su trabajo.

- Y ahora, Soapy... - un golpe del mazo lo interrumpió -. Perdón, quería decir Hermano Soapy... dínos lo fuertes que somos, y cómo podemos emprender una acción directa. ¡Tonterías! Claro que podemos parar las carreteras y enviar al infierno a toda la comunidad... pero eso también puede hacerlo cualquier chalado con un bidón de nitroglicerina, y para eso no necesitaría en absoluto ser ningún técnico.

»No somos los únicos que tenemos la sartén por el mango. Nuestro trabajo es importante, seguro, ¿pero dónde estaríamos sin los granjeros, o sin los metalúrgicos, o sin una docena de otras industrias y profesiones?

Fue interrumpido por un hombrecillo cetrino de prominente dentadura superior.

- Tan sólo un minuto, Hermano Presidente. Me gustaría hacerle al Hermano Harvey una pregunta. - Se giró hacia Harvey y le preguntó con voz socarrona -: ¿Estás hablando en nombre de la hermandad, Hermano... o en el tuyo propio? ¿No será acaso que tú no crees en la hermandad? ¿No serás acaso... - hizo una pausa y miró de arriba a abajo la delgada figura de Harvey - un esquiro!

Harvey miró al que le hacía la pregunta con la misma expresión que si fuera una porquería en medio de su plato.

- Sikes - dijo -, si no fueras un mequetrefe, te metería esos dientes que te asoman por la garganta. Yo ayudé a fundar esta hermandad. Fui a la huelga en el sesenta y seis. ¿Dónde estabas tú en el sesenta y seis? ¿Con los esquiros?

El presidente usó la maza.

- Ya basta de eso - dijo -. Nadie que conozca la historia de esta hermandad puede poner en duda la lealtad del Hermano Harvey. Sigamos con el orden del día. - Hizo una pausa para carraspear -. Habitualmente no abrimos nuestras puertas a la gente de fuera, y algunos de vosotros, muchachos, habéis expresado vuestro disgusto por tener que trabajar a las órdenes de los ingenieros, pero aquí hay un ingeniero al que siempre nos gusta oír cuando puede escaparse de sus acuciantes deberes y venir hasta aquí. Creo que ello es debido a que tiene las uñas tan sucias como nosotros mismos. Sea como sea, os presento al señor Shorty Van Kleeck...

- ¡Hermano Van Kleeck!

- De acuerdo... Hermano Van Kleeck, Ingeniero Jefe Delegado de esta ciudad rodante.

- Gracias, Hermano Presidente. - El orador invitado se adelantó enérgicamente y sonrió abiertamente a la multitud, pareciendo hincharse ante su aprobación -. Gracias, Hermanos. Creo que nuestro presidente tiene razón. Siempre me he sentido más a gusto aquí en la Sala de la Hermandad del Sector de Sacramento... o en cualquier otra sala de hermandad... que en el club de ingenieros. Esos engreídos ingenieros cadetes jóvenes me ponen los pelos de punta. Quizá tendría que haber ido a uno de esos hermosos institutos técnicos, y así mis puntos de vista serían los adecuados, en lugar de haber subido de «ahí abajo».

»Ahora veamos esas demandas vuestras que la Comisión de Transportes os ha tirado por la cara... ¿Puedo hablar francamente?

- ¡Claro que puedes, Shorty! ¡Puedes confiar en nosotros!

- Bueno, no voy a decir nada de particular, pero no puedo dejar de comprender cómo os sentís. Las carreteras son la gran estrella de estos días, y vosotros sois los hombres que las mantenéis en movimiento. Lo más natural sería que vuestras opiniones fueran escuchadas y vuestros deseos complacidos. Cualquiera pensaría que incluso los políticos deberían ver esto. A veces, cuando me despierto durante la noche, pienso por qué nosotros los técnicos no nos hacemos con el control de las cosas y...

- Su esposa le llama, señor Gaines.

- Está bien. - Tomó el auricular y se giró hacia la pantalla del visor -. ¿Sí, querida? Ya sé que te lo prometí, pero... Tienes toda la razón, querida, pero Washington me ha pedido muy especialmente que le mostremos al señor Blekinsop cualquier cosa que desee ver. No sabía que llegaba hoy... No, no puedo pasárselo a un subordinado. Sería una descortesía. Es el ministro de Transportes de Australia. Ya te lo dije... Sí, querida, ya sé que la cortesía empieza en casa, pero las carreteras deben rodar. Es mi trabajo; lo sabías cuando te casaste conmigo. Y esto es parte de mi trabajo... Sé buena chica. Te garantizo que desayunaremos juntos. Arréglalo tú misma, encarga caballos y una cesta de comida e

iremos de picnic. Nos encontraremos en Bakersfield, en el sitio de siempre... Adiós, querida. Dale un beso de buenas noches al chico de mi parte.

Colgó el auricular en el mismo momento en que los hermosos, pero indignados rasgos de su esposa desaparecían de la pantalla del visor. Una joven entró en la oficina. Al abrirse la puerta quedaron momentáneamente a la vista las palabras pintadas en su parte exterior: «CARRETERA RODANTE DIEGO-RENO, Oficina del Ingeniero Jefe». Le echó una mirada entre culpable y dolida.

- Oh, eres tú. No te cases con un ingeniero, Dolores, cástate con un artista. Pasan más tiempo en casa.

- Sí, señor Gaines. El señor Blekinsop está aquí, señor Gaines.

- ¿Ya? No lo esperaba tan pronto. La nave de los Antípodas debe haber aterrizado muy temprano.

- Sí, señor Gaines.

- Dolores, ¿tú nunca tienes emociones?

- Sí, señor Gaines.

- Hum, parece increíble, pero nunca te inmutas por nada. Haz pasar al señor Blekinsop.

- Muy bien, señor Gaines.

Larry Gaines se levantó para recibir a su visitante. No era un hombrecillo particularmente impresionante, pensó mientras se estrechaban las manos e intercambiaban los saludos de rigor. El enrollado paraguas y el bombín eran casi demasiado buenos para ser reales. Un acento de Oxford encubría parcialmente el tono blando y el ganguero nasal y plano del australiano nativo.

- Es para mí un placer tenerle entre nosotros, señor Blekinsop, y espero que podamos hacer todo lo posible para que su estancia sea agradable.

El hombrecillo sonrió.

- Estoy seguro de ello. Ésta es mi primera visita a su maravilloso país. Me siento casi como en casa. Los eucaliptus, ya sabe, el color de esas colinas...

- Pero su viaje es ante todo comercial.

- Sí, sí. Mi principal objetivo es estudiar sus carreteras rodantes, e informar a mi gobierno acerca de la conveniencia de intentar adaptar sus sorprendentes métodos americanos a nuestros problemas sociales más profundos. Espero que comprenda que ésta es la razón por la cual me han enviado con usted.

- Sí, entiendo, al menos en una forma general. Pero no sé exactamente qué clase de información desea usted. Supongo que ha oído hablar de nuestras carreteras rodantes, de cómo surgieron, cómo funcionan y todo esto.

- He leído mucho al respecto, cierto, pero no soy un técnico, señor Gaines, no soy un ingeniero. Mi campo es la sociopolítica. Deseo ver hasta qué punto este notable cambio técnico ha afectado a su pueblo. Me gustaría que me hablara de las carreteras como si yo fuera un completo ignorante. Y yo le haré preguntas.

- Me parece un plan práctico. A propósito, ¿cuántos forman su grupo?

- Sólo yo. Envié a mi secretaria a Washington.

- Entiendo. - Gaines echó un vistazo a su reloj de pulsera -. Es casi la hora de cenar. Supongo que podríamos ir a cenar a la sección de Stockton. Hay allí un buen restaurante chino por el que siento una predilección especial. Tardaremos aproximadamente una hora en llegar, y mientras tanto podrá ver cómo funcionan las carreteras.

- Excelente.

Gaines apretó un botón de encima de su mesa, y una imagen se formó en una amplia pantalla visora montada sobre la pared opuesta. Mostró a un joven de fuerte osamenta sentado ante una mesa de control semicircular, tras la cual había un complicado tablero de instrumentos. De una esquina de su boca colgaba un cigarrillo.

El joven levantó la mirada, sonrió y saludó hacia la pantalla.

- Saludos, Jefe. ¿Qué puedo hacer por usted?

- Hola, Dave. Tiene guardia de noche, ¿eh? Subiré hasta el sector de Stockton para cenar. ¿Dónde está Van Kleeck?

- Ha ido a un mitin no sé dónde. No me lo dijo.

- ¿Algo que informar?

- No, señor. Las carreteras están rodando y la gente se está dirigiendo por ellas a cenar a sus casas.

- De acuerdo... cuide de que sigan rodando.

- Seguirán rodando, Jefe.

Gaines cortó la comunicación y se giró hacia Blekinsop.

- Van Kleeck es mi ayudante en jefe. Me gustaría que se pasara más tiempo en la carretera y menos en la política. De todos modos, Davidson puede hacerse cargo. ¿Nos vamos?

Bajaron por una escalera eléctrica y desembocaron en el paseo que bordeaba la cinta móvil de ocho-kilómetros-hora que se dirigía al norte. Tras sortear una escalera indicada PASO SUPERIOR A LA CARRETERA DEL SUR, se detuvieron en el borde de la primera.

- ¿Ha subido usted alguna vez a una cinta transportadora? - preguntó Gaines -. Es muy sencillo. Tan sólo tiene que recordar que debe mantenerse de cara al movimiento de la cinta.

Se abrieron camino entre la gente que regresaba a sus casas, pasando de cinta en cinta. En el centro de la cinta de treinta kilómetros hora corría un tabique de glasita que llegaba casi hasta el techo. El Honorable Señor Blekinsop enarcó las cejas mientras los contemplaba inquisitivamente.

- Oh, eso - respondió Gaines a la no formulada pregunta, mientras abría una puerta corrediza para pasar por ella -. Es un cortavientos. Si no tuviéramos ningún medio para separar las corrientes de aire entre las cintas de distintas velocidades, el viento nos arrancaría las ropas en la cinta de los ciento cincuenta kilómetros hora. - Incluyó la cabeza hacia Blekinsop mientras hablaba, para hacerse oír entre el zumbido del viento contra las superficies de la carretera, el ruido de la multitud, y el sordo rugir del mecanismo motor oculto bajo las cintas móviles. La combinación de estos ruidos impidió que prosiguieran la conversación mientras avanzaban hacia el centro de la carretera. Tras cruzar otras tres pantallas cortavientos situadas en las carreteras de sesenta, ochenta y cien kilómetros hora respectivamente, alcanzaron por fin la cinta de máxima velocidad, la de ciento cincuenta kilómetros hora, que efectuaba el viaje de San Diego a Reno y viceversa en doce horas.

Blekinsop se encontró en un paseo de seis metros de ancho en uno de cuyos lados había otro tabique. En el lado inmediatamente opuesto a él un escaparate iluminado proclamaba:

STEAK HOUSE JAKE'S NÚMERO 4

¡La Comida más Rápida en la Carretera más Rápida!

¡Coma mientras viaja y los kilómetros le pasarán volando!

- ¡Sorprendente! - dijo el señor Blekinsop -. Debe ser como comer en un tranvía. ¿Es realmente un buen restaurante?

- Uno de los mejores, se lo aseguro.

- Oh, pienso que podríamos...

Gaines le sonrió.

- Le gustaría probarlo, ¿verdad?

- No querría interferir con sus planes...

- En absoluto. Yo también tengo apetito, y Stockton está aún a una hora de camino. Entremos.

Gaines saludó a la encargada como si fuera una vieja amiga.

- Hola, señora McCoy. ¿Cómo va la noche?

- ¡Pero si es el propio Jefe en persona! Hace mucho tiempo que no teníamos el placer de verle por aquí. - Les condujo hasta un reservado algo apartado de la multitud de usuarios que estaban cenando -. ¿Qué tomarán usted y su amigo?

- Bueno, señora McCoy... dejo el menú en sus manos... pero asegúrese de que incluye uno de sus bistés.

- De cinco centímetros de grueso... de un buey que murió feliz. - Se alejó rápidamente, moviendo su gruesa anatomía con una sorprendente gracia.

Con una sofisticada anticipación de las necesidades del jefe de ingenieros, la señora McCoy había dejado un teléfono portátil sobre la mesa. Gaines lo conectó con una base de conexión al lado del reservado y disco un número.

- ¿Hola... Davidson? Dave, soy el Jefe, Estoy cenando en el Jake's número 4. Puede llamarme marcando el diez-L-seis-seis.

Colgó el receptor, y Blekinsop preguntó cortésmente:

- ¿Es necesario que puedan localizarle en cualquier momento?

- No estrictamente necesario - dijo Gaines -, pero me siento más tranquilo si sé que pueden hacerlo. Van Kleeck y yo tendríamos que estar siempre en lugares donde el ingeniero de guardia, en este turno Davidson, pudiera localizarnos con una simple llamada. Si se produce una auténtica emergencia, querría estar allí, por supuesto.

- ¿Qué entiende usted por una auténtica emergencia?

- Principalmente dos cosas. Un fallo de energía en los rotores dejaría inmóvil la carretera, y posiblemente a quince millones de personas a más de cien kilómetros de sus casas. Si ocurriera durante una hora punta, tendríamos que evacuar a todos esos millones de la carretera... y no iba a ser fácil.

- Dice usted millones... ¿tanto como eso?

- Exactamente. Hay doce millones de personas que dependen de esta carretera, que viven y trabajan en los edificios adyacentes a ella o en un área de ocho kilómetros a cada lado.

La Era de la Energía se combina con la Era del Transporte de forma casi imperceptible, pero hay dos acontecimientos que surgen como hitos en este cambio: el logro de la energía solar barata y la instalación de la primera carretera mecanizada. Los recursos energéticos procedentes del petróleo y el carbón en los Estados Unidos fueron - con excepción de algunas pocas muestras esporádicas de sentido común - despilfarrados vergonzosamente a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Simultáneamente, el automóvil, desde su humilde comienzo como un coche sin caballos de un solo pulmón, se convirtió en un monstruo de acero de más de cien caballos de fuerza y capaz de alcanzar más de los doscientos kilómetros por hora. Todo el país bullía de ellos, como levadura en fermentación. En 1955 se estimó que había un vehículo de motor por cada dos personas en los Estados Unidos.

El automóvil llevaba consigo la semilla de su propia destrucción. Ochenta millones de monstruos de acero, manejados por imperfectos seres humanos a altas velocidades, son más destructivos que una guerra. En el mismo año de referencia, las primas pagadas para cubrir los daños de accidentes de automóviles por los propietarios de automóviles a las compañías aseguradoras excedieron en cantidad a la suma pagada aquel mismo año para la compra de automóviles. Las compañías aconsejando prudencia a los conductores se convirtieron en un fenómeno crónico, pero eran simples intentos de volver a unir lo que ya estaba roto. Era físicamente imposible conducir con seguridad por aquellas abarrotadas metrópolis. Los peatones fueron divididos sardónicamente en dos clases: los rápidos y los muertos.

Pero, un peatón podía definirse también como un hombre que había encontrado un lugar para estacionar su coche. El automóvil hizo posible las ciudades enormes, pero terminó estrangulando a esas mismas ciudades con su número. En 1900, Herbert George Wells apuntó que el punto de saturación en el tamaño de una ciudad podía ser predicho matemáticamente en relación con sus facilidades de transporte. Teniendo en cuenta únicamente la velocidad, el automóvil hizo posible ciudades de trescientos kilómetros de diámetro, pero la congestión del tráfico y el inescapable e inherente peligro de los poderosos vehículos conducidos individualmente anuló por completo la posibilidad.

En 1955, la Autopista Federal 66 de Los Ángeles a Chicago, la «Calle Mayor de América», fue transformada en una superautopista para vehículos a motor, con una velocidad mínima de cien kilómetros por hora. Fue planeada como un proyecto de obra pública para estimular la industria pesada; pero tuvo un inesperado subproducto. Las grandes ciudades de Chicago y St. Louis extendieron sus pseudópodos urbanos la una en dirección a la otra, hasta que se encontraron cerca de Bloomington, en Illinois. Las dos ciudades progenitoras vieron entonces cómo disminuía su población.

Aquel mismo año la ciudad de San Francisco reemplazó sus anticuados tranvías por escaleras móviles, movidas por la energía de las Pantallas Solares Douglas-Martin. Aquel año se libró el mayor número de licencias de automóviles de toda la historia, pero el final de la era del automóvil estaba ya a la vista, y la Ley de Defensa Nacional de 1957 se convirtió en una seria advertencia.

Esta ley, una de las más ferozmente debatidas antes de ser aprobada, declaraba al petróleo material de guerra esencial y limitado. Las fuerzas armadas tenían preferencia absoluta sobre él, tanto encima como debajo del suelo, y ochenta millones de vehículos civiles tuvieron que hacer frente a un riguroso y caro racionamiento. Las condiciones «temporales» dictadas durante la Segunda Guerra Mundial se convirtieron en permanentes.

Tómense las superautopistas de este período, urbanas en toda su longitud. Añádanselas las calles mecanizadas de las colinas de San Francisco. Caliéntense hasta alcanzar el punto de ebullición con un inminente racionamiento de la gasolina. Sazónense con la inventiva yanki. La primera carretera mecanizada fue abierta en 1960 entre Cincinnati y Cleveland.

Era, como podía esperarse, comparativamente primitiva en su diseño, basado en las antiguas cintas sin fin utilizadas hacía diez años por el acarreo de mineral. La cinta más rápida alcanzaba tan sólo una velocidad de cincuenta kilómetros hora, y era bastante estrecha, porque a nadie se le había ocurrido la posibilidad de colocar comercios en las propias cintas. Sin embargo, era el prototipo de un esquema social que terminaría por dominar la escena americana en las próximas dos décadas... ni rural ni urbano, sino compartiendo ambas características, y basado en un transporte rápido, seguro, barato y conveniente.

Las fábricas - edificios amplios y bajos cuyos techos estaban cubiertos por placas solares del mismo tipo que hacían funcionar las carreteras - se alineaban a ambos lados. Detrás y entre ellas había hoteles comerciales, tiendas, teatros, casas de apartamentos. Más allá de esa larga y estrecha cinta se extendía el campo abierto, donde vivía la gran masa de la población. Sus casas salpicaban las colinas, colgaban al borde de las cañadas y anidaban entre las granjas. Trabajaban en la «ciudad» pero vivían en el «campo»... y la distancia entre ellos no era mayor de diez minutos.

La señora McCoy sirvió personalmente al Jefe y a su invitado. Interrumpieron su conversación ante la vista de los magníficos bistés.

Arriba y abajo de la línea de los mil kilómetros, los Ingenieros de Guardia del Sector recibían los informes horarios de sus técnicos de los subsectores.

- Subsector uno... ¡comprobado!

- Subsector dos... ¡comprobado!

Lectura de los tensionómetros, voltaje, carga, temperatura de fricción, lectura de los sincrotacómetros...

- Subsector siete... ¡comprobado!

Hombres duros, eficientes, vestidos con sus monos, que vivían la mayor parte de sus vidas «ahí abajo», entre el invariable rugir de la cinta de los ciento cincuenta kilómetros, el agudo chirrido de los rotores de propulsión y el lamento de los rodillos de los relés.

Davidson estudiaba el modelo en movimiento de la carretera, extendida ante él en la sala principal de control del Sector de Fresno. Observó el casi imperceptible arrastrarse de la cinta en miniatura de los ciento cincuenta kilómetros, y subconscientemente anotó el número de referencia para localizar al Jake's Steak House Número 4. El Jefe no tardaría mucho en llegar a Stockton; le telefonaría cuando llegaran los informes horarios. Todo estaba tranquilo; el tonelaje de tráfico era normal para aquella hora punta; estaría dormitando antes de que terminara su guardia. Se giró hacia su Ingeniero Cadete de Guardia.

- Señor Burnes.

- Sí, señor.

- Creo que podríamos tomar un poco de café.

- Una buena idea, señor. Lo pediré apenas lleguen los partes horarios.

La aguja de los minutos del cronómetro del tablero de control señaló las doce. El oficial cadete de guardia giró un botón.

- ¡Todos los sectores, informen! - dijo con voz átona y casi inconsciente.

Los rostros de dos hombres aparecieron repentinamente en la pantalla del visor. El más joven de ellos respondió con el mismo aire de actuar bajo supervisión.

- Círculo de Diego... ¡rodando!

Fueron reemplazados inmediatamente por otros dos.

- Sector de Los Ángeles... ¡rodando!

Luego:

- Sector de Bakersfield... ¡rodando!

Y:

- Sector de Fresno... ¡rodando!

Finalmente, cuando el Círculo de Reno hubo dado su informe, el cadete se giró hacia Davidson e informó:

- Rodando, señor.

- Muy bien... ¡hagamos que sigan rodando!

La pantalla se iluminó una vez más.

- Sector de Sacramento; informe suplementario.

- Adelante.

- El cadete Guenther, en inspección ocular como ingeniero cadete de guardia en el sector, encontró al cadete Alee Jeans, de guardia como técnico cadete del subsector, y a R. J. Ross, técnico de segunda clase, de guardia como técnico en el mismo subsector, jugando a las cartas. No fue posible determinar por cuánto tiempo habían abandonado la vigilancia del subsector.

- ¿Ha habido alguna avería?

- Un rotor se había sobrecalentado, pero seguía sincronizado. Fue desmontado y reemplazado.

- Muy bien. Haga que el pagador le entregue a Ross su sueldo hasta hoy, y entréguelo a las autoridades civiles. Ponga al cadete Jeans bajo arresto y ordénele que se presente ante mí.

- Muy bien, señor.

- ¡Hagamos que sigan rodando!

Davidson se giró hacia el tablero de control y disco el número de teléfono que le había dado el Ingeniero Jefe Gaines.

- Mencionó usted dos cosas que podían crear problemas importantes en la carretera, señor Gaines, pero tan sólo habló de un fallo de energía en los rotores.

Gaines persiguió un escurridizo trozo de ensalada antes de responder.

- En realidad no existe esa segunda posibilidad de problemas graves... no puede producirse. De todos modos... estamos viajando a una velocidad de ciento cincuenta kilómetros hora. ¿Puede imaginar lo que ocurriría si esta cinta sobre la que estamos se rompiera?

El señor Blekinsop se agitó nerviosamente en su silla.

- Hum... es una idea desconcertante, ¿no cree? Quiero decir que a uno le resulta difícil concienciarse de que está viajando a esa velocidad, aquí en esta habitación tan acogedora. ¿Qué podría ocurrir?

- No tiene por qué preocuparse; la cinta no se puede partir. Está construida con secciones superpuestas de tal modo que tienen un margen de seguridad superior al doce por uno. Varios kilómetros de rotores tendrían que pararse simultáneamente, y los disyuntores del resto del circuito tendrían que dejar de funcionar antes de que se creara la suficiente tensión sobre la cinta como para romperla.

«Pero ocurrió en una ocasión, en la Carretera Rodante de Filadelfia a Jersey, y es algo que será difícil olvidar. Era una de las primeras carreteras de gran velocidad, y transportaba un tremendo tráfico de pasajeros, así como mucha carga, ya que servía una zona fuertemente industrializada. La cinta era apenas algo más que una transportadora, y a nadie se le había ocurrido calcular el peso máximo que podía acarrear. Ocurrió bajo carga máxima, por supuesto, cuando la carretera de gran velocidad iba atestada. La parte de la cinta posterior a la rotura fue doblándose por varios kilómetros, aplastando a los pasajeros contra el techo a cien kilómetros hora. La sección anterior a la rotura chasqueó como un látigo, esparciendo a los pasajeros por las cintas más lentas, arrojándolos a los rodillos y rotores que quedaron al descubierto, y golpeándolos contra el techo.

«Murieron más de tres mil personas en aquel accidente, y se desarrolló incluso una campaña para abolir las carreteras. Fueron incluso paralizadas todas ellas durante una semana por una orden presidencial, pero al fin se vieron obligados a ponerlas de nuevo en marcha. No tenían alternativa.

- ¿Realmente? ¿Por qué no?

- El país dependía ya económicamente de las carreteras. Ellas eran el principal medio de transporte entre las áreas industriales... el único medio económicamente importante. Empezaron a cerrar fábricas; los alimentos no circulaban; la gente empezó a sufrir hambre... y el Presidente se vio obligado a dejarlas rodar de nuevo. Era lo único que podía hacer; los esquemas sociales habían cristalizado en aquella forma, y no podían ser cambiados de la noche a la mañana. Una población grande e industrializada debe disponer de un medio de transporte a gran escala, no tan sólo para la gente, sino también para las mercancías.

El señor Blekinsop jugueteaba distraídamente con su servilleta, y sugirió con una cierta desconfianza:

- Señor Gaines, no intento menospreciar las ingeniosas realizaciones de su gran país, ¿pero no es posible que hayan puesto ustedes demasiados huevos en un solo cesto permitiendo que toda la economía dependa del funcionamiento de un solo tipo de maquinaria?

Gaines se lo pensó un momento.

- Entiendo su punto de vista. Sí... y no. Cada civilización por encima del tipo campesino - aldea depende de algún tipo de maquinaria. El viejo Sur se basaba en la desmotadora de algodón. La Inglaterra Imperial fue posible gracias a la máquina de vapor. Las poblaciones importantes deben tener máquinas para proporcionarles energía, para el

transporte, y para manufacturar lo necesario para sobrevivir. De no existir las máquinas, las grandes poblaciones nunca se hubieran desarrollado. No es un defecto de las máquinas; es su virtud.

»Pero es cierto que cuando desarrollamos una maquinaria hasta el punto de que debe dar soporte a grandes poblaciones o a un elevado nivel de vida, nos vemos obligados a mantener en constante funcionamiento esta maquinaria o sufrir las consecuencias. Pero el azar en este caso no está en las máquinas en sí, sino en los hombres que hacen funcionar esas máquinas. Estas carreteras, como máquinas, son correctas. Son fuertes y seguras, y harán todo lo que se espera que hagan. No, no son las máquinas, son los hombres.

»Cuando una población depende de una máquina, se convierte en un rehén de los hombres que atienden a esa máquina. Si su moral es alta y su sentido del deber fuerte...

Alguien cerca de la entrada del restaurante había subido el volumen del sonido de la radio, haciendo surgir una oleada de música que ahogó las últimas palabras de Gaines. Cuando el sonido fue disminuido a un volumen más soportable, Gaines estaba diciendo:

-...y escuche esto. Ilustra mi punto de vista.

Blekinsop escuchó la música. Era una rítmica marcha de sonido estimulante, con un moderno arreglo interpretativo. Uno podía escuchar el rugir de las máquinas, el repetitivo cliqueteo de los mecanismos. Una placentera sonrisa se extendió por el rostro del australiano cuando la reconoció.

- Es su Marcha de la Artillería de Campaña, Avanzan los Armones, ¿no? Pero no veo la relación.

- Tiene usted razón: era la marcha Avanzan los Armones, pero la hemos adaptado a nuestros propósitos actuales. Ahora es La Canción de la Carretera de los Cadetes de Transporte. Escuche.

El persistente ritmo de la marcha proseguía, y parecía sonar acorde con la vibración de la carretera bajo sus pies. Luego un coro de voces masculinas empezó a cantar:

¡Oídlas zumbar!

¡Vedlas rodar!

¡Oh, nuestro trabajo nunca termina,
para que nuestras carreteras rueden sin parar!

Mientras vosotras rodáis,
mientras vosotras corréis,

nosotros vigilamos «ahí abajo»

¡para que las carreteras rueden sin parar!

¡Oh, rápido, rápido, rápido!

Somos los hombres del rotor...

¡Comprabad inmediatamente los sectores!

(hablando) ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Por dondequiera que vayáis

Nunca olvidéis

¡que vuestras carreteras tienen que rodar!

(gritando) ¡QUE SIGAN RODANDO!

¡Que vuestras carreteras rueden sin parar!

- ¿Lo ve? - dijo Gaines, con una voz más animada -. ¿Lo ve? Ésta es la auténtica finalidad de la Academia de Transporte de los Estados Unidos. Ésta es la razón de que los ingenieros de transporte sean una profesión semimilitarizada, con una disciplina muy estricta. Somos el cuello de la botella, el sine qua non de toda la industria, de toda la vida económica. Otras industrias pueden ir a la huelga, y crear tan sólo dislocaciones temporales y parciales. Las cosechas pueden fallar aquí y allí, y el país aguanta el golpe.

Pero si las carreteras dejan de rodar, todo lo demás se detendrá también; el efecto sería el mismo de una huelga general... con una importante diferencia: se requiere una mayoría de la población, dominada por un auténtico sentimiento de agravio, para crear una huelga general, pero los hombres que hacen que las carreteras rueden, siendo pocos, pueden crear la misma parálisis total.

»Sólo tuvimos una huelga en las carreteras, en el sesenta y seis. Creo que estaba completamente justificada, y corrigió una serie de auténticos abusos... pero no debe producirse de nuevo.

- Pero, ¿qué puede prevenir que se produzca de nuevo, señor Gaines?

- La moral... el espíritu de corps. Los técnicos de servicio en las carreteras son constantemente adoctrinados con la idea de que su trabajo tiene un carácter sagrado. Además, hacemos todo lo posible para mejorar su posición social. Pero aún más importante es la Academia. Intentamos crear ingenieros graduados imbuidos con la misma lealtad, la misma férrea autodisciplina, y la misma determinación de cumplir a toda costa su deber para con la comunidad, que consiguen Annapolis y West Point y Goddard con los suyos.

- ¿Goddard? Oh, sí, el campo de cohetes. ¿Y cree que lo han conseguido?

- Quizá no completamente, pero lo haremos. Cuesta tiempo levantar una tradición. Cuando el ingeniero más antiguo sea un hombre que entró en la Academia siendo un quinceañero, podremos permitirnos un respiro y considerar que hemos resuelto el problema.

- Supongo que usted se habrá graduado.

Gaines sonrió.

- Me halaga... debo parecer más joven de lo que soy. No, soy un excedente del ejército. Entienda, el Departamento de Defensa se hizo cargo de las carreteras por unos tres meses, durante la reorganización tras la huelga del sesenta y seis. Yo formé parte del comité de conciliación que concedió los aumentos de salarios y reajustó las condiciones de trabajo, y luego fui destinado...

La luz de aviso del teléfono portátil destelló con un intenso color rojo. Gaines dijo:

- Perdona - y descolgó el auricular -. ¿Sí?

Blekinsop pudo oír la voz al otro lado.

- Aquí Davidson, Jefe. Las carreteras siguen rodando.

- Muy bien. ¡Hagamos que sigan rodando!

- Hay otro parte de problemas en el Sector de Sacramento.

- ¿De nuevo? ¿Qué ha ocurrido esta vez?

Antes de que Davidson pudiera responder, la comunicación se cortó. Gaines adelantó una mano para discar el número, cuando su taza de café, medio llena, se volcó sobre sus piernas. Blekinsop se dio cuenta, mientras se sentía empujado hacia el borde de la mesa, de un inquietante cambio en el zumbido de la carretera.

- ¿Qué ha ocurrido, señor Gaines?

- No sé. Una parada de emergencia... Dios sabe por qué. - Disco furiosamente. No tardó en dejar el auricular, sin preocuparse en colgarlo de su soporte -. Los teléfonos no funcionan. ¡Vamonos! No... estará usted más seguro aquí. Espere.

- ¿Cree usted?

- Bueno, venga conmigo entonces, y no se separe de mi lado. - Se giró y echó a andar, olvidando la presencia del ministro australiano. La carretera fue disminuyendo su velocidad hasta detenerse, con los gigantescos rotores y los miles de rodillos actuando como volantes en prevención de una desastrosa parada repentina. Un pequeño grupo de usuarios del restaurante, interrumpidos en su cena, intentaban salir del local.

- ¡Alto!

Hay algo en las órdenes de alguien que está acostumbrado a ser obedecido que impele a cumplirlas. Tal vez sea la entonación, o posiblemente un poder más esotérico, como se

supone que poseen los domadores de animales para mantener bajo control a las bestias más feroces. Pero existe, y puede ser utilizado para actuar sobre gente que no está acostumbrada a obedecer.

Los comensales se detuvieron.

- Permanezcan en el restaurante hasta que estemos listos para evacuarles - continuó Gaines -. Soy el Ingeniero Jefe. Aquí no correrán ningún peligro. ¡Usted! - Señaló a un hombre gordo que estaba cerca de la puerta -. Le hago responsable. No deje salir a nadie sin una autorización. Señora McCoy, siga sirviendo la cena.

Salió, con Blekinsop pisándole los talones. La situación fuera no permitía medidas tan sencillas. Tan sólo se había detenido la cinta de los ciento cincuenta kilómetros hora; a pocos pasos la siguiente cinta rodaba a ciento cuarenta kilómetros hora. Los pasajeros pasaban velozmente, como irreales figuras de cartón.

El paseo de seis metros de ancho de la cinta de máxima velocidad estaba atestado cuando se produjo la avería. Ahora los clientes de las tiendas, de los bares y demás comercios, los ocupantes de las salas de descanso y de televisión... todos salían en tumulto al paseo para ver lo que había ocurrido. El primer desastre ocurrió casi inmediatamente.

La multitud aumentaba, y empujó a una mujer de mediana edad hacia el borde. Al intentar recuperar el equilibrio, puso un pie sobre el borde de la rapidísima cinta de los ciento cuarenta kilómetros hora. Se dio cuenta inmediatamente de su terrible error, ya que gritó antes de que su pie tocara la cinta.

Dio una brusca voltereta y cayó pesadamente sobre la cinta en movimiento, y rodó con ella, mientras la cinta intentaba trasladar a su masa, de golpe, una velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora... casi cuarenta metros por segundo. Mientras rodaba, segó materialmente, como una guadaña, algunas de las figuras de cartón. Se perdió rápidamente de vista, ella, su identidad, sus heridas, y su indeterminado destino ahora ya remoto.

Pero las consecuencias de su percance no se hicieron esperar. Una de las figuras de cartón derribadas cayó sobre la cinta de los ciento cincuenta kilómetros, golpeando a la impresionada multitud, y de pronto se convirtió en un hombre real... pero herido y sangrante, entre las infortunadas y caídas víctimas cuyos cuerpos habían detenido su carrera.

La cosa no terminó ahí. El desastre se extendió desde su origen, cayendo los desvalidos seres humanos unos sobre otros, entremezclados como en un inmenso juego de bolos, a medida que chocaban y perdían su precario equilibrio.

Pero el foco de la calamidad se perdió rápidamente de vista, y Blekinsop no pudo ver nada más. Su activa mente, acostumbrada a trabajar con amplios números de seres humanos, multiplicó la trágica secuencia que había presenciado por dos mil kilómetros de abarrotada cinta móvil, y su estómago se encogió.

Ante la sorpresa de Blekinsop, Gaines no hizo ningún esfuerzo para acudir en ayuda de los caídos ni para calmar a la asustada multitud, sino que giró un inexpresivo rostro hacia el restaurante. Cuando Blekinsop vio que se disponía a volver a él, tiró de su manga.

- ¿Acaso no vamos a auxiliar a esa pobre gente?

Los fríos planos del rostro del hombre que le respondió no se parecían en absoluto a los del jovial y dinámico anfitrión de unos pocos minutos antes.

- No. Ya los auxiliarán los demás... Tengo que pensar en toda la carretera. No me moleste.

Abrumado y algo indignado, el político hizo lo que se le ordenaba. Racionalmente, comprendió que el Ingeniero Jefe estaba en lo cierto, un hombre responsable de la seguridad de millones no puede desviarse de sus obligaciones para acudir en ayuda de una sola persona, pero el frío distanciamiento de este punto de vista le repugnaba.

Gaines estaba ya de vuelta en el restaurante.

- Señora McCoy, ¿dónde está su salida de emergencia?

- En el almacén, señor.

Gaines se apresuró hacia allá, con Blekinsop a sus talones. Un nervioso camarero filipino se apartó para dejarles pasar mientras recogía del suelo una ración de verdura precocinada y la volvía a dejar en su sitio. Directamente encima de su cabeza y al alcance de su mano había una compuerta circular, contrapesada y accionada por un volante situado en su centro. Una corta escalerilla de acero, colgada del borde de la abertura, estaba sujeta al techo y asegurada con un pasador.

Blekinsop perdió su sombrero en su prisa por encaramarse a la escalera detrás de Gaines. Cuando salieron al tejado del edificio, Gaines estaba examinando el techo de la carretera con una linterna. Avanzaba inclinado, moviéndose dificultosamente en el metro y medio de espacio existente entre el tejado del edificio y el techo de la carretera.

Encontró lo que buscaba a unos quince metros de distancia... otra compuerta parecida a la que habían utilizado para subir. Hizo girar el volante y se puso en pie en la abertura, apoyó las manos en los lados y se izó con un solo movimiento al techo de la carretera. Su compañero lo siguió con algo más de dificultad.

Se pusieron en pie en medio de la oscuridad, con una fina y fría lluvia azotándoles el rostro. Pero bajo sus pies, y extendiéndose hasta perderse de vista por ambos lados, las pantallas solares brillaban con una débil radiación opalescente, con su ligero porcentaje de ineficiencia en transformar la energía radiante del sol en electricidad útil evidenciado en forma de una débil fosforescencia. El efecto resultante no era de iluminación, sino más bien como el fantasmagórico resplandor de una llanura nevada vista a la luz de las estrellas.

El débil resplandor les indicó el camino que debían seguir para alcanzar la pared oscurecida por la lluvia de los edificios que bordeaban la carretera. El camino era una estrecha cinta negra que se curvaba en la oscuridad, siguiendo la suave curva del techo. Siguieron aquel camino a paso vivo, tan rápido como les permitían la oscuridad y el resbaladizo suelo, mientras Blekinsop seguía mentalmente perplejo ante el problema de la aparente cruel indiferencia de Gaines. Aunque poseía una aguda inteligencia, su naturaleza estaba dominada por una cálida y humana simpatía, sin la cual ningún político, independientemente de sus otras virtudes o defectos, puede triunfar a la larga.

Debido a este rasgo desconfiaba instintivamente de todas aquellas mentes que se dejaban guiar únicamente por la lógica. Se daba cuenta de que, desde el punto de vista de la estricta lógica, no podía deducirse ningún caso razonable de la continuada existencia de la raza humana, y mucho menos de los valores humanos a los que él servía.

Si hubiera sido capaz de penetrar el muro de preocupación de su compañero, se hubiera sentido más tranquilo. En la superficie, la mente excepcionalmente inteligente de Gaines trabajaba con la facilidad de un integrador electrónico... archivando datos para posterior uso, formando decisiones tentativas, posponiendo juicios sin prejuzgar nada hasta que los datos necesarios estuvieran a su disposición, explorando alternativas. Bajo su superficie, en un compartimento aislado por una firme autodisciplina del activo teatro de su mente, sus emociones eran una torturante tormenta de autorreproches. Sentía un agudo dolor en su corazón por el sufrimiento que había presenciado, y que sabía se había repetido muchas otras veces más arriba y más abajo de aquel lugar. Aunque no podía culparse de ninguna omisión personal, sentía que de todos modos la culpa era en cierto modo suya, puesto que la autoridad crea responsabilidad.

Había soportado durante demasiado tiempo el sobrehumano peso de gobernar la nave - que ninguna mente sana puede llevar a la ligera -, y en este momento se hallaba peligrosamente cerca de aquel estado mental que lleva a los capitanes a hundirse con sus barcos. Tan sólo la necesidad de una acción inmediata y constructiva le sostenía.

Pero ningún rastro de aquel conflicto interno afloraba a su rostro.

En la pared de los edificios brillaba una línea verde de flechas, señalando a la izquierda. Sobre ellas, al final del estrecho sendero, había un letrero: «BAJADA». Siguieron la señal, con Blekinsop resoplando detrás de Gaines, hasta una puerta en la pared que conducía a una estrecha escalera iluminada por un solo tubo. Gaines inició el descenso seguido por su compañero, y emergieron a la atestada, ruidosa, estacionaria acera contigua a la carretera del norte.

Inmediatamente al lado de la acera, a la derecha, había una cabina pública de televideo. A través de la puerta de glasita podían ver a un robusto y bien vestido hombre hablando seriamente con su equivalente femenino, reflejado en la pantalla del visor. Otros tres ciudadanos aguardaban fuera de la cabina.

Gaines pasó ante ellos, abrió la puerta, agarró al sorprendido e indignado hombre por las solapas y lo echó fuera, cerrando bruscamente la puerta tras él. Borró la pantalla del visor con un gesto de la mano, antes de que la matrona reflejada en ella pudiera protestar, y pulsó el botón de emergencia - prioridad.

Disco su número cifrado particular, y pocos instantes después se hallaba frente al turbado rostro de su Ingeniero de Guardia, Davidson.

- ¡Informe!

- ¡Es usted, Jefe! ¡Gracias a Dios! ¿Dónde está? - el alivio de Davidson era patético.

- ¡Informe!

El Oficial de Guardia reprimió su emoción e informó con rápidas y precisas frases:

- A las siete y nueve p.m. la tensión de la cinta veinte, sector de Sacramento, aumentó bruscamente. Antes de que se pudiera emprender ninguna acción, la tensión en la cinta veinte superó el nivel de emergencia; los sistemas de seguridad actuaron, y el envío de energía fue suspendido. Se ignoran las causas del fallo. No se ha podido establecer comunicación directa con la oficina de control de Sacramento. No responden ni en la línea auxiliar ni en la comercial. Siguen los esfuerzos para restablecer la comunicación. Se ha enviado un mensajero desde el Subsector Diez de Stockton.

»No han sido informadas víctimas. Estamos transmitiendo un aviso a través del circuito público para que la gente no se acerque a la cinta diecinueve. Se ha iniciado la evacuación.

- Hay víctimas - interrumpió Gaines -. Avise a la policía y a los hospitales. ¡Aprisa!

- ¡Sí, señor! - Davidson chasqueó los dedos hacia atrás por encima de su hombro... pero su Cadete Oficial de Guardia ya se había precipitado a cumplir las órdenes -. ¿Detengo el resto de la

carretera, Jefe?

- No. No es probable que haya más víctimas tras los primeros accidentes. Mantenga los avisos por radio. Mantenga las demás cintas rodando, o de otro modo tendremos un embotellamiento tal de tráfico que ni el diablo será capaz de arreglarlo. - Gaines tenía en mente la imposibilidad de volver a poner en marcha las cintas con todo aquel peso encima. Los rotores no tenían la suficiente fuerza para ello. Si se detenía toda la carretera, tendrían que evacuarla cinta por cinta, reparar la avería de la cinta veinte, volver a poner en marcha todas las cintas, hasta que alcanzaran sus correspondientes velocidades, y luego volver a meter todo el tráfico en ellas. Mientras tanto, más de cinco millones de desamparados pasajeros crearían un tremendo problema de orden. Era más sencillo evacuar a los pasajeros de la cinta veinte por el techo, y hacer que regresaran a sus casas por las restantes cintas -. Notifique al Alcalde y al Gobernador que he asumido poderes excepcionales ante la emergencia. Haga lo mismo con el Jefe de Policía y póngalo a sus órdenes. Dígale al Comandante que arme a todos los cadetes disponibles y espere órdenes. ¡Aprisa!

- Sí, señor. ¿Debo llamar a los técnicos que no están de guardia?

- No. No se ha tratado de un fallo técnico. Échele una mirada a sus cifras; todo el sector se detuvo a la vez... Alguien paró manualmente los rotores. Diga a los técnicos fuera de

servicio que estén preparados... pero no los arme ni los mande ahí abajo. Dígale al Comandante que envíe a todos los cadetes veteranos disponibles a la Oficina número diez del Subsector de Stockton y que se presenten ante mí. Los quiero equipados con porras, pistolas y bombas soporíferas.

- Sí, señor. - Un auxiliar se inclinó sobre el hombro de Davidson y le dijo algo al oído -. El Gobernador quiere hablarle, Jefe.

- Ahora no puedo... y usted tampoco. ¿Quién es su relevo? ¿Lo ha hecho llamar?

- Hubbard... acaba de llegar.

- Dígale que hable él con el Gobernador, el Alcalde, la prensa... cualquiera que llame... incluso la Casa Blanca. Usted siga de guardia. Voy a cortar la comunicación. Volveré a comunicarme tan pronto como localice un coche de reconocimiento. - Estaba fuera de la cabina casi antes de que la pantalla se apagara.

Blekingsop no se atrevió a hablar, limitándose a seguirle hasta que alcanzaron la cinta de los treinta kilómetros que se dirigía al norte. Allí, Gaines se detuvo poco antes del paravientos, se giró, y fijó los ojos en la pared al otro lado de la acera estacionaria. Vio algún letrero o señal, no aparente para su compañero, y regresó a la acera en un rápido zigzag, tan rápido que Blekingsop fue arrastrado unos treinta metros antes de poder seguirle, y casi estuvo a punto de perderle cuando Gaines cruzó una puerta y bajó a largas zancadas unas escaleras.

Fueron a desembocar en una estrecha acera inferior, «ahí abajo». El estrépito los ensordecía, rebotaba en sus cuerpos y en sus oídos. Confusamente, Blekingsop vio lo que les rodeaba mientras trataba de hacer frente a aquel muro de sonido. Frente a él, iluminado por el amarillo monocromo de un arco de sodio, había uno de los rotores que impulsaban la cinta de ocho kilómetros, con su enorme armadura en forma de tambor girando lentamente en torno a la estacionaria bobina de campo que había en su núcleo. La superficie superior del tambor hacía presión contra el lado inferior de la cinta rodante y le comunicaba su movimiento constante.

A derecha e izquierda, a una distancia de cien metros a cada lado, y más allá a intervalos similares, tan lejos como alcanzaba la vista, había otros rotores. En los espacios intermedios entre los rotores había rodillos más delgados, tan juntos unos de otros que parecían cigarrillos en una caja, a fin de que la cinta tuviera un soporte de rodadura continuo. Los rodillos eran sostenidos por vigas en forma de arco, entre los cuales podía verse hilera tras hilera de rotores en vertiginosa sucesión, con cada una de las hileras girando más aprisa que la anterior.

Separado del estrecho pasillo por una hilera de columnas de acero, y siguiendo una dirección paralela a él al otro lado de los rotores, corría una acera pavimentada poco profunda, unida al pasillo en aquel punto por una rampa. Gaines miró arriba y abajo de aquella especie de túnel, con evidente disgusto. Blekingsop empezó a preguntarle qué era lo que le preocupaba, pero su voz quedó ahogada por el ruido. No podía hacerse entender por encima del rugir de cientos de rotores y el chirrido de cientos de miles de rodillos.

Gaines vio que movía los labios y adivinó la pregunta. Hizo copa con sus manos en torno a la oreja derecha de Blekingsop y gritó:

- No hay ningún coche... esperaba encontrar un coche aquí.

El australiano, deseando ser útil, tiró a Gaines del brazo y señaló un lugar entre la jungla de maquinaria. Gaines siguió con la mirada la dirección que le indicaba y vio algo que antes le había pasado desapercibido en su preocupación: media docena de hombres trabajando en torno a un rotor a varias cintas de distancia. Habían desprendido el rotor hasta que ya no estaba en contacto con la superficie inferior de la carretera, y se estaban preparando para reemplazarlo en su totalidad. El rotor de repuesto estaba en un camión bajo y pesado.

El Ingeniero Jefe le dirigió una breve sonrisa de agradecimiento y dirigió su linterna al grupo, enfocando su rayo hasta convertirlo en una fina e intensa aguja de luz. Uno de los técnicos levantó la vista, y Gaines encendió y apagó la luz en un código establecido. Una figura se separó del grupo y echó a correr hacia ellos.

Era un joven delgado, vestido con un mono y con la cabeza cubierta por un incongruente casco de orejeras con galones dorados e insignias. Reconoció al Ingeniero Jefe y saludó, con rostro serio y concentrado.

Gaines se metió la linterna en el bolsillo y empezó a gesticular rápidamente con ambas manos... gestos claros y precisos, tan complejos e incomprensibles como el lenguaje por señas de los sordomudos. Blekinsop rebuscó en sus conocimientos de aficionado a la antropología y decidió que era bastante parecido al lenguaje de signos de algunas tribus indias americanas, con algunos de los movimientos digitales de los huía. Pero resultaba de todos modos absolutamente extraño, ya que había sido adaptado a una terminología muy particular.

El cadete respondió del mismo modo, se dirigió al borde de la acera inferior, y enfocó su linterna hacia el sur. Iluminó un coche, aún algo lejos, pero que se acercaba a bastante velocidad. Frenó y finalmente se detuvo ante ellos.

Era un pequeño artefacto de forma ovoide, apoyado sobre dos ruedas centrales. La parte delantera superior giró hacia arriba y mostró al conductor, otro cadete. Gaines se dirigió brevemente a él en el lenguaje de los signos, y luego empujó a Blekinsop hacia el exiguo compartimento para pasajeros.

Mientras la cubierta de glasita giraba de nuevo para volver a ocupar su lugar, una ráfaga de viento los azotó, y el australiano miró hacia arriba a tiempo para ver al último de tres vehículos mucho más grandes pasar rápidamente junto a ellos. Se dirigían hacia el norte, a una velocidad no inferior a los trescientos kilómetros por hora. Blekinsop creyó haber visto las pequeñas gorras de los cadetes a través de las ventanas del último de los tres, pero no podía asegurarlo.

No tuvo tiempo de pensar al respecto, tan violenta fue la arrancada del conductor. Gaines ignoró la rápida aceleración; ya estaba llamando a Davidson por el comunicador. El cerrado vehículo procuraba un relativo silencio. El rostro de una operadora femenina de la estación transmisora apareció en la pantalla.

- ¡Póngame con Davidson... el Oficial de Guardia!

- ¡Oh! ¡Es usted, señor Gaines! El Alcalde desea hablar con usted, señor Gaines.

- Ya le llamaré... ahora póngame con Davidson. ¡Aprisa!

- ¡Sí, señor!

- Y escuche bien... deje este circuito conectado permanentemente con la oficina de Davidson hasta que yo personalmente le diga que lo desconecte.

- De acuerdo. - Su rostro fue sustituido por el del Oficial de Guardia.

- ¿Es usted, Jefe? Seguimos moviéndonos... el progreso es correcto... no hay ningún cambio.

- Muy bien. Podrá localizarme en este circuito, o en la Oficina diez del Subsector. Nada más por ahora. - El rostro de Davidson fue sustituido por el de la operadora.

- Le llama su esposa, señor Gaines. ¿Le pongo con ella?

Gaines murmuró algo no excesivamente galante y respondió:

- Sí.

La señora Gaines apareció en la pantalla. Él empezó a hablar antes de que ella pudiera abrir la boca.

- Querida estoy bien no te preocupes volveré a casa apenas haya terminado con todo lo que tengo que hacer. - Pronunció toda la frase sin tomar aliento, y luego giró el botón que apagaba la pantalla.

Frenaron bruscamente frente a la escalera que conducía a la oficina de guardia del Subsector Diez, y salieron rápidamente. Tres enormes plataformas eran arrastradas

rampa arriba, y tres pelotones de cadetes estaban alineados en inquietas filas frente a ellas.

Un cadete trotó hacia Gaines y saludó.

- Lindsay, señor... Ingeniero Cadete de Guardia. El Ingeniero de Guardia solicita que acuda usted inmediatamente a la oficina de control.

El Ingeniero de Guardia levantó la vista cuando entraron.

- Jefe... Van Kleeck le llama.

- Póngame con él.

Cuando Van Kleeck apareció en el gran visor, Gaines lo saludó amistosamente.

- Hola, Van. ¿Dónde estás?

- En la Oficina de Sacramento. Ahora escucha...

- ¿Sacramento? ¡Estupendo! Informa.

Van Kleeck parecía irritado.

- ¡Al infierno el informe! Ya no soy tu ayudante, Gaines. Ahora tú...

- ¿De qué diablos estás hablando?

- Escucha y no me interrumpas, y lo sabrás todo. Estás atrapado, Gaines. He sido nombrado Director del Comité Provisional de Control para el Nuevo Orden.

- Van, ¿te has vuelto loco? ¿Qué quieres decir con eso de... del Nuevo Orden?

- Pronto lo sabrás. Se trata de la revolución funcionalista. Nosotros entramos; tú sales. Hemos detenido la cinta veinte tan sólo para darte una pequeña prueba de lo que podemos hacer.

La Función Concerniente: Tratado del Orden Natural en la Sociedad, la biblia del movimiento funcionalista, fue publicada por primera vez en 1930. Pretendía ser una teoría científica perfecta de las relaciones sociales. Su autor, Paul Decker, rechazaba las «gastadas y fútiles» ideas de la democracia y de la igualdad humana, y las sustituía por un sistema en el cual los seres humanos eran evaluados «funcionalmente», es decir, según el rol que cada uno de ellos desempeñaba en el conjunto económico. La tesis subyacente era que resultaba correcto y adecuado el que un hombre ejerciese sobre sus semejantes todo el poder inherente a su función, y que cualquier otra forma de organización social era estúpida, visionaria y contraria al «orden natural».

La completa interdependencia de la moderna vida económica pareció habersele escapado completamente.

Estas ideas estaban arrojadas con una verbosa pseudopsicología mecanística basada en los órdenes de precedencia observados entre las aves de corral y en el famoso reflejo condicionado de Pavlov sobre los perros. Fallaba al no tener en cuenta que los seres humanos no son ni perros ni pollos. El viejo doctor Pavlov lo ignoró completamente, como ignoró a tantos otros que ciegamente y de forma nada científica dogmatizaron sobre el significado de sus importantes, pero estrictamente limitados, experimentos.

El funcionalismo no arraigó inmediatamente... durante los años treinta casi todo el mundo, desde los conductores de camión hasta las dependientas de una sombrerería, tenía una idea para enderezar el mundo en seis sencillas lecciones; y un sorprendente porcentaje consiguió ver publicadas sus ideas. Pero se fue extendiendo gradualmente. El funcionalismo se hizo particularmente popular entre los pobres diablos que llegaron a persuadirse a sí mismos de que sus respectivas profesiones eran las indispensables y que, en consecuencia, según el «orden natural», estaban en la cima. Con tantas funciones distintas que eran realmente indispensables, tal autopersuasión era sencilla.

Gaines se quedó mirando unos instantes a Van Kleeck antes de responder.

- Van - dijo lentamente -, ¿piensas realmente que podrás salir adelante con esto?

El hombrecillo hinchó el pecho.

- ¿Por qué no? Ya hemos salido adelante. No podrás poner en marcha la cinta veinte hasta que yo te deje, y puedo detener toda la carretera si es necesario.

Gaines empezaba a darse cuenta con desasosiego de que estaba enfrentándose a un orgullo irrazonable, y apeló a toda su paciencia.

- Seguro que puedes, Van... pero ¿y el resto del país? ¿Crees que el Ejército de los Estados Unidos va a permanecer quieto dejándote que tú gobiernes California como tu reino particular?

Van Kleeck adoptó una expresión astuta.

- Lo tengo todo planeado. Acabo de radiar un manifiesto dirigido a todos los técnicos de carreteras de la nación, diciéndoles lo que hemos hecho, y pidiéndoles que se unan a nosotros en reclamación de nuestros derechos. Cuando todas las carreteras de la nación estén paradas, y la gente empiece a sentir hambre, estoy seguro de que el Presidente se lo pensará dos veces antes de enviar al ejército contra nosotros. Oh, puede enviar sus fuerzas a capturarme o a matarme, ¡no tengo miedo a morir!, pero no se atreverá a disparar contra todos los técnicos, porque el país no puede seguir sin nosotros... así que tendrá que seguir con nosotros... ¡bajo nuestras condiciones!

Había una muy amarga verdad en lo que decía. Si el alzamiento de los técnicos de carreteras se hacía general, el gobierno no podía ni soñar con sofocarlo por la fuerza, sería como si un hombre quisiera curarse un dolor de cabeza saltándose la tapa de los sesos. Pero, ¿sería general el alzamiento?

- ¿Por qué piensas que los técnicos del resto de la nación van a seguirte?

- ¿Por qué no? Es el orden natural de las cosas. Ésta es la era de las máquinas; el auténtico poder reside en todos lados en los técnicos, pero han sido inducidos a no utilizar su poder con un montón de obsoletas frases hechas. Y de todas las clases de técnicos, la más importante, la absolutamente esencial, es la de los técnicos de carreteras. A partir de ahora ellos serán los que lo dirijan todo... ¡es el orden natural de las cosas! - Se giró por un instante, revolviendo entre los papeles que tenía en el escritorio frente a él, Y luego añadió -: Esto es todo por ahora, Gaines... tengo que llamar a la Casa Blanca para que el Presidente sepa cómo están las cosas. Cuídate y no hagas nada, y nada te pasará.

Gaines permaneció inmóvil durante algunos minutos después de que la pantalla se apagara. De modo que era eso. Se preguntó qué efecto, si es que había producido alguno, habría tenido la invitación de Van Kleeck de que todos los demás técnicos de carreteras se le unieran. Ninguno, pensó... aunque nunca hubiera imaginado que algo así pudiera ocurrir entre sus propios técnicos. Quizás había cometido un error negándose a perder tiempo hablando con nadie fuera de la carretera. No... si se hubiera detenido a hablar con el Gobernador, o con los periodistas, aún estaría hablando con ellos. Sin embargo...

Disco el número de Davidson.

- ¿Algún problema con los demás sectores, Dave?

- No, Jefe.

- ¿Y en las demás carreteras?

- Ningún informe al respecto.

- ¿Ha oído mi conversación con Van Kleeck?

- Tenía el aparato conectado... sí.

- Bien. Diga a Hubbard que llame al Presidente y al Gobernador y que les diga que me opongo drásticamente al uso de la fuerza militar en tanto que los disturbios se limiten a esta carretera. Que les diga también que no me haré responsable de lo que pueda pasar si ellos hacen algo sin que yo les haya solicitado su ayuda.

Davidson parecía dubitativo.

- ¿Cree que es prudente, Jefe?

- Lo creo. Si intentamos echar por la fuerza de sus posiciones a Van y a sus fanáticos, podemos provocar un auténtico desastre nacional. Además, puede inutilizar la carretera de tal modo que ni siquiera Dios sería capaz de volver a ponerla en marcha. ¿Qué tonelaje está rodando ahora?

- El cincuenta y tres por ciento del máximo nocturno.

- ¿Cómo va la cinta veinte?

- Casi totalmente evacuada.

- Magnífico. Procure despejar de todo tráfico la carretera lo antes que pueda. Será mejor que el Jefe de Policía sitúe una guardia en todas las entradas de la carretera para impedir que entre nuevo tráfico. Van puede detener todas las cintas en cualquier momento... o yo mismo puedo verme obligado a hacerlo. Éste es mi plan: me quedaré «ahí abajo» con estos cadetes armados. Nos dirigiremos hacia el norte, venciendo cualquier resistencia que encontremos. Arregle las cosas para que los técnicos de guardia y las brigadas de mantenimiento nos sigan inmediatamente detrás. Cada rotor, tan pronto como lleguen a él, será desconectado, e inmediatamente conectado de nuevo al tablero de control de Stockton. Va a ser algo arriesgado, sin circuitos intermedios de seguridad, así que utilice a todos los técnicos de guardia disponibles capaces de resolver los problemas antes de que se produzcan.

»Si este plan resulta, podremos arrebatárle el control al Sector de Sacramento en las propias narices de Van, y él podrá quedarse en su oficina de control de Sacramento hasta que el hambre le obligue a mostrarse razonable.

Cortó la comunicación y se giró hacia el Ingeniero de Guardia del Subsector.

- Edmunds, proporcióneme un casco... y una pistola.

- Sí, señor. - Abrió una gaveta, y tendió a su jefe un arma ligera pero de aspecto mortífero. Gaines la sujetó a su cinturón y tomó el casco que le tendían, encasquetándose pero dejando las orejeras antirruídos vueltas hacia arriba. Blekinsop carraspeó.

- ¿Podría... esto... podría obtener yo también uno de estos cascos? - preguntó.

- ¿Qué? - Gaines centró su atención -. Oh... No lo va a necesitar, señor Blekinsop. Quiero que se quede aquí hasta que vuelva a tener noticias mías.

- Pero... - el hombre de Estado australiano empezó a hablar, se lo pensó mejor, y aceptó.

Desde el umbral, el Ingeniero Cadete de Guardia llamó la atención del Ingeniero Jefe.

- Señor Gaines, hay aquí un técnico que insiste en verle... un hombre llamado Harvey.

- No puedo atenderle.

- Pertenece al Sector de Sacramento, señor.

- Oh... déjelo pasar.

Harvey comunicó rápidamente a Gaines todo lo que había visto y oído en el mitin de la hermandad de aquella tarde.

- Me disgusté y me fui cuando aún seguían diciendo tonterías, Jefe. No volví a pensar en ello hasta que la veinte dejó de rodar. Entonces oí que el problema estaba en el Sector de Sacramento, y decidí acudir a verle.

- ¿Cuánto tiempo hace que empezó a fraguarse todo esto?

- Supongo que hace bastante tiempo. Usted ya sabe cómo son estas cosas... en todas partes hay unos cuantos exaltados, y un montón de ellos son funcionalistas. Pero uno no puede negarse a trabajar con un hombre por el hecho de que éste tenga distintas opiniones políticas. Éste es un país libre.

- Tendría que haber venido a contarme todo esto antes, Harvey. - Harvey permaneció impasible. Gaines estudió su rostro -. No, quizá tenga usted razón. Es responsabilidad mía el controlar a sus compañeros, no suya. Como dice usted, éste es un país libre. ¿Alguna otra cosa?

- Bueno... ahora que las cosas han llegado donde han llegado, pienso que tal vez podría ayudarle a echarle el lazo a los cabecillas.

- Gracias. Venga conmigo. Vamos a ir «ahí abajo» a ver si arreglamos algo esto.

La puerta de la oficina se abrió bruscamente y aparecieron un técnico y un cadete, llevando un bulto entre ambos. Lo depositaron en el suelo y aguardaron.

Era un hombre joven, y evidentemente estaba muerto. La pechera de su mono estaba empapada de sangre. Gaines miró al oficial de guardia.

- ¿Quién es?

- El Cadete Hughes... es el mensajero que envié a Sacramento cuando se interrumpieron las comunicaciones. Al no recibir su informe envié a Marston y al Cadete Jenkins a buscarle.

Gaines murmuró algo para sí mismo y se giró.

- Venga conmigo, Harvey.

Los cadetes que aguardaban abajo tenían una expresión sombría. Gaines observó que la juvenil excitación había sido reemplazada por algo mucho más desagradable. Había mucho intercambio de señales con las manos, y algunos comprobaron las cargas de sus pistolas.

Los contempló, y luego hizo una seña al jefe de cadetes. Hubo un breve intercambio de señales. El cadete saludó, se giró hacia sus hombres, gesticuló brevemente, y bajó con rapidez el brazo. Subieron en fila las escaleras y penetraron en un habitación vacía, seguidos por Gaines.

Una vez dentro, y cuando el ruido se hubo acallado, se dirigió a ellos:

- Habéis visto a Hughes... ¿cuántos de vosotros desean tener la oportunidad de liquidar al canalla que lo hizo?

Tres de los cadetes reaccionaron casi al unísono, rompiendo filas y dando un paso al frente. Gaines los miró fríamente.

- Muy bien. Vosotros tres devolved vuestras armas y regresad a vuestros acuartelamientos. Si alguno de los demás piensa que esto es una venganza personal o una partida de caza, puede unirse a ellos. - Dejó que un corto silencio se adueñara de la estancia antes de continuar -. El Sector de Sacramento se halla en manos de personal no autorizado. Vamos a recuperarlo... si podemos, sin efusión de sangre por ninguna de las dos partes y, si es posible, sin detener las carreteras. El plan consiste en apoderarnos del control desde «ahí abajo», rotor por rotor, y cruzar la conexión a través de Stockton. La tarea asignada a este grupo es dirigirse hacia el norte por «ahí abajo», localizando y reduciendo a todas las personas a su paso. Tenéis que haceros a la idea de que probablemente la mayoría de las personas a las que tendréis que arrestar serán completamente inocentes. En consecuencia, emplead preferentemente bombas soporíferas, y tirad a matar tan sólo como último recurso.

«Cadete Capitán, divida a sus hombres en escuadras de a diez, cada una de ellas con un jefe de escuadra. Cada escuadra formará una patrulla a lo largo de «ahí abajo», montada en escarabajos peloteros, y se dirigirá hacia el norte a veinticinco kilómetros por hora. Deje un intervalo de cien metros entre las sucesivas oleadas de patrulleros. Cuando se aviste a un hombre, todos los cadetes convergiran hacia él, lo arrestarán, y lo entregarán a un coche de transporte que aguardará hasta la última oleada. Asignará los coches que los han traído hasta aquí para la recogida de prisioneros. Dé instrucciones a los conductores para que se mantengan al nivel de la segunda oleada.

«Asignará a un grupo de ataque para que recapture las oficinas de control del subsector, pero no se atacará ninguna oficina hasta que su subsector haya sido reconectado con Stockton. Disponga las comunicaciones de acuerdo con esto.

«¿Alguna pregunta? - recorrió con la mirada los rostros de los jóvenes. Cuando comprobó que ninguno decía nada, se giró hacia el cadete que los mandaba -. Bien, señor. ¡Ejecute mis órdenes!

Cuando estuvieron adoptadas las últimas disposiciones, los técnicos habían llegado en masa, y Gaines dio sus instrucciones al ingeniero encargado. Los cadetes permanecían «a caballo» en sus aún inmóviles escarabajos peloteros. El Cadete Capitán miraba expectante a Gaines. Éste asintió, el cadete bajó rápidamente su brazo, y la primera oleada se puso en marcha.

Gaines y Harvey montaron en otros escarabajos peloteros, manteniéndose a la altura del Capitán Cadete, a unos veinticinco metros detrás de la primera oleada. Hacía mucho tiempo que el Ingeniero Jefe no montaba en uno de aquellos pequeños vehículos de ridícula apariencia, y se sentía algo torpe. Un escarabajo pelotero no le proporciona a un hombre ninguna dignidad, ya que tiene más o menos la forma y el tamaño de un taburete de cocina, giroestabilizado sobre una única rueda. Pero está perfectamente adaptado a patrullar por entre la maraña de maquinaria de «ahí abajo», puesto que puede pasar por una abertura no más ancha que los hombros de una persona, es fácil de controlar, y se mantiene pacientemente equilibrado sobre su rueda, aguardando, si su jinete desmonta.

El pequeño coche de reconocimiento seguía a Gaines a corta distancia, zigzagueando entre los rotores, mientras la televisión y el audicomunicador instalados en su interior seguían siendo el enlace de Gaines con sus otras muchas responsabilidades.

Los primeros doscientos metros del Sector de Sacramento transcurrieron sin ningún incidente, hasta que uno de los patrulleros divisó un escarabajo pelotero parado junto a un rotor. El técnico estaba examinando los indicadores de la base del rotor, y no se dio cuenta de su aproximación. Iba desarmado y no ofreció resistencia, pero pareció sorprendido e indignado, casi tanto como azarado.

El pequeño grupo de comando se dirigió hacia atrás y permitió que la nueva oleada tomara la cabeza.

Cinco kilómetros después se había arrestado ya a treinta y siete hombres, sin tener que matar a ninguno. Dos de los cadetes habían recibido heridas de escasa consideración, y se les ordenó retirarse. Sólo cuatro de los prisioneros iban armados, y uno de ellos fue identificado sin lugar a dudas por Harvey como uno de los cabecillas. Harvey manifestó su deseo de intentar hablar con los rebeldes, si se presentaba la ocasión. Gaines aceptó en principio. Conocía la larga y honorable hoja de servicios de Harvey como jefe obrero, y estaba dispuesto a intentar cualquier cosa que ofreciera una posibilidad de éxito con un mínimo de violencia.

Poco después la primera oleada capturó a otro técnico. Se encontraba en el extremo más alejado de un rotor; estuvieron casi junto a él antes de que se diera cuenta de nada. No hizo intención de resistirse, a pesar de ir armado, y el incidente no hubiera tenido importancia de no ser que el hombre estaba hablando por un teléfono portátil que había conectado a la base telefónica existente en la parte inferior del rotor.

Gaines alcanzó al grupo mientras se estaba efectuando la captura. Arrancó la blanda mascarilla de goma del teléfono con un tirón tan fuerte que notó el brutal choque de la dura base del receptor contra los dientes del hombre. El prisionero escupió un trozo de diente roto y le miró ferozmente, pero ignoró todas las preguntas que le hicieron.

Pese a la rapidez con que había actuado Gaines, lo más probable era que hubieran perdido la ventaja de la sorpresa. Había que suponer que el prisionero había logrado informar del ataque que estaban efectuando bajo las cintas. Se pasó la orden a la primera línea de que se incrementasen las precauciones.

El pesimismo de Gaines se justificó rápidamente. Conduciendo hacia ellos apareció un grupo de hombres, a más de cien metros de distancia. Al menos eran una veintena, aunque su número exacto no podía determinarse, pues aprovechaban los rotores para cubrirse en su avance. Harvey miró a Gaines, que asintió, e indicó al Capitán Cadete que ordenara alto a sus fuerzas.

Harvey avanzó, desarmado, las manos levantadas por encima de su cabeza, y conservando el equilibrio con el peso de su cuerpo. La partida de rebeldes disminuyó tentativamente la velocidad, y finalmente se detuvo. Harvey se acercó hasta una decena de metros de ellos y se detuvo también. Uno de ellos, aparentemente el jefe, le habló por señas, y él respondió.

Estaban demasiado lejos y la luz amarilla era demasiado débil como para poder seguir la discusión. Prosiguió durante varios minutos, y luego se produjo una pausa. El jefe

parecía inseguro sobre lo que debía hacer. Uno del grupo se adelantó hacia él, metió su pistola en la funda y conversó con el jefe. Éste agitó la cabeza ante los violentos gestos del hombre.

El hombre insistió en su argumentación, pero recibió la misma respuesta negativa. Con un gesto final de disgusto con las manos desistió, sacó su pistola y disparó contra Harvey. Harvey se llevó las manos al estómago y se inclinó hacia delante. El hombre disparó de nuevo; Harvey se estremeció y cayó al suelo.

El Capitán Cadete le tomó a Gaines la delantera. El asesino alzaba la mirada cuando la bala lo alcanzó. Pareció como asombrado ante algo imprevisto... estaba muerto antes de darse cuenta de ello.

Los cadetes avanzaron disparando. Aunque la primera oleada era superada al menos por dos a uno, les ayudaba la comparativa desmoralización del enemigo. Las probabilidades estaban casi equilibradas incluso después de la primera descarga. Menos de treinta segundos después del primer disparo a traición, todos los componentes de la partida rebelde estaban muertos, heridos o bajo arresto. Las pérdidas de Gaines eran dos muertos (incluido el asesinato de Harvey) y dos heridos.

Gaines modificó su táctica para adaptarla a las nuevas condiciones. Ahora que el secreto había desaparecido, la velocidad y la contundencia eran lo más importante. La segunda oleada recibió instrucciones de mantenerse prácticamente tras las ruedas de la primera. La tercera oleada avanzó hasta situarse a veinticinco metros de la segunda. Estas tres primeras oleadas tenían que ignorar a los hombres desarmados, dejando ese trabajo a la cuarta oleada, pero recibieron órdenes de disparar contra cualquier persona que llevara armas.

Gaines les advirtió que dispararan a herir antes que a matar, pero se dio cuenta de que esta advertencia era casi imposible de obedecer. Habría muertos. Bien... él no lo había deseado así, pero comprendía que no había otra elección. Cualquier rebelde armado era un asesino potencial... por el bien de sus propios hombres no podía exigirles demasiadas restricciones.

Cuando se hubieron hecho los arreglos para proseguir la marcha, indicó por señas al Capitán Cadete que avanzara de nuevo, y la primera y segunda oleadas partieron a la máxima velocidad de que eran capaces los escarabajos peloteros... no más de veinticinco kilómetros por hora. Gaines los siguió.

Tuvo que hacer una finta para evitar el cuerpo de Harvey, mirándole involuntariamente al pasar. El rostro tenía un feo aspecto amarillento bajo el arco de sodio, pero había quedado congelado en una mascarilla funeraria de áspera belleza donde resaltaba la dura fibra del carácter del hombre muerto. Al ver aquello, Gaines no lamentó tanto la orden de disparar, pero la profunda sensación de haber perdido su honor personal lo abrumó más que antes.

Pasaron a varios técnicos durante los siguientes cinco minutos, pero con ninguno de ellos hubo necesidad de disparar. Gaines empezaba a pensar, algo esperanzado, en una victoria con una razonable efusión de sangre, cuando advirtió un cambio en la penetrante palpitación de las máquinas, que atravesaba incluso las gruesas orejeras antirruídos de su casco. Levantó una de ellas a tiempo para oír el estertor del rugir cuando los rotores y los rodillos disminuyeron su velocidad y finalmente se pararon.

La carretera se había detenido.

- ¡Alto los hombres! - le gritó al Capitán Cadete. Sus palabras resonaron con un sonido hueco en medio del irreal silencio.

La cubierta del coche de reconocimiento se alzó mientras él se giraba y echaba a correr hacia él.

- ¡Jefe! - llamó el cadete desde su interior -, le llama la estación de enlace.

La muchacha en la pantalla del visor dejó su sitio a Davidson tan pronto como reconoció el rostro de Gaines.

- Jefe - dijo inmediatamente a Gaines -, Van Kleeck le llama.

- ¿Quién ha parado la carretera?

- Él lo ha hecho.

- ¿Ha habido algún otro cambio importante en la situación?

- No... la carretera estaba casi vacía cuando la paró.

- Bien. Póngame con Van Kleeck.

El rostro del jefe de los conspiradores estaba lívido de ira cuando identificó a Gaines. Habló precipitadamente.

- ¡Aja! Pensaste que estaba bromeando, ¿eh? ¿Qué es lo que piensas ahora, señor Ingeniero Jefe Gaines?

Gaines contuvo su impulso de decirle exactamente qué era lo que pensaba, particularmente acerca de Van Kleeck. Todo en los modales del hombrecillo le hacía el efecto del chirrido de la tiza sobre una pizarra.

Pero no podía permitirse el lujo de dejar hablar a sus sentimientos. Buscó el tono exacto de voz que pudiera calmar la vanidad del otro hombre.

- Admito que de momento has ganado, Van, la carretera está parada, pero no pienses que no te había tomado en serio. Te he visto trabajar demasiado tiempo como para equivocarme contigo. Sé que no dices las cosas en vano.

Van Kleeck se mostró satisfecho ante ese halago, pero intentó no demostrarlo.

- Entonces, ¿por qué no eres listo y abandonas? - preguntó beligerantemente -. No puedes ganar.

- Quizá no, Van, pero tú sabes que debo intentarlo. Además - prosiguió -, ¿por qué no puedo ganar? Tú mismo dijiste que podía llamar en mi ayuda a todo el Ejército de los Estados Unidos.

Van Kleeck sonrió triunfalmente.

- ¿Ves esto? - Levantó en su mano un conmutador eléctrico en forma de pera, unido a un largo cable -. Si oprimo este botón, volaré un paso que cruza exactamente por debajo de las carreteras... lo volaré hasta Kingdom Come. Y sólo como medida complementaria tomaré un hacha y dejaré esta estación de control hecha pedazos antes de marcharme.

Gaines deseó de todo corazón tener más conocimientos de psiquiatría. Bueno... tenía que hacerlo lo mejor que pudiera, y confiar en su intuición para dar las respuestas correctas.

- Me parece más bien drástico, Van, pero no comprendo cómo esto puede hacernos desistir.

- ¿No? Será mejor que pienses un poco. Si me obligas a volar la carretera, ¿qué le ocurrirá a toda la gente que hay en ella?

Gaines pensaba furiosamente. No dudaba ni un momento que Van Kleeck podía llevar adelante su amenaza; su misma fraseología, la infantil petulancia de «Si me obligáis a ello...», traicionaban la peligrosa irracionalidad de sus procesos mentales. Y una explosión como aquélla en cualquier lugar del densamente poblado Sector de Sacramento derrumbaría sin lugar a dudas alguna, o varias, de las casas de apartamentos, y seguramente causaría una gran mortandad entre las tiendas del segmento de la cinta veinte afectado, al igual que entre los usuarios. Van tenía toda la razón; no se atrevería a arriesgar las vidas de personas que ignoraban el peligro y no habían aceptado correr el riesgo... aunque la carretera nunca volviese a rodar.

En realidad, ya no se atrevía a causarle mayores daños a la carretera... y el poner en peligro tantas vidas inocentes lo dejaba indefenso.

Una cancioncilla sonó en su mente: «Óyelas zumban, míralas rodar. Oh, nunca terminaremos el trabajo...» ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? «Mientras vosotros rodáis; mientras vosotros avanzáis; nosotros vigilamos...» Aquello no conducía a ninguna parte.

Se giró hacia la pantalla.

- Mira, Van, no querrás volar la carretera a menos que te veas obligado a ello, estoy seguro. Yo tampoco lo haría. Supongo que no tendrás inconveniente en que acuda a tu cuartel general y hablemos del asunto. Dos hombres razonables han de ser capaces de llegar a un acuerdo.

Van Kleeck parecía suspicaz.

- ¿Es esto alguna especie de truco?

- ¿Cómo podría serlo? Vendré solo y desarmado, sólo el tiempo de llegar hasta ahí en mi coche.

- ¿Y tus hombres?

- Se quedarán donde están hasta que yo vuelva. Puedes poner observadores para asegurarte de eso.

Van Kleeck dudó un momento, luchando entre el temor de una trampa y el placer de tener al que hasta entonces había sido su superior acudiendo hasta él para discutir sus condiciones. Finalmente asintió a regañadientes.

Gaines dejó instrucciones y le dijo a Davidson lo que intentaba hacer.

- Si no estoy de vuelta dentro de una hora, asuma el mando, Dave.

- Tenga cuidado, Jefe.

- Lo tendré.

Hizo salir al cadete conductor del coche de reconocimiento, lo llevó por la rampa hasta el pasillo inferior, lo orientó hacia el norte y apretó a fondo el acelerador. Ahora tenía la oportunidad de ordenar sus pensamientos, aunque fuese a trescientos kilómetros por hora. Suponiendo que saliese con bien de aquello... aún habría que hacer algunos cambios. De todo aquello se desprendían dos lecciones que no se podían echar en saco roto. En primer lugar, las cintas tenían que estar unidas entre sí por conexiones de seguridad a fin de que las cintas adyacentes disminuyeran su velocidad o se detuvieran si la velocidad de una cinta cualquiera disminuía peligrosamente en relación con la adyacente. ¡No podía repetirse lo que había ocurrido en la veinte!

Pero aquello era elemental, un simple detalle técnico. El auténtico fallo estaba en los hombres. Bueno, los tests de clasificación psicológica tenían que mejorarse para asegurar que las carreteras emplearan únicamente a hombres conscientes y de confianza. Pero infernos, eso era exactamente lo que se suponía que garantizaban, más allá de toda duda, los actuales tests de clasificación. En todo lo que recordaba, nunca se había producido un fallo en el método mejorado Humm - Wadsworth - Burton... al menos hasta hoy en el Sector de Sacramento. ¿Cómo había conseguido Van Kleeck hacerse con todo un sector de hombres temperamentalmente clasificados para la revuelta?

Aquello no tenía sentido.

El personal no se conducía de forma extraña sin una razón. Un hombre puede ser impredecible, pero cuando el número es amplio son tan predecibles como las máquinas o las cifras. Su ojo interior se representó automáticamente la oficina de personal, con sus hileras de archivadores repletos, sus empleados... ¡Eso era! ¡Eso era! ¡Van Kleeck, como Ayudante en Jefe, era por su cargo jefe de personal de toda la carretera!

Era la única solución que explicaba todos los hechos. Tan sólo el jefe de personal tenía la oportunidad perfecta de seleccionar todas las manzanas podridas y concentrarlas todas en un mismo barril. Gaines estaba convencido, más allá de toda duda razonable, de que había habido fraude, quizá durante años, con los tests de clasificación de temperamentos, y que Van Kleeck había transferido deliberadamente la clase de hombres que necesitaba a un solo sector, tras falsificar sus informes.

Y aquello traía implícita otra lección... tests mucho más severos para los oficiales, y ningún oficial podría ser clasificado y destinado sin una estricta supervisión e inspección. Incluso él, Gaines, debería ser sometido a aquella prueba. Qui custodiet ipsos custodes?

¿Quién custodiaría a los propios custodios? El latín podía ser una lengua muerta, pero aquellos antiguos romanos no eran tontos.

Por lo menos ahora sabía dónde estaba el fallo, y aquel conocimiento le proporcionó un melancólico placer. Supervisión e inspección, control y más control, ésta era la respuesta. Podía ser algo engorroso e ineficiente, pero parecía que una salvaguardia adecuada traía siempre consigo algo de pérdida de eficiencia.

No tenía que haber investido a Van Kleeck con tanta autoridad sin conocer antes algo más de él. Pero aún podía saber algo más de él... Apretó el botón de freno de emergencia, y el coche se detuvo brutalmente.

- ¡Estación de enlace! Intente comunicar con mi oficina.

El rostro de Dolores apareció en la pantalla.

- Aún está usted aquí... ¡estupendo! - Dijo -. Temía que se hubiera ido ya a casa.

- He vuelto, señor Gaines.

- Buena chica. Búsqueme el expediente personal de Van Kleeck. Quiero ver su hoja de servicios.

Regresó con una hoja excepcionalmente corta, y leyó los símbolos y porcentajes. Asintió repetidamente a medida que los datos confirmaban sus suposiciones... un introvertido encubierto... complejo de inferioridad... Concordaba.

- Comentario de la Dirección - leyó ella -. Pese a la potencial inestabilidad demostrada por las máximas A y D en la curva de perfil consolidado, la Dirección está convencida de que este oficial está, pese a todo, excepcionalmente capacitado. Su hoja de servicios es francamente buena, y posee una habilidad especial para manejar a los hombres. Por lo tanto, se le recomienda para retención y promoción.

- Esto es todo, Dolores. Gracias.

- Sí, señor Gaines.

- Voy a una fiesta. Mantenga cruzados los dedos.

- Pero señor Gaines... - allá abajo, en Fresno, Dolores se quedó mirando con ojos muy abiertos una pantalla vacía.

- ¡Lléveme hasta el señor Van Kleeck!

El hombre clavó el cañón de su pistola en las costillas de Gaines - a regañadientes, pensó Gaines - e indicó que el Ingeniero Jefe lo precediera por las escaleras. Gaines obedeció.

Van Kleeck se había instalado en la propia sala de control del sector, en lugar de ocupar las oficinas administrativas. Con él había media docena de hombres armados.

- Buenas noches, Director Van Kleeck. - El hombrecillo se hinchó visiblemente ante el reconocimiento de Gaines de su asumido rango.

- Aquí no les concedemos mucha importancia a los títulos - dijo, con ostentosa indiferencia -. Llámame simplemente Van. Siéntate, Gaines.

Gaines se sentó. Era necesario que los demás hombres se fueran. Lo miró con una expresión de divertido aburrimiento.

- ¿No puedes manejarte solo con un hombre desarmado, Van? ¿O acaso los funcionalistas desconfían entre sí?

El rostro de Van Kleeck evidenció su disgusto, pero la sonrisa de Gaines seguía impávida. Finalmente, el hombrecillo sacó una pistola de un cajón de su escritorio e hizo una seña hacia la puerta.

- Idos, muchachos.

- Pero Van...

- ¡Idos, he dicho!

Cuando estuvieron solos, Van Kleeck tomó en su mano el botón eléctrico que Gaines había visto por la pantalla del visor, y apuntó su pistola hacia su antiguo jefe.

- Bien - gruñó -, intenta alguna trastada, y todo saltará por los aires. ¿Cuál es tu proposición?

La irritante sonrisa de Gaines se hizo más amplia. Van Kleeck frunció el ceño.

- ¿Qué tiene esto de malditamente divertido? - dijo.

Gaines le concedió una respuesta.

- Van, honestamente... todo esto es muy divertido. Inicias una revolución funcionalista, y la única función que eres capaz de poner en marcha es volar la carretera que justifica tu título. Dime, ¿a qué le tienes miedo?

- ¡No le tengo miedo a nada!

- ¿A nada? ¿Seguro? ¿Sentado aquí, dispuesto a cometer un harakiri con ese pulsador de juguete, y dices que no le tienes miedo a nada? Si tus camaradas supieran lo cerca que estás de aniquilar todo aquello por lo que han luchado, te liquidarían en menos de un segundo. También tienes miedo de ellos, ¿verdad?

Van Kleeck arrojó el pulsador lejos de sí y se puso en pie.

- ¡No le tengo miedo a nada! - gritó, y rodeó el escritorio en dirección a Gaines.

Gaines permaneció sentado donde estaba, y se echó a reír.

- ¡Sí que tienes miedo! En este mismo momento tienes miedo de mí. Tienes miedo de que te eche a la calle por la forma en que haces tu trabajo. Tienes miedo de que los cadetes no te saluden. Tienes miedo de que se rían a tus espaldas. Tienes miedo de equivocarte de cubierto en la comida. Tienes miedo de que la gente te mire... y también tienes miedo de que no se den cuenta de tu existencia.

- ¡No es cierto! - Protestó -. ¡Tú... tú, sucio y repugnante snob! Sólo porque has ido a una escuela de alto rango te crees que eres mejor que los demás. - Se atragantó, y empezó a hablar incoherentemente, luchando por dominar sus lágrimas de rabia -. Tú y tus asquerosos pequeños cadetes...

Gaines lo estudió cautelosamente. La debilidad del carácter de aquel hombre era ahora evidente... se preguntó cómo no se había dado cuenta antes. Recordó lo grosero que se había mostrado con él una vez Van Kleeck, cuando le ofreció su ayuda para resolver un intrincado cálculo.

El problema consistía ahora en jugar a su favor aquella debilidad, en mantenerlo tan preocupado que no recordara el peligroso pulsador. Tenía que conseguir que centrara el veneno de su retorcida mente en Gaines, con exclusión de cualquier pensamiento.

Pero no debía incitarle imprudentemente, o un disparo desde el otro lado de la habitación podía acabar con Gaines y con cualquier posibilidad de evitar una sangrienta y costosa lucha por el control de la carretera. Gaines sonrió.

- Van - dijo -, eres un pequeño renacuajo patético. Quizá me he pasado contigo. Te comprendo perfectamente; eres de tercera clase, Van, y toda tu vida has temido que alguien pudiera ver claramente a través tuyo, y enviarte al lugar que te corresponde, con los de tercera clase. Director... ¡uf! Si tú eres lo mejor que pueden ofrecer los funcionalistas, será mejor que los ignoremos... se hundirán en su propia ineficiencia. - Giró en su silla, dándole deliberadamente la espalda a Van Kleeck y a su pistola.

Van Kleeck avanzó hacia su atormentador, se detuvo a unos pocos pasos, y gritó:

- ¡Tú... te voy a enseñar... te meteré una bala en el cuerpo; eso es lo que voy a hacer!

Gaines volvió a girar, se puso en pie, y avanzó firmemente hacia él.

- Deja esta pistola de juguete antes de que te hagas daño con ella.

Van Kleeck retrocedió un paso.

- ¡No te me acerques! - Gritó -. ¡No te me acerques... o dispararé... mira si puedo!

Ahora, pensó Gaines, y se inclinó.

La pistola disparó junto a su oído. Bueno, por lo menos éste no le había alcanzado. Pronto estuvieron los dos en el suelo. Van Kleeck era difícil de sujetar, para un hombre pequeño. ¿Dónde estaba la pistola? ¡Aquí! Ya la tenía. Se apartó.

Van Kleeck no trató de levantarse. Yacía tendido en el suelo, con las lágrimas fluyendo de sus ojos cerrados, gimoteando como un niño frustrado.

Gaines lo miró con algo parecido a la compasión en sus ojos, y le golpeó certeramente tras la oreja con la culata de la pistola. Se dirigió a la puerta y escuchó durante un momento antes de cerrarla cuidadosamente.

El cable del pulsador terminaba en el tablero de control. Examinó las conexiones, y lo desconectó meticulosamente. Una vez hecho esto, se giró hacia el televisor del tablero de control y llamó a Fresno.

- Listo, Dave - dijo -, déjalos que ataquen ahora... ¡y por el amor de Dios, apresuraos! - Luego apagó la pantalla, puesto que no deseaba que su oficial de guardia viera cómo estaba temblando.

De regreso a Fresno a la mañana siguiente, Gaines paseó arriba y abajo por la Sala Principal de Control con un alto grado de alegría en su corazón. Las carreteras estaban rodando... dentro de poco alcanzarían de nuevo su velocidad habitual. Había sido una larga noche. Cada ingeniero, cada cadete disponible, habían sido necesarios para efectuar la meticulosa inspección, centímetro a centímetro, del Sector de Sacramento que había exigido. Luego hubo que efectuar una conexión derivada en los dos tableros de control de subsector averiados. Pero las carreteras estaban rodando... podía notar su rítmica pulsación a través del piso.

Se detuvo junto a un hombre agotado y ojeroso, sin afeitarse.

- ¿Por qué no se va a casa, Dave? - dijo -. McPherson puede hacerse cargo.

- Pero, ¿y usted, Jefe? No parece precisamente una novia el día de su boda.

- Oh, echaré una cabezada en mi oficina dentro de un momento. He llamado a mi esposa para decirle que no podía ir a casa. No tardará mucho en venir aquí.

- ¿Estaba muy preocupada?

- No mucho. Ya sabe cómo son las mujeres. - Se giró hacia el tablero de instrumentos, y observó cómo los registros automáticos iban reuniendo los datos de seis sectores. Círculo de San Diego, Sector de Los Ángeles, Sector de Bakersfield, Sector de Fresno, Stockton... ¿Stockton? ¡Stockton! ¡Dios santo!... ¡Blekinsop! ¡Había dejado a un ministro de Australia congelándose durante toda la noche en la oficina de Stockton!

Se precipitó hacia la puerta mientras gritaba por encima de su hombro:

- Dave, ¿quiere pedir un coche para mí? ¡Díales que se apresuren! - Atravesó el vestíbulo, y entraba ya en su oficina privada antes de que Davidson pudiera cumplir su orden.

- ¡Dolores!

- ¿Sí, señor Gaines?

- Llame a mi esposa, y dígame que he tenido que ir a Stockton. Si ya ha salido de casa, dígame que me espere aquí. Ah, y, Dolores...

- ¿Sí, señor Gaines?

- Cálmela.

Ella se mordió un labio, pero su rostro siguió impassible.

- Sí, señor Gaines.

- Es usted una buena chica. - Salió, y echó a correr escaleras abajo. Cuando llegó al nivel de la carretera, la vista de las cintas rodantes le produjo una íntima satisfacción que hizo que casi se sintiera alegre.

Se dirigió a grandes zancadas hacia una puerta señalada ACCESO al SUBTERRÁNEO, silbando suavemente para sí mismo. Abrió la puerta, y el zumbante y rítmico fragor de «ahí abajo» le pareció que marcaba el compás, aunque ahogó por completo el sonido de la melodía que estaba silbando.

¡Oh, lapido, lapido, rápido!

Somos los hombres del rotor...

¡Comprabad inmediatamente los sectores!

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Por dondequiera que vayáis nunca olvidéis
¡que vuestras carreteras tienen que rodar!

OCURREN EXPLOSIONES

- ¡Vuelva a su sitio esa llave inglesa!

El interpelado se giró lentamente y miró al que había hablado. Su expresión quedaba oculta por un grotesco casco, parte de una pesada armadura de plomo y cadmio que protegía todo su cuerpo, pero el tono de la voz con que respondió mostraba una nerviosa exasperación.

- ¿Qué diablos le ha picado, doctor? - No hizo ningún movimiento para dejar la herramienta en su sitio.

Se miraron mutuamente, como dos luchadores armados con cascos, acechando un descuido del contrario. La voz del que había hablado primero surgió de detrás de su máscara más fuerte y con un tono más perentorio.

- Ya me ha oído, Harper. Deje inmediatamente esta llave inglesa y apártese de ese «gatillo». ¡Erickson!

Una tercera figura con armadura surgió de la parte más alejada de la sala de control.

- ¿Qué desea, doc?

- Harper queda relevado de su guardia. Entre usted como ingeniero de guardia. Envíe a buscar al ingeniero de relevo.

- Muy bien. - Su voz y actitud eran flemáticas, aceptando la situación sin ningún comentario. El ingeniero atómico al que acababa de relevar se los quedó mirando, primero al uno, luego al otro, y finalmente dejó con cuidado la llave inglesa en su lugar.

- Como usted diga, doctor Silard... pero haga que lo releven a usted también. ¡Voy a pedir ser oído inmediatamente! - Harper salió indignado, haciendo resonar contra el suelo sus pesadas botas forradas de plomo.

El doctor Silard aguardó ceñudo los veinte minutos hasta que llegó su propio relevo. Quizá se había precipitado. Quizá se había equivocado creyendo que Harper había sucumbido finalmente a la tensión de atender a la máquina más peligrosa del mundo... la planta generadora de energía atómica. Pero si había cometido un error habría sido por la parte de un exceso de seguridad... no podían cometerse deslices en aquellos asuntos; no cuando un desliz podía transformarse en una detonación atómica de cerca de diez toneladas de uranio-238, U-235 y plutonio.

Intentó visualizar lo que podría ser aquello, y fracasó. Había oído decir que el uranio era potencialmente veinte millones de veces más explosivo que el T.N.T. La cifra, vista desde este ángulo, carecía de significado. En su lugar imaginó la pila como cien millones de toneladas de explosivo de alta potencia, o como mil Hiroshimas. Seguía careciendo de significado. Una vez había visto arrojar una bomba-A, cuando estaba sirviendo como analista de temperaturas en las Fuerzas Aéreas. No podía imaginar la explosión de un millar de tales bombas; su cerebro se tambaleaba.

Quizá aquellos ingenieros atómicos pudieran. Quizá, con su mayor habilidad matemática y su mayor comprensión de lo que estaba ocurriendo realmente en el interior de la cámara de fisión nuclear, tuvieran una visión más vivida del espeluznante horror oculto tras aquella protección. Si era así, no era de extrañar que tendieran a saltar...

Suspiró. Erickson apartó la vista de los controles del acelerador lineal de resonancia en el que había estado haciendo algunos ajustes.

- ¿Qué ocurre, doc?

- Nada. Lamento haber tenido que relevar a Harper.

Silard podía sentir la penetrante mirada del corpulento escandinavo.

- No estará usted poniéndose nervioso, ¿verdad, doc? Algunas veces también ustedes los husmeadores saltan...

- ¿Yo? No lo creo. Tengo miedo de esa cosa que hay aquí... estaría loco si no lo tuviera.

- Yo también - dijo Erickson serenamente, y regresó a su trabajo en los controles del acelerador. El acelerador propiamente dicho estaba detrás de otra barrera protectora; su hocico desaparecía tras la pantalla protectora final, entre ésta y la pila, y alimentaba una corriente constante de aterradoramente aceleradas partículas subatómicas hacia el objetivo de berilio situado dentro de la propia pila. El torturado berilio desprendía neutrones, que salían disparados en todas direcciones a través de la masa de uranio. Algunos de estos neutrones chocaban de lleno contra el núcleo de otros átomos de uranio y los escindía en dos. Los fragmentos eran nuevos elementos, bario, xenón, rubidio... dependiendo de las proporciones en que se escindía cada átomo. Los nuevos elementos eran generalmente isótopos inestables y se fragmentaban en una docena de elementos más por desintegración radiactiva en una reacción progresiva.

Pero esas segundas transmutaciones eran comparativamente seguras; era la fragmentación original de los núcleos de uranio, con la liberación de la terrible energía que lo ligaba todo - doscientos increíbles millones de electrón-voltios - lo que era importante... y peligroso.

Porque, mientras el uranio era utilizado para producir otros combustibles, bombardeándolo con neutrones, la fragmentación en sí producía otros neutrones que podían caer sobre otros núcleos de uranio y fragmentarlos. Si las condiciones eran favorables a una reacción progresivamente incrementada de este tipo, podía descontrolarse, convertirse en una inmensurable fracción de microsegundo en una auténtica explosión atómica... una explosión que reduciría a una bomba atómica al tamaño de un disparo de revólver; una explosión tan alejada de toda experiencia humana como para ser tan incomprensible como la idea de la muerte personal. Podía ser temida, pero no comprendida.

Pero la autoperpetuada secuencia de la escisión nuclear, exactamente bajo el nivel de la auténtica explosión, era necesaria para operar la planta generadora. El escindir el primer núcleo de uranio bombardeándolo con neutrones del objetivo de berilio necesitaba más energía de la que desprendía la muerte del átomo. Para que la pila generadora siguiera operando era imperativo que cada átomo fragmentado por un neutrón del objetivo de berilio ocasionara la escisión de muchos más.

Era igualmente imperativo que aquella cadena de reacciones tendiese siempre a amortiguarse, a disminuir. No podía aumentar, o de lo contrario la masa de uranio estallaría en un intervalo de tiempo demasiado corto como para poder ser medido por ninguno de los medios conocidos.

Y tampoco quedaría nadie para efectuar tal medición.

El ingeniero atómico de guardia en la pila podía controlar esta reacción por medio del «gatillo», un término utilizado por los ingenieros que incluía el acelerador lineal de resonancia, el objetivo de berilio, las varillas amortiguadoras de cadmio y los controles adyacentes, el cuadro de instrumentos y las fuentes de energía. Esto significaba que podía variar el bombardeo del objetivo de berilio a fin de incrementar o disminuir el nivel de operación de la planta, podía cambiar la «masa efectiva» de la pila con los amortiguadores de cadmio, y podía comprobar por sus instrumentos que la reacción interna había sido efectivamente amortiguada... o, mejor dicho, que había sido amortiguada una fracción de segundo antes. No le era posible saber lo que estaba ocurriendo realmente ahora en el interior de la pila... las velocidades subatómicas eran demasiado grandes y los intervalos de tiempo demasiado pequeños. Era como un pájaro

que volara hacia atrás; podía ver dónde había estado, pero nunca saber hacia dónde se dirigía.

Sin embargo, era responsabilidad suya, y sólo suya, no sólo el mantener la pila a un alto nivel de eficiencia, sino el cuidar de que la reacción nunca pasara del punto crítico y progresara hasta una explosión de masa.

Pero esto era imposible. No podía estar seguro; nunca podría estar seguro.

Podía poner en su trabajo todo su saber y todos los conocimientos de su excelente educación técnica y utilizarlos para reducir el azar a la más baja probabilidad matemática, pero las ciegas leyes del azar que parecen regir las acciones subatómicas podían hacer una jugada maestra contra él y derrotar su más elaborado juego.

Y cada ingeniero atómico lo sabía, sabía que estaba jugando no sólo con su propia vida, sino también con la vida de incontables otras personas, con la vida de cada ser humano del planeta. Nadie sabía exactamente cuáles podían ser los resultados de una tal explosión. Una estimación conservadora suponía que, además de destruir completamente la planta y todo su personal, haría pedazos toda una sección de la populosa y siempre abarrotada carretera Los Ángeles - Oklahoma, a ciento cincuenta kilómetros al norte.

El optimista punto de vista oficial en base al cual la planta había sido autorizada por la Comisión de Energía Atómica estaba basada en cálculos matemáticos que predecían que una tal masa de uranio se descompondría en una escala molar, y que esto limitaría el área de destrucción, antes de que la progresiva y acelerada explosión atómica pudiera transferirse a toda la masa.

Los ingenieros atómicos, en su mayor parte, no confiaban en esta teoría oficial. Juzgaban la predicción teórica matemática en lo que valía... es decir nada, hasta que no fuera confirmada por la experimentación.

Pero incluso desde un punto de vista oficial, cada ingeniero atómico de guardia tenía en sus manos no sólo su propia vida, sino también la vida de muchas otras personas... cuántas, era mejor no pensarlo. Ningún piloto, ni general, ni cirujano, había cargado nunca sobre sus hombros el peso de una responsabilidad tan ineludible y cotidiana sobre las vidas de los demás como la que acarreaban esos hombres cada vez que hacían una guardia, cada vez que tocaban un tornillo vernier o leían un indicador.

Eran seleccionados no sólo por su inteligencia y su adiestramiento técnico, sino también por sus caracteres y por su sentido de la responsabilidad social. Se necesitaban hombres sensitivos... hombres que pudieran apreciar plenamente la importancia de la tarea a ellos confiada; ningún otro tipo de hombre serviría. Pero el peso de la responsabilidad era demasiado grande para ser soportado indefinidamente por un hombre sensitivo.

Era, necesariamente, una situación psicológicamente inestable. La demencia era una enfermedad profesional.

El doctor Cummings apareció, ajustándose todavía las correas de la armadura que lo protegía de las radiaciones dispersas.

- ¿Qué ocurre? - preguntó a Silard.

- Tengo que relevar a Harper.

- Me lo he imaginado. Se cruzó conmigo mientras subía. Estaba como descompuesto... apenas me ha mirado.

- Lo sé. Quiere ser oído inmediatamente. Por eso he tenido que enviar a buscarle.

Cummings gruñó, luego hizo un gesto hacia el ingeniero, anónimo dentro de su armadura.

- ¿Con quién formó pareja?

- Con Erickson.

- Estupendo. Las cabezas cuadradas no pueden volverse locas... ¿eh, Cus?

Erickson levantó momentáneamente la vista y respondió;

- Ése es su problema - y siguió con su trabajo.

Cummings se giró hacia Silard y comentó:

- Los psiquiatras no parecen muy populares aquí. De acuerdo... le relevo, señor.
- Muy bien, señor.

Silard se abrió paso entre el zigzag de las pantallas protectoras exteriores que rodeaban la sala de control. Una vez fuera, se despojó de la embarazosa armadura, la dejó en la pequeña habitación destinada para ellas, y se dirigió apresuradamente hacia el ascensor. Dejó el ascensor en la estación subterránea del tubo, y miró a su alrededor buscando una cápsula desocupada. Encontró una, se ató a su sillón, cerró la acolchada puerta hermética, y apoyó cuidadosamente su nuca en el lugar preciso del respaldo para prevenir los efectos de la aceleración.

Cinco minutos más tarde llamaba a la puerta de la oficina del superintendente general, treinta kilómetros más allá.

La planta generadora propiamente dicha estaba situada en una cuenca de las desiertas colinas de la meseta de Arizona. Todo lo que no era necesario para la inmediata operación de la planta

- Oficinas administrativas, estación de televisión y todo lo demás - estaba más allá de las colinas. Los edificios que albergaban esas funciones auxiliares eran las construcciones más durables que la ingeniosidad de la construcción técnica podía concebir. Se esperaba que, si alguna vez llegaba el der Tag, sus ocupantes tendrían aproximadamente las mismas posibilidades de supervivencia que un hombre que se arrojase por las cataratas del Niágara dentro de un barril.

Silard llamó de nuevo. Fue recibido por un secretario, Steinke. Silard recordó haber leído la historia de su caso. Antes uno de los más brillantes jóvenes ingenieros, había sufrido una pérdida total de su habilidad de realizar operaciones matemáticas. Un caso claro de amnesia, pero no había nada que el pobre diablo pudiera hacer al respecto... aunque había deseado seguir en su puesto a causa de su conciencia profesional. Fue rehabilitado como oficinista.

Steinke lo hizo pasar a la oficina privada del superintendente. Harper había llegado antes que él, y le devolvió el saludo con una fría educación. El superintendente se mostró cordial, pero Silard lo notó cansado, como si el esfuerzo de veinticuatro horas al día fuera demasiado para él.

- Entre, doctor, entre. Siéntese. Ahora cuénteme lo que ocurre. Estoy ligeramente sorprendido. Pensaba que Harper era uno de mis hombres más seguros.

- No digo que no lo sea, señor.

- ¿Entonces?

- Puede estar perfectamente bien, pero las instrucciones que me dio usted fueron de no correr ningún riesgo.

- Exactamente. - El superintendente dirigió al ingeniero, silencioso y tenso en su silla, una desconcertada mirada, luego volvió su atención a Silard -. ¿Por qué no me cuenta lo ocurrido?

Silard inspiró profundamente.

- Mientras estaba de guardia como observador psicólogo en la estación de control, observé que el ingeniero de guardia parecía preocupado y respondía menos a los estímulos de lo habitual. Durante mis observaciones de este caso, fuera de la guardia, durante un período que abarca bastantes de los últimos días, sospeché una creciente falta de atención. Por ejemplo, mientras jugaba al bridge contrato, a veces pedía una revisión de la puja, lo cual es contrario a su anterior forma de jugar.

«Podría citar algunos otros datos similares. Para abreviar, a las 3:11 de hoy, mientras estaba de guardia, vi a Harper, sin aparentemente ningún propósito razonable en la cabeza, tomar una llave inglesa usada tan sólo para operar las válvulas de la cortina de agua y acercarse al «gatillo». Lo relevé de su guardia y lo envié fuera de la sala de control

- ¡Jefe! - Harper se calmó algo y prosiguió -: Si ese curandero supiera distinguir una llave inglesa de un oscilador, hubiera sabido lo que estaba haciendo. La llave inglesa no estaba en su sitio. Me di cuenta de ello, y la cogí para ponerla donde correspondía. Por el camino me detuve para leer los indicadores.

El superintendente se giró inquisitivamente al doctor Silard.

- Podría ser cierto... Pero aun aceptando que fuera cierto - respondió obstinadamente el psiquiatra -, mi diagnóstico sigue siendo el mismo. Su forma de actuar está alterada; sus acciones actuales son impredecibles, y no puedo autorizarlo a realizar un trabajo de responsabilidad sin un chequeo.

El superintendente general King tabaleó sobre su escritorio y suspiró; luego, dirigiéndose a Harper, dijo lentamente:

- Cal, es usted un buen muchacho y, créame, comprendo cómo se siente. Pero no hay forma de evitarlo... tendrá que pasar usted por psicometría y aceptar cualquier decisión que ellos tomen al respecto. - Hizo una pausa, pero Harper mantuvo un inexpresivo silencio -. Le diré algo... ¿por qué no se toma usted unos cuantos días de descanso? Luego, cuando vuelva, puede pasar el examen, o transferirse a otro departamento alejado de la bomba, o lo que usted prefiera. - Miró a Silard buscando su aprobación, y recibió un gesto afirmativo.

Pero Harper no se había suavizado.

- No, jefe - protestó -. Esto no funciona. ¿No se da cuenta de lo que va mal? Es esta constante supervisión. El tener siempre a alguien mirándote la nuca, esperando a que te vuelvas loco. Uno ya ni puede afeitarse en privado. Nos sobresaltamos ante los actos más inocentes, por miedo a que algún alienista, medio alienado a su vez, los vea y decida que son señales de que estamos trastornándonos... ¡Buen Dios, ¿qué es lo que esperan ustedes?! - Notando que su estallido había causado su efecto, adoptó un aire de petulante cinismo que lo era todo menos sincero -. De acuerdo... vamos a por la camisa de fuerza; no ofreceré resistencia. Pese a todo es usted una buena persona, Jefe, y estoy contento de haber trabajado a sus órdenes. Adiós.

King evitó que la pena que se reflejaba en sus ojos apareciera también en su voz.

- Espere un minuto, Cal... no está usted despedido. Olvidemos lo de las vacaciones. Voy a transferirlo al laboratorio de radiación. Seguirá usted perteneciendo a investigación; nunca lo hubiera sacado a usted de allí si no hubiera andado escaso de hombres de primera clase.

»En cuanto a la constante observación psicológica, la odio tanto como pueda odiarla usted. Supongo que no sabe que me vigilan a mí tanto o más de lo que les vigilan a ustedes, los ingenieros de guardia. - Harper evidenció su sorpresa, pero Silard asintió en una silenciosa confirmación -. Pero necesitamos esta supervisión... ¿Recuerda usted a Manning? No, era anterior a usted. No teníamos observadores psicológicos por aquel entonces. Manning era capaz y brillante. Es más, siempre estaba alegre; nada parecía preocuparle.

»Yo estaba contento de tenerlo en la pila, porque siempre estaba atento y nunca parecía nervioso por trabajar en ella... de hecho, cuantas más guardias de control hacía más animado y alegre se mostraba. Yo tendría que haberme dado cuenta de que aquélla era una muy mala señal, pero no lo hice, y no había ningún observador para decírmelo.

»Su técnico tuvo que golpearle una noche... lo encontró desmontando el engranaje de seguridad del ensamblaje del cadmio. Pobre chico Manning... nunca se repuso de aquello, está loco furioso desde entonces. Desde lo de Manning trabajamos con el actual sistema de dos ingenieros cualificados y un observador en cada guardia. Creímos que era lo único que podíamos hacer.

- Supongo que sí, Jefe - murmuró Harper, sin la expresión triste de su rostro pero aún contrariado -. De todos modos, la situación sigue siendo un infierno.

- Eso es poco decir. - Se puso en pie y tendió su mano -. Cal, a menos que se obstine usted en dejarnos, espero verle mañana en el laboratorio de radiación. Y otra cosa... no suelo recomendar esto muy a menudo, pero creo que podría sentarle bien el que se emborrachara esta noche.

King le había hecho una señal a Silard de que se quedara después de que el joven se hubiera ido. Cuando la puerta se cerró tras él, se giró hacia el psiquiatra.

- Ahí va otro... y uno de los mejores. Doctor, ¿qué puedo hacer? Silard se rascó la mejilla.

- No lo sé - admitió -. Infiernos, lo malo es que Harper tiene toda la razón. El sentirse constantemente vigilado es algo que aumenta intolerablemente su tensión nerviosa... y, sin embargo, tienen que ser vigilados. Y el personal psiquiátrico tampoco trabaja tan bien. A todos nos pone nerviosos el rondar junto a la Gran Bomba... sobre todo teniendo en cuenta que no la comprendemos. Y nos afecta el sabernos odiados y despreciados como lo somos. La indiferencia científica es difícil en tales condiciones; creo que yo también voy a terminar marchándome.

King dejó de andar arriba y abajo y se giró hacia el doctor.

- Pero ha de haber alguna solución - insistió.

Silard agitó la cabeza.

- Es algo que está más allá de mi capacidad, superintendente. No le veo ninguna solución desde el punto de vista psicológico.

- ¿No? Humm... Doctor, ¿quién está a la cabeza en su campo?

- ¿Eh?

- ¿Quién está reconocido como el número uno para tratar este tipo de cosas?

- Bueno, es difícil decirlo. Naturalmente, no hay nadie que esté a la cabeza de todos los psiquiatras en el mundo; estamos demasiado especializados. Pero creo que entiendo lo que quiere decir. No quiere usted al mejor psicométrico de temperamento industrial; quiere al mejor psicólogo general en psicosis no lesionales y situacionales. Bueno, creo que podría ser Lentz.

- Prosiga.

- Bueno... Abarca todo el campo de adaptación ambiental. Es el hombre que corrobora la teoría de la tonicidad óptima con la relajación técnica que Korzybski desarrollara empíricamente. En realidad trabajó incluso con el propio Korzybski, cuando era un joven estudiante... y es de lo único de lo que se enorgullece.

- ¿Realmente? Entonces debe ser bastante viejo; Korzybski murió en... ¿En qué año murió?

- Iba a decirle que tiene que conocer usted su obra sobre simbología... la teoría de abstracción y los cálculos de aserción y todas esas cosas... debido a sus aplicaciones en la ingeniería y en la física matemática.

- Oh, ese Lentz... sí, por supuesto. Pero nunca lo hubiera imaginado como un psiquiatra.

- No, es lógico, en el campo de usted. De todos modos, nos sentimos inclinados a reconocer que hizo tanto o más que muchos otros para comprender y reducir las neurosis pandémicas de los Años Locos, y desde luego mucho más que cualquier otro hombre actualmente vivo.

- ¿Dónde está?

- En Chicago, supongo. En el Instituto.

- Tráigamelo.

- ¿Eh?

- Hágalo venir. Tome ese visiofono y localícelo. Luego dígame a Steinke que llame al Puerto de Chicago y pongan un estratocoche a su disposición. Quiero verle lo antes posible... antes de que acabe el día. - King se sentó en su sillón con el aire de un hombre que vuelve a ser dueño de sí mismo y de la situación. Su espíritu conocía aquella cálida

satisfacción que sólo se consigue cuando uno ha alcanzado a tomar una decisión. La expresión de desaliento había desaparecido de su rostro.

Silard le miró, confundido.

- Pero, superintendente - exclamó -, no puede llamar usted al doctor Lentz como si fuera un joven aprendiz. Es... es Lentz.

- Exactamente... y por esto quiero verle. Pero no soy ninguna neurótica socia de club femenino en busca de simpatía. Vendrá. Si es necesario, dirija sus baterías a Washington. Haga que lo llame la Casa Blanca. Pero tráigamelo en seguida. ¡Aprisa! - King salió precipitadamente de la oficina.

Cuando Erickson salió de guardia, hizo sus averiguaciones y supo que Harper había ido a la ciudad. De acuerdo con ello, pasó de comer en la base, se metió en sus ropas «de beber», y se dispuso a ser expedido vía tubo a Paradise.

Paradise, Arizona, era un pequeño poblado que debía su existencia a la planta energética. Estaba dedicado exclusivamente al serio negocio de desposeer al personal de la planta de sus elevados salarios. En este valioso proyecto obtenía una gran cooperación del propio personal de la planta, cada uno de los cuales recibía de dos a diez veces la paga diaria que percibiría en cualquier otro trabajo, y ninguno de los cuales estaba seguro de vivir lo suficiente como para justificar el ahorrar para la vejez. Además, la Compañía poseía un fondo de amortización en Manhattan para sus empleados, así que, ¿para qué preocuparse?

Se pretendía, no sin cierta razón, que cualquier diversión o lujo que uno pudiera encontrar en Nueva York podía encontrarla también en Paradise. La cámara de comercio local había hecho suyo el eslogan de Reno, Nevada: «La Pequeña Ciudad mayor del mundo». Los propagandistas de Reno respondían diciendo que, puesto que cualquier ciudad cercana a la planta generadora atómica evocaba inevitablemente pensamientos de muerte y sus consecuencias, el nombre más apropiado hubiera sido el de Las Puertas del Infierno.

Erickson empezó a hacer el recorrido. Había veintisiete establecimientos autorizados a servir bebidas alcohólicas en los seis bloques de la calle principal de Paradise. Esperaba encontrar a Harper en uno de ellos y, conociendo los gustos y costumbres del hombre, esperaba encontrarle en los dos o tres primeros que eligió.

No se había equivocado. Encontró a Harper sentado solo en una mesa en el interior del deLancey's Sans Souci Bar. El deLancey's era uno de los favoritos de ambos. Poseía un confort algo pasado de moda, con su barra cromada y sus sillones de cuero rojo, que les seducían más que las espectaculares instalaciones muy de última hora de estos lugares. El deLancey's era conservador; sus puntos fuertes eran la luz indirecta y la música suave, y sus camareras iban completamente vestidas, incluso por la noche.

El quinto escocés que tenía Harper frente a sí estaba aún lleno en sus dos terceras partes. Erickson levantó tres dedos frente al rostro de Harper y dijo:

- ¡Cuenta!

- Tres - anunció Harper -. Siéntate, Gus.

- Correcto - aceptó Erickson, deslizando su gruesa corpulencia en un bajo y mullido sillón -. Vas bien... por ahora. ¿Cuál fue el resultado?

- Toma algo. No le advertió -, este escocés no es bueno. Me parece que Lance lo ha bautizado un poco. Me rindo con botas y caballo.

- Lance nunca haría algo así... agárrate a esa teoría y pronto andarás de rodillas por la acera. ¿Cómo has capitulado? Pensaba que habías planeado hacerles besar la lona.

- Pensaba hacerlo - murmuró Harper -, pero diablos, Gus, el Jefe tiene razón. Si un mecánico de cerebros dice que estás majareta, él tiene que darle la razón y borrarte de la lista de guardias. El Jefe no puede correr ningún riesgo.

- Aja, el Jefe tiene razón, pero yo no consigo llegar a querer a nuestros queridos psiquiatras. Te diré lo que vamos a hacer... vamos a agarrar a uno, y veremos si puede sentir dolor. Yo lo sujeto mientras tú le arreas.

- Oh, olvídale, Gus. Toma algo.

- Un pensamiento muy pío... pero no un escocés. Voy a tomar un martini; vamos a comer dentro de poco.

- Yo también tomaré uno.

- Harás bien. - Erickson levantó su rubia cabeza y gritó - ¡Israfel!

- ¡Mistuh Erickson! ¡Sí, ya!

Una voluminosa y negra persona apareció a su lado.

- Aprisa, trae dos martinis. El mío hazlo con italiano. - Se giró hacia Harper -. ¿Y ahora qué piensas hacer, Cal?

- El laboratorio de radiación.

- Bueno, no es tan malo. Me gustaría meterme también con eso del combustible de cohetes. Tengo algunas ideas al respecto.

Harper lo miró medio divertido.

- ¿Quieres decir combustible atómico para vuelos interplanetarios? Este problema ya está casi agotado. No, hijo, la ionosfera es nuestro techo hasta que no pensemos en algo mejor que los cohetes. Desde luego podrías montar una pila en una nave, e ingeniártelas de alguna manera para convertir algo de su producción en empuje, pero ¿adonde te llevaría esto? Seguirías teniendo una terrible relación de masas debido a las protecciones, y no conseguirías nada mejor que transformar un uno por ciento en propulsión. Eso sin tener en cuenta la cuestión de conseguir que la Compañía te proporcione una pila de energía para algo que no dé dividendos.

Erickson pareció perplejo.

- No te acepto que hayas cubierto todas las alternativas. ¿Qué es lo que tenemos? Los primeros chicos que hicieron cohetes se preocuparon mucho en perfeccionarlos, firmes en su creencia de que, cuando consiguieran fabricar cohetes lo suficientemente buenos como para ir a la Luna, se habría perfeccionado un combustible que pudiera dar el empuje necesario. Y construyeron naves que eran lo suficientemente buenas, podías tomar cualquier nave que llegara hasta los Antípodas y adaptarla para la Luna, si disponía uno del combustible adecuado. Pero este combustible aún no se ha conseguido.

»¿Y por qué no? Porque nosotros les hemos abandonado, por eso. Porque siguen dependiendo de la energía molecular, de las reacciones químicas, con la energía atómica sentada aquí en nuestras rodillas. No es culpa suya, el viejo D. D. Harriman hizo que la Cohetes Consolidada suscribiese toda la primera emisión de la Pecblenda Antártica, y se quedó también con una buena tajada a la espera de que nosotros produjéramos algo utilizable en materia de combustible de cohete concentrado. ¿Y qué hemos hecho? ¡Infiernos! La Compañía se dedicó a la inmediata explotación comercial, y seguimos sin tener combustible atómico para cohetes.

- Pero no lo has expresado como es debido - objetó Harper -. Hoy sólo dos formas de energía atómica disponible, la radiactividad y la desintegración atómica. La primera es demasiado lenta; la energía está ahí, pero no podemos esperar a que tarde años en aparecer... no en una nave cohete. La segunda sólo la podemos manejar en una planta de energía lo suficientemente grande. Y así estás tú ahora... en un callejón sin salida.

- En realidad no lo hemos intentado - respondió Erickson -. La energía está ahí; lo único que necesitamos es un combustible decente.

- ¿A qué llamas tú un «combustible decente»?

- A una masa pequeña lo suficientemente crítica como para que toda, o al menos casi toda, la energía pudiera ser aprovechada como calor por la masa de reacción... me gustaría que la masa de reacción fuera agua ordinaria. Para protegerla no necesitaríamos más que una funda de plomo y cadmio. Y todo ello controlable muy perfectamente.

Harper se echó a reír.

- Pide las alas de los ángeles y acabemos de una vez. No podrías almacenar un combustible así en un cohete; estallaría por sí mismo antes de que alcanzara la cámara del chorro.

La escandinava testarudez de Erickson se disponía a lanzar nuevos argumentos cuando llegó el camarero con las bebidas. Las dejó en la mesa con una triunfante sonrisa.

- Aquí están, señores.

- ¿Te las juegas, Izzy? - preguntó Harper.

- No tengo inconveniente.

El negro sacó un cubilete de cuero, y Harper tiró. Seleccionó cuidadosamente sus combinaciones y consiguió sacar cuatro ases y un comodín en tres tiradas. Israfel tomó el cubilete. Tiró los dados con gran estilo y un elegante movimiento de muñeca. Terminó consiguiendo cinco reyes, y aceptó cortésmente el precio de seis bebidas. Harper pasó los dedos por la grabada superficie de los dados.

- Izzy - preguntó -, ¿son éstos los mismos dados con que yo he tirado?

- ¡Por favor, señor Harper! - la expresión del negro era dolida.

- Déjalo - concedió Harper -. Hubiera tenido que pensármelo mejor antes de jugar contigo. No te he ganado ni una sola vez en seis semanas. ¿Qué estabas diciendo, Gus?

- Estaba diciendo que tendría que haber un método mejor de sacar energía de...

Pero fueron interrumpidos de nuevo, esta vez por una seductora persona en un traje de noche que resaltaba aún más el encanto de su hermoso rostro. Era joven, quizá diecinueve o veinte años.

- ¿Estáis solos, chicos? - preguntó mientras se sentaba.

- Muy amable preguntándolo, pero no lo estamos - negó Erickson con paciente cortesía. Señaló con el pulgar a una solitaria figura sentada al otro lado de la sala -. Ve a hablar con Hannigan; él no está ocupado.

Ella siguió su gesto con la mirada, y respondió con una sonrisa desdeñosa:

- ¿Ése? No vale. Lleva así desde hace tres semanas... no habla con nadie. Si me lo preguntáis, os diré que debe estar chiflado.

- ¿Tú crees? - su voz no comprometía a nada -. Mira... - sacó un billete de cinco dólares y se lo tendió -. Toma lo que quieras. Quizá te llamemos más tarde.

- Gracias, chicos - el dinero desapareció bajo sus ropas, y se puso en pie -. Preguntad sólo por Edith.

- Hannigan tiene mal aspecto - hizo notar Harper, observando su pensativa mirada y su apática actitud -, y estos últimos tiempos ha estado sobrecargado de trabajo. ¿Crees que deberíamos informar?

- No te preocupes por esto - aconsejó Erickson -, ya hay alguien que se está ocupando.
Mira

- Harper siguió la mirada de su compañero y reconoció al doctor Mott, del personal psicológico. Estaba sentado en el extremo más alejado del bar, acariciando un vaso alto que le daba una coloración protectora. Pero su posición era tal que su campo de visión abarcaba no sólo a Hannigan sino también a Erickson y Harper.

- Aja, y también nos está estudiando a nosotros - añadió Harper -. Infiernos, ¿por qué se me pondrán los pelos de punta sólo con ver a uno de ellos?

La cuestión era puramente retórica, y Erickson la ignoró. - Vamonos de aquí - sugirió -. Cenaremos en algún otro lugar.

- De acuerdo.

El propio deLancey les atendió cuando se iban.

- ¿Se van tan pronto, caballeros? - preguntó con una voz que implicaba que su marcha no le iba a dejar ninguna razón para seguir abierto -. Tenemos una magnífica langosta thermidor para esta noche. Si no les gusta, no tienen que pagarla - sonrió abiertamente.

- Nada de marisco esta noche, Lance - dijo Harper -. Dígame... ¿por qué sigue en este lugar, sabiendo que la pila acabará con usted más pronto o más tarde? ¿No tiene miedo?

Las cejas del tabernero se alzaron.

- ¿Miedo a la pila? ¡Pero si es mi amiga!

- Le da dinero, ¿eh?

- Oh, no me refiero a eso. - Se inclinó confidencialmente hacia ellos -. Hace cinco años vine aquí para hacer rápidamente algo de dinero para mi familia antes de que mi cáncer de estómago me matase. En la clínica, con las maravillosas nuevas radiaciones que ustedes producen, caballeros, con ayuda de la Gran Bomba, me curé... vivo de nuevo. No, no le temo a la pila; es mi mejor amiga.

- Pero supongamos que estalla.

- Cuando el Señor me necesite, me llamará - se persignó rápidamente.

Mientras se alejaban, Erickson comentó en voz baja a Harper:

- Ahí tienes tu respuesta, Cal... si nosotros los ingenieros tuviéramos fe, el trabajo no nos aniquilaría.

Harper no estaba convencido.

- No sé - murmuró -. No creo que sea fe; creo más bien que es falta de imaginación... y conocimientos.

Pese a la confianza de King, Lentz no apareció hasta el día siguiente. El superintendente se sintió subconscientemente algo sorprendido ante el aspecto de su visitante. Se había imaginado a un maestro psicólogo de largo y flotante cabello y negros y penetrantes ojos. Pero aquel hombre no era de mucha estatura, sino más bien bajo, corpulento, y grueso, casi gordo. Hubiera podido pasar por un carnicero. Unos ojos pequeños, porcinos, brillantes, le miraron alegremente desde debajo de unas espesas cejas rubias. No había ningún asomo de pelo en ningún otro lugar de su enorme cráneo, y su mandíbula de mono era rubicunda y sonrosada. Iba vestido con un impecable pijama de lino. Una larga boquilla colgaba permanentemente de una esquina de su amplia boca, que se ensanchaba aún más con una sonrisa que sugería un humor sin malicia ante todo lo que la vida, o los hombres, pudieran hacerle. Era un optimista.

King halló notablemente fácil hablar con él.

A sugerencia de Lentz, el superintendente empezó por la historia de las plantas de energía atómica, por cómo la fisión del átomo de uranio por el doctor Otto Hahn en diciembre de 1938 había abierto el camino a la energía atómica. La puerta se había abierto tan sólo una rendija; el proceso de convertirse en autoperpetuable y comercialmente utilizada requería un conocimiento enormemente mayor que el que estaba a disposición de todo el mundo civilizado por aquel tiempo.

En 1938 la totalidad del uranio-235 escindido en el mundo no alcanzaba la masa de la cabeza de un alfiler. Del plutonio ni se había oído hablar. La energía atómica era una teoría abstrusa y un simple y esotérico experimento de laboratorio. La Segunda Guerra Mundial, el Proyecto Manhattan e Hiroshima lo cambiaron todo; a finales de 1945 los profetas lanzaban un torrente de predicciones en letra impresa acerca de energía atómica barata, casi energía atómica gratuita, para todo el mundo, en uno o dos años.

Las cosas no funcionaron así. El Proyecto Manhattan había sido desarrollado con la única finalidad de fabricar armas; la ingeniería de la energía atómica pertenecía aún al futuro.

A un lejano futuro, parecía. Las pilas de uranio utilizadas para la fabricación de la bomba atómica eran literalmente inútiles para la energía comercial; estaban diseñadas de tal modo que desperdiciaban parte de su energía como un subproducto inútil, y sus planos, una vez en funcionamiento, no podían ser cambiados. El diseño - sobre el papel - de una pila de energía comercial económica era algo realizable, pero tropezaba con dos serias dificultades. La primera era que una tal pila, si era operada a un nivel

comercialmente satisfactorio, produciría energía con tal violencia que no había ningún medio conocido de recibir tal energía Y ponerla a trabajar.

Este problema fue el primero en ser resuelto. Una modificación de las pantallas de energía Douglas-Martin, originalmente diseñadas para convertir la energía radiante del sol (en sí mismo una pila de energía atómica natural) directamente en energía eléctrica, fue utilizada para recibir la furia radiante de la fisión del uranio y transformarla en corriente eléctrica.

La segunda dificultad no parecía ser tal. Una pila «enriquecida» - a la que se le había añadido U-235 o plutonio al uranio natural - era una fuente de energía comercial perfectamente satisfactoria. Sabíamos cómo obtener U-235 y plutonio; ése fue el primer gran triunfo del Proyecto Manhattan.

¿Pero sabíamos realmente cómo? Hanford producía plutonio; Oak Ridge extraía U-235; cierto... pero las pilas de Hanford usaban más U-235 que el plutonio que producían, y Oak Ridge no producía nada, sino que simplemente separaba el 7/10 de un uno por ciento del U-235 del uranio natural, y «despreciaba» más del 99 % de la energía que había encerrada todavía en el U-238 despreciado. ¡Comercialmente ridículo, económicamente fantástico!

Pero había otra forma de crear plutonio, mediante energía de alta tensión, en una pila no moderada de uranio natural en cierto modo enriquecido. A un millón de electronvoltios o más, el U-238 se fisiónará; a energías ligeramente más bajas se convierte en plutonio. Una tal pila se alimenta de su propio «fuego» y produce más «combustible» del que usa; puede generar combustible para muchas otras pilas de energía del tipo usualmente moderado.

Pero una pila de energía no moderada es casi por definición una bomba atómica.

El verdadero nombre de «pila» procede de la pila de ladrillos de grafito y lingotes de uranio custodiados en una cámara aislada de la Universidad de Chicago en los primeros comienzos del Proyecto Manhattan. Una pila de este tipo, moderada con grafito o agua pesada, no puede estallar.

Nadie sabía lo que podía hacer una pila de alta energía no moderada. Crearía plutonio en grandes cantidades, pero... ¿estallaría? ¿Estallaría con tal violencia que haría que la bomba de Nagasaki pareciera una pistola de aire comprimido?

Nadie lo sabía.

Mientras tanto, la hambrienta tecnología de energía de los Estados Unidos se iba haciendo cada vez más exigente. Las pantallas de energía solar Douglas-Martin conocieron una crisis inmediata cuando el petróleo empezó a ser lo suficientemente escaso como para ser malgastado como combustible, pero la energía solar quedaba limitada a aproximadamente un caballo de vapor por metro cuadrado, y estaba a merced del tiempo.

La energía atómica era necesaria... y pedida.

Los ingenieros atómicos vivieron aquel período en una agonía de indecisión. Quizás una pila generadora pudiera ser controlada. O quizá si escapaba al control se limitaría simplemente a estallar extinguiendo con ello su propio fuego. Quizás estallara como varias bombas atómicas, pero con baja eficiencia. Pero también podía - sólo podía - estallar con toda su masa de varias toneladas de uranio a la vez y destruir en el proceso a toda la raza humana.

Hay una vieja historia, no auténtica, que habla de un científico que había creado una máquina que podía destruir instantáneamente al mundo, o al menos eso era lo que él creía, si simplemente accionaba un interruptor. Quiso saber si era cierto o no. Así que accionó el interruptor... y nunca llegó a saberlo.

Los ingenieros atómicos tenían miedo de accionar el interruptor.

- Fueron los cálculos mecánicos de infinitesimales de Destry los que mostraron una salida al dilema - dijo King -. Sus ecuaciones parecían predecir que una explosión atómica

de este tipo, una vez iniciada, rompería la masa molar que la contenía tan rápidamente que la pérdida de neutrones de la superficie externa de los fragmentos moderaría la progresión de la explosión atómica hasta reducirla a cero antes de que pudiera ser alcanzada la explosión completa. En una bomba atómica esta moderación se produce realmente.

«Para la masa que utilizamos en la pila, sus ecuaciones predecían una posible fuerza de explosión de siete décimas de un uno por ciento de la fuerza de la explosión completa. Esto solo, desde luego, sería algo inconmensurablemente destructivo... lo suficiente como para destruir toda esta parte del estado. Personalmente, nunca he estado seguro de que fuera esto lo único que ocurriera.

- Entonces, ¿por qué ha aceptado este trabajo? - preguntó Lentz.

King jugueteó con varios objetos de su escritorio antes de responder.

- No podía negarme, doctor... no podía. Si yo lo hubiera rechazado hubieran encontrado a algún otro... y ésta era una oportunidad que un físico encuentra una sola vez en la historia.

Lentz asintió.

- Y probablemente hubieran encontrado a algún otro no tan competente. Entiendo, doctor King... estaba usted impelido por el tropismo de la verdad del científico. Hay que ir allá donde se encuentran los datos, aunque esto pueda resultar mortífero. Pero respecto a ese otro hombre, Destry, nunca me han gustado sus matemáticas; postula demasiado.

King lo miró sorprendido, y luego recordó que aquél era el hombre que había refinado y dado rigor a los cálculos de relación.

- Ahí está el quid - asintió -. Su trabajo es brillante, pero nunca he estado seguro de que sus predicciones fueran mejores que el papel en que estaban escritas. Como les ocurre aparentemente - añadió con amargura - a mis jóvenes ingenieros.

Le contó al psiquiatra las dificultades que había tenido con el personal, cómo los hombres más cuidadosamente seleccionados terminaban, más tarde o más temprano, sucumbiendo ante la tensión.

- Al principio pensé que podía ser algún efecto degenerativo debido a la radiación de neutrones que se filtra a través de las protecciones, de modo que mejoramos éstas y las armaduras personales. Pero no ayudó. Un muchacho que había empezado con nosotros después de instalar las nuevas pantallas se volvió furioso una noche durante la cena, insistiendo en que su costilla de cerdo estaba a punto de estallar. Odio pensar lo que hubiera podido haber ocurrido si el ataque le hubiera dado cuando estaba en la pila.

La inauguración del sistema de observación psicológica constante había reducido en gran modo la probabilidad de un peligro agudo como resultado del desmoronamiento de un ingeniero de guardia, pero King se veía obligado a admitir que el sistema no era ningún éxito; desde aquel tiempo se había observado un importante incremento en las psiconeurosis.

- Y éste es el cuadro, doctor Lentz. Vamos cada vez peor. Me está alcanzando incluso a mí. La tensión me está ganando; no puedo dormir, y temo que mi juicio no sea tan bueno como solía ser... tengo problemas en fijar mis ideas, en tomar una decisión. ¿Cree usted que puede hacer algo por nosotros?

Pero Lentz no tenía ningún remedio inmediato para su ansiedad.

- No tan aprisa, superintendente - respondió -. Me ha expuesto usted una idea de conjunto, pero todavía no tengo datos reales. Debo ver esto más de cerca, oler por mí mismo la situación, hablar con sus ingenieros, quizá tomar algunas copas con ellos y recopilar información. Es posible, ¿no? Así, dentro de algunos pocos días, quizá sepamos a qué atenernos.

King no tenía más alternativa que aceptar.

- Y es mejor que sus muchachos no sepan por qué estoy yo aquí. Supongamos que soy un antiguo amigo suyo, otro físico que ha venido a visitarle, ¿eh?

- Oh, sí... desde luego. Haré que la idea circule. Pero dígame... - King recordó algo que le había preocupado desde la primera vez que Silard había sugerido el nombre de Lentz -, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

Los alegres ojos permanecieron impasibles.

- Adelante.

- No puede dejar de sorprenderme el que un hombre pueda alcanzar la eminencia en dos campos tan abiertamente separados como la psicología y las matemáticas. Estoy perfectamente convencido de su habilidad de pasar en cualquier momento de uno a otro campo. Pero no lo comprendo.

La sonrisa se hizo más claramente divertida, sin que por ello se volviera condescendiente ni ofensiva.

- Son lo mismo - respondió.

- ¿Eh? ¿Cómo...?

- O mejor dicho, tanto la física matemática como la psicología son ramas del mismo tema, la simbología. Usted es un especialista; no tendría que llamar necesariamente su atención.

- Sigo sin comprender.

- ¿No? El hombre vive en un mundo de ideas. Cualquier fenómeno es tan complejo que no le es posible captarlo en su totalidad. Extrae algunas características de un fenómeno dado como una idea, luego representa esa idea como un símbolo, que puede ser una palabra o un signo matemático. La reacción humana es casi enteramente una reacción a los símbolos, y en una parte casi despreciable al fenómeno. En realidad - continuó, quitándose la boquilla de la boca y metiéndose en el tema - es posible demostrar que la mente humana tan sólo puede pensar en términos de símbolos.

»Cuando pensamos, dejamos que los símbolos operen sobre otros símbolos en formas establecidas y determinadas... reglas de lógica, o regla de matemáticas. Si los símbolos han sido abstraídos de tal forma que sean estructuralmente similares a los fenómenos que representan, y si las operaciones simbólicas son similares en estructura y orden a las operaciones de los fenómenos en el mundo real, pensamos cuerdamente. Si nuestra lógica-matemática, o nuestras palabras-símbolos, han sido mal elegidos, pensaremos no cuerdamente.

»En la física matemática usted se preocupa de adaptar su simbología á los fenómenos físicos. En psiquiatría yo me preocupo exactamente de lo mismo, excepto que yo estoy más inmediatamente preocupado por el hombre que piensa que por el fenómeno en que está pensando. Pero el tema es el mismo, el tema siempre es el mismo.

- Así no vamos a ningún sitio, Gus. - Harper dejó a un lado su regla de cálculo y frunció el ceño.

- Así parece, Cal - admitió Erickson con un gruñido -. Maldita sea, de todos modos... ha de haber alguna forma razonable de resolver el problema. ¿Qué es lo que necesitamos? Alguna forma de energía concentrada y controlable para combustible de cohetes. ¿Qué es lo que tenemos? Energía en abundancia a través de la fisión. Tiene que haber alguna forma de embotellar esa energía, y utilizarla cuando la necesitemos... y la respuesta está en algún sitio en una de las series radiactivas. Lo sé. - Miró tristemente por todo el laboratorio a su alrededor, como si esperara hallar la solución escrita en algún lugar de las paredes forradas de plomo.

- No te desanimes de este modo. Me has convencido de que existe una respuesta; vamos a imaginarnos cómo encontrarla. En primer lugar, las tres series radiactivas naturales están descartadas, ¿no?

- Sí... al menos hemos aceptado que todo en este campo ha sido ya completamente cubierto antes.

- De acuerdo; tenemos que asumir que otros investigadores previos han hecho ya lo que tus notas dicen que han hecho... o de lo contrario será mejor que no creamos en nada y empecemos a comprobarlo todo desde Arquímedes hasta nuestros días. Quizá fuera lo más indicado, pero ni el propio Matusalén podrá llevar a cabo tal tarea. ¿Qué es lo que nos queda?

- Radiactivos artificiales.

- Muy bien. Vamos a establecer una lista de ellos, tanto de los que han sido elaborados hasta ahora como de los que puedan serlo en el futuro. Llamémosle nuestro grupo, o mejor nuestro campo, si es que queremos mostrarnos pedantes en las definiciones. Hay un número limitado de operaciones que pueden ser realizadas sobre cada miembro del grupo, y sobre los miembros puestos en combinación. Hagámoslo.

Erickson lo hizo, utilizando las curiosas cabriolas de los cálculos de relación. Harper asintió.

- De acuerdo... expándelo.

Erickson se lo miró durante unos breves instantes y luego preguntó:

- Cal, ¿tienes alguna idea de cuántos términos hay en la expansión?

- No... centenares, quizá miles, supongo.

- Eres conservador. Alcanza las cuatro cifras, sin considerar los posibles nuevos radiactivos. No podríamos terminar esa investigación ni en un siglo. - Dejó a un lado el lápiz y quedó pensativo.

Cal Harper lo miró con curiosidad, pero con simpatía.

- Gus - dijo suavemente -, el trabajo no te estará afectando a ti, ¿verdad?

- No creo. ¿Por qué?

- Nunca te había visto antes tan dispuesto a abandonar algo. Naturalmente, tú y yo nunca terminaremos un trabajo como éste, pero en el peor de los casos habremos eliminado un montón de respuestas equivocadas por algún otro. Mira a Edison... seis años de experimentación, veinte horas al día, y sin embargo no llegó a descubrir nunca lo que más deseaba saber. Supongo que si él pudo soportarlo, nosotros también podremos.

Erickson abandonó algo de su recelo.

- Supongo que sí - admitió -. De todos modos, quizá podamos elaborar alguna técnica que nos permita hacer varios experimentos simultáneamente.

Harper le palmeó el hombro.

- Ésta es la vieja lucha. Además... quizá no necesitemos llegar al final de la investigación para hallar un combustible satisfactorio. Tal como lo veo, hay probablemente una docena, quizás un centenar, de respuestas correctas. Cualquier día podemos tropezar con una de ellas. De todos modos, puesto que estás dispuesto a echarme una mano en tus ratos libres, me comprometo a meterme de lleno en ello.

Lentz rondó por toda la planta y el centro administrativo durante varios días, hasta que fue conocido de vista por todo el mundo. Se hizo agradable a todos y efectuó algunas preguntas. Muy pronto empezó a ser considerado como una molestia inofensiva, tolerada porque era amigo del superintendente. Metió incluso la nariz en la parte de energía comercial de la planta, y se hizo explicar con detalle la secuencia radiación - energía eléctrica. Esto sólo hubiera bastado para eliminar cualquier sospecha de que se trataba de un psiquiatra, porque el personal psiquiátrico no prestaba ninguna atención a los endurecidos técnicos de la unidad convertidora de energía. No lo necesitaban; una inestabilidad mental por su parte no podía afectar a la pila, ni estaban sujetos a la mortífera tensión de la responsabilidad social... El suyo era simplemente un trabajo personalmente peligroso, un tipo de tensión a la que el hombre se había acostumbrado desde la jungla.

A su debido tiempo llegó a la unidad del laboratorio de radiación instalado para uso de Calvin Harper. Llamó al timbre y espero. Harper abrió la puerta, con su casco antirradiación echado hacia atrás dándole un aspecto algo grotesco.

- ¿Qué desea? - preguntó -. Oh... es usted, doctor Lentz. ¿Quería verme?

- Bueno, sí y no - respondió el viejo -. Estaba echándole una mirada a la estación experimental y me he preguntado qué era lo que hacía usted aquí. ¿Molesto?

- En absoluto. Entre. ¡Gus!

Erickson se puso en pie de donde había estado batallando con uno de sus ensayos... más bien un betatrón modificado que un acelerador de resonancia.

- Hola.

- Gus, éste es el doctor Lentz... Gus Erickson.

- Ya nos conocemos - dijo Erickson, quitándose el guantelete para estrecharle la mano. Había tomado un par de copas con Lentz en la ciudad, y lo había calificado como «un tipo simpático»

- Ha llegado usted en el intermedio, pero si se queda un poco podrá vernos empezar otro show... aunque no hay mucho que ver.

Mientras Erickson continuaba con su trabajo, Harper condujo a Lentz por todo el laboratorio, explicándole la línea de investigación que estaban siguiendo, tan feliz como un padre mostrando a sus gemelos. El psiquiatra lo escuchaba con un solo oído y respondía con los comentarios adecuados, mientras estudiaba al joven científico buscando señales de la inestabilidad que había observado que había sido informada contra él.

- Como puede ver - explicó Harper, ignorante de que el principal interés estaba en él -, estamos ensayando materiales radiactivos para ver si podemos producir una desintegración del tipo que se produce en la pila, pero en una masa minúscula, casi microscópica. Si tenemos éxito, podremos utilizar la pila generadora para fabricar un seguro y apropiado combustible atómico para cohetes... o para cualquier cosa. - Continuó explicándole el proceso de su experimentación.

- Entiendo - observó Lentz adecuadamente -. ¿Qué elementos están examinando ahora?

Harper se lo dijo.

- Pero no se trata de examinar un elemento... hemos terminado el Isótopo II de este elemento con resultados negativos. Nuestro esquema de investigación nos indica que ahora debemos efectuar la misma prueba con el Isótopo V. Como esto - tomó una cápsula de plomo, y le mostró a Lentz la etiqueta. Se dirigió rápidamente hacia la pantalla protectora que rodeaba el blanco del betatrón, y que Erickson había dejado abierta. Lentz vio que había abierto la cápsula y estaba realizando algún tipo de operación en ella con un par de largas tenazas, poniendo gran cuidado, tras haberse bajado primero el casco. Luego cerró y aseguró la pantalla protectora.

- ¿Listo, Gus? - gritó -. ¿Listo para empezar?

- Sí, supongo que sí - le aseguró Erickson, yendo hacia él. Los demás estaban apiñados detrás de una gruesa protección metálica que los separaba del blanco.

- ¿Necesitaré ponerme una armadura? - preguntó Lentz.

- No - le tranquilizó Erickson -. Nosotros las llevamos porque nos pasamos aquí día sí y día también. Usted basta con que permanezca detrás de la pantalla y estará seguro.

Erickson miró a Harper, que asintió con la cabeza, y fijó sus ojos en un panel de instrumentos montado detrás de la pantalla. Lentz vio a Erickson pulsar un botón en la parte superior del tablero, y oyó a una serie de relés cliquetear en el extremo más alejado de la pantalla. Hubo un corto instante de silencio.

El suelo azotó sus pies como si hubiera recibido un increíble bastonazo. La concusión que llegó a sus oídos era tan intensa que paralizó su nervio auditivo casi antes de que pudiera registrarlo como un sonido. La oleada de concusión transmitida por el aire azotó

cada centímetro de su cuerpo con un golpe único y demoledor. Mientras reaccionaba, se dio cuenta de que estaba temblando incontrolablemente y pensó, por primera vez, que se estaba haciendo viejo.

Harper estaba sentado en el suelo y empezaba a sangrar por la nariz. Erickson se había levantado, con un corte en la mejilla. Se llevó una mano a la herida, y se quedó parado allí, mirando la sangre en sus dedos con una expresión desconcertada.

- ¿Está usted herido? - preguntó Lentz tontamente -. ¿Qué ha ocurrido?

- ¡Gus, lo hemos conseguido! - interrumpió Harper -. ¡Lo hemos conseguido! ¡El Isótopo V ha dado resultado!

Erickson parecía más desconcertado todavía.

- ¿El Cinco? - dijo aturdidamente -. Pero si no era el Cinco, era el Isótopo II. Yo mismo lo puse ahí.

- ¿Qué tú lo pusiste? ¡Yo lo puse! ¡Y era el Cinco, estoy seguro!

Se miraron mutuamente, aturdidos por la explosión, y cada uno de ellos ligeramente enojado por la terquedad del otro ante la evidencia. Lentz intervino recelosamente.

- Esperen un momento, muchachos - sugirió -, quizás haya una razón... Gus, ¿colocó usted una cantidad del segundo isótopo en el receptor?

- Sí, sí, claro. No estaba satisfecho con la última prueba, y Pensé comprobarla.

Lentz asintió.

- Entonces es culpa mía, caballeros - admitió melancólicamente -. Vine, los distraje de su rutina, y ambos cargaron el receptor. Puedo afirmar que Harper lo hizo, lo vi cuando lo hacía... con Isótopo V. Lo siento.

La comprensión se reflejó en el rostro de Harper, y dio una palmada en el hombro de Lentz.

- No lo sienta - rió -, puede venir a curiosear en nuestro laboratorio y hacernos equivocar cada vez que quiera... ¿eh, Gus? ¡Ésta es la respuesta, doctor Lentz, ésta es!

- Pero - observó el psiquiatra -, no saben ustedes cuál de los dos isótopos ha estallado.

- Ni nos importa - añadió Harper -. Quizás hayan sido los dos, actuando en conjunto. Pero lo sabremos... ya hemos abierto una rendija, y lo único que tenemos que hacer es ampliarla. - Miró alegremente los estragos causados en la habitación.

Pese a la ansiedad del superintendente King, Lentz se negó a apresurarse en dar un juicio sobre la situación. En consecuencia, cuando se presentó a la oficina de King y anunció que estaba listo para dar su informe, King se sintió tan agradablemente sorprendido como aliviado.

- Bien, estoy encantado - dijo -. Siéntese, doctor, siéntese. Tome un cigarro. ¿Qué es lo que debemos hacer?

Pero Lentz se inclinó por su eterno cigarrillo, y rehusó apresurarse.

- Primero necesito algunas informaciones. ¿Qué importancia - preguntó - representa la energía de su planta?

King comprendió enseguida las implicaciones de la pregunta.

- Si está pensando usted en cerrar la planta más tiempo de un período limitado, no puede hacerse.

- ¿Por qué no? Si las cifras que me han dado son correctas, su producción de energía es menos del trece por ciento de la energía total utilizada en el país.

- Sí, es cierto, pero también suministramos otro trece por ciento secundario a través del plutonio que obtenemos aquí... y usted no ha analizado los datos que equilibran el balance. Una gran parte de ella es energía doméstica que utilizan las amas de casa a partir de las pantallas solares situadas en sus tejados. Otra gran parte es energía para las aceras rodantes... también energía solar. La porción que suministramos desde aquí es directa o indirectamente la principal fuente de la mayor parte de la industria pesada...

acero, plásticos, líticos, toda clase de proceso y manufactura. Lo que usted dice sería como quitarle el corazón a un hombre...

- Pero la industria alimentaria, ¿no depende básicamente de ustedes? - insistió Lentz.

- No... La alimentaria no es básicamente una industria energética, aunque proporcionemos un cierto porcentaje de la energía que utilizan en el proceso. Entiendo su punto de vista, e iré más lejos y le concederé que el transporte, es decir la distribución de los alimentos, puede pasarse sin nosotros. Pero por los cielos, doctor, no puede usted parar la energía atómica sin provocar el mayor pánico que haya visto nunca este país. Es la piedra angular de todo nuestro sistema industrial.

- El país ha sobrevivido antes a otros pánicos, y hemos pasado la carestía de petróleo sin problemas.

- Sí... porque la energía solar y la energía atómica vinieron a ocupar el lugar del petróleo. No se da usted cuenta de lo que esto significaría, doctor. Sería peor que una guerra; en un sistema como el nuestro, una cosa depende de otra. Si detiene usted de golpe toda la industria pesada a la vez, todo lo demás se detendrá al mismo tiempo.

- De todos modos, harían mejor vaciando la pila. - El uranio en la pila estaba fundido, su temperatura era superior a los dos mil cuatrocientos grados centígrados. La pila podía ser vaciada en un grupo de pequeños contenedores cuando se deseaba cerrarla. La masa de cada uno de los contenedores era demasiado pequeña como para mantener una progresiva desintegración atómica.

King miró involuntariamente al relé protegido por un cristal montado en la pared de su oficina, y por medio del cual tanto él como el ingeniero de servicio podían vaciar la pila si era necesario.

- Pero yo no puedo hacer esto... o mejor dicho, si lo hiciera, la planta no estaría mucho tiempo cerrada. Los directores simplemente me reemplazarían por alguien que la haría funcionar.

- Tiene usted razón, desde luego. - Lentz consideró silenciosamente la situación durante un tiempo, y luego dijo -: Superintendente, ¿puede usted pedir un vehículo para que me lleve de vuelta a Chicago?

- ¿Piensa irse, doctor?

- Sí. - Se quitó la boquilla de la boca y, por una vez, la sonrisa de olímpica indiferencia desapareció por completo. Su actitud era seria, casi trágica -. A menos que se cierre la planta, no hay ninguna solución a su problema... ¡absolutamente ninguna!

»Le debo una completa explicación - prosiguió tras una pausa -. Usted tiene que enfrentarse aquí con casos recurrentes de Psiconeurosis situacionales. En su conjunto, los síntomas se manifiestan en forma de ansiedades neuróticas o algún tipo de histeria. La amnesia parcial de su secretario, Steinke, es un buen ejemplo de lo último. Podría curarse a través de un shock técnico, pero no conseguiríamos nada, ya que ha abocado a un ajuste estable que lo sitúa más allá del esfuerzo que no puede soportar.

»Ese otro muchacho, Harper, cuyo estallido fue la causa inmediata de que usted me mandara llamar, es un caso de ansiedad. Cuando la causa de la ansiedad fue eliminada de su matriz, recobró inmediata y totalmente la cordura. Pero vigile de cerca a su amigo, Erickson...

»De todos modos, lo que debe preocuparnos ahora es la causa y la prevención de estas psiconeurosis situacionales, más que las formas en las cuales se manifiesta. En lenguaje llano, la psiconeurosis situacional se refiere simplemente al hecho común de que, si usted coloca a un hombre en una situación que le preocupa más de lo que puede soportar, estallará a su debido tiempo, de una u otra forma.

«Ésta es precisamente la situación aquí. Toma usted a unos hombres jóvenes, inteligentes, sensitivos, les inculca la noción de que cualquier desliz por su parte, o incluso alguna circunstancia fortuita más allá de su control, puede convertirse en la muerte de

Dios sabe cuántas personas, y luego pretende que permanezcan cuerdos. Es ridículo... ¡imposible!

- ¡Pero por los cielos, doctor!... Tiene que haber alguna solución... ¡Tiene que haberla! - Se levantó y empezó a pasear por la habitación. Lentz se dio cuenta compasivamente de que el propio King estaba rozando el límite de la condición que estaban discutiendo.

- No - dijo lentamente -. No... déjeme que me explique. Usted no se atreve a confiar el control a hombres menos sensitivos, menos socialmente conscientes. Sería lo mismo que poner los controles en manos de un idiota. Y para la psiconeurosis situacional no hay más que dos curas. La primera se obtiene cuando la psicosis es el resultado de una falsa evaluación del medio ambiente. Esa cura necesita un reajuste semántico. Uno ayuda al paciente a evaluar correctamente lo que le rodea. La ansiedad desaparece porque nunca ha habido una razón auténtica para ella en la situación en sí, sino simplemente una falsa apreciación que le ha atribuido la mente del paciente.

»El segundo caso es cuando el paciente ha evaluado correctamente la situación, y encuentra en ella, con razón, causas para una extrema ansiedad. Su ansiedad es perfectamente cuerda y lógica, pero no puede soportarla indefinidamente; acaba enloqueciendo. La única cura posible es entonces un cambio de la situación. He estado aquí el tiempo suficiente como para comprobar que ésta es precisamente la condición que impera aquí. Ustedes, ingenieros, han evaluado correctamente el peligro público de esta cosa, y esto los volverá, con una terrible certeza, a todos ustedes locos.

»La única solución posible es vaciar la pila... y dejarla vacía.

King había continuado su nervioso pasear por la habitación, como si aquellas paredes fueran la jaula de su dilema. Se detuvo apeló de nuevo al psiquiatra:

- ¿No hay nada que yo pueda hacer?

- Nada que curar. Que aliviar... bueno, es posible.

- ¿Cómo?

- La psicosis situacional es el resultado de un agotamiento de adrenalina. Cuando un hombre es sometido a tensión nerviosa, sus glándulas de adrenalina incrementan su secreción para ayudar a compensar la tensión. Si la tensión es demasiado grande y demasiado prolongada, la adrenalina no compensa las pérdidas, y el hombre se derrumba. Esto es lo que tiene usted aquí. La terapia con adrenalina podría compensar un desmoronamiento mental, pero con toda seguridad aceleraría el desmoronamiento físico. Pero podría ser seguro desde el punto de vista del bienestar público... ¡aunque asuma el que los físicos son de confianza!

»Se me ocurre otra cosa: si selecciona usted los nuevos ingenieros de guardia de entre los miembros de las Iglesias que practican el confesionismo, eso podría incrementar la duración de su utilidad.

King se mostró francamente sorprendido.

- No le sigo.

- El paciente descarga la mayor parte de su ansiedad en su confesor, que al no hallarse confrontado con la situación puede soportarla. De todos modos no es más que una simple mejora. Estoy convencido de que, en esta situación, la locura eventual es inevitable. Pero hay una gran cantidad de buen sentido en la confesión - reflexionó -. Llena una necesidad básica del hombre. Creo que es por esto por lo que los primeros psicoanalistas tuvieron un éxito tan sorprendente, pese a sus limitados conocimientos. - Permaneció unos instantes silencioso, y luego añadió -: Si fuera usted tan amable como para pedirme un estratotaxi...

- ¿No tiene usted nada mejor que sugerir?

- No. Haría mejor aliviando un poco a su personal psicológico; todos ellos son hombres capaces.

King pulsó un botón y habló brevemente con Steinke. Girándose hacia Lentz, dijo:

- ¿Esperará usted aquí hasta que esté listo el coche?

Lentz juzgó correctamente que esto era lo que King deseaba, y asintió.

En aquel momento el tubo de mensajes del escritorio del superintendente hizo «¡Ping!». Era una tarjeta de visita. King la estudió sorprendido y se la pasó a Lentz.

- No puedo imaginar qué puede querer de mí - observó, y añadió -: ¿Desea conocerlo? Lentz leyó:

THOMAS P. HARRINGTON
Capitán (Matemáticas)
Marina de los Estados Unidos
Director,
Observatorio Naval de los EE.UU.

- Pero si lo conozco - dijo -. Estaré encantado de verle.

Harrington era un hombre con algo en la mente. Pareció aliviado cuando Steinke terminó de introducirle y regresó a la oficina exterior. Empezó a hablar inmediatamente, dirigiéndose a Lentz, que estaba más cerca de él que King.

- ¿Es usted King? ¡Oh, doctor Lentz! ¿Qué está haciendo usted aquí?

- De visita - respondió Lentz, educada pero incompletamente, mientras se estrechaban las manos -. Éste es el superintendente King. Superintendente King... el Capitán Harrington.

- ¿Cómo está usted, capitán? Es un placer tenerlo aquí.

- Es un honor estar aquí, señor.

- Siéntese, por favor.

- Gracias. - Aceptó una silla, y dejó una cartera en una esquina del escritorio de King -. Superintendente, tiene usted derecho a una explicación de por qué he irrumpido aquí de esta manera...

- Encantado de que lo haya hecho. - En realidad, la rutina de la cortesía social era una válvula de escape para los tensos nervios de King.

- Muy amable por su parte, pero... Ese secretario suyo, el que me ha traído hasta aquí, ¿sería mucho pedirle que le dijera usted que olvidara mi nombre? Ya sé que parece extraño, pero...

- En absoluto. - King estaba intrigado, pero dispuesto a acceder a cualquier petición razonable de un distinguido colega científico. Llamó a Steinke por el visiófono interior y le dio las órdenes oportunas.

Lentz se levantó y anunció que tenía que irse. Captó la mirada de Harrington.

- Entiendo que desea usted hablar en privado, capitán.

King miró de Harrington a Lentz, luego de nuevo a Harrington. El astrónomo evidenció una momentánea indecisión, luego protestó.

- Por mi parte no tengo ninguna objeción; es el doctor King quien debe decidir. De hecho

- añadió -, pienso que sería una buena cosa que se quedara usted.

- Ignoro el motivo de su visita, capitán - hizo notar King -, pero el doctor Lentz está aquí en misión confidencial.

- ¡Estupendo! Entonces todo solucionado... Voy directo al asunto. Doctor King, ¿conoce usted la mecánica de infinitesimales de Destry?

- Naturalmente - Lentz le guiñó un ojo a King, que prefirió ignorarlo.

- Sí, por supuesto. ¿Recuerda usted el sexto teorema, y la transformación entre las ecuaciones trece y catorce?

- Creo que sí, pero preferiría verlas. - King se levantó y se dirigió a la biblioteca. Harrington lo detuvo con una mano.

- No se preocupe. Se las puedo mostrar. - Sacó una llave, abrió su cartera, y extrajo un gran bloc de hojas intercambiables muy manoseado -. Aquí están. Usted también, doctor Lentz. ¿Está usted familiarizado con este desarrollo?

Lentz asintió.

- He tenido ocasión de estudiarlo.

- Bien... Creo que podemos afirmar que el paso entre la trece y la catorce es la clave de todo el asunto. Ahora el cambio de la trece a la catorce es perfectamente válido... y puede seguir siéndolo, en determinados campos. Pero supongamos que lo extendemos a cualquier posible fase del asunto, a cada eslabón de la cadena del razonamiento.

Giró una página, y les mostró las mismas dos ecuaciones, fraccionadas en nueve ecuaciones intermedias. Puso un dedo bajo un grupo asociado de símbolos matemáticos.

- ¿Ven ustedes esto? ¿Ven lo que implica? - miró ansiosamente a sus rostros.

King lo estudió, moviendo los labios.

- Sí... Me parece verlo. Es extraño... nunca antes lo había estudiado bajo este punto de vista... pese a que he estudiado estas ecuaciones hasta soñar con ellas. - Se giró hacia Lentz -. ¿Está usted de acuerdo, doctor?

Lentz asintió lentamente.

- Me parece que sí... Sí, creo que puedo decir que sí.

Harrington debería haberse mostrado satisfecho; no lo estaba.

- Esperaba que pudieran decirme ustedes que estaba equivocado - dijo, casi lamentándolo, pero me temo que ya no queda ninguna duda. El doctor Destry ha incluido una suposición válida en física molar, pero de la cual no tenemos ninguna seguridad en física atómica. Supongo que se da cuenta de lo que esto significa para usted, doctor King.

La voz de King era apenas un áspero susurro.

- Sí - dijo -. Sí... Significa que si la Gran Bomba que tenemos aquí estalla, debemos asumir que todo estallará al mismo tiempo, de una forma muy distinta a como Destry lo predijo... ¡y que Dios ayude a la raza humana!

El capitán Harrington carraspeó para romper el silencio subsiguiente:

- Superintendente - dijo -, nunca me hubiera atrevido a visitarle si se hubiera tratado tan sólo de un asunto de desacuerdo en la interpretación de predicciones teóricas...

- ¿Tiene usted algo más?

- Sí y no. Probablemente ustedes, caballeros, piensen que el Observatorio Naval se preocupa únicamente en las efemérides y en las tablas de las mareas. Desde un cierto punto de vista he de darles la razón... pero siempre nos queda algo de tiempo que dedicar a la investigación, mientras no interfiera en nuestra actividad normal. Mi especial interés ha sido siempre la teoría lunar.

»No me refiero a la balística lunar - continuó -. Me refiero al problema más interesante de su origen e historia, el problema con el que luchó el joven Darwin, así como mi ilustre predecesor, el capitán T. J. J. See. Pienso que es obvio que cualquier teoría acerca del origen e historia lunares debe tener en cuenta las características de su superficie... especialmente las montañas, los cráteres, todo lo que marca su rostro de una forma tan prominente.

Hizo una momentánea pausa, y el superintendente King aprovechó para observar:

- Sólo un momento, capitán... quizá parezca estúpido, o tal vez haya pasado por alto algo, pero... ¿hay alguna conexión entre lo que estábamos discutiendo antes y la teoría lunar?

- Admita conmigo por unos breves momentos, capitán King - se disculpó Harrington -, que existe una conexión... o al menos temo que exista una conexión... pero preferiría exponer mis puntos de vista en su orden adecuado antes de plantear mis conclusiones.

Los dos técnicos le concedieron un atento silencio, y prosiguió:

- Pese a que tenemos la costumbre de referirnos a los «cráteres» lunares, sabemos que no son cráteres volcánicos. Superficialmente, no siguen ninguna de las reglas de los volcanes terrestres en apariencia o distribución, pero cuando Rutter publicó en 1952 su monografía sobre la dinámica de la vulcanología, probó de modo conclusivo que los cráteres lunares no podían haber sido causados por nada de lo que conocemos como acción volcánica.

»Eso deja la teoría del bombardeo como la más sencilla de las hipótesis. Suena bien, y unos pocos minutos perdidos echando guijarros a un montón de barro convencerán a cualquiera de que los cráteres lunares pueden haberse formado por la caída de meteoritos.

»Pero hay algunas dificultades. Si la Luna era alcanzada tan repetidamente, ¿por qué no la Tierra? Casi no es necesario mencionar que la atmósfera de la Tierra no representa ninguna protección contra masas lo suficientemente grandes como para formar cráteres tales como Endymion o Platón. Y si cayeron cuando la Luna ya era un mundo muerto mientras que la Tierra era todavía lo suficientemente joven como para cambiar su rostro y borrar las cicatrices del bombardeo, ¿por qué los meteoritos evitaron casi tan completamente las grandes cuencas secas que llamamos mares?

»Voy a ser breve; encontrarán ustedes los datos y las investigaciones matemáticas a partir de estos datos aquí en mis notas. Hay otra gran objeción a la teoría del bombardeo meteorítico: los grandes rayos que se extienden desde Tycho y cruzan casi toda la superficie de la Luna. Es algo que hace que la Luna parezca como una bola de cristal que hubiera sido golpeada con un martillo, y el impacto desde el exterior parece evidente, aunque hay algunas dificultades. La masa proyectada, nuestro hipotético meteorito, tendría que haber sido más pequeño que el actual cráter de Tycho, pero debía poseer la masa y la velocidad suficientes como para resquebrajar a todo un planeta.

«Deduzcan ustedes mismos... podrán postular por una masa arrancada del corazón de una estrella enana, o por velocidades tales como nunca han sido observadas dentro del sistema. Es concebible, pero es una explicación demasiado rebuscada.

Se giró hacia King.

- Doctor, ¿se le ocurre a usted algo que pueda explicar un fenómeno como el de Tycho?

El superintendente aferró los brazos de su sillón, luego se miró las palmas de las manos. Sacó un pañuelo y se las secó.

- Adelante, prosiga - dijo, casi inaudiblemente.

- Bien entonces - Harrington sacó de su cartera una gran fotografía de la Luna... una hermosa imagen completa de la Luna hecha en Lick -. Desearía que imaginaran a la Luna tal como podía haber sido en algún tiempo del pasado. Las áreas oscuras que llamamos «mares» son auténticos océanos. Tiene una atmósfera, quizás un gas más pesado que el oxígeno y el nitrógeno, pero un gas activo, capaz de dar soporte a alguna concebible forma de vida.

»Porque se trata de un planeta habitado, habitado por seres inteligentes, seres capaces de descubrir la energía atómica ¡y hacerla estallar!

Señaló la fotografía, cerca del límite sur, la blanca línea caliza del círculo de Tycho, con sus brillantes e increíbles rayos de más de mil kilómetros de largo partiendo de allí.

- Aquí... aquí en Tycho estaba situada su principal planta atómica. - Movié su dedo hasta apuntar a otro lugar cerca del ecuador y algo al este del meridiano... el punto donde emergían tres grandes áreas oscuras, el Mare Nubium, el Mare Imbrium y el Oceanus Procellarum, y señaló dos manchas brillantes rodeadas también de rayos, pero más cortos, menos distintos y ondulantes -. Y aquí, en Copérnico y en Kepler, en islas en medio de un gran océano, estaban las estaciones secundarias de energía.

Hizo una pausa, e intercaló serenamente:

- Quizá sabían el peligro que corrían, pero necesitaban tanto la energía que estaban dispuestos a jugarse la vida de su raza. Quizás ignorasen las catastróficas posibilidades de sus pequeñas máquinas, o quizá sus matemáticos les aseguraban que no podía ocurrir nada.

»Pero no podremos saberlo nunca... nadie podrá saberlo nunca. Porque estalló, y los mató a todos... y mató su planeta.

«Salió de la envoltura gaseosa y estalló en el espacio exterior. Quizás originó una reacción en cadena en la atmósfera. Lanzó grandes fragmentos de la corteza del planeta. Quizás algunos de ellos escaparon por completo, también, pero los que no alcanzaron la velocidad de escape volvieron a caer a su tiempo y ocasionaron grandes agujeros en forma de cráter en el suelo.

»Los océanos amortiguaron el choque; sólo los fragmentos más grandes formaron cráteres a través del agua. Quizás aún quedara algo de vida en las profundidades de esos océanos. Si era así, estaba condenada a morir... puesto que el agua, no protegida por la presión atmosférica, no podía permanecer líquida e inexorablemente escaparía con el tiempo al espacio exterior. Su vida sanguínea se secó. El planeta había muerto... ¡se había suicidado!

Miró los graves ojos de sus dos silenciosos interlocutores casi con una expresión de súplica.

- Caballeros... esto es tan sólo una teoría, me doy cuenta de ello... tan sólo una teoría, un sueño, una pesadilla... Pero me ha mantenido despierto durante tantas noches que he tenido que venir aquí a contársela y comprobar si ustedes la ven del mismo modo que yo. En cuanto a la mecánica de todo ello, lo encontrarán todo aquí, en mis notas. Pueden comprobarlas... y rezo por que encuentren algún error. Pero es la única teoría lunar que he examinado que incluye todos los datos conocidos, y se acopla a todos ellos.

Parecía haber terminado; Lentz tomó la palabra.

- Supongamos, capitán, supongamos que comprobamos todos sus cálculos matemáticos y no encontramos ningún error. ¿Entonces qué?

Harrington alzó las manos.

- ¡Esto es precisamente lo que he venido a averiguar aquí!

A pesar de que había sido Lentz quien había hecho la pregunta, Harrington se dirigió a King. El superintendente levantó la vista; sus ojos se encontraron con los del astrónomo, vaciló y los volvió a bajar.

- No hay nada que hacer - dijo sombríamente -. Nada en absoluto.

Harrington lo miró con abierto asombro.

- ¡Pero buen Dios, hombre! - Saltó -. ¿Acaso no lo ve? ¡La pila tiene que ser desarmada...! ¡y en seguida!

- Tomémoslo con calma, capitán - la tranquila voz de Lentz fue como un chorro de agua fría -. Y no sea demasiado duro con el pobre King... le preocupa el caso mucho más que a usted. Lo que quiere decir es esto: no nos enfrentamos con un problema de física, sino con una situación política y económica. Digámoslo de esta forma: King no puede vaciar esta planta, del mismo modo que un campesino con un viñedo en la ladera del Vesubio no puede abandonar sus tierras y conducir a la miseria a su familia simplemente porque en cualquier momento puede producirse una erupción.

«King no es el dueño de esta planta; es sólo su custodio. Si la vacía contra los deseos de sus legales propietarios, éstos simplemente lo echarán y pondrán en su lugar a otro más obediente. No, tenemos que convencer a los propietarios.

- El Presidente puede obligarles - sugirió Harrington -. Puedo ir a ver al Presidente...

- No dudo que pueda, a través de su departamento. Y puede incluso llegar a convencerle. Pero ¿podrá ayudar mucho?

- ¡Por supuesto que podrá! ¡Es el Presidente!

- Espere un minuto. Usted es el Director del Observatorio Naval; supongamos que toma usted un pesado martillo y trata de destrozarse el gran telescopio... ¿cuán lejos podrá llegar?

- No muy lejos - admitió Harrington -. Guardamos el gran telescopio muy bien custodiado.

- Ni el Presidente puede obrar de modo arbitrario - insistió Lentz -. No es un monarca plenipotenciario. Si cierra esta planta sin su correspondiente proceso legal, los tribunales federales pueden echarse sobre él. Admito que el Congreso no es tan impotente, ya que la Comisión de Energía Atómica recibe órdenes de él, pero... ¿le gustaría a usted intentar dar a un comité del Congreso un curso sobre mecánica de infinitesimales? Harrington tuvo que reconocer la verdad de todo aquello. - Pero hay otro camino - observó -. El Congreso es responsable ante la opinión pública. Lo que necesitamos es convencer al público de que la pila es una amenaza para todo el mundo. Eso puede hacerse sin ni siquiera intentar explicar las cosas en términos de altas matemáticas.

- Podríamos realmente - admitió Lentz -. Podríamos lanzar al aire la noticia y provocar un pánico mortal. Podríamos crear la más maldita ola de terror que haya conocido este país en toda su historia. No, gracias. Yo, por mi parte, prefiero la posibilidad de morir tranquilamente antes que desencadenar una psicosis de masas que destruiría toda la cultura que hemos edificado. Me parece que una sola muestra de los Años Locos es suficiente.

- Bien, entonces, ¿qué sugiere usted?

Lentz se lo pensó un momento, y luego respondió:

- Todo lo que veo es una remota esperanza. Tenemos que ir a ver a la Junta de Directores y tratar de meterles algo de sentido común en sus cabezas.

King, que había seguido atentamente la discusión pese a su cansancio, hizo una observación.

- ¿Cómo espera conseguirlo?

- No lo sé - admitió Lentz -. Habrá que pensárselo. Pero me parece la línea más fructífera de aproximación. Si no funciona, siempre podemos acudir a la idea de Harrington de la publicidad... no insisto en que el mundo se suicide para satisfacer mis criterios de evaluación.

Harrington echó una mirada a su reloj de pulsera, un enorme artefacto, y lanzó un silbido.

- Cielos - exclamó -, ¡he olvidado la hora! Se supone que oficialmente estoy en el Observatorio Flagstaff.

King había visto automáticamente la hora en el reloj del capitán.

- Pero no puede ser tan tarde - objetó. Harrington pareció sorprendido, luego se echó a reír.

- No lo es... hay dos horas de diferencia. Estamos en la zona más - siete; este reloj señala la zona más - cinco... está radiosincronizado con el reloj patrón de Washington.

- ¿Ha dicho usted radiosincronizado?

- Sí. Inteligente, ¿no? - Lo mostró para que lo examinaran -. Yo le llamo un telecronómetro; es el único de su clase hasta ahora. Mi sobrino lo diseñó para mí. Es listo el chico. Llegará muy lejos. Es decir... - su rostro se ensombreció, como si el pequeño interludio hubiera servido tan sólo para enfatizar la tragedia que se cernía sobre ellos - si alguno de nosotros vive lo suficiente.

Una señal luminosa brilló en el escritorio de King, y el rostro de Steinke apareció en la pantalla del comunicador. King habló con él y luego dijo:

- Su vehículo está listo, doctor Lentz.

- Deje que lo tome el capitán Harrington.

- Entonces, ¿no regresa usted a Chicago?

- No. La situación ha cambiado. Si me necesita usted, me quedo.

El viernes siguiente, Steinke hizo entrar a Lentz en la oficina de King. El superintendente parecía casi satisfecho cuando le estrechó la mano.

- ¿Cuánto hace que ha aterrizado, doctor? No lo esperaba hasta dentro de una hora o así.

- Ahora mismo. He tomado un taxi en lugar de esperar el tren de enlace.

- ¿Ha habido suerte?

- Ninguna. La misma respuesta que le dieron a usted: «La Compañía se ha asegurado a través de expertos independientes de que la mecánica de Destry es válida, y no ve ninguna razón que anime una actitud histérica entre sus empleados.»

King tabaleó sobre su escritorio, con mirada vaga. Luego, girando sobre sí mismo para enfrentarse directamente a Lentz, dijo:

- ¿Supone entonces que el presidente de la Compañía tiene razón?

- ¿Cómo?

- ¿Podría ser que nosotros tres, usted, yo y Harrington, nos hubiéramos apartado de nuestro objetivo, nos hubiéramos equivocado?

- No.

- ¿Está usted seguro?

- Absolutamente. He hablado con algunos expertos independientes no ligados a la Compañía, y todos ellos han comprobado el trabajo de Harrington. Concuerd. - Lentz omitió mencionar que lo había hecho en parte porque no estaba demasiado seguro de la actual salud mental de King.

King se puso en pie bruscamente, tendió una mano y golpeó casi un botón.

- Voy a hacer un nuevo intento - explicó - para ver si puedo meter un poco de miedo a Dixon en su dura cabeza. Steinke - dijo al comunicador -, póngame con el señor Dixon en la pantalla.

- Sí, señor.

Al cabo de unos dos minutos la pantalla del visiófono se iluminaba con los rasgos del presidente de la Compañía Dixon. Estaba transmitiendo, no desde su oficina, sino desde la sala de juntas del sindicato energético en Jersey City.

- ¿Sí? - dijo -. ¿Qué ocurre, superintendente? - Su actitud era a la vez afable y algo irritada.

- Señor Dixon - empezó King -, le he llamado para intentar hacerle comprender lo serio de la decisión de la Compañía. Me juego mi reputación científica a que Harrington ha probado completamente...

- Oh, eso. Señor King, creí que ya había comprendido usted que éste era un asunto cerrado.

- Pero señor Dixon...

- ¡Superintendente, por favor! Si hubiera la menor causa legítima de temor, ¿cree usted que vacilaría? Tengo hijos, ya lo sabe, y también nietos.

- Por eso precisamente...

- Intentamos llevar los asuntos de la Compañía con un juicio razonable y en el interés del público. Pero también tenemos otras responsabilidades. Hay centenares de miles de pequeños accionistas que esperan les demos un razonable beneficio a su inversión. No esperará usted que destruyamos una compañía de mil millones de dólares sólo porque usted se ha dedicado a la astrología. ¡La teoría lunar! - Resopló.

- Muy bien, señor Presidente - el tono de King era seco.

- No se lo tome usted así, señor King. Celebro que me haya llamado... el Consejo acaba precisamente de aplazar una junta extraordinaria. Han decidido aceptar su retiro... a paga completa, por supuesto.

- ¡Yo no he pedido mi retiro!

- Lo sé, señor King, pero el Consejo cree que...

- Entiendo. ¡Adiós!

- Señor King...

- ¡Adiós! - Cortó la comunicación, y se giró a Lentz - «...a paga entera» - citó -, para que pueda disfrutar como me plazca durante el resto de mi vida... ¡Feliz como un hombre condenado a muerte!

- Exacto - admitió Lentz -. Bien, hemos intentado nuestro sistema. Supongo que podemos llamar a Harrington y permitirle que intente su método político y publicitario.

- Supongo que sí - asintió King, medio absorto -. ¿Se irá usted a Chicago ahora?

- No... - dijo Lentz -. No... creo que voy a tomar el enlace para Los Ángeles y de allí el primer cohete para los Antípodas.

King pareció sorprendido, pero no dijo nada. Lentz respondió al no formulado comentario.

- Quizás alguno de nosotros en el otro lado de la Tierra sobreviva. He hecho aquí todo lo que he podido. Prefiero ser un pastor de corderos vivo en Australia que un psiquiatra muerto en Chicago.

King asintió vigorosamente.

- Esto suena como una lógica de caballos. Por dos centavos, vació la pila ahora mismo y me voy con usted.

- Nada de lógica de caballo, amigo mío... un caballo echaría a correr inmediatamente hacia el establo incendiado, lo cual es exactamente lo que yo no pienso hacer. ¿Por qué no se decide y se viene conmigo? Si hace lo que he dicho, ayudará a Harrington a sembrar un pánico mortal.

- ¡Creo que voy a hacerlo!

El rostro de Steinke apareció de nuevo en la pantalla.

- Harper y Erickson están aquí, Jefe.

- Estoy ocupado.

- Dicen que es urgente que le vean.

- Oh... de acuerdo - dijo King con voz cansada -, hágalos entrar. No importa.

Entraron en tromba, Harper a la cabeza. Empezó a hablar inmediatamente, sin prestar atención al aire preocupado del superintendente.

- ¡Lo tenemos, Jefe, lo tenemos! ¡Y todo concuerda, hasta el último decimal!

- ¿Qué es lo que tienen? Hablen claro.

Harper hizo una mueca. Estaba gozando de aquel momento, y quería prolongarlo para saborearlo en su totalidad.

- Jefe, ¿recuerda hace unas pocas semanas, cuando le pedí una asignación adicional... una especial, sin especificar en qué la iba a emplear?

- Sí, pero vaya al asunto.

- Al principio usted se negó, pero finalmente la concedió. ¿Recuerda? Bien, pues tenemos algo que enseñarle, atado con una preciosa cintita rosa. Es el mayor avance en el campo de la radiactividad desde que Hahn escindió el núcleo. Combustible atómico, Jefe. Combustible atómico, seguro, concentrado y controlable. Utilizable para cohetes, para plantas de energía, para toda maldita cosa que quiera usted emplearlo.

King se mostró interesado por primera vez.

- ¿Quieren decir una fuente de energía que no precisa pila?

- Oh, no, no he dicho eso. Habrá que usar la pila para crear el combustible, y luego utiliza usted el combustible donde y cuando se le antoje, con algo así como un noventa y dos por ciento de recuperación de energía. Pero también puede elegir la secuencia energética, si lo desea.

La primera loca esperanza de King de haber encontrado una vía de salida de su dilema se desvaneció; volvió a hundirse en su sillón.

- Adelante. Hábleme de ello.

- Bueno... se trata de radiactivos artificiales. Poco antes de que le pidiera la asignación especial para investigación, Erickson y yo... y el doctor Lentz nos echó una mano también - hizo una inclinación de cabeza hacia el psiquiatra -, encontramos dos isótopos que parecían ser mutuamente antagonistas. O sea, que cuando los pusimos uno en presencia del otro soltaron toda su energía latente... y estallaron como un infierno. Lo más importante es que estábamos usando tan sólo una cantidad insignificante de cada uno... la reacción no necesita una gran masa para mantenerse.

- No veo - objetó King - cómo puede esto...

- Ni tampoco nosotros... pero funciona. Hemos mantenido las cosas en secreto hasta estar seguros. Hemos hecho pruebas con lo que teníamos, y hemos encontrado una docena de otros combustibles. Probablemente seamos capaces de fabricar combustibles a la medida para cualquier propósito determinado. Pero aquí está. - Le tendió un fajo de notas escritas a máquina que llevaba bajo su brazo -. Ésta es su copia. Estúdiela.

King empezó a hacerlo. Lentz se le unió, tras una mirada que era una silenciosa solicitud de permiso, a la que Erickson respondió:

- Por supuesto, doc.

Mientras King leía, los turbados sentimientos de un ejecutivo agotado por el cansancio fueron desapareciendo. Su personalidad dominante, la del científico, se hizo cargo de él. Gozó del controlado y cerebral éxtasis del impersonal buscador de la elusiva verdad. Las emociones sentidas en su latiente tálamo sólo permitían formar un sensual motivo recurrente para la fría llama de la actividad cortical. En este momento estaba cuerdo, mucho más completamente cuerdo que cualquier hombre pudiera estarlo, en cualquier momento.

Durante un largo período sólo se oyó algún gruñido ocasional, el susurro de girar las páginas, un gesto de aprobación con la cabeza. Finalmente, dejó los papeles sobre la mesa.

- Exactamente - dijo -. Lo han conseguido, muchachos. Es grande; estoy orgulloso de ustedes.

Erickson se ruborizó ligeramente y tragó saliva. El pequeño y tenso rostro de Harper esbozó el fantasma de una sonrisa, reminiscencia de un terrier de pelo fuerte recibiendo una palmada de aprobación.

- Gracias, Jefe. Preferimos oírle a usted decir esto que ganar el Premio Nobel.

- Creo que probablemente lo van a ganar. De todos modos - la luz de orgullo que brillaba en sus ojos se desvaneció -, no voy a intervenir para nada en este asunto.

- ¿Por qué no, Jefe? - su tono era de desconcierto.

- Me retiro. Mi sucesor tomará posesión del cargo en un próximo futuro; éste es un asunto demasiado importante como para iniciarlo precisamente antes de un cambio de administración.

- ¿Retirarse usted? ¿Por qué infiernos...?

- Más o menos por la misma razón por la que lo quité a usted de la guardia... o al menos así lo cree el Consejo.

- ¡Pero esto es un absurdo! Usted tenía razón al sacarme de la guardia; estaba volviéndome majareta. Pero usted es otra cosa... todos dependemos de usted.

- Gracias, Cal... pero así son las cosas; no hay nada que hacer. - Se giró hacia Lentz -. Me parece que éste es el último toque irónico que necesitábamos para hacer de todo esto una pura farsa - observó amargamente -. El asunto es grande, mucho más grande de lo que podemos suponer en este estadio... y tengo que perdérmelo.

- Bueno - dijo rápidamente Harper -, ¡creo que hay una cosa que podemos hacer al respecto!

- Se acercó al escritorio de King y tomó el manuscrito -, O sigue usted como superintendente de la explotación, ¡o la Compañía tendrá que seguir adelante como pueda sin nuestro descubrimiento! - terminó beligerantemente.

- Espere un momento - dijo Lentz, tomando el cargo -. Doctor Harper, ¿ha logrado realmente un combustible para cohete práctico?

- Eso es lo que he dicho. Lo tenemos en la mano ahora mismo.

- ¿Un combustible para velocidad de escape? - Todos comprendieron su taquigrafía verbal: un combustible que permitiera elevar un cohete fuera de la atracción gravitatoria de la Tierra.

- Por supuesto. Puede tomar usted cualquiera de los cohetes Clipper, hacerle unos ligeros retoques, y desayunar en la Luna.

- Muy bien. Ahora dígame... - le pidió una hoja de papel a King, y empezó a escribir. Todos los demás lo miraban con manifiesta impaciencia. Siguió así durante algunos minutos, vacilando tan sólo momentáneamente. Finalmente se detuvo, y empujó el papel hacia King -. ¡Resuélvalo! - pidió.

King estudió el papel. Lentz había asignado símbolos a un gran número de factores, algunos sociales, otros psicológicos, otros físicos, otros económicos. Los había unido todos en una relación estructural, usando los símbolos del cálculo de determinación. King comprendía las operaciones paramatemáticas indicadas por los símbolos, pero no estaba tan acostumbrado a ellos como lo estaba a los símbolos y operaciones de física matemática. Se sumergió en las ecuaciones, moviendo ligeramente los labios en una subconsciente vocalización.

Aceptó el lápiz de Lentz, y completó la solución. Necesitó varias líneas más, unas cuantas ecuaciones suplementarias, antes de resolverlas o reordenarlas en una respuesta definitiva.

Se quedó contemplando su respuesta mientras el asombro iba dejando paso a una creciente comprensión y alegría.

Levantó la mirada.

- ¡Erickson! ¡Harper! - gritó -. Tomaremos su nuevo combustible, readaptaremos un cohete grande, instalaremos la pila en él, y lo enviaremos a una órbita en torno a la Tierra, lejos en el espacio. Allí la utilizaremos para hacer más combustible, combustible seguro, para utilizar en la Tierra, ¡con el peligro de la Gran Bomba limitado únicamente a las operaciones actualmente en curso!

No hubo ningún aplauso. Ni siquiera se les ocurrió la idea; sus mentes estaban batallando todavía con las complejas implicaciones.

- Pero Jefe - consiguió decir finalmente Harper -, ¿y qué ocurre con su retiro? No estamos dispuestos a aceptarlo.

- No se preocupe - le aseguró King -. Está todo aquí, implícito en estas ecuaciones; ustedes dos, yo, Lentz, el Consejo de Directores... y lo único que tenemos que hacer es ponerlo en práctica.

- Todo excepto el factor tiempo - hizo notar Lentz.

- ¿Eh?

- Habrá observado usted que el tiempo transcurrido aparece en su respuesta como una incógnita indeterminada.

- Sí... sí, por supuesto. Éste es el riesgo que tenemos que correr. ¡Así que apresurémonos!

El Presidente Dixon llamó al orden al Consejo de Directores.

- Puesto que ésta es una junta extraordinaria, dispensamos las minutas y memorias - anunció -. Como punto más importante del orden del día, estamos de acuerdo en concederle al superintendente cesante dos horas de nuestro tiempo.

- Señor Presidente...

- ¿Sí, señor Strong?

- Creía que este asunto ya había quedado resuelto.

- En efecto, señor Strong, pero en vista de los largos y distinguidos servicios del superintendente King, si él solicita ser oído, tenemos el honor de concedérselo. Tiene usted la palabra, doctor King.

King se levantó y dijo brevemente:

- El doctor Lentz hablará por mí - y se sentó.

Lentz tuvo que esperar a que las toses, los carraspeos y los ruidos de las sillas se apagarán. Era evidente que el Consejo rechazaba al intruso.

Lentz expuso rápidamente los principales puntos de la argumentación que demostraba que la bomba presentaba un intolerable peligro en cualquier lugar de la superficie de la Tierra. Pasó inmediatamente a la proposición alternativa de que la bomba tenía que ser localizada en una nave cohete, una luna artificial que volara en órbita alrededor de la Tierra, a una distancia conveniente... digamos a veinticinco mil kilómetros, mientras estaciones de energía secundaria sobre la Tierra proporcionaban combustible seguro manufacturado por la bomba.

Anunció el descubrimiento de la técnica Harper - Erickson, y se extendió en lo que significaba comercialmente para ellos. Cada punto era presentado tan persuasivamente como era posible, con toda la fuerza de su convincente personalidad. Luego hizo una pausa, y esperó a que su auditorio echara el vapor.

Así ocurrió. «Visionario...» «Sin pruebas...» «Ningún cambio esencial en la situación...» En sustancia resultó que se sentían muy felices de oír hablar del nuevo combustible, pero no se sentían particularmente impresionados por él. Quizá dentro de unos veinte años, cuando ya hubiera sido completamente probado comercialmente, podrían considerar la idea de enviar otra pila fuera de la atmósfera. De momento no había prisa. Sólo un director aprobó el proyecto, y su actitud se hizo evidentemente impopular.

Lentz fue refutando paciente y educadamente sus objeciones.

Hizo hincapié en la creciente incidencia de psiconeurosis ocupacionales entre los ingenieros y el grave peligro que representaba para todos estar cerca de la bomba incluso aceptando la teoría ortodoxa. Les recordó lo que costaban sus primas de seguro e indemnización, y las «extorsiones» que se pagaban a los políticos estatales.

Luego cambió de tono y se dirigió a ellos directa y brutalmente:

- Caballeros - dijo -, creemos que estamos luchando por nuestras vidas... por nuestras propias vidas, las de nuestras familias, y todas las demás vidas del globo. Si ustedes rechazan este compromiso, lucharemos tan fieramente y con tan pocas consideraciones hacia el juego limpio como cualquier animal acorralado. - Con aquello realizó su primer movimiento de ataque.

Era muy sencillo. Ofreció para su inspección las líneas generales de una campaña de propaganda a escala nacional, tal y como la establecería cualquier firma importante como algo de rutina. Era completa hasta el último detalle: cadenas de televisión, propaganda en periódicos y revistas, artículos y editoriales, comités fantasmas de ciudadanos y, lo más importante, una campaña de rumores como sostén y una organización de Cartas - al - Congreso. Todos los hombres de negocios allí presentes sabían muy bien por experiencia cómo funcionaban todas aquellas cosas.

Pero su objetivo era provocar el temor hacia la pila de Arizona y dirigir este temor, no a crear un pánico, sino un rencor personal hacia el Consejo de Directores, y a una petición de que la Comisión de Energía Atómica tomara las medidas necesarias para que la Gran Bomba fuera trasladada al espacio.

- ¡Esto es un chantaje! ¡Lo detendremos!

- No lo creo - respondió Lentz suavemente -. Quizá consigan impedirnos el acceso a algunos periódicos, pero no podrán parar todo lo demás. No pueden impedirnos que salgamos al aire... pregúntenlo a la Comisión Federal de Comunicaciones. - Era cierto. Harrington había planteado correctamente y hasta su último nivel la cuestión política: el propio Presidente había quedado convencido.

El tumulto iba naciendo por todas partes; Dixon tuvo que imponer orden.

- Doctor Lentz - dijo, esforzándose en controlar su propio temperamento -, su plan es hacernos aparecer a cada uno de nosotros como bandidos sin corazón que no tienen otro pensamiento más que su provecho personal, incluso a expensas de las vidas de los demás. Usted sabe que esto no es cierto; se trata de una simple diferencia de opinión sobre lo que es más conveniente.

- No he dicho que fuera verdad - admitió Lentz tranquilamente -, pero admitirá usted que puedo convencer al público de que ustedes son unos deliberados villanos. En cuanto a la diferencia de opinión... ninguno de ustedes es físico atómico; no están cualificados para emitir opiniones en este campo.

»De hecho - añadió duramente -. la única duda que tengo en mente es si el público enfurecido destruirá o no su preciosa planta antes de que el Congreso tenga tiempo de ejercer su acto de dominio y les eche a ustedes de ella.

Antes de que tuvieran tiempo de pensar argumentaciones para responderle y formas de circunvenirle, antes de que su ardiente indignación se enfriara y se convirtiera en una obstinada resistencia, les ofreció su gambito. Presentó otro plan completo de campaña propagandística... completamente distinto al otro.

Esta vez el Consejo de Dirección tenía que ser creado, no derribado. Se usarían todas las mismas técnicas; artículos tendenciosos entre bastidores, llenos de interés humano, describirían las funciones de la Compañía, la presentarían como un gran trust público, administrado por patrióticos y altruistas hombres de Estado del mundo de los negocios. En el punto preciso de la campaña, sería anunciado el combustible Harper - Erickson, no como un resultado semiaccidental de la iniciativa de dos empleados, sino como el largamente esperado producto final de años de sistemática investigación conducida por la firme política del Consejo de Dirección, una política que era el resultado natural de su humanitaria determinación de alejar para siempre la amenaza de explosión del incluso apenas cultivado desierto de Arizona.

No se mencionaría en ningún momento el peligro de una catástrofe planetaria.

Lentz hizo su exposición. Habló de la consideración que tendría que concederles un mundo agradecido. Les invitó a hacer un noble sacrificio y, con una sutil insinuación, los empujó a considerarse a sí mismos como héroes. Jugó deliberadamente con uno de los más arraigados instintos simiescos, el deseo de aprobación de los de su especie, merecida o no.

Mientras iba ganando tiempo, fue fijando su atención en los casos difíciles, en las mentes resistentes, uno tras otro. Fue aprovechando las debilidades personales. En beneficio de los timoratos y de los devotos padres de familia, pintó nuevamente los sufrimientos, muerte y destrucción que podían resultar de su bienintencionada confianza en las aún no probadas y altamente cuestionables predicciones de las matemáticas de Destry. Luego describió con brillantes detalles un cuadro de un mundo libre de preocupaciones pero dotado de una energía casi ilimitada, una energía segura gracias a una invención que era de ellos por su limitada concesión.

Funcionó. No cambiaron inmediatamente de actitud, pero fue nombrado un comité para investigar las posibilidades de la propuesta planta de energía en una nave espacial. Osadamente, Lentz sugirió algunos nombres para el comité, y Dixon confirmó sus nominaciones, no porque tuviera un interés particular en ello, sino simplemente porque fue tomado por sorpresa y no se le ocurrió ninguna razón para rechazarlas sin enfrentarse con sus colegas. Lentz tuvo la precaución de incluir el nombre del único que le había apoyado en aquella lista.

El pendiente retiro de King no fue mencionado por ninguno de los dos lados. Personalmente, Lentz estaba seguro de que no iba a ser mencionado nunca más.

Funcionó, pero quedaba aún mucho por hacer. En los primeros días, tras la victoria en el consejo, King se sintió muy animado por la perspectiva de un pronto final a aquella demoledora preocupación. Se sentía halagado por las innumerables demandas de nuevas actividades administrativas. Harper y Erickson fueron destacados a Campo Goddard para colaborar con los ingenieros en cohetes de allí para el diseño de las cámaras de combustión, válvulas, depósitos de combustible y todo lo demás. Tuvo que establecerse un turno horario de acuerdo con las oficinas comerciales a fin de permitir que el máximo uso posible de la pila fuera dirigido a la creación del combustible atómico, y había que diseñar una gigantesca cámara de combustión para el combustible atómico a fin de que reemplazara la pila durante el intervalo entre el tiempo en que fuera cerrada en la Tierra y el tiempo límite en que pudieran ser construidas las suficientes plantas más pequeñas para soportar la carga comercial. Estaba atareado.

Cuando la primera actividad hubo cesado y se instalaron en la nueva rutina, dependiente del cierre de la planta y su traslado al espacio exterior, King sufrió una reacción emotiva. De momento no había otra cosa que hacer más que esperar y cuidar de la pila, hasta que la tripulación de Campo Goddard produjera una nave cohete digna del espacio.

En Goddard tropezaron con dificultades, las superaron, y tropezaron con más dificultades. Nunca habían utilizado tan altas velocidades de reacción; necesitaron varios intentos antes de encontrar un diseño estructural de la nave que fuera razonablemente eficiente. Una vez conseguido esto, y con el éxito casi a la vista, las toberas se quemaron en un tiempo récord de prueba en el suelo. Quedaron inutilizadas por varias semanas.

Había otro problema ajeno por completo al del cohete: ¿qué hacer con la energía generada por la pila una vez instalada en el cohete satélite? Fue resuelto drásticamente proyectando situar la pila propiamente dicha fuera del satélite, sin protección, y dejar que desperdiciara su energía radiante. Sería como una diminuta estrella artificial, brillando en el vacío del espacio. Entre tanto la investigación seguiría adelante para buscar algún medio de instalarla de nuevo de forma que radiara su energía de vuelta a la Tierra. Pero sólo se desperdiciaría su energía; el plutonio y los nuevos combustibles atómicos serían recuperados y enviados de vuelta a la Tierra mediante cohetes.

De regreso a la planta de energía, el superintendente King no podía hacer otra cosa más que morderse las uñas y esperar. Ni siquiera tenía el alivio de rondar por Campo Goddard para seguir el progreso de las investigaciones, ya que, por mucho que lo deseara, sentía un impulso aún más fuerte, una avasalladora compulsión de vigilar la pila ante el terrible temor de que fuera a estallar en el último minuto.

Empezó a rondar por la sala de control. Tuvo que dejar de hacerlo; su intranquilidad se comunicaba a los ingenieros de guardia; dos de ellos se desmoronaron en un solo día... uno de ellos estando de guardia.

Tuvo que hacer frente a los hechos: desde el inicio del período de impaciente espera se había producido un incremento de las psiconeurosis entre los ingenieros. Al principio habían intentado mantener los hechos esenciales en el más estricto secreto, pero había habido filtraciones, quizás a través de algún miembro del comité investigador. Luego tuvo que admitirse a sí mismo que había sido un error intentar mantener el secreto... Lentz le había prevenido contra ello, y los ingenieros no involucrados en el cambio tenían que haberse dado cuenta de que estaba ocurriendo algo.

Finalmente se lo comunicó a todos los ingenieros, bajo juramento de que guardarían el secreto. Aquello ayudó durante algo más de una semana, una semana en la cual aquel conocimiento proporcionó a todos una elevada dosis de moral, como a él mismo le había ocurrido. Luego el efecto pasó, se produjo la reacción, y los observadores psicológicos empezaron a descalificar a ingenieros para el servicio casi diariamente. Incluso llegaban a acusarse mutuamente con gran frecuencia como mentalmente inestables; si la cosa seguía podía hallarse muy pronto con escasez de psiquiatras, se dijo a sí mismo con un

amargo sentido del humor. Sus ingenieros estaban soportando ya cuatro horas más cada dieciséis. Si se derrumbaba alguno más, tendría que sumarse él también a las guardias. Lo cual no dejaría de ser un alivio, tuvo que reconocerse a sí mismo.

De una forma u otra, algunos de los civiles que rondaban por allí y los empleados no técnicos estaban empezando a entrar en el secreto. Aquello no podía seguir así... si la cosa se extendía un poco más podía convertirse en un pánico nacional. ¿Pero cómo infiernos detenerlo? No podía.

Dio vueltas en la cama, arreglándose una y otra vez la almohada, e intentó una vez más dormir. Era inútil. Le dolía la cabeza, sus ojos eran dos esferas dolientes, y su cerebro un incansable molinillo de inútil y repetitiva actividad, como un disco rayado en el que la aguja repitiera siempre el mismo surco.

¡Dios, aquello era intolerable! Se preguntó si él también se estaría desmoronando... si no se habría desmoronado ya. Esto era peor, muchas veces peor que aquella vieja rutina, cuando se limitaba a darse cuenta del peligro e intentaba olvidarlo tanto como era posible. No era que la pila fuese distinta... eran esos cinco minutos que preceden al armisticio, esa espera a que se levante el telón, esa carrera contra reloj en la que nadie puede ayudarte.

Se sentó en la cama, encendió la luz de la mesilla de noche, y miró el reloj. Las tres y media. No lo aguantaría. Se levantó, fue al cuarto de baño, y disolvió unos polvos somníferos en un vaso de whisky con agua, mitad y mitad. Se lo bebió de un trago y regresó a la cama. Finalmente se durmió.

Estaba corriendo, volando por un largo corredor. Al final estaba la seguridad... lo sabía, pero estaba tan terriblemente agotado que dudaba de sus fuerzas para terminar la carrera. La cosa que lo perseguía estaba ganándole terreno; él forzaba a sus doloridas y pesadas piernas a desarrollar una mayor actividad. La cosa tras él aumentaba su velocidad, y ahora ya casi le tocaba. Su corazón se detuvo, luego volvió a latir. Se dio cuenta de que estaba gritando, estremeciéndose en un terror mortal.

Pero era necesario que alcanzara el final de aquel corredor, de ello dependían otras cosas más importantes que él mismo. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo... ¡Tenía que hacerlo!

Entonces se produjo el destello y se dio cuenta de que había perdido, se dio cuenta de que estaba total e irremediamente derrotado. Había fracasado; la pila había estallado.

El destello había sido el de la lámpara de su mesilla de noche encendiéndose automáticamente; eran las siete en punto. Su pijama estaba empapado de sudor, y su corazón latía alocadamente. Cada agotado nervio de su cuerpo gritaba pidiendo tregua. Iba a necesitar algo más que una ducha fría para dominar aquel temblor.

Llegó a la oficina antes de que el vigilante nocturno se hubiera ido. Se sentó allí, sin hacer nada, hasta que apareció Lentz, dos horas más tarde. El psiquiatra entró en el momento en que se estaba tomando dos pequeñas tabletas de una caja que tenía sobre su escritorio.

- Tranquilo... tranquilo, muchacho - dijo Lentz con una voz suave -. ¿Qué está tomando? - Dio la vuelta al escritorio y tomó con suavidad la caja.

- Es sólo un sedante.

Lentz estudió la etiqueta de la tapa.

- ¿Cuántas ha tomado hoy?

- Sólo dos, hasta ahora.

- Usted no necesita barbitúricos; lo único que necesita es un paseo al aire libre. Venga conmigo.

- Está usted bueno para dar consejos... ¡se está fumando un cigarrillo sin encender!

- ¿Yo? ¡Anda, pues es cierto! Bueno, creo que ambos necesitamos este paseo. Vamos.

Harper llegó menos de diez minutos después de que hubieran abandonado la oficina. Steinke no estaba en la oficina exterior. Cruzó la estancia y llamó a la puerta de la oficina privada de King, y aguardó con la persona que lo acompañaba... un hombre joven de facciones duras con una expresión de confianza en su rostro. Steinke les hizo entrar.

Harper lo saludó al pasar por su lado, y se detuvo al ver que no había nadie más en la habitación.

- ¿Dónde está el Jefe? - preguntó.

- Fuera. Volverá en seguida.

- Esperaré. Oh... Steinke, éste es Greene. Greene... Steinke.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

- ¿Qué le trae por aquí, Cal? - preguntó Steinke, girándose hacia Harper.

- Bueno... creo estar autorizado a decírselo...

La pantalla del comunicador entró de pronto en actividad, interrumpiéndolo. Un rostro llenó casi toda la pantalla. Estaba demasiado cerca del objetivo, y la imagen resultaba desenfocada.

- ¡Superintendente! - gritó con voz agónica -. ¡La pila...!

Una sombra pasó por la pantalla, oyeron un blando «¡Smack!», y el rostro desapareció de imagen. Al desaparecer dejó ver la sala de control que había tras él. Alguien yacía sobre las losas del suelo, un bulto informe. Otra figura corrió atravesando el campo del objetivo y desapareció.

Harper fue el primero que entró en acción.

- ¡Era Silard! - gritó -. ¡En la sala de control! ¡Vamos, Steinke! - ya estaba corriendo.

Steinke estaba pálido como la muerte, pero vaciló tan sólo un instante inapreciable. Echó a correr pisándole los talones a Harper. Greene les siguió sin ser invitado a ello, acomodándose rápida y fácilmente al paso de los otros.

Tuvieron que esperar a que hubiera una cápsula vacía en la estación del tubo. Luego trataron de apiñarse los tres en una cápsula diseñada para dos pasajeros. Se negó a ponerse en marcha, y se perdieron unos preciosos momentos antes de que Greene saliera y pidiera otra cápsula para él.

Los cuatro minutos de viaje a una endiablada aceleración les parecieron un interminable arrastrarse. Harper estaba convencido ya de que el sistema se había estropeado cuando el familiar click seguido de un suspiro ahogado le anunciaron que había llegado a la estación subterránea de la planta. Se empujaron mutuamente intentando salir los dos al mismo tiempo.

El ascensor estaba arriba; no lo esperaron. Fue un error; no ganaron tiempo, y llegaron jadeantes al nivel de la sala de control. De todos modos, echaron a correr en cuanto llegaron al último piso, zigzagueando frenéticamente entre las pantallas exteriores de protección, y penetraron en la sala de control.

El mismo cuerpo seguía inerte en el suelo, y otro cuerpo, también inerte, estaba tendido cerca de él.

Una tercera figura estaba inclinada sobre el «gatillo». Levantó la mirada hacia ellos, y cargó. Chocaron, y los tres rodaron por el suelo. Eran dos contra uno, pero se estorbaban mutuamente. Su pesada armadura lo protegía de la fuerza de sus puños. Luchaba con una insensata y salvaje violencia.

Harper sintió un agudo e intenso dolor; su brazo derecho colgó, inerte. La figura protegida por la armadura seguía luchando, libre de ellos. De algún lugar detrás de ellos surgió un grito:

- ¡Quieto!

Vio un destello con el rabillo del ojo, un ruido ensordecedor pasó por encima de él y resonó dolorosamente en ecos en aquel reducido espacio.

La figura embutida en la armadura cayó de rodillas, se balanceó tres veces, y cayó pesadamente de bruces. Greene permanecía en la entrada, con una pistola reglamentaria en la mano.

Harper se levantó y se acercó al gatillo. Trató de reducir el ajuste del nivel de energía, pero su brazo derecho se negaba a obedecer sus órdenes, y el izquierdo era demasiado torpe.

- Steinke - llamó -. Venga aquí. Hágase cargo de esto.

Steinke se precipitó hacia allí, asintió mientras hacía las comprobaciones de los indicadores, y se puso ajetreadamente al trabajo.

Así los halló King cuando apareció, unos pocos minutos más tarde.

- ¡Harper! - gritó, mientras su rápida mirada se hacía cargo de la situación -. ¿Qué ha ocurrido?

Harper se lo explicó brevemente. Asintió.

- Vi el final de la lucha desde mi oficina. ¡Steinke! - Pareció darse cuenta por primera vez de quién estaba en el gatillo -. No puede manejar los controles. - Se precipitó hacia él.

Steinke lo miró mientras se acercaba.

- ¡Jefe! - gritó -. ¡Jefe! ¡Vuelvo a recordar mis matemáticas!

King pareció asombrado, luego asintió vagamente y le dejó que continuara. Se giró hacia Harper.

- ¿A qué se debe su presencia aquí?

- ¿Yo? Venía a informarle... ¡Lo hemos conseguido, Jefe!

- ¿Eh?

- Hemos terminado; todo está a punto. Erickson se ha quedado allí para completar la instalación de la planta de energía en la gran nave. Yo he venido en la nave que utilizaremos para trasladarnos de la Tierra a la gran nave, la planta de energía. Cuatro minutos desde Campo Goddard hasta aquí. Éste es el piloto. - Indicó hacia la puerta, donde la sólida figura de Greene ocultaba parcialmente a Lentz.

- Espere un minuto. ¿Dice usted que todo está preparado para instalar la pila en la nave? ¿Está usted seguro?

- Positivo. La gran nave ha volado ya con nuestro combustible... mucho y más rápidamente de lo que tendrá que volar para alcanzar la estación en su órbita; yo estaba en ella, Jefe... afuera, en el espacio. ¡Jefe! Estamos listos, seis viajes a partir de cero.

King miraba el interruptor de variado montado tras el cristal en la parte superior del cuadro de instrumentos.

- Hay suficiente combustible - dijo en voz muy baja, como si estuviera solo y hablara para sí mismo -, hay suficiente combustible para varias semanas.

Se dirigió rápidamente hacia el interruptor, rompió el cristal con el puño, y lo accionó.

La habitación retembló y se estremeció como si seis toneladas de macizo metal fundido, más pesado que el oro, se precipitaran a través de canalizaciones, golpearan contra los tabiques, y se dividieran en docenas y docenas de chorros, para sumergirse en receptáculos de plomo... para permanecer allí, seguros e inmóviles, hasta que volvieran a reunirse en uno solo allí, fuera en el espacio.

EL HOMBRE QUE VENDIÓ LA LUNA

George Strong lanzó un bufido ante la declaración de su socio.

- Delos, ¿por qué no lo dejas correr? Llevas años cantando esta misma canción. Quizás algún día el hombre vaya a la Luna, aunque lo dudo. En cualquier caso, ni tú ni yo viviremos para verlo. La pérdida del satélite energético elimina el tema para nuestra generación.

D. D. Harriman gruñó.

- No lo veremos si nos quedamos sentados en nuestras poltronas sin hacer nada para que ocurra. Pero podemos hacer que ocurra.

- Pregunta número uno: ¿cómo? Pregunta número dos: ¿por qué?

- «¿Por qué?» El hombre pregunta «por qué». George, ¿no hay en tu alma ninguna otra cosa que descuentos y dividendos? ¿No te has sentado nunca con una chica en una suave noche de verano y habéis contemplado la Luna y os habéis preguntado por qué está ahí?

- Sí, una vez lo hice. Y pillé un resfriado.

Harriman preguntó al Todopoderoso por qué lo había entregado en manos de los filisteos. Luego se giró hacia su socio.

- Podría decirte por qué, el auténtico «por qué», pero no me entenderías. Tú quieres saber el porqué en términos de dinero, ¿no? Tú quieres saber cuánto beneficio pueden sacar de ello Harriman & Strong y las empresas Harriman, ¿no?

- Sí - admitió Strong -, y no me sueltes ningún cuento acerca del negocio turístico y de las fabulosas joyas lunares. Ya lo he oído.

- Me pides que te muestre cifras de un tipo de empresa completamente nueva, sabiendo que no puedo. Es como si les pidieras a los hermanos Wright en Kitty Hawk que estimaran cuánto dinero podría ganar algún día la Curtiss - Wright Corporation construyendo aeroplanos. Te lo diré de otra manera. Tú no querías que nos metiéramos en el negocio de las casas de plástico, ¿no? Si hubiéramos seguido tus consejos aún estaríamos allá en Kansas City, subdividiendo pastos para vacas y mostrando casas por alquilar.

Strong se alzó de hombros.

- ¿Cuánto ha dado hasta hoy Hogares del Nuevo Mundo?

Strong pareció ausentarse mientras ejercitaba el talento que había aportado a la sociedad.

- Esto... 172.946.004,62 dólares, descontados los impuestos, a finales del último año fiscal. El cálculo estimado hasta la fecha es...

- Olvídalo. ¿Cuál fue nuestra participación en los beneficios?

- Bueno, esto, la sociedad, excluyendo la parte que sacaste personalmente y luego me vendiste, se benefició de Hogares del Nuevo Mundo durante el mismo período en 13.010.437,20 dólares, sin descontar los impuestos personales. Delos, esta doble tributación tiene que terminar. Castigar así la economía es la forma más segura de arruinar este país y...

- ¡Olvida eso, olvida eso! ¿Cuánto hemos sacado de Fletes Especiales y de Transcontinentales de Las Antípodas?

Strong se lo dijo.

- Y pese a todo tuve que amenazarte con emplear la fuerza para decidirte a invertir algo en la compra del control de la patente del inyector. Decías que los cohetes eran una moda pasajera.

- Tuvimos suerte - objetó Strong -. Tú no tenías ninguna manera de saber que se iba a producir una enorme huelga de uranio en Australia. Sin ella, el grupo de Transportes Espaciales nos hubiera dejado en la estacada. Y por el mismo motivo hubiera sido un fracaso Hogares del Nuevo Mundo, si no hubieran aparecido las carreteras rodantes, ofreciéndonos un mercado libre de los códigos locales de edificación.

- Te equivocas en ambos puntos. El transporte rápido da beneficios; siempre los ha dado. En cuanto a Nuevo Mundo, cuando diez millones de familias necesitan nuevas casas y nosotros podemos vendérselas baratas, las comprarán. No dejarán que los códigos de edificación los detengan, no permanentemente. Jugamos sobre seguro. Recuerda, George: ¿en qué operaciones hemos perdido dinero, y en cuáles hemos salido ganando? Todas las ideas que han salido de esta chiflada cabeza mía han dado dinero, ¿no? Y las únicas veces que hemos perdido ha sido cuando hemos invertido de forma conservadora y aparentemente sólida.

- Pero también hemos hecho dinero con algunos negocios conservadores - protestó Strong.

- No el suficiente como para comprarte el yate. Sé honesto, George; la Compañía para el Desarrollo de los Andes, la patente del pantógrafo integrador, cada uno de mis alocados proyectos a los que te he arrastrado por la fuerza... todos ellos han dado dinero.

- He tenido que sudar sangre para que lo hicieran - gruñó Strong.

- Para eso somos socios. A mí se me ocurre una idea descabellada; tú le das forma y la pones a trabajar. Ahora iremos a la Luna... y tú harás que la idea dé dinero.

- Habla para ti mismo. Yo no pienso ir a la Luna.

- Yo sí.

- ¡Hummm! Delos, te acepto que nos hemos enriquecido especulando con tus corazonadas, pero es una verdad como un templo el que si uno continúa jugando termina perdiendo hasta la camisa. Hay un viejo refrán que dice que tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.

- Maldita sea, George... ¡Yo pienso ir a la Luna! Si tú no quieres ayudarme, liquidaremos nuestra sociedad e iré solo.

Strong tabaleó sobre su escritorio.

- Bueno, Delos, nadie ha dicho que no piense ayudarte.

- Entonces decídate de una vez. Ahora es la oportunidad, y yo ya he tomado mi decisión. Voy a ser el Primer Hombre en la Luna.

- Bueno... está bien, vamos. Vamos a llegar tarde a la reunión.

Cuando salieron de su oficina conjunta, Strong, siempre consciente del valor del dinero, tuvo buen cuidado de apagar la luz. Harriman se lo había visto hacer centenares de veces; esta vez comentó:

- George, ¿qué opinarías de un interruptor que apagara automáticamente la luz cuando uno sale de la habitación?

- Humm... podríamos arreglarlo de modo que permaneciera conectado siempre que hubiera alguien en la habitación... que fuera sensible a las radiaciones del calor del cuerpo humano, por ejemplo.

- No necesariamente. Le pasaré la idea a Ferguson para que se entretenga con ella. No tendría que ser más grande que un interruptor normal, y lo suficientemente barato como para que la energía ahorrada en un año lo amortizara.

- ¿Cómo funcionaría? - preguntó Strong.

- ¿Y cómo quieres que lo sepa? Yo no soy ingeniero; eso corresponde a Ferguson y a los demás chicos listos.

- No me parece bueno comercialmente - objetó Strong -. El apagar la luz cuando sales de una habitación es algo temperamental. Yo lo hago; tú no. Si un hombre no lo hace, nunca podrás interesarle en ese interruptor.

- Podré, si la energía continúa racionada. Actualmente hay escasez de energía; y pronto habrá más.

- Sólo temporalmente. Esta reunión arreglará las cosas.

- George, nada hay en este mundo más permanente que una emergencia temporal. El interruptor se venderá.

Strong tomó un bloc de notas y una estilográfica.

- Hablaré mañana con Ferguson al respecto.

Harriman olvidó el asunto, nunca volvió a pensar en él. Habían llegado al tejado; hizo una seña a un taxi, luego se giró hacia Strong.

- ¿Cuánto podríamos realizar en efectivo si sacáramos nuestros fondos en Carreteras y en la Corporación de Transportes por Cinta... sí, y en Hogares del Nuevo Mundo?

- ¿En? ¿Te has vuelto loco?

- Probablemente. Pero voy a necesitar todo el dinero líquido que puedas conseguirme. Carreteras y Transportes por Cinta, de todos modos, ya no son tan buenos; tendríamos que haber sacado ya nuestro dinero de allí.

- ¡Estás loco! Es la única inversión realmente conservadora que has patrocinado.

- Pero no era conservadora cuando la patrociné. Créeme, George, las ciudades de la carretera pasarán. Se están muriendo, como les ocurrió a los ferrocarriles. En un centenar de años no quedará ninguna en todo el continente. ¿Cuál es la fórmula para hacer dinero, George?

- Comprar barato y vender caro.

- Ésta es sólo la mitad de ella... tu mitad. Tenemos que saber hacia dónde se mueven las cosas, darles un empujón y ver de estar entonces en la planta baja. Liquidada estas inversiones, George; necesito dinero para operar. - El taxi aterrizó; subieron.

El taxi los dejó en el tejado del Edificio Energético del Hemisferio; se dirigieron a la sala del consejo del sindicato energético, a tanta distancia bajo el suelo como la plataforma de aterrizaje sobre él; en esos días, pese a los años de paz, los hombres importantes aún tenían la costumbre de permanecer en lugares relativamente inmunes a las bombas atómicas. La sala no parecía un refugio antibombas; parecía más bien una habitación en un lujoso ático, gracias a una «ventana panorámica» situada a espaldas del presidente, al extremo de la mesa, que reflejaba una vista aérea de la ciudad, en un convincente estereograma, transmitida desde el tejado.

Los otros directivos habían llegado antes que él. Dixon hizo una inclinación de cabeza cuando entraron, echó una mirada al reloj de su dedo y dijo:

- Bien, caballeros, nuestro chico malo ya está aquí, así que podemos empezar. - Ocupó el sillón presidencial y golpeó en la mesa pidiendo orden.

- El acta de la última reunión está en sus carpetas, como es habitual. Avisen cuando la hayan leído. - Harriman echó una ojeada al sumario que tenía ante sí e inmediatamente pulsó el botón que había ante él sobre la mesa; una pequeña luz verde se encendió en su sitio.

- ¿Quién retiene la procesión? - preguntó Harriman, mirando a su alrededor -. Oh... eres tú, George. Vamos, apresúrate.

- Me gusta comprobar las cifras - respondió testarudamente su socio, y pulsó su propio botón. Una luz verde de mayor tamaño se encendió entonces frente al presidente Dixon, que a su vez pulsó un botón; una transparencia, a uno o dos centímetros por encima de la mesa frente a él, se iluminó con la palabra GRABANDO.

- Informe de operaciones - dijo Dixon, y pulsó otro botón. Una voz femenina surgió de la nada. Harriman siguió el informe en la siguiente hoja de papel que tenía ante él. Trece pilas energéticas tipo Curie estaban funcionando en la actualidad, cinco más desde la última reunión. Las pilas de Susquehanna y Charleston habían asumido la carga tomada hasta entonces de la Carretera Rodante Atlántica, y las carreteras de aquella zona habían alcanzado de nuevo su velocidad normal. Se esperaba que la carretera Chicago - Los Ángeles podría recobrar su velocidad dentro de la próxima quincena. La energía seguiría estando racionada, pero la crisis había sido superada.

Todo muy interesante, pero a Harriman no le interesaba de forma directa. La crisis energética, causada por la explosión del satélite energético, se estaba resolviendo satisfactoriamente... muy satisfactoriamente, pero lo que le interesaba a Harriman era el

hecho de que la causa de los viajes interplanetarios había recibido un duro golpe del cual le costaría recobrase.

Cuando los combustibles isotópicos artificiales Harper - Erickson fueron desarrollados, hacía tres años, pareció que, además de resolver el dilema de una imposiblemente peligrosa fuente de energía que pese a todo era profundamente necesaria a la vida económica del continente, había proporcionado un medio sencillo de hacer posibles los viajes interplanetarios.

La pila energética de Arizona fue instalada en uno de los mayores cohetes de Las Antípodas; el cohete se impulsaba con el combustible isotópico creado en su propia pila de energía, y todo ello fue situado en una órbita en torno a la Tierra. Otro cohete mucho más pequeño actuaba como lanzadera entre el satélite y la Tierra, llevando suministros al personal de la pila y regresando con combustible radiactivo sintético para la hambrienta tecnología de la Tierra.

Como director del sindicato energético, Harriman había apoyado al satélite de energía... con una idea particular: esperaba poder propulsar a la Luna una nave con combustible manufacturado en el satélite de energía y conseguir así el primer viaje a la Luna lo antes posible. Ni siquiera intentó interesar en ello al dormitante Departamento de Defensa; no deseaba ninguna subvención gubernamental... la empresa era cosa segura; cualquiera podía llevarla a cabo... y Harriman quería hacerlo. Él tenía la nave; dentro de poco tendría el combustible.

La nave era un antiguo carguero de su propia línea de Las Antípodas, sin sus motores de combustible químico y sin sus alas. Seguía esperando, aguardando el nuevo combustible... había sido rebautizada con el nombre de Santa María en lugar del antiguo Ciudad de Brisbane.

Pero el combustible tardaba en llegar. El combustible era reservado preferentemente para el cohete lanzadera; las necesidades de energía de un continente racionado venían luego... y esas necesidades aumentaban más aprisa que la capacidad de producción del satélite de energía. En lugar de colaborar con su «inútil» viaje a la Luna, el sindicato había acudido a las seguras, pero menos eficientes sales de uranio de baja temperatura y al agua pesada, así como a las pilas de energía tipo Curie, como un medio de utilizar directamente el uranio para atender a las crecientes necesidades de energía, en lugar de construir y lanzar más satélites. Desgraciadamente, las pilas Curie no proporcionaban las condiciones de temperatura estelar necesarias para producir los combustibles isotópicos que requería un cohete movido por energía atómica. Harriman tuvo que aceptar relucientemente el hecho de que iba a tener que utilizar presiones políticas para obtener la necesaria prioridad para los combustibles que deseaba para la Santa María.

Y entonces, el satélite de energía estalló.

Harriman fue arrancado de sus sombríos pensamientos por la voz de Dixon.

- El informe de las operaciones parece satisfactorio, caballeros. Si no hay ninguna objeción, lo registraremos como aceptado. Observen que en los próximos noventa días volveremos a estar al nivel de energía existente antes de que nos viéramos obligados a cerrar la pila de Arizona.

- Pero sin reservas para futuras necesidades - hizo notar Harriman -. Han nacido un montón de niños mientras nosotros permanecíamos sentados aquí.

- ¿Es esto una objeción a la aceptación del informe, D. D.?

- No.

- Muy bien. Veamos ahora el informe de relaciones públicas... permítanme llamarles la atención hacia el primer punto, caballeros. El vicepresidente en funciones recomienda un presupuesto de pensiones, beneficios, becas escolares y demás para los familiares del personal del satélite de energía y del piloto del Caronte: vean el apéndice «C».

Un directivo sentado frente a Harriman - Phineas Morgan, presidente del trust de alimentación Cuisine Inc. - protestó.

- ¿Qué significa eso, Ed? Fue una desgracia que resultaran muertos, por supuesto, pero les pagábamos fantásticamente bien, y todos ellos han cobrado el seguro. ¿Por qué hacerles caridad?

- Paguémosles... - gruñó Harriman -, yo estoy a favor. Son minucias. «No amordacéis las bocas del ganado que pisa el grano.»

- Creo más bien que novecientas mil minucias son muchas minucias - protestó Morgan.

- Un momento, caballeros... - era el vicepresidente en funciones de relaciones públicas, también directivo -. Si observa usted el detalle, señor Morgan, verá que el ochenta y cinco por ciento del presupuesto será utilizado en dar publicidad a los donativos.

Morgan echó una mirada de reojo a las cifras.

- Oh... ¿por qué no lo dijo antes? Supongo que los donativos podrán considerarse de innegable preferencia, pero es un mal precedente.

- Sin ellos no tenemos ninguna publicidad.

- Sí, pero...

Dixon golpeó la mesa vigorosamente.

- El señor Harriman ha manifestado su aceptación. Les ruego que indiquen sus decisiones. - La gran mesa brilló con luces verdes; incluso Morgan, tras una vacilación, aprobó el presupuesto -. El siguiente punto está relacionado con el anterior - dijo Dixon -. Una tal señora... esto... Garfield, a través de sus abogados, alega que somos responsables de la condición de invalidez congénita de su cuarto hijo. Los hechos presentados son que su hijo nació justo en el momento en que estalló el satélite, y que esa señora Garfield se hallaba en el meridiano exacto bajo el satélite. Pide a los tribunales que se le conceda una indemnización de medio millón.

Morgan miró a Harriman.

- Delos, supongo que usted dirá que lo arreglemos sin necesidad de ir a los tribunales.

- No diga tonterías. Lucharemos.

Dixon lo miró, sorprendido.

- ¿Por qué, D. D.? Mi opinión es que podemos arreglar esto con diez o quince mil... y eso es lo que iba a recomendar. Me sorprende que el departamento jurídico haya colocado esto como
publicidad.

- El porqué es obvio; está cargado con un explosivo de alta potencia. Pero lucharemos, sin preocuparnos por la mala publicidad. No es como el otro caso; la señora Garfield y su hijo no son gente nuestra. Y cualquier estúpido sabe que uno no puede marcar radiactivamente a un niño en su nacimiento; como mínimo hay que actuar en el plasma germinal de la anterior generación. En tercer lugar, si llegamos a un acuerdo privado en esto, vamos a vernos llevados a los tribunales por cada huevo con doble yema que pongan las gallinas a partir de ahora. Esto exige un presupuesto abierto para la defensa y no dar ni un miserable centavo para llegar a un compromiso.

- Puede resultar muy caro - observó Dixon.

- Será más caro no luchar. Si fuera posible, valdría la pena comprar incluso al juez.

El jefe de relaciones públicas le susurró algo a Dixon y luego anunció:

- Apoyo el punto de vista del señor Harriman. Ésta es la recomendación de mi departamento.

Fue aprobada.

- El próximo punto - dijo Dixon - es un verdadero manojito de demandas contra nosotros por haber tenido que reducir la velocidad de las carreteras para ahorrar energía durante la crisis. Alegan pérdidas comerciales, pérdidas de tiempo, pérdidas de esto y de aquello, pero todas están basadas en lo mismo. La más conmovedora, quizá, sea la de un accionista que alega que Carreteras y esta compañía están tan interconectadas que la

decisión de desviar la energía no fue tomada en interés de los accionistas de Carreteras. Delos, esto es para usted; ¿tiene algo que decir?

- Olvídenlo.

- ¿Por qué?

- Son demandas sin importancia. Esta corporación no es responsable; previ que las Carreteras pudieran vender voluntariamente su energía, puesto que anticipé esto. Y los directorios de ambas compañías no están interconectados; al menos no sobre el papel. Así nacieron los hombres de paja. Olvídenlo... por cada demanda que tienen ustedes aquí, Carreteras tiene una docena. Las ganaremos.

- ¿Qué le hace estar tan seguro?

- Bueno... - Harriman se recostó contra el respaldo y pasó una pierna por encima del brazo de su sillón -, hace un buen montón de años yo era uno de los chicos de recados de la Western Union. Mientras esperaba en la oficina, leía cualquier cosa que me caía entre las manos, incluso el contrato al dorso de los impresos de los telegramas. ¿Los recuerdan? Se utilizaban unas grandes hojas de papel amarillo; cuando uno escribía un mensaje en ella, automáticamente aceptaba el contrato impreso al dorso... muy poca gente era consciente de ello. ¿Saben ustedes a qué obligaba aquel contrato a la compañía?

- A enviar un telegrama, supongo.

- No prometía una cosa tan difícil. La compañía se ofrecía a intentar entregar el mensaje, por caravana de camellos o a lomos de un caracol o cualquier otro método aerodinámico equivalente si lo creía necesario, pero en caso de fracasar en el intento la compañía no era responsable. Leí aquella letra pequeñita hasta que me la supe de memoria. Era el fragmento de prosa más encantador que hubiera visto nunca. Desde entonces todos mis contratos están redactados según el mismo principio. Cualquiera que demande a Carreteras descubrirá que Carreteras no puede ser demandada por causa del tiempo, porque el tiempo no es el elemento esencial. En el caso de incumplimiento total - lo cual aún no ha ocurrido nunca -, Carreteras es financieramente responsable tan sólo por los fletes de carga o por el precio de los billetes de transporte personal. Así que olvídenlo.

Morgan se irguió.

- D. D., supongamos que esta noche decido ir a mi casa de campo por la carretera, y hay un fallo de cualquier tipo que me impida llegar allí hasta mañana. ¿Quiere decir que en este caso Carreteras no es responsable?

Harriman sonrió.

- Carreteras no es responsable ni siquiera si usted se muere de hambre durante el viaje. Así que mejor utilice su helicóptero. - Se giró hacia Dixon -. Propongo que olvidemos esas demandas y dejemos que Carreteras nos saque las castañas del fuego.

- Terminado el orden del día - anunció más tarde Dixon -, damos turno a nuestro colega señor Harriman, para que nos hable de un tema de su elección. No ha querido que sea anotado en el orden del día, pero le escucharemos hasta que decidamos levantar la sesión.

Morgan miró ácidamente a Harriman.

- Propongo que la levantemos inmediatamente. Harriman sonrió.

- Por dos centavos la secundo y dejo que se mueran de curiosidad. - La moción fue rechazada por unanimidad.

Harriman se puso en pie.

- Señor presidente, amigos... - miró entonces a Morgan - ...y asociados. Como saben ustedes, estoy interesado en el viaje espacial.

Dixon lo miró con el ceño fruncido.

- ¡Otra vez no, Délos! Si no estuviera en la presidencia, propondría que levantáramos inmediatamente la sesión.

- «Otra vez» - admitió Harriman -. Ahora y siempre. Escúchenme. Hace tres años, cuando nos esforzábamos en trasladar la pila de Arizona al espacio exterior, parecía como si los viajes interplanetarios fueran una gran inversión. Algunos de ustedes se unieron conmigo para constituir Rutas del Espacio Inc., para experimentación, exploración... y explotación.

»El espacio fue conquistado; cohetes que podían establecer órbitas alrededor del globo fueron modificados para alcanzar la Luna... ¡y desde allí, cualquier lugar! Sólo se trataba de hacerlo. Los problemas que quedaban eran financieros... y políticos.

»De hecho, los verdaderos problemas técnicos del viaje por el espacio habían sido resueltos desde la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces conquistar el espacio no ha sido más que un asunto de dinero y política. Pero parecía que el proceso Harper - Erickson, concomitante con un cohete que podía dar la vuelta al mundo y un combustible para cohetes económicamente práctico, lo había convertido finalmente en algo muy inmediato, tan inmediato de hecho que no puse ninguna objeción cuando las primeras cargas de combustible del satélite fueron destinadas a la producción de energía industrial.

Miró a su alrededor.

- No tendría que haber permanecido callado. Tendría que haber chillado y berreado e importunado hasta que me concedieran mi ración de combustible aunque fuera tan sólo para que me callara. Porque ahora hemos perdido nuestra mejor oportunidad. El satélite ya no existe; la fuente de combustible ya no existe. Ni siquiera el cohete lanzadera existe. Volvemos a estar donde estábamos en 1950. En consecuencia... Hizo una nueva pausa.

- En consecuencia... ¡propongo que construyamos una nave espacial y la enviemos a la Luna! Dixon rompió el silencio.

- Délos, ¿ha perdido por completo la cabeza? Acaba de decir usted mismo que esto ya no es posible. Y ahora habla de construir una.

- No he dicho que fuera imposible; he dicho que hemos perdido nuestra mejor oportunidad. El tiempo para el viaje espacial ya está excesivamente maduro. Nuestro globo está cada día más abarrotado. Pese a los progresos técnicos, la producción diaria de alimentos en el planeta es menor que la de hace treinta años... y cada minuto nacen 46 niños, lo cual quiere decir 65.000 cada día, lo cual quiere decir 25.000.000 cada año. Nuestra raza está a punto de saltar a los planetas; ¡si tomamos la iniciativa, nadie podrá arrebatarnos el primer lugar!

»Sí, perdimos nuestra mejor oportunidad..., pero los detalles técnicos pueden ser superados. La verdadera cuestión es: ¿quién pagará la cuenta? Es por eso por lo que me dirijo a ustedes, caballeros, porque esta habitación en la que estamos es la capital financiera de este planeta.

Morgan se puso en pie.

- Señor presidente, si todos los asuntos de la Compañía han sido planteados, le ruego que me disculpe.

Dixon asintió. Harriman dijo:

- Hasta otra, Phineas. Yo no te retenía. Ahora, como estaba diciendo, el problema es de dinero, y aquí es donde está el dinero. Propongo que financemos un viaje a la Luna.

La proposición no produjo una excitación especial; todos aquellos hombres conocían a Harriman. Dixon dijo:

- ¿Alguien secunda la proposición de D. D.?

- Un momento, señor presidente... - era Jack Entenza, el presidente de la Corporación de Diversiones de los Dos Continentes -. Desearía hacerle a Délos algunas preguntas. - Se giró hacia Harriman -. D. D., sabe que le apoyé cuando puso usted en marcha Rutas del Espacio. Me pareció un negocio con posibilidades y con un evidente interés educativo y científico... aunque nunca me gustó la idea de naves de línea saltando de planeta en planeta; es demasiado fantástico. No me importa jugar a sus sueños en una prudente

medida, pero ¿cómo se propone llegar hasta la Luna? Como usted mismo ha dicho, no tenemos combustible.

Harriman seguía sonriendo.

- No se burle de mí, Jack, sé bien por qué me apoyó en aquella ocasión. No estaba interesado en la ciencia; nunca contribuiría usted ni con un centavo a la ciencia. Esperaba conseguir el monopolio televisivo para su cadena. Bueno, puede conseguirlo todavía si sigue conmigo... o de otro modo firmaré con «Diversiones, Ilimitada»; pagarán sólo por fastidiarle.

Entenza lo miró suspicazmente.

- ¿Qué me va a costar eso?

- Su otra camisa, un ojo y unos cuantos dientes, y el anillo de bodas de su esposa... a menos que «Diversiones» pague más.

- Maldita sea, Délos, es usted más retorcido que la pata trasera de un perro.

- Viniendo de usted, Jack, es un cumplido. Haremos negocio. En cuanto a cómo pienso llegar hasta la Luna, ésta es una pregunta estúpida. No hay nadie aquí que sea capaz de manejar algo más complicado mecánicamente que un tenedor y un cuchillo. Todos ustedes son incapaces de distinguir una llave inglesa de un motor a reacción, y me piden que les muestre los planos de una nave espacial.

«Bien, les diré cómo pienso llegar a la Luna. Buscaré a los chicos más listos, les proporcionaré todo lo que precisen, veré que dispongan de todo el dinero que puedan necesitar, les convenceré de que trabajen sin descanso... y luego me apartaré y contemplaré cómo producen. Funcionará como el Proyecto Manhattan... la mayoría de ustedes recordarán los trabajos de la bomba A; incluso alguno podrá recordar la Burbuja del Mississippi. El tipo que dirigió el Proyecto Manhattan era incapaz de distinguir un neutrón del Tío Jorge... pero consiguió resultados. Resolvieron el problema de cuatro formas. Por eso no me preocupa el combustible; encontraremos combustible. Encontraremos varios combustibles.

- ¿Cree que funcionará? - dijo Dixon -, Parece como si nos estuviera pidiendo que lleváramos a la Compañía a la bancarrota para una acción sin un valor real, excepto el puramente científico, y a gastar en un solo disparo. No estoy contra usted, no me importaría aportar diez o quince mil para ayudar en algo que valiese la pena, pero no consigo ver esto como una proposición de negocios.

Harriman se apoyó sobre la punta de los dedos y dejó vagar su vista por la larga mesa.

- ¡Diez o quince mil gotas de goma! Dan, estoy hablando de que inviertan un par de millones de dólares como mínimo... y antes de que se hayan repuesto seguramente vendré clamando a por más. Éste es el mayor negocio desde que el Papa envió a sus misioneros a convertir el Nuevo Mundo. No me pregunte cuánto beneficio vamos a sacar de ello; no puedo calcularlo con detalle... pero sí puedo preverlo. Los beneficios son un planeta... un planeta entero, Dan, que nunca hasta ahora ha sido hollado. Y más planetas detrás. Si no somos capaces de sacarle rápidamente una buena tajada a algo tan estupendo como esto, lo mejor será que tanto usted como yo seamos relevados de nuestros puestos. Es como si le ofrecieran la Isla de Manhattan por veinticuatro dólares.

Dixon gruñó.

- Lo está planteando como la oportunidad del siglo.

- ¡Mierda, la oportunidad del siglo! Es la mayor oportunidad de toda la historia. Está lloviendo sopa; corran a buscar sus cubos.

Al lado de Entenza se sentaba Gastón P. Jones, director del Transamericano y otra media docena de bancos, uno de los hombres más ricos de aquella habitación. Sacudió meticulosamente cinco centímetros de ceniza de su cigarro y dijo secamente:

- Señor Harriman, le vendo todos mis intereses en la Luna, presentes y futuros, por cincuenta centavos.

Harriman pareció encantado.

- ¡Compro!

Entenza se estaba tirando del labio inferior mientras escuchaba con expresión cavilosa.

- Un momento, señor Jones - dijo -. Le doy un dólar por ellos.

- Un dólar y medio - replicó Harriman.

- Dos dólares - respondió Entenza lentamente.

- ¡Cinco!

Siguieron pujando. A los diez dólares, Entenza dejó que Harriman se lo llevara y se echó hacia atrás en su asiento, aún con aire pensativo. Harriman miró alegremente a su alrededor.

- ¿Quién de entre ustedes, ladrones, es abogado? - preguntó. La observación era retórica; de los diecisiete directivos, el porcentaje habitual, once para ser exactos, eran abogados -, Hey, Tony - continuó -, redácteme inmediatamente un documento que legalice esta transacción, de modo que pueda hacer valer mis derechos incluso ante el Trono de Dios. Todos los intereses del señor Jones, derechos, título, intereses naturales, intereses futuros, intereses obtenidos directamente o a través de acciones, actualmente en su poder o adquiridos con posterioridad, y etcétera, etcétera. Llénelo de latinajos. La idea es que cualquier interés en la Luna que tenga el señor Jones ahora o pueda adquirir en el futuro son míos... por diez dólares... que se pagan al contado. - Harriman arrojó un billete de diez dólares sobre la mesa -. ¿Correcto, señor Jones?

Jones sonrió brevemente.

- De acuerdo, joven amigo. - Se metió el billete en el bolsillo -. Lo enmarcaré para que mis nietos vean lo fácil que es ganar dinero. - Los ojos de Entenza pasaron rápidamente de Jones a Harriman.

- ¡Bien! - dijo Harriman -. Caballeros, el señor Jones ha fijado un precio de mercado para los intereses de un ser humano en nuestro satélite. Con aproximadamente unos tres mil millones de personas en este globo, esto sitúa el precio de la Luna en treinta mil millones de dólares. - Sacó un fajo de billetes -. ¿Hay algún otro incauto? Compro todas las participaciones que me ofrezcan, a diez dólares cada una.

- ¡Yo pago veinte! - dijo bruscamente Entenza. Harriman lo miró entristecido.

- Jack... ¡no me haga esto! Estamos en el mismo equipo. Hagamos las ofertas a partes iguales, a diez dólares cada una.

Dixon golpeó la mesa pidiendo orden.

- Caballeros, les ruego que realicen estas transacciones cuando hayamos levantado la sesión. ¿Hay alguien que apoye la moción del señor Harriman?

- Creo - dijo Gastón Jones - que mi deber hacia el señor Harriman es apoyar su moción, sin ningún tipo de prejuicio. Propongo que lo sometamos a votación.

Nadie objetó; se hizo la votación. El resultado fue once a tres contra Harriman... Harriman, Strong y Entenza a favor, todos los demás en contra. Harriman se levantó antes de que nadie pudiera pedir un aplazamiento y dijo:

- Esperaba esto. Mi verdadero propósito es: puesto que la Compañía no está interesada en el viaje espacial, ¿tendría la cortesía de venderme todo lo que necesite en cuanto a patentes, procesos, ayudas y todo lo demás que ahora se halla en poder de la Compañía pero que está relacionado con el viaje espacial y no con la producción de energía en este planeta? Nuestra breve luna de miel con el satélite de energía dio como resultado un fondo de reserva; desearía utilizarlo. Nada oficial... sólo un voto de que la política de la Compañía será ayudarme en cualquier aspecto que no lesione los intereses primarios de la Compañía. ¿Qué dicen, caballeros? Con eso dejaré de molestarles.

Jones estudió de nuevo su cigarro.

- No veo ninguna razón por la que no debamos complacerle, caballeros... y hablo como parte completamente desinteresada.

- Creo que podemos aceptarlo, Délos - dijo Dixon -, sólo que no le venderemos nada, se lo «prestaremos». Luego, si resulta que el asunto es un éxito, la compañía seguirá reteniendo una participación. ¿Tiene alguien alguna objeción que hacer? - miró a todos los reunidos.

No hubo ninguna; el asunto fue registrado como de trámite, y la reunión fue aplazada. Harriman se detuvo a susurrarle algo a Entenza y, finalmente, convino una entrevista. Gastón

Jones estaba de pie en la puerta, hablando particularmente con el Director Dixon. Hizo una señal a Strong, el socio de Harriman.

- George, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

- No le garantizo una respuesta. Adelante.

- Usted siempre me ha parecido un hombre equilibrado. Dígame... ¿por qué se ha asociado con Harriman? Ese hombre está loco de atar.

Strong parecía avergonzado.

- Tendría que negar esto, es mi amigo... pero no puedo. ¡Pero diablos!, cada vez que Délos tiene una de sus locas ideas, luego resulta que tiene razón. Odio verme arrastrado por él, me pone nervioso, pero he aprendido a confiar en sus intuiciones más que en el informe financiero de cualquier otro hombre, por muy bien documentado que esté.

Jones enarcó una ceja.

- El toque de Midas, ¿eh?

- Puede llamarlo así.

- Bueno, recuerde lo que le ocurrió al Rey Midas... al final. Buenos días, caballeros.

Harriman había dejado a Entenza; Strong se le unió. Dixon se detuvo unos instantes a mirarle, y su expresión era realmente pensativa.

2

La casa de Harriman había sido construida en la época en que todos los que podían huían del centro de las ciudades y se instalaban bajo tierra. Sobre el suelo se alzaba una pequeña casita estilo Cabo Cod - cuyas tablas de chilla ocultaban planchas de blindajes - y el más delicioso y cuidado jardín; en el subsuelo había un espacio cuatro o cinco veces mayor, inmune a todo lo que no era un impacto directo y poseyendo una provisión independiente de aire con reserva para mil horas. Durante los Años Locos la verja convencional que rodeaba el jardín fue reemplazada por una pared que parecía idéntica pero que podía detener cualquier cosa que no fuera un tanque horador... y las puertas no eran los puntos débiles que aparentaban; sus mecanismos eran tan seguros como el perro mejor entrenado.

Pese a su carácter de fortaleza, la casa era confortable. También era muy cara de mantener.

A Harriman no le preocupaban los gastos; a Charlotte le gustaba la casa y le proporcionaba algo que hacer. Cuando se casaron había vivido sin quejarse en un piso exiguo situado sobre una droguería; si a Charlotte le gustaba ahora jugar al ama de casa de un castillo, a Harriman no le importaba.

Pero se estaba embarcando de nuevo en una arriesgada aventura; los pocos miles de dólares que costaba el mantenimiento de la casa podían representar, en algún punto del juego, la diferencia entre el éxito o un arresto por impago de deudas. Aquella noche, en la cena, después de que los sirvientes hubieran servido el café y el oporto, abordó el tema.

- Querida, me he estado preguntando si te gustaría pasar algunos meses en Florida.

Su esposa se le quedó mirando.

- ¿Florida? Délos, ¿estás desvariando? Florida es insoportable en esta época del año.

- Suiza, entonces. Haz tú misma la elección. Tómate unas auténticas vacaciones, tan largas como tú quieras.

- Délos, tú estás tramando algo.

Harriman suspiró. Estar «tramando algo» era el imperdonable e inolvidable crimen por el cual cualquier varón americano podía ser acusado, procesado, declarado convicto y sentenciado en el tiempo de un suspiro. Se preguntó por qué las cosas habrían sido dispuestas de tal modo que la parte masculina de la raza tenía que conducirse siempre de acuerdo con las reglas femeninas y la lógica femenina, como cualquier escolar mocoso frente a un severo maestro.

- En un cierto modo, quizás. Ambos hemos admitido muchas veces que esta casa es un poco como un elefante blanco. Estaba pensando en cerrarla, probablemente incluso en vender el terreno... ahora vale mucho más que cuando lo compramos. Luego, cuando queramos, podemos construir algo más moderno y menos parecido a un refugio antiaéreo.

La señora Harriman pareció temporalmente apaciguada.

- Bueno, yo «también» había pensado que sería estupendo construirnos otra casa, Délos... por ejemplo un chaletito oculto en las montañas, nada ostentoso, con sólo un par o tres de sirvientes. Pero no cerraremos esta casa hasta que esté construida, Délos... después de todo, uno debe vivir en algún lugar.

- No estaba pensando en construirla inmediatamente - respondió cautelosamente.

- ¿Y por qué no? Ya no somos jóvenes, Délos; si queremos disfrutar de las cosas buenas de la vida, será mejor que no esperemos demasiado. Tú no tienes que preocuparte por ello; yo me haré cargo de todo.

Harriman dio vueltas en su mente a la posibilidad de dejar que ella se ocupara de todo para mantenerla ocupada. Si retiraba los fondos para su «chaletito», ella se iría a vivir a un hotel cercano al lugar donde decidiera construirlo... y él podría vender esta monstruosidad donde estaban viviendo ahora. Con la carretera rodante más cercana apenas a quince kilómetros, el terreno les daría más de lo que pudiera costar la nueva casa de Charlotte, y él se vería libre del drenaje mensual que sufría su talonario de cheques.

- Quizá tengas razón - admitió -. Pero suponte que la construyes inmediatamente; no podrás seguir viviendo aquí; tendrás que supervisar todos los detalles de la construcción. Creo que deberíamos dejar este lugar; se nos está comiendo entre impuestos, mantenimiento y gastos.

Ella agitó la cabeza.

- Completamente fuera de discusión, Délos. Éste es mi hogar.

Él tiró al suelo el cigarro apenas empezado a fumar.

- Lo siento, Charlotte, pero no puedes tenerlo todo. Si quieres construir una nueva casa, no puedes quedarte aquí. Si te quedas aquí, tendremos que cerrar esas catacumbas subterráneas, despedir a una docena de los parásitos que mantenemos zumbando a nuestras expensas, y vivir en la casita de la superficie. Estoy reduciendo gastos.

- ¿Despedir a los sirvientes? Délos, si piensas que voy a construir una casa para ti sin el personal adecuado, será mejor que...

- Alto. - Se levantó y tiró la servilleta sobre la mesa -. No es necesario un escuadrón de sirvientes para crear un hogar. Cuando nos casamos «no» tenías sirvientes... y tú misma lavabas y planchabas mis camisas. Pero teníamos un hogar. Este lugar está repleto de esa servidumbre de que hablas. Bien, voy a despedirlos a todos, a excepción de la cocinera y de un criado para todo.

Ella no pareció haberle oído.

- ¡Délos!, siéntate y compórtate. Y ahora cuéntame qué es esto de reducir gastos. ¿Estás en algún apuro? ¿Lo estás realmente? ¡Respóndeme!

Él se sentó cansadamente y respondió:

- ¿Tiene un hombre que estar en apuros para querer cortar unos gastos innecesarios?

- En tu caso, sí. Y ahora, ¿de qué se trata? No intentes salirte con evasivas.

- Mira, Charlotte, hace tiempo que convinimos que los asuntos de negocios se quedarían en la oficina. En cuanto a la casa, simplemente no necesitamos una casa de este tamaño. Sería distinto si tuviéramos un montón de chicos con los que llenarla...

- «¡Oh!» ¡Censurándome de nuevo por «eso»!

- Mira, Charlotte - empezó de nuevo, cansadamente -, nunca te lo he censurado, y tampoco te lo estoy censurando ahora. Lo máximo que hice una vez fue sugerirte que fuéramos los dos a ver a un médico y tratáramos de descubrir cuál es el problema para que no tengamos hijos. Y durante veinte años me has hecho pagar por esa observación. Pero esto está ahora fuera de lugar; simplemente te estaba haciendo ver que dos personas no pueden llenar veintidós habitaciones. Pagaré un precio razonable por una nueva casa, si tú lo deseas, y te daré mensualmente una buena cantidad para mantenerla. - Empezó a decir la cantidad, pero se lo pensó mejor y decidió no hacerlo -. O puedes cerrar este lugar y vivir en la casita de arriba, Sólo se trata de dejar de derrochar un poco de dinero... por un tiempo.

Ella se agarró a la última frase.

- «Por un tiempo». ¿Qué es lo que pasa, Délos? ¿En qué vas «tú» a derrochar el dinero? - Cuando vio que no respondía, prosiguió -: Muy bien, si tú no me lo dices, llamaré a George. Él me lo dirá.

- No hagas eso, Charlotte. Te lo advierto. Yo...

- ¿Tú qué? - Estudió su rostro -. No necesito hablar con George; puedo saberlo con sólo mirarte. Tienes la misma expresión en la cara que cuando viniste a casa y me dijiste que habías invertido todo nuestro dinero en esos locos cohetes.

- Charlotte, eso no está bien. Las Rutas del Espacio dieron un buen beneficio. Ganamos un montón de dinero.

- Eso no importa ahora. Sé por qué estás actuando de una forma tan extraña; has vuelto a caer en tu vieja locura del viaje - a - la - Luna. Bueno, pues no estoy dispuesta a soportarlo más, ¿entiendes? Te detendré; no esperes que esté a tu lado. Mañana mismo por la mañana iré a ver al señor Kamens para que me diga qué debo hacer para obligarte a que te comportes como es debido. - Los nervios de su cuello temblaban mientras hablaba.

Él aguardó, intentando dominarse antes de continuar.

- Charlotte, no tienes ninguna razón para quejarte. No importa lo que me pase, tu futuro está asegurado.

- ¿Crees que me va a gustar quedarme viuda?

Él la miró pensativamente.

- Podría ser.

- ¿Qué... qué, «bestia» sin corazón? - Se puso en pie -. No quiero oír hablar más de ello, ¿entiendes? - Salió sin esperar respuesta.

Su «ayuda de cámara» estaba esperándole en su habitación. Jenkins se acercó rápidamente y empezó a ayudar a Harriman a quitarse la bata.

- Lárgate - gruñó Harriman -. Sé desnudarme solo.

- ¿Necesita algo más esta noche, señor?

- Nada. Pero no te vayas si no lo deseas. Siéntate y bebe algo. Ed, ¿cuánto tiempo llevas casado?

- Con su permiso, señor - el hombre se sirvió -. El próximo mayo hará veintitrés años, señor.

- ¿Cómo te ha ido, si no te importa que te lo pregunte?

- No mal del todo. Claro que ha habido veces...

- Sé lo que quieres decir. Ed, si no estuvieras trabajando para mí, ¿qué es lo que harías?
- Bueno, mi mujer y yo hemos hablado muchas veces de abrir un pequeño restaurante, nada pretencioso, pero bueno. Un lugar donde la gente pueda disfrutar de una comida buena y tranquila.
- Sólo para hombres, ¿eh?
- No, no enteramente, señor... pero habría un salón reservado sólo para caballeros. Sin camareras siquiera, yo mismo me encargaría del servicio.
- Entonces será mejor que empieces a buscar el local, Ed. Prácticamente tu negocio ya está en marcha.

3

Strong entró en sus oficinas conjuntas a la mañana siguiente a las nueve en punto, como de costumbre. Se sorprendió al encontrarse con que Harriman había llegado antes que él. El que Harriman no apareciese en todo el día no tenía importancia; el que estuviera allí antes que sus empleados era significativo.

Harriman estaba atareado con un globo terrestre y un libro... el Almanaque Náutico del año, observó Strong. Harriman apenas levantó la vista.

- Buenos días, George. Dime, ¿a quién tenemos en el Brasil?
- ¿Por qué?
- Necesito algunas focas amaestradas que hablen portugués, eso es todo. Y algunas que hablen español también. Sin contar tres o cuatro docenas esparcidas por este país. He descubierto algo muy, muy interesante. Mira aquí... según estas tablas la Luna sólo oscila entre los veintiocho grados, casi veintinueve, al norte y al sur del ecuador. - Aplicó un lápiz al globo terrestre y lo hizo girar -. Así. ¿No te sugiere nada esto?
- No. Excepto que estás rayando con el lápiz un globo que vale setenta dólares.
- ¡Y tú eres un financiero viejo y realista! ¿Qué tiene un hombre cuando compra una parcela de tierra?
- Eso depende de la escritura. Generalmente, los derechos de los minerales y otros yacimientos subterráneos corresponden a...
- Eso no importa. Suponte que compra sin renunciar a ninguno de sus derechos: ¿hasta qué profundidad posee? ¿Y cuán lejos hacia arriba?
- Bueno, poseerá una especie de cuña que llegará hasta el centro de la Tierra. Así quedó estipulado en los casos de arrendamiento para la explotación minera y perforación petrolífera. Teóricamente también sería suyo todo el espacio por encima de su terreno, hasta el infinito, pero esto fue modificado ante una serie de casos tras el advenimiento de las líneas aéreas comerciales... lo cual nos fue bien a nosotros, ya que de otro modo tendríamos que pagar un montón de peajes cada vez que uno de nuestros cohetes despegara hacia Australia.
- ¡No, no, no, George!, no leíste bien esos casos. Se estableció un derecho de paso... pero la «propiedad» del espacio sobre el terreno permaneció sin cambios. E incluso la libertad de paso no era absoluta; tú puedes construir una torre de trescientos metros de altura en tu propio terreno allá donde acostumbren pasar aviones, o cohetes, o lo que quieras, y tendrán que pasar por encima de ella, y se guardarán mucho de embestirla. Recuerda cómo tuvimos que alquilar el espacio aéreo al sur de Campo Hughes para garantizar que nuestra aproximación a aquella zona no era intencional.

Strong parecía pensativo.

- Sí. Veo lo que quieres decir. El viejo principio de la propiedad territorial permanece inalterado... por abajo hasta el centro de la Tierra, por arriba hasta el infinito. ¿Pero de qué nos sirve esto? Es un asunto puramente teórico. No estarás planeando pagar peaje

para operar esas naves del espacio de las que siempre estás hablando, supongo. - Sonrió con un gruñido ante su propio ingenio.

- No, en absoluto. Se trata de algo completamente distinto. George... ¿a quién pertenece la Luna?

A Strong se le cayó literalmente la mandíbula.

- Délos, estás bromeando.

- En absoluto. Te pregunto de nuevo: si legalmente podemos decir que un hombre posee todo el cielo encima de su terreno hasta el infinito, ¿a quién pertenece la Luna? Echa una mirada a este globo y dímelo.

Strong miró.

- Pero esto no significa nada, Délos. Las leyes de la Tierra no se pueden aplicar a la Luna.

- Se aplican aquí, y esto es lo que me hace pensar. La Luna permanece constantemente sobre una franja de Tierra limitada por la latitud veintinueve grados norte y veintinueve grados sur; si un solo hombre poseyera esta franja de Tierra... que corresponde aproximadamente a la zona tropical, entonces poseería también la Luna, ¿no es así? Todo esto si aceptamos las teorías que mantienen nuestros tribunales con respecto a la propiedad territorial. Y por derivación directa, según ese tipo de lógica que tanto les gusta a nuestros juristas, los diversos dueños de esta franja de tierras tienen derecho, un derecho auténtico susceptible de ser vendido, a la Luna, repartido colectivamente entre ellos de algún modo. El hecho de que la distribución de este título de propiedad sea algo vago no preocupará nunca a un jurista; se engordan cada vez que tienen que vérselas con uno de esos casos.

- ¡Pero esto es descabellado!

- George, ¿cuándo aprenderás que «descabellado» es una noción que no existe para un abogado?

- Supongo que no estarás planeando intentar comprar toda la zona tropical... que según tú es lo que habría que hacer.

- No - dijo Harriman lentamente -, pero no sería una mala idea comprar los derechos, títulos e intereses en la Luna, si se presenta el caso, a cada uno de los países soberanos de esta franja. Si creyera que podría hacerlo en silencio y sin alterar al mercado, lo intentaría. Es muy fácil comprarle barata a un hombre una cosa que cree que no tiene valor, y procurará vendértela antes de que puedas cambiar de opinión.

»Pero no es éste mi plan - prosiguió -. George, quiero establecer corporaciones, corporaciones locales, en cada uno de esos países. Quiero que las legislaturas de cada uno de esos países garanticen franquicias a su corporación local para la exploración lunar, explotación, etc., y el derecho de reivindicar territorio lunar a favor del país... con el mínimo de impuestos, naturalmente, y entregado en bandeja de plata a la patriótica corporación que ha tenido la idea. Y quiero que todo esto se haga discretamente, para que las tarifas no suban demasiado. Nosotros seremos los propietarios de las corporaciones, por supuesto, y ésa es la razón de que necesite un rebaño de focas amaestradas. Cualquiera de estos días se producirá un infierno de tensiones acerca de a quién pertenece la Luna; quiero tener la baraja marcada para ganar siempre, independientemente de cómo se hayan repartido las cartas.

- Esto va a ser ridículamente caro, Délos. Y ni siquiera sabes si podrás llegar a la Luna, y mucho menos si habrá valido la pena hacer el viaje, una vez hayas llegado allí.

- ¡Llegaremos! Y será mucho más caro si antes no establecemos esos derechos. De todos modos no ha de ser necesariamente muy caro; el uso adecuado del soborno es un arte homeopático... se utiliza como catalizador. A mediados del siglo pasado cuatro hombres fueron de California a Washington con 40.000 dólares; era todo lo que poseían. Unas pocas semanas más tarde estaban sin un centavo... pero el Congreso les había

concedido mil millones de dólares por los derechos del paso del ferrocarril. Todo consiste en no alertar el mercado.

Strong agitó la cabeza.

- Tus títulos no tendrán ningún valor. La Luna no está inmóvil sobre un lugar; pasa «por encima» de algunas propiedades, evidentemente... pero también lo hacen las aves migratorias.

- Y nadie tiene ningún derecho sobre las aves migratorias. Entiendo tu punto de vista... pero la Luna permanece «siempre» sobre esa única franja. Si tú mueves de sitio una roca de tu jardín, ¿pierdes por ello su propiedad? ¿No sigue siendo tuya? Eso es como aquella serie de pleitos relativos a las islas errantes del Mississippi, George... las tierras se movían a medida que el río abría nuevos canales, «pero siempre eran propiedad de alguien». En este caso planeo que seamos nosotros ese «alguien».

Strong frunció el ceño.

- Creo recordar que esos pleitos de las islas errantes fueron resueltos a veces de una forma y a veces de otra.

- Tomaremos las decisiones que mejor nos vayan. Por eso precisamente las esposas de los abogados poseen costosos abrigos de pieles. Vamos, George; tenemos mucho que hacer.

- ¿Para qué?

- Para reunir dinero.

- Oh - Strong pareció aliviado -. Creí que planeabas utilizar «nuestro» dinero.

- Así es. Pero no vamos a tener bastante. Utilizaremos nuestro dinero para financiar el que las cosas empiecen a moverse; mientras tanto tendremos que buscar financiación exterior para que las cosas sigan moviéndose. - Pulsó un botón en su escritorio; el rostro de Saúl Kamens, su consejero legal, apareció en él -, Hey, Saúl, ¿puedes venir un momento?

- Sea lo que sea, usted simplemente dígales «no» - respondió el abogado -. Yo me ocuparé de lo demás.

- Bien. Ahora venga rápido... están trasladando el Infierno de sitio y yo tengo una opción sobre las primeras diez cargas.

Kamens apareció al poco tiempo. Unos minutos más tarde Harriman ya le había explicado su idea de reclamar la propiedad de la Luna antes de haber puesto el pie en ella.

- Conjuntamente con esas corporaciones fantasma - continuó -, necesitaremos una agencia que pueda recibir contribuciones sin tener que admitir ningún interés financiero por parte del contribuyente... como la National Geographic Society.

Kamens agitó la cabeza.

- No puede usted comprar la National Geographic Society.

- Maldita sea, ¿quién ha dicho que queremos comprarla? Crearemos la nuestra.

- Eso es lo que iba a decir.

- Bien. Tal como yo lo veo, necesitamos como mínimo una corporación libre de impuestos, sin fines lucrativos, encabezada por la gente adecuada... tendremos que establecer un control de voto, por supuesto. Probablemente vamos a necesitar más de una; las iremos creando a medida que las necesitemos. Y como mínimo necesitamos también otra corporación ordinaria, ésta «no» libre de impuestos... pero que no dará beneficios hasta que lo tengamos todo proyectado. Mi idea es dejar que las corporaciones no lucrativas se lleven todo el prestigio y toda la publicidad... y que la otra se lleve todo el beneficio, cuando llegue el momento. Efectuaremos intercambios de bienes entre las corporaciones, siempre por razones perfectamente válidas, de modo que las corporaciones no lucrativas paguen mientras tanto sus gastos. Pensando bien en ello, haríamos mejor creando al menos dos corporaciones ordinarias, de modo que pudiéramos llevar una hasta la quiebra si lo consideramos necesario para salir a flote en

un momento determinado. Éste es el esquema general. Póngase al trabajo y déle a todo una apariencia legal, ¿quiere?

- ¿Sabe, Délos? - dijo Kamens -, sería mucho más honesto si lo hiciera usted apuntando a la gente con una pistola.

- ¡Un abogado hablándome de honestidad! No se preocupe, Saúl; no tengo ninguna intención de engañar a nadie...

- ¡Hummm!

-...y lo único que planeo es hacer el viaje a la Luna. Para eso van a tener que pagar todos; y eso es lo que van a recibir a cambio. Ahora sea buen chico y póngalo todo de forma que se vea legal.

- Me estoy acordando de algo que el abogado del viejo Vanderbilt le dijo bajo parecidas circunstancias: «Es tan hermoso como está, ¿por qué estropearlo dándole un aspecto legal?» Muy bien, le prepararé la trampa que me pide. ¿Alguna otra cosa?

- Sí. Quédese por aquí, pueden ocurrírsele algunas ideas. George, dile a Montgomery que venga, ¿quieres? - Montgomery, el jefe de publicidad de Harriman, poseía dos virtudes a los ojos de su patrón: era personalmente leal a Harriman y, en segundo lugar, era capaz de planear una campaña que convenciera al público de que Lady Godiva llevaba una faja marca «Caresse» durante su famoso paseo a caballo... o que Hércules atribuía su fuerza al hecho de tomar cada día «Crunchies» en su desayuno. Apareció con una gran carpeta bajo el brazo.

- Me alegro de que me haya llamado, Jefe. Échele un vistazo a esto... - abrió la carpeta sobre el escritorio de Harriman y empezó a mostrar bocetos y diseños -. Los ha hecho Kinsky... ¡ese chico está loco!

Harriman cerró la carpeta.

- ¿Para qué son?

- ¿En? Para Hogares del Nuevo Mundo.

- No quiero verlos; estamos liquidando Hogares del Nuevo Mundo. Espere un minuto... no empiece a chillar. Haga que los muchachos sigan con ello; quiero que se mantenga el precio mientras vendemos. Pero ahora abra bien sus orejas acerca de otro asunto. - Le explicó rápidamente la nueva empresa.

Montgomery iba asintiendo.

- ¿Cuándo empezamos y cuánto podemos gastar?

- Ahora mismo, y gaste todo lo que necesite. No se achique ante los gastos; es el mayor negocio en el que nos hayamos metido nunca. - Strong pestañeó; Harriman siguió inmutable -. No duerma esta noche si es preciso; venga a verme mañana y hablaremos otra vez de ello.

- Espere un segundo, Jefe. ¿Cómo lo hará para conseguir todas esas franquicias de, esto... de los estados lunares, de todos esos países por encima de los cuales pasa la Luna, mientras desplegamos una gran campaña publicitaria acerca del viaje a la Luna y lo bueno que será eso para todos? ¿Quiere que pinten también un retrato de usted en una esquina?

- ¿Parezco tal vez estúpido? Tendremos las franquicias «antes» de que usted haya llenado mucho más de una carpeta... «usted» las obtendrá, usted y Kamens. Éste va a ser su primer trabajo.

- Hummm... - Montgomery se mordió la uña del dedo pulgar -. Bien, de acuerdo... empiezo a ver por dónde van los tiros. ¿Cuánto tiempo tenemos para dejarlo todo listo?

- Le doy seis semanas. Si no lo consigue ya puede enviarme por correo su renuncia, firmada sobre la piel arrancada de su espalda.

- La firmaré ahora mismo, si usted me ayuda sujetando un espejo.

- Maldita sea, Monty, sé que puede hacerlo usted en seis semanas. Pero dése prisa; no podemos aceptar un centavo de nadie hasta que tengamos esas franquicias. Si ustedes dilatan demasiado las cosas, nos moriremos todos de hambre... y no iremos a la Luna.

- D. D., ¿por qué preocuparnos con esas amañadas reivindicaciones de un montón de apolillados países tropicales? - dijo Strong -. Si te estás muriendo de ganas de ir a la Luna, entonces llama a Ferguson y lánzate de cabeza al asunto.

- Me gusta tu forma directa de exponer las cosas, George - dijo Harriman, frunciendo el ceño Hummm... por el año 1845 ó 46, un emprendedor oficial del ejército norteamericano capturó California. ¿Sabes lo que hizo el Departamento de Estado?

- No.

- Le hicieron devolverla. Al parecer no había tocado la segunda base, o algo así. De modo que tuvieron el problema de capturarla otra vez unos pocos meses más tarde. No quiero que eso nos ocurra ahora a nosotros. No basta con poner el pie en la Luna y reclamar su propiedad; tenemos que dar validez a nuestro derecho ante los tribunales terrestres... o vamos a vernos metidos en un montón de problemas. ¿Eh, Saúl?

Kamens asintió.

- Recuerde lo que le ocurrió a Colón.

- Exactamente. No queremos que nos estafen como estafaron a Colón.

Montgomery escupió un trozo de uña.

- Pero Jefe... usted sabe condenadamente bien que esas reivindicaciones de todos esos países bananeros no valdrán dos centavos después de que yo empiece con la publicidad. ¿Por qué no solicitar una franquicia directamente de las Naciones Unidas y terminar así de una vez? Yo lo preferiría a tener que tratar con dos docenas de estúpidas legislaturas. De hecho ya tengo preparada una vía de penetración... primero a través del Consejo de Seguridad y...

- Siga trabajando en esa vía de penetración; la utilizaremos más tarde. No ha captado usted toda la mecánica del plan, Monty. Por supuesto que esas reivindicaciones no valdrán para nada... excepto como factor de irritación. Pero ese factor de irritación es precisamente lo más importante. Escuche; llegamos a la Luna, o estamos a punto de hacerlo. Cada uno de esos países empieza a graznar; los metemos a todos en el asunto a través de las corporaciones fantasma a las cuales han concedido franquicias... ¿A dónde irán a graznar? A las Naciones Unidas, por supuesto. Ahora bien, los grandes países del globo, los ricos e importantes, se hallan todos en la zona septentrional templada. Verán en qué están basadas las reivindicaciones y echarán una frenética mirada al globo. Dios santo, la Luna no pasa por encima de ellos. El país mayor de todos, Rusia, no posee ni un solo puñado de tierra al sur del paralelo veintinueve norte. Así que rechazarán todas las reivindicaciones.

«¿Pero actuarán todos así? - siguió Harriman -. Los Estados Unidos frustrarán la unidad. «La Luna pasa sobre Florida y la parte sur de Texas.» Washington se verá en un aprieto. ¿Deberá respaldar a los países tropicales y defender la teoría tradicional de la propiedad del suelo, o deberá apoyar con todo su peso la idea de que la Luna pertenece a todos? ¿O tendrá que reivindicar los Estados Unidos la propiedad de todo el satélite, alegando que fueron americanos quienes primero pusieron el pie en ella?

»En este punto salimos nosotros de entre bastidores. Porque resulta ser que la nave lunar era privada, y que los gastos habían sido financiados por una corporación no lucrativa auspiciada por las propias Naciones Unidas...

- Un momento - interrumpió Strong -. No sabía que las Naciones Unidas pudieran crear corporaciones.

- Deberías saber que sí pueden - respondió su socio -, ¿Qué dices tú al respecto, Saúl?

- Kamens asintió con la cabeza -. De todos modos - prosiguió Harriman -, la corporación ya existe. La creé hace varios años. Se ocupa casi exclusivamente de cuestiones educativas o científicas... y, amigo, ¡eso cubre un campo enorme! Volviendo al asunto... esta corporación, esta criatura de las Naciones Unidas, pide a su progenitura que declare a la colonia lunar territorio autónomo, bajo la protección de las Naciones Unidas. No

pediremos de momento el estatuto de miembros, ya que al principio no queremos liar demasiado las cosas...

- ¡Liar las cosas, dice! - exclamó Montgomery.

- Sí, liarlas. Esa nueva colonia será, de facto, un Estado soberano, que abarcará toda la Luna, y, ¡escuchen atentamente!, tendrá capacidad de comprar, vender, legislar, otorgar títulos de propiedad, establecer monopolios, recaudar impuestos, y así sucesivamente. «¡Y nosotros seremos sus propietarios!»

»La razón de que lo consigamos es porque los grandes países que componen las Naciones Unidas no podrán presentar una reivindicación que suene tan legal como la reivindicación hecha por los Estados tropicales, y serán incapaces de ponerse de acuerdo acerca de cómo resolver el problema sin llegar a la fuerza bruta, y los demás países importantes no verán con buenos ojos el que los Estados Unidos reivindicuen por su parte la propiedad. El modo más fácil de salir de este dilema será retener aparentemente el título de propiedad para las propias Naciones Unidas. Pero la propiedad auténtica, el control económico y legal, revertirá a nosotros. ¿Ve ahora mi punto de vista de la cuestión, Monty? Montgomery sonrió.

- Que me condene si veo la necesidad de todo esto, Jefe, pero me gusta. Suena hermoso.

- Bueno, yo no lo veo así - gruñó Strong -. Délos, te he visto montar los más complicadísimos tinglados, algunos de ellos tan tortuosos que me revolvían el estómago, pero éste es el peor de todos. Creo que te has dejado llevar por el placer que te ha producido siempre el meterte en un juego en el que siempre hay que jugar con dos barajas.

Harriman chupó profundamente su cigarro antes de responder.

- Me importa un bledo, George. Llámalo doble juego, llámalo como quieras. «¡Iré a la Luna!» Aunque tenga que manipular a un millón de personas para conseguirlo, lo haré.

- Pero no es necesario hacerlo de esta forma.

- Bueno, ¿cómo lo harías tú?

- ¿Yo? Crearía una corporación honesta. Obtendría una resolución del Congreso convirtiendo a mi corporación en un instrumento de los Estados Unidos...

- ¿Soborno?

- No necesariamente. Bastaría un poco de influencia y algo de presión. Luego reuniría el dinero necesario, y haría el viaje.

- ¿Y los Estados Unidos pasarían a convertirse en propietarios de la Luna?

- Naturalmente - respondió Strong, algo rígido.

Harriman se puso en pie y empezó a pasear arriba y abajo.

- No lo has entendido, George, no lo has entendido. No se supone que la Luna se convierta en propiedad de un solo país, aunque este país sea los Estados Unidos.

- Supongo que lo que se supone es que se convierta en propiedad «tuya».

- Bueno, si se convierte en mi propiedad, por un corto espacio de tiempo, no haré mal uso de ella, y me preocuparé de que los demás tampoco lo hagan. Maldita sea, el nacionalismo se detendrá en la estratosfera. ¿No puedes ver lo que ocurrirá si los Estados Unidos reivindican la Luna para sí? Las demás naciones no reconocerán tal reivindicación. La Luna se convertirá en la manzana de la discordia permanente del Consejo de Seguridad... precisamente cuando estábamos empezando a acostumbrarnos a la idea de que un hombre puede planear sus negocios sin tener encima el temor de una guerra inminente. Las demás naciones, y con toda razón, tendrán un miedo mortal a los Estados Unidos, mirarán al cielo cada noche y verán la mayor base de cohetes cargados con bombas atómicas de los Estados Unidos colgando sobre sus cabezas. ¿Se quedarán tranquilos con esta idea? No, en absoluto... tratarán de conseguir un pedazo de la Luna para su uso nacional. La Luna es demasiado grande para tragársela de

un solo bocado. Se establecerán otras bases, y poco después tendremos la más espantosa guerra que este planeta haya visto nunca... y nosotros tendremos la culpa de ello.

»No, tiene que ser un arreglo que satisfaga a todos... y por eso tenemos que planearlo, pensar en todos sus aspectos, y ser cautelosos al respecto hasta que nos hallemos en situación de poner manos a la obra.

»Y por otro lado, George, si reivindicamos en nombre de los Estados Unidos, ¿sabes dónde quedaríamos nosotros, como hombres de negocios?

- En el asiento del conductor - respondió Strong.

- ¡En el ojo de un cerdo! Seríamos apartados rápidamente del asunto. El Departamento de Defensa Nacional nos diría: «Gracias, señor Harriman; gracias señor Strong. A partir de ahora nos haremos cargo nosotros, en interés de la seguridad nacional; pueden volver a sus casas.» Y eso es exactamente lo que tendríamos que hacer... volver a casa y aguardar la próxima guerra atómica.

»No pienso permitirlo, George. No quiero que las gorras de plato se metan en esto. Estableceré una colonia lunar, y me preocuparé de ella hasta que sea lo suficientemente mayor como para mantenerse por su propio pie. Te digo, se lo digo a todos ustedes, que ésta es la mayor empresa de toda la raza humana desde el descubrimiento del fuego. Llevada con cuidado, puede significar un nuevo mundo y mejor. Llevada equivocadamente, es un billete sólo de ida al Armagedon. Se trata de algo inminente, muy inminente, nos metamos nosotros en ello o no. Mi idea es ser yo el Primer Hombre de la Luna... y dedicar mi personal atención a que las cosas se hagan como es debido.

Hizo una pausa. Strong dijo:

- ¿Has terminado ya tu sermón, Délos?

- No, todavía no - denegó Délos testarudamente -. No estás viendo las cosas desde la perspectiva adecuada. ¿Sabes lo que podemos encontrar ahí arriba? - Levantó el brazo en un arco hacia el techo -. «¡Gente!»

- ¿En la «Luna»? - dijo Kamens.

- ¿Por qué no en la Luna? - susurró Montgomery a Strong.

- No, no en la Luna... al menos me sorprendería mucho encontrar algo bajo esa cascara desprovista de aire. La Luna está muerta; me refería a los otros planetas... Marte y Venus y los satélites de Júpiter. Incluso tal vez entre las propias estrellas. Supongamos que hallamos gente. Piensen en lo que significaría para nosotros. Siempre hemos estado solos, completamente solos, la única raza inteligente en el único mundo que conocemos. Ni siquiera hemos sido capaces de establecer comunicación hablada con los perros o los monos. Las únicas respuestas que hemos obtenido las hemos tenido que buscar nosotros solos, como huérfanos desamparados. Pero supongan que encontramos «gente», gente inteligente, que haya conseguido algo con su inteligencia. «¡Ya no estaremos solos nunca más!» Podremos mirar las estrellas y no sentir ya más temor.

Calló, mostrándose algo cansado e incluso un poco avergonzado por su exaltación, como un hombre sorprendido en un acto íntimo. Se les quedó mirando, estudiando sus rostros.

- Me ha gustado, Jefe - dijo Montgomery -. Podría utilizarlo. ¿Qué le parece?

- ¿Cree que podrá recordarlo?

- No es necesario... Conecté su «taquígrafa silenciosa».

- ¡Maldita sea su estampa!

- Lo pondremos en vídeo... ya estoy imaginando el escenario.

Harriman sonrió casi infantilmente.

- Nunca he actuado, pero si cree que puedo hacerlo bien, estoy dispuesto.

- Oh, no, usted no, Jefe - respondió Montgomery con tonos horrorizados -. No es usted el tipo. Creo que usaré a Basil Wilkes - Booth. Con su voz de órgano y su rostro de arcángel encandilará a la gente.

Harriman miró su barriga y gruñó:

- De acuerdo... volvamos a los negocios. En primer lugar el dinero. Antes que nada debemos buscar donativos para una de las corporaciones no lucrativas, considerándolas como dotaciones para colegas. ¿Cuánto creen que podemos conseguir de esta forma?

- Muy poco - opinó Strong -. Esa vaca ha sido ya muy ordeñada.

- Nunca estará demasiado ordeñada mientras haya hombres ricos que prefieran antes hacer donativos que pagar impuestos. ¿Cuánto podría pagar un hombre por tener en la Luna un cráter con su nombre?

- Creía que todos tenían ya nombres - hizo observar el abogado.

- Hay montones de ellos que no lo tienen... y además tenemos la otra cara, que aún no ha sido tocada. No se trata de hacer un presupuesto hoy; tan sólo una estimación. Monty, quiero una forma de exprimir también a los niños de los colegios. Cuarenta millones de escolares a diez centavos por cabeza hacen cuatro millones de dólares... que nos pueden ser de mucha utilidad.

- ¿Por qué conformarnos con diez centavos? - preguntó Monty -. Si conseguimos que los chicos se interesen en el asunto, pueden ahorrar un dólar.

- Sí, pero ¿qué les ofrecemos a cambio? ¿Aparte del honor de tomar parte en una noble aventura y todo lo demás?

- Hummm... - Montgomery siguió mordisqueándose las uñas -. Supongamos que establecemos dos cuotas, diez centavos y un dólar. Por diez centavos recibirá un carné de miembro del club Rayo de Luna...

- No, de «Joven Espacionauta».

- De acuerdo, el Rayo de Luna será para las chicas... y no olvidemos meter también en el asunto a los Boy Scouts y a las Girl Scouts. Daremos a cada muchacho un carné; cuando suelte otros diez centavos, le haremos un agujerito. Cuando hayamos agujereado hasta un dólar, le entregaremos un certificado, que podrá enmarcar, con su nombre y algún grabado alegórico adecuado, y en la parte de atrás una imagen de la Luna.

- En la parte de «delante» - respondió Harriman -. Es más barato de imprimir y queda mejor. Y le daremos también algo más, una garantía certificada de que su nombre figurará en las listas de los Jóvenes Pioneros de la Luna, las cuales serán colocadas en un monumento a erigir en la Luna en el lugar de aterrizaje de la primera nave lunar... microfilmadas, por supuesto; hay que ahorrar peso.

- ¡Estupendo! - aceptó Montgomery -. ¿Quiere que sigamos, Jefe? Cuando su contribución alcance los diez dólares le daremos una auténtica placa chapada en oro para prender en su pecho y entonces se convertirá en Pionero Veterano, con derecho a voto o algo así. Y su nombre figurará «fuera» en el monumento... micrograbado en una placa de platino.

Strong parecía que hubiera mordido un limón.

- ¿Qué ocurrirá cuando lleguen a los cien dólares? - preguntó.

- Bueno, entonces - respondió alegremente Montgomery - le daremos otro carnet, y podrá volver a empezar. No se preocupe por eso, señor Strong... si algún muchacho alcanza esa alta cantidad, tendrá su recompensa. Probablemente le dejaremos girar una visita de inspección a la nave antes de que despegue, y le entregaremos, absolutamente gratis, una foto de él de pie junto al cohete, con la propia firma del piloto al pie hecha por alguna de nuestras empleadas.

- ¡Explotar así a los niños! ¡Bah!

- En absoluto - respondió Montgomery con voz dolida -. La mejor mercancía que se puede vender es la intangible. Vale lo que usted quiera pagar por ella, y nunca se estropea. Puede llevársela a su tumba sin que se le haya deslucido en lo más mínimo.

- ¡Hummm!

Harriman escuchaba, sonriendo y sin decir nada. Kamens carraspeó.

- Si los vampiros han terminado ya de chuparle la sangre a los chicos de nuestro país, tengo otra idea.

- Adelante, suéltela.

- George, usted colecciona sellos, ¿no?

- Sí.

- ¿Cuánto valdría un sello llevado a la Luna y estampillado allí?

- ¿Eh? Pero usted sabe que esto es imposible.

- Pienso que podríamos conseguir que nuestra nave lunar fuera declarada legalmente subestafeta postal sin demasiados problemas. ¿Cuánto vale un sobre?

- Bueno, depende de lo raros que sean.

- Tiene que existir algún número óptimo que permita un precio máximo. ¿Puede usted calcularlo?

Strong dejó que su mirada se perdiera, luego sacó un viejo y mordisqueado lápiz y comenzó a hacer números. Harriman prosiguió:

- Saúl, mi pequeño éxito de comprarle a Jones sus intereses en la Luna vuelve a mi cabeza. ¿Qué tal vender terrenos edificables en la Luna?

- Seamos un poco serios, Délos. No puedes hacerlo hasta que hayas aterrizado allí.

- Estoy hablando en serio. Ya sé que está pensando usted en aquella ley de los años cuarenta que decía que tales terrenos debían estar exactamente delimitados y minuciosamente descritos. Pero yo quiero vender terrenos en la Luna. Encuentre alguna forma de hacerlo aparecer legal. Venderé toda la Luna si puedo... derechos de superficie, derechos mineros, todo.

- Suponga que desean ocuparla.

- Estupendo. Cuanto antes mejor. Me gustaría que quedara claro también que estaremos en situación de gravar con impuestos todo lo que hayamos vendido. Si no lo utilizan y no pagan los impuestos, la propiedad revertirá a nosotros. Ahora busque la forma de ofrecer esos terrenos sin ir a parar a la cárcel. podemos poner anuncios en el extranjero, y luego trasladar las rentas a este país, como las apuestas de las Carreras de Caballos Irlandesas.

Kamens parecía meditabundo.

- Podríamos lanzar una campaña de ventas en Panamá y anunciar por vídeo y radio desde México. ¿Cree usted que realmente podríamos vender algo?

- Se pueden vender bolas de nieve en Groenlandia - dijo Montgomery -. Es un simple asunto de promoción.

Harriman añadió:

- ¿No oyó usted nunca hablar del gran boom de venta de tierras en Florida, Saúl? La gente compraba terrenos que nunca habían visto y los vendía al triple de su precio de compra sin siquiera haberles echado nunca la vista encima. Algunas veces, una parcela había cambiado de manos una docena de veces antes de que a alguien se le ocurriera ir a verla y descubriera que estaba a tres metros por debajo del agua. Nosotros podemos ofrecer algo mejor que esto... un acre, un acre de tierra seca garantizada, muy soleada, por quizá diez dólares... o mil acres a un dólar el acre. ¿Quién no se interesará en un negocio como éste? Sobre todo después de que corra el rumor de que la Luna está repleta de uranio.

- ¿Lo está?

- ¿Cómo quiere que lo sepa? Cuando el boom empiece a decaer, anunciaremos el lugar seleccionado para la instalación de Luna City... y resultará que casualmente todas las tierras en torno a ese lugar se hallan aún disponibles y a la venta. No se preocupe, Saúl, si se trata de bienes auténticos, George y yo los venderemos. Mire, allá abajo en los Ozarks, donde la tierra se alza formando un borde, llegamos a vender los dos lados del mismo acre. - Harriman parecía pensativo -. Creo que nos vamos a reservar los derechos de explotación de los minerales... ¡no vaya a ser que realmente haya uranio allí!

Kamens se echó a reír.

- Délos, es usted un niño. Un delincuente juvenil... gordo, crecido, encantador.

Strong se envaró.

- Esto hace medio millón - dijo.

- ¿Medio millón de qué? - preguntó Harriman.

- De los sobres filatélicos estampillados, por supuesto. ¿No era de eso de lo que estábamos hablando? Mi estimación del número de sobres que podrían colocarse entre coleccionistas y comerciantes solventes de sellos es de cinco mil. Incluso así, tendríamos que entregar antes las cartas a un sindicato y que las tuviera bajo custodia hasta que la nave estuviera construida y el viaje fuera una realidad.

- De acuerdo - aceptó Harriman -. Encárgate de eso. Sólo te hago observar que probablemente hacia el final te pediremos otro medio millón extra.

- ¿Tendré comisión? - preguntó Kamens -. La idea fue mía.

- Tendrá usted un voto de agradecimiento... y diez acres en la Luna. ¿Qué otras fuentes de ingresos podemos idear?

- ¿Piensa emitir acciones? - preguntó Kamens.

- A eso iba. Desde luego... pero no acciones preferentes; no queremos vernos obligados a una reorganización. Participaciones comunes, sin derecho a voto...

- Me suena como otra corporación de los países bananeros.

- Naturalmente... pero quiero tener algunas cotizando en la Bolsa de Nueva York, y usted tendrá que hacer algo para que sean aceptadas por la Comisión de Cambio de Valores. No demasiadas... se trata de nuestro escaparate, y conviene mantenerlo activo y en alza.

- ¿No preferiría que atravesase a nado el Helesponto?

- No sea así, Saúl. Esto no evita el llamar ambulancias, ¿no?

- No estoy seguro.

- Bueno, eso es lo que quiero de ustedes... ¡Hey! - La pantalla del escritorio de Harriman se había iluminado. Una chica dijo:

- Señor Harriman, el señor Dixon está aquí. No tiene ninguna cita, pero dice que desea verle.

- Creía que este asunto ya estaba resuelto - murmuró Harriman; luego pulsó su botón y dijo -: De acuerdo, hágale pasar.

- Muy bien, señor... Oh, señor Harriman, el señor Entenza acaba de llegar en este mismo momento.

- Entonces hágales pasar a los dos. - Harriman cortó la comunicación y se giró hacia sus asociados -. Aprieten los labios, muchachos, y sujeten bien sus carteras.

- Vaya, quién está hablando - dijo Kamens.

Entró Dixon, con Entenza tras él. Se sentó, miró a su alrededor, empezó a hablar, luego se lo pensó mejor. Miró de nuevo a su alrededor, especialmente a Entenza.

- Adelante, Dan - le animó Harriman -. Aquí no hay nadie más excepto nosotros.

Dixon pareció decidirse.

- He resuelto unirme a usted, D. D. - anunció -. Como prueba de buena fe, me tomé la molestia de obtener esto. - Sacó de su bolsillo un documento de aspecto legal y lo desplegó. Era una venta de los derechos lunares, de Phineas Morgan a Dixon, redactada de la misma forma que la que Jones había otorgado a Harriman.

Entenza pareció sorprendido, y luego rebuscó en el bolsillo interior de su propia chaqueta. Mostró otros tres contratos del mismo tipo, cada uno de ellos de un directivo del sindicato energético. Harriman frunció el ceño al verlos.

- Jack le ha ganado por dos. Dan. ¿Qué tiene que decir?

Dixon sonrió astutamente.

- Que no se vanaglorie mucho. - Añadió dos contratos más a la pila, sonrió de nuevo y ofreció su mano a Entenza.

- Parece como si quisiéramos hacer colección de ellos. - Harriman decidió no decir todavía nada de los contratos telecomunicados que estaban bajo llave en su escritorio... antes de subir a acostarse, la noche anterior, había estado muy ocupado telefoneando hasta casi la medianoche -, Jack, ¿cuánto ha pagado por esto?

- Standish exigió mil; los otros fueron más baratos.

- Maldita sea, les avisé de que no dejaran subir los precios. Standish se lo dirá a todo el mundo. ¿Y usted, Dan?

- Los obtuve a precios muy satisfactorios.

- Espero que no hablen, ¿eh? De todos modos, no importa... caballeros, ¿cuan seriamente piensan meterse en esto? ¿Cuánto dinero piensan aportar?

Entenza miró a Dixon, que respondió:

- ¿Cuánto se necesita?

- ¿Cuánto pueden aportar ustedes? - preguntó Harriman.

Dixon se alzó de hombros.

- Así no llegaremos a ningún lado. Hablemos de números. Cien mil.

Harriman resopló.

- Tendré que suponer que lo que quiere usted realmente es una reserva en la primera nave que efectúe un vuelo regular a la Luna. Por ese precio creo que podré reservárselo.

- No se burle, Délos. ¿Cuánto?

El rostro de Harriman permanecía calmado, pero estaba pensando furiosamente. Le pillaban con la guardia baja, con muy poca información... ni siquiera había hecho números con su jefe de ingenieros. ¡Maldita sea! ¿Por qué habría colgado aquel teléfono?

- Dan, se lo advertí ya, le costará como mínimo un millón entrar en este juego.

- Eso pienso. ¿Cuánto me costará «continuar» en el juego?

- Todo lo que tenga.

- No diga tonterías, Délos. Tengo mucho más que usted.

Harriman encendió un cigarro, su única señal de agitación.

- Suponga que nos ponemos al igual, dólar por dólar.

- De acuerdo, de acuerdo, pondrá usted lo mismo que cada uno de los demás... todos tendremos la misma participación. Pero yo llevaré las cosas.

- Usted llevará las operaciones - aceptó Dixon -. De acuerdo. Pondré un millón ahora e iremos igualando cada vez que sea necesario. Supongo que no pondrá ninguna objeción a que tenga mi propio auditor, por supuesto.

- ¿Le he engañado alguna vez, Dan?

- Nunca, y no hay ninguna necesidad de que empiece ahora.

- Hágalo a su manera si quiere... pero asegúrese malditamente bien de que envía a un hombre que sepa mantener la boca cerrada.

- No dirá nada. Guardaré su corazón en un frasco dentro de mi caja fuerte.

Harriman estaba pensando en la extensión de la fortuna de Dixon.

- Es posible que más tarde le dejemos participar en una mayor proporción, Dan. Esta operación va a ser costosa.

Dixon juntó cuidadosamente la punta de sus dedos.

- Ya estudiaremos esta cuestión cuando llegue el momento. No creo en la conveniencia de abandonar una empresa por falta de capital.

- Muy bien - Harriman se giró a Entenza -. Ya ha oído lo que ha dicho Dan, Jack. ¿Le gustan los términos?

La frente de Entenza estaba cubierta de sudor.

- No puedo reunir un millón tan rápidamente.

- Está bien, Jack. No lo necesitamos esta mañana. Tiene buen crédito; tómese el tiempo que necesite para liquidar las cosas.

- Pero usted ha dicho que un millón es sólo el principio. No podré seguirles indefinidamente; hay que poner un límite. Tengo que pensar en mi familia.

- ¿No tiene anualidades, Jack? ¿Ni dinero invertido fijo en algún trust?

- La cuestión no es ésta. Ustedes son capaces de exprimirme... dejarme sin nada.

Harriman aguardó a que Dixon dijera algo. Finalmente, Dixon dijo:

- No le exprimiremos, Jack... mientras pueda probar que ha realizado hasta el último de los valores a su nombre. Le permitiremos participar a prorratio.

Harriman asintió.

- Así es, Jack. - Estaba pensando en que cualquier disminución en la participación de Entenza proporcionaría una más clara mayoría a él y a Strong en las votaciones.

Strong debía haber estado pensando en algo parecido, ya que de pronto dijo:

- No me gusta esto. Cuatro socios a partes iguales... podremos bloquearnos mutuamente con demasiada facilidad.

Dixon se alzó de hombros.

- Me niego a preocuparme por eso. Estoy aquí porque apuesto a que Délos se las arreglará para hacer que el asunto sea beneficioso.

- ¡Iremos a la Luna, Dan!

- No digo eso. Me refiero a que le sacaré beneficio al asunto, tanto si vamos a la Luna como si no. Ayer me pasé la noche examinando los informes públicos de varias de sus compañías; son muy interesantes. Sugiero que resolvamos cualquier posible bloqueo dándole al Director, es decir usted, Délos, el poder de decidir un empate. ¿Satisfactorio, Entenza?

- ¡Oh, seguro!

Harriman estaba preocupado pero intentaba no demostrarlo. No confiaba en Dixon, ni aunque éste le regalara dinero. Se puso bruscamente en pie.

- Tengo que irme, caballeros. Les dejo con el señor Strong y con el señor Kamens. Vamos, Monty. - Kamens estaba seguro, no se iría prematuramente de la lengua, ni siquiera ante unos socios ya efectivos. En cuanto a Strong... sabía que George nunca dejaba que su mano izquierda supiese cuántos dedos tenía su mano derecha.

Se despidió de Montgomery fuera de la puerta de la oficina personal de su socio y cruzó el vestíbulo. Andrew Ferguson, ingeniero jefe de las Empresas Harriman, levantó la mirada cuando entró.

- Hola, Jefe. Oiga, el señor Strong me ha dado esta mañana una idea interesante sobre un interruptor. Al primer momento no me pareció muy práctica, pero luego...

- Déjelo. Páselo a uno de sus muchachos para que se ocupe y olvídelo. Ya sabe usted a qué vamos a dedicarnos ahora.

- He oído rumores - respondió Ferguson cautelosamente.

- Despida al hombre que le ha llevado ese rumor. No... mejor envíelo a una misión especial al Tíbet y déjelo allí hasta que hayamos terminado. Bien, vamos al asunto. Quiero que me construya tan rápido como sea posible una nave capaz de ir a la Luna.

Ferguson pasó una pierna por sobre el brazo de su sillón, tomó un cortaplumas y empezó a limpiarse las uñas.

- Lo dice usted como si ordenara construir un lavabo.

- ¿Por qué no? Teóricamente disponemos de combustibles adecuados desde el 49. Forme un equipo de diseño y el grupo de constructores; construyala... y pásame las facturas. ¿Qué puede ser más simple?

Ferguson miró al techo.

- Combustibles adecuados... - repitió soñadoramente.

- Eso dije. Las cifras señalan que el hidrógeno y el oxígeno pueden enviar un cohete a la Luna y hacerlo regresar... es sólo cuestión de un diseño adecuado.

- «Un diseño adecuado», dice - murmuró Ferguson, con la misma voz suave; luego se giró bruscamente, clavó el cortaplumas en el maltrecho escritorio, y rugió -: ¿Qué sabe usted de diseños adecuados? ¿Dónde voy a encontrar los aceros adecuados? ¿Qué

utilizaré como cobertura para los segmentos? ¿Cómo demonios quemaré las suficientes toneladas de su estúpida mixtura por segundo evitando que toda mi energía se libere simultáneamente? ¿Cómo puedo obtener una relación de masas decente en un solo cohete? ¿Por qué infiernos no me dejó construir una nave adecuada cuando teníamos combustible? Harriman aguardó a que se calmara, y entonces dijo:

- ¿Cómo lo haremos, Andy?

- Hummm... lo he estado pensando durante toda esta última noche... y mi vieja está echando pestes contra usted; tuve que terminar la noche en el sofá. En primer lugar, señor Harriman, la forma idónea de llevar adelante esto es conseguir un crédito para la investigación del Departamento de Defensa Nacional. Entonces usted...

- Maldita sea, Andy, límitese a las cuestiones de ingeniería y deje que yo me encargue de los asuntos políticos y financieros. No necesito sus consejos sobre esto.

- Maldita sea, Délos, no hagamos las cosas a medias. Eso «es también» cuestión de ingeniería. El gobierno posee una masa enorme de información sobre cohetes... toda ella clasificada. Sin un contrato previo con el gobierno nunca podremos echarle un vistazo.

- Eso no tiene ninguna importancia. ¿Qué puede hacer un cohete del gobierno que no pueda hacer un cohete de Rutas del Espacio? Usted mismo me dijo que la cohetería federal no vale para nada.

- Me temo que no pueda explicárselo en términos sencillos. Tiene usted que aceptar que necesitamos esos informes de las investigaciones del gobierno. No tiene sentido el gastar miles de dólares haciendo un trabajo que ya está hecho.

- Gaste esos miles de dólares.

- Quizá millones.

- Gaste esos millones. No se asuste por gastar dinero, Andy, no quiero que esto se convierta en un trabajo militar. - Consideró la posibilidad de explicarle al ingeniero la política que presidía su decisión, pero prefirió dejarlo -. ¿Cree usted que necesita realmente tanto ese material del gobierno? ¿No puede obtener los mismos resultados contratando a ingenieros que hayan trabajado para el gobierno? ¿O incluso quitándoselos al propio gobierno?

Ferguson frunció los labios.

- Si usted insiste en ponerme dificultades, ¿cómo espera que logre resultados?

- No estoy poniéndole dificultades. Le estoy diciendo que éste no es un proyecto del gobierno. Si usted no quiere cooperar en estos términos, dígame para que pueda buscar a alguien que sí quiera.

Ferguson empezó a jugar al mumblety - peg en el sobre de su escritorio. Cuando llegó a «narices» - y falló -, dijo suavemente:

- Estoy pensando en un muchacho que trabajó para el gobierno en White Sands. Es un chico muy listo, por supuesto... sería un magnífico jefe de sección.

- ¿Quiere ponerlo al frente de su equipo? - Ésa era la idea.

- ¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¿Para quién trabaja?

- Bueno, cuando ocurrió, quiero decir cuando el gobierno cerró White Sands, me pareció una vergüenza que un muchacho tan bueno se quedara sin trabajo, así que lo puse en Rutas del Espacio. Es jefe de mantenimiento en la Costa.

- ¿Mantenimiento? ¡Un buen trabajo para un hombre creativo! ¿Pero quiere decir entonces que está trabajando para nosotros? Póngame con él en la pantalla. No... llame a la Costa y diga que lo traigan aquí en un cohete especial; iremos a comer juntos.

- Lo que ocurre - dijo Ferguson suavemente - es que anoche me levanté y lo llamé... eso fue lo que hizo estallar a mi vieja. Está esperando fuera. Se llama Coster... Bob Coster.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Harriman.

- ¡Andy! Viejo truhán de negro corazón, ¿por qué pretendía hacerse el duro?

- No pretendía nada. Me gusta estar aquí, señor Harriman. Pero sólo si usted no interfiere. Haré mi trabajo. Mi idea es: nombraremos al joven Coster ingeniero jefe del proyecto y le daremos la dirección. Yo no me meteré en su trabajo; tan sólo leeré sus informes. Y usted déjelo también tranquilo, ¿me oye? Nada enfurece más a un buen técnico que tener tras él a cualquier papanatas incompetente con un libro de cheques diciéndole lo que tiene que hacer.

- De acuerdo. Y yo no quiero que ningún viejo tacaño le escatime tampoco los medios. Procure no interferir con él, o tiraré de la alfombra bajo sus pies. ¿Nos hemos comprendido mutuamente?

- Creo que sí.

- Entonces hágalo pasar.

Aparentemente, el concepto de Ferguson para un «chico» era una edad de unos treinta y cinco años, pues ésta era la edad que Harriman juzgó debía tener Coster. Era alto, delgado, de temperamento tranquilo. Harriman fue directo al grano inmediatamente después de estrechar su mano:

- Bob, ¿puede construir un cohete que llegue hasta la Luna?

Coster encajó sin pestañear.

- ¿Tiene usted una fuente de combustible X? - preguntó utilizando la abreviatura que empleaban comúnmente los técnicos en cohetes para designar al combustible isótopo producido hasta entonces por el satélite de energía.

- No.

Coster permaneció perfectamente inmóvil durante varios segundos, luego respondió:

- Puedo enviar un cohete mensajero sin tripulantes a este lado de la Luna.

- No es suficiente. Quiero que llegue allí, alunice, y regrese. El hecho de que luego aterrice aquí con su propia energía o utilice la atmósfera como freno no tiene importancia.

Parecía que Coster nunca respondía rápidamente; Harriman lavo la sensación de que podía oír las ruedas girando en el interior de la cabeza del hombre.

- Sería un trabajo muy costoso.

- ¿Quién le ha preguntado lo que costaría? ¿Puede hacerlo?

- Podría intentarlo.

- Entonces inténtelo, infiernos. ¿Cree usted que puede «hacerlo»? ¿Apostaría usted su camisa? ¿Se atrevería a arriesgar el cuello en el intento? Si uno no cree en sí mismo, amigo, está perdido.

- ¿Cuánto quiere arriesgar «usted», señor? Ya le he dicho que va a ser muy costoso... y no sé si tiene usted alguna idea de cuánto.

- Y yo le digo que no se preocupe por el dinero. Gaste lo que necesite; el pagar las facturas es cuenta mía. ¿Puede hacerlo?

- Puedo hacerlo. Ya le comunicaré lo que puede costar y cuánto tiempo necesitará.

- Bien. Empiece a formar su equipo. ¿Dónde lo haremos, Andy? - añadió, girándose a Ferguson -. ¿En Australia?

- No - fue Coster quien respondió -. No puede ser Australia; necesitaremos una montaña como catapulta. Eso nos evitará el tener que construir una rampa de lanzamiento.

- ¿Cuan grande, esa montaña? - preguntó Harriman -. ¿Serviría Pikes Peak?

- Sería mejor en los Andes - objetó Ferguson -. Las montañas son más altas y están más cerca del ecuador. Después de todo, contamos allí con toda clase de facilidades... o las cuenta la Compañía para el Desarrollo de los Andes.

- Como usted quiera, Bob - dijo Harriman a Coster -. Yo preferiría Pikes Peak, pero la decisión es suya. - Estaba pensando que habría tremendas ventajas económicas situando el Espacio - puerto Terrestre Número 1 en los Estados Unidos... y podría visualizar la publicidad que representaría el lanzar las naves lunares desde la cima de Pikes Peak, a plena vista de todo el mundo en una extensión de cientos de kilómetros al este.

- Ya se lo haré saber.
- Ahora hablemos de su sueldo. Olvide lo que le pagábamos hasta ahora; ¿cuánto quiere ganar?
- Coster hizo un gesto inconcreto con la mano, como si barrierá el tema.
- Lo suficiente para pagarme el café y los bocadillos.
- No diga tonterías.
- Déjeme terminar. El café y los bocadillos, y otra cosa: quiero ir en el primer viaje.
- Harriman pestañeó.
- Bueno, puedo comprenderlo - dijo lentamente -. Entretanto abriré una cuenta a su nombre. - Añadió -: Pero mejor calcule una nave para tres hombres, a menos que sea usted piloto.
- No lo soy.
- Tres hombres entonces. ¿Sabe?, yo también pienso ir.

4

- Ha sido una buena cosa que se decidiera a entrar en esto, Dan - estaba diciendo Harriman -, o de otro modo hubiera terminado sin trabajo. Voy a hacerle una mala pasada a la Compañía Energética antes de que haya terminado con esto.
- Dixon untó de mantequilla una tostada.
- ¿Realmente? ¿Cómo?
- Montaremos pilas de alta temperatura, como la de Arizona, exactamente iguales a aquella que estalló en el borde de la cara opuesta de la Luna. Las controlaremos a distancia; si una estalla, no importará. Y conseguiré más combustible X en una semana que la Compañía en tres meses. No hay nada personal en ello; es sólo que deseo una fuente de combustible para las líneas interplanetarias. Si aquí no podemos fabricar el suficiente, lo haremos en la Luna.
- Interesante. Pero, ¿de dónde se propone sacar el uranio para seis pilas? Lo último que he oído es que la Comisión de Energía Atómica se reserva toda la producción futura en un plazo de veinte años.
- ¿Uranio? No diga tonterías; lo encontraremos en la Luna.
- ¿En la Luna? ¿Acaso hay uranio en la Luna?
- ¿No lo sabía? Pensaba que era por eso por lo que se había decidido a unirse conmigo.
- No, no lo sabía - dijo Dixon deliberadamente -. ¿Qué pruebas tiene de ello?
- ¿Yo? No soy ningún científico, pero es un hecho demostrado. Espectroscópicamente, o de alguna otra forma parecida. Pregúnteselo a cualquier profesor. Pero no demuestre demasiado interés; aún no estamos preparados para mostrar nuestras cartas. - Harriman se puso en pie -. Tengo que irme, o perderé el enlace para Rotterdam. Gracias por la comida. - Tomó su sombrero y se fue.

Harriman se puso en pie.

- Haga como quiera, Mynheer van der Velde. Le estoy ofreciendo a usted y a sus colegas una oportunidad fabulosa. Sus geólogos están de acuerdo en que los diamantes son el resultado de una acción volcánica. ¿Qué cree usted que encontraremos «allá»? - arrojó una gran fotografía de la Luna sobre el escritorio del holandés.

El mercader en diamantes miró impasible la foto del planeta, salpicada por mil gigantescos cráteres.

- Si consigue llegar hasta allá, señor Harriman.

Harriman recogió la foto.

- Llegaremos. Y encontraremos diamantes... aunque soy el primero en admitir que pueden transcurrir veinte o incluso cuarenta años antes de que encontremos un yacimiento realmente bueno. He venido a hablar con usted porque creo que el peor villano que existe en nuestro cuerpo social es el hombre que introduce un nuevo factor económico de importancia sin planear antes su innovación de tal modo que permita un ajuste pacífico a las nuevas condiciones. No quiero pánicos. Pero lo único que puedo hacer es avisarle. Buenos días.

- Siéntese, señor Harriman. Siempre me siento algo confuso cuando un hombre me explica cómo y por qué está dispuesto a hacerme un favor «a mí». Supongamos que en vez de esto me explica qué beneficios le reportará esto «a usted». Así podríamos discutir cómo proteger el mercado mundial contra una repentina afluencia de diamantes procedentes de la Luna.

A Harriman le gustaban los Países Bajos. Encontraba delicioso tropezarse con un carrito para el transporte de la leche tirado por un perro y cuyo dueño calzaba auténticos zuecos de madera; sacaba alegremente unas cuantas fotos y le daba al niño una buena propina, sin darse cuenta de que aquello estaba preparado precisamente así para los turistas. Visitó a varios otros mercaderes de diamantes, pero sin hablarles de la Luna. Entre otras gestiones compró un broche para Charlotte... un presente de paz.

Luego tomó un taxi para Londres, contó una historia a los representantes del sindicato diamantífero de allí, hizo que sus procuradores en Londres lo aseguraran en el Lloyd's de Londres, a través de un hombre de paja, «contra» un vuelo a la Luna que tuviera éxito, y llamó a su oficina en los Estados Unidos. Escuchó numerosos informes, especialmente los relativos a Montgomery, y supo que Montgomery estaba en Nueva Delhi. Le llamó allí, habló largamente con él, y luego se dirigió rápidamente al puerto justo a tiempo para alcanzar su nave. A la mañana siguiente estaba en Colorado.

En Campo Peterson, al este de Colorado Springs, tuvo problemas para poder entrar, pese a que aquello era ahora propiedad suya, bajo arriendo. Desde luego, podía haber hecho llamar a Coster y le hubieran dejado pasar inmediatamente, pero deseaba echar un vistazo antes de ver a Coster. Afortunadamente, el jefe de los guardias lo conocía de vista; entró y vagabundó durante una hora o más, con un distintivo tricolor prendido de su chaqueta para poder circular libremente.

El taller de maquinaria mostraba una moderada actividad, al igual que la fundición... pero la mayor parte de los talleres estaban casi desiertos. Harriman los abandonó y penetró en el edificio principal de ingeniería. La sala de diseño y los anexos evidenciaban una gran actividad, así como la sección de cálculos. Pero había escritorios desocupados en el grupo de estructuras, y una quietud de iglesia en el grupo de metales y en el adjunto laboratorio de metalurgia. Estaba a punto de entrar en el anexo de química y materiales cuando Coster apareció de pronto.

- ¡Señor Harriman! Acabo de saber que estaba usted aquí.

- Espías por todos lados - observó Harriman -. No quería molestarle.

- En absoluto. Suba a mi oficina.

Pocos instantes después, instalados en ella, Harriman preguntó:

- Bien... ¿cómo va todo?

Coster frunció el ceño.

- Muy bien, supongo.

Harriman notó que las papeleras del despacho del ingeniero estaban colmadas de papeles, algunos de ellos incluso tirados por el suelo. Antes de que Harriman pudiera responder, el teléfono del escritorio de Coster se iluminó y una voz femenina dijo dulcemente:

- Señor Coster... el señor Morgenstern le llama.

- Dígale que estoy ocupado.

Tras una corta espera, la joven respondió con voz turbada:

- Dice que necesita hablar con usted, señor.

Coster parecía molesto.

- Discúlpeme un momento, señor Harriman... De acuerdo, póngame con él.

La joven fue reemplazada por un hombre que dijo:

- Oh, aquí está... ¿a qué se debía esta demora? Mire, Jefe, estamos en un aprieto debido a esos camiones. Cada uno de los que hemos alquilado necesita un repaso a fondo, y resulta ahora que la compañía de la White Fleet no piensa hacer nada al respecto... dicen que se atienen a lo estipulado en el contrato y nada más. Tal como veo las cosas, creo que lo mejor sería cancelar el contrato y ponernos en contacto con los transportes de Peak City. Tienen una organización que me parece muy buena. Nos garantizan que...

- Ocúpese usted de ello - cortó Coster -. Usted firmó el contrato, y usted tiene autoridad para cancelarlo. Lo sabe muy bien.

- Sí, pero Jefe, imaginé que usted querría ocuparse personalmente de ello. Está metida la política de por medio y...

- Ocúpese usted de ello. Me importa un pimiento lo que haga con tal de que tengamos los transportes cuando los necesitemos. - Cortó la comunicación.

- ¿Quién es ese hombre? - inquirió Harriman.

- ¿Quién? Oh, es Morgenstern, Claude Morgenstern..

- No su nombre... ¿de qué se ocupa?

- Es uno de mis ayudantes... construcción, terrenos y transporte.

- ¡Despídalo!

Coster no se inmutó. Antes de que pudiera responder entró una secretaria y se detuvo a su lado, con un fajo de papeles en la mano. Coster frunció el ceño, los firmó y la hizo salir.

- Oh, no quiero decir que esto sea una orden - añadió Harriman -, pero creo que es un serio consejo. No voy a dar órdenes en su taller... pero, ¿le gustaría escuchar algunos consejos?

- Naturalmente - admitió Coster envaradamente.

- Hummm... ¿es su primer trabajo como jefe absoluto?

Coster vaciló, luego asintió.

- Lo contraté a usted basándome en la creencia de Ferguson de que era el ingeniero más adecuado para construir con éxito una nave lunar. No tengo ningún motivo para cambiar de opinión. Pero la administración a alto nivel no es lo mismo que la ingeniería, y quizá yo pueda enseñarle algunos trucos, si usted me lo permite. - Aguardó unos instantes -. No estoy criticándole - añadió -. La alta dirección es como el sexo; hasta que no se practica no se conoce nada al respecto. - Harriman tenía la reserva mental de que si aquel muchacho, no admitía consejos, tendría que despedirlo, tanto si le gustaba a Ferguson como si no.

Coster tabaleó sobre su escritorio.

- No sé exactamente lo que va mal, pero las cosas no marchan. Parece como si no pudiera encargarle nada a nadie, nadie hace las cosas como debería. Tengo la sensación de estar nadando en arenas movedizas.

- ¿Se ha trabajado mucho en ingeniería últimamente?

- Lo he intentado. - Coster hizo un gesto hacia otro escritorio de un rincón -. Me quedo por las noches a trabajar ahí.

- Eso no es bueno. Yo lo contraté a usted como ingeniero, Bob, esta organización es totalmente errónea. Todo tendría que estar bullendo de actividad... y no lo está. Su oficina tendría que estar tan tranquila como una tumba. En vez de eso, su oficina bulle de actividad y los talleres parecen una tumba.

Coster ocultó su rostro entre las manos, luego lo miró.

- Lo sé. Sé lo que se tiene que hacer... pero cada vez que intento resolver algún problema técnico cualquier estúpido acude pidiéndome que tome una decisión acerca de camiones, o de teléfonos, o de cualquier otra maldita cosa. Lo siento, señor Harriman. Creí que podría hacerlo.

Harriman habló muy suavemente.

- No se deje vencer, Bob. Últimamente no ha dormido mucho, ¿verdad? Le diré lo que haremos... delegará interinamente sus tareas en Ferguson. Yo me haré cargo de este despacho durante algunos días, y le construiré una barrera protectora contra todas estas cosas. Quiero que su cerebro piense únicamente en vectores de reacción y en eficiencias de combustibles y en resistencia de materiales; no en contratos de transporte. - Harriman se dirigió hacia la puerta, miró a la oficina exterior y observó un hombre que probablemente debía ser el encargado de la misma.

- ¡Hey, usted! Venga.

El hombre pareció sorprendido, se levantó, se dirigió hacia la puerta y dijo:

- ¿Sí?

- Coja esa mesa que hay en el rincón y todo lo que tiene encima y trasládela a una oficina vacía de esta misma planta. Inmediatamente.

El empleado enarcó las cejas.

- ¿Y quién es usted, si puedo preguntárselo?

- Maldita sea...

- Haga lo que dice, Weber - cortó Coster. - Quiero que esté todo listo en veinte minutos - añadió Harriman -. ¡Aprisa!

Regresó al despacho de Coster, marcó un número en el teléfono, y a los pocos momentos estaba hablando con las oficinas principales de Rutas del Espacio.

- Jim, ¿está por ahí ese chico, Jock Berkeley? Póngalo en situación de cedido y envíemelo inmediatamente en un vuelo especial a Campo Peterson. Quiero que la nave despegue diez minutos después de colgar yo. Envíen sus cosas luego. - Harriman escuchó un momento, luego respondió -: No, su organización no se desmoronará si le falta Jock... o si lo hace entonces quizá sea porque hayamos estado pagando el mejor salario a la persona equivocada... De acuerdo, de acuerdo, le concedo el derecho de pegarme un buen puntapié en el trasero la próxima vez que nos veamos, pero envíeme a Jock.

Supervisó el traslado de Coster y su escritorio del rincón a la otra oficina, se aseguró de que el teléfono de la nueva oficina funcionara unidireccionalmente y, como si se le ocurriera de pronto, hizo que instalaran también un camastro.

- Instalaremos también un proyector y una máquina de dibujo y estanterías y todo lo demás esta misma noche - le dijo a Coster -. Hágame una lista de todas las cosas que necesite... para trabajo de «ingeniería». Y llámeme si necesita alguna otra cosa. - Regresó a la oficina nominal del ingeniero jefe y se puso a trabajar alegremente, intentando descubrir lo que realmente funcionaba bien en la organización y lo que funcionaba mal.

Unas cuatro horas más tarde acompañó a Berkeley a la oficina de Coster. El ingeniero jefe estaba durmiendo en su escritorio, con la cabeza apoyada en sus brazos. Harriman iba a irse cuando Coster levantó la cabeza.

- ¡Oh!, lo siento - dijo enrojeciendo -. Debo haberme quedado dormido.

- Para eso le hice traer el camastro - dijo Harriman -. Se descansa mejor ahí. Bob, le presento a Jock Berkeley. Es su nuevo esclavo. Usted sigue como ingeniero jefe absoluto e indiscutido. Jock será el Lord Mayor de Todo lo Demás. Desde ahora no tiene usted que preocuparse absolutamente por nada... excepto por el Pequeño detalle de construir una nave lunar.

Se estrecharon las manos.

- Sólo quiero pedirle una cosa, señor Coster - dijo Berkeley seriamente -. Traspáseme cualquier cosa que quiera, usted ocúpese únicamente de la parte técnica, pero por el amor de Dios regístrelo todo para que yo sepa cómo van las cosas. Haré instalar un interruptor en su escritorio que opere una registradora sellada situada en el mío.

- ¡Estupendo! - Coster, pensó Harriman, empezaba a parecer más joven ahora.

- Y si quiere algo que no sea técnico, no lo haga usted. Tan sólo déle al interruptor y silbe; yo me encargaré de ello. - Berkeley miró a Harriman -. El Jefe Supremo dice que quiere hablar con usted acerca del auténtico trabajo, así que les dejo y me voy a lo mío - salió.

Harriman se sentó; Coster le imitó y dijo:

- ¡Huau!

- ¿Se siente mejor?

- Me gusta ese Berkeley.

- Mejor; desde ahora es su hermano gemelo. Y no se preocupe: lo he utilizado antes y sé que responde. Creerá usted que está viviendo en un hospital bien administrado. A propósito, ¿dónde vive?

- En una casa de huéspedes, en Springs.

- Eso es ridículo. ¿Ni siquiera tiene un lugar aquí para dormir? - Harriman se inclinó sobre el escritorio de Coster y se comunicó con Berkeley -. Jock... alquile un apartamento para el señor Coster en Broadmoor, bajo un nombre supuesto.

- De acuerdo.

- Y haga que la habitación adyacente a esta oficina quede como una sala de estar.

- Muy bien. Esta misma noche.

- Ahora, Bob, hablemos de la nave lunar. ¿Cómo están las cosas?

Pasaron las siguientes dos horas estudiando los detalles del problema, tal y como Coster se los presentaba. Había que admitir que se había hecho muy poco trabajo desde que habían arrendado aquellos terrenos, pero Coster había llevado a cabo un considerable trabajo teórico y un montón de cálculos antes de verse abrumado por los detalles administrativos. Harriman, aunque no era ingeniero y menos aún matemático, más allá de la primitiva aritmética del dinero, devoraba desde hacía tiempo todo lo que caía en sus manos acerca del viaje por el espacio, y era capaz de seguir la mayor parte de lo que Coster le estaba explicando.

- No veo nada aquí referido a su montaña catapulta - dijo de pronto.

Coster pareció vejado.

- ¡Oh, eso! Señor Harriman, hablé un poco precipitadamente.

- ¿En? ¿Por qué? Tengo a los chicos de Montgomery dibujando hermosas imágenes de cómo se verán las cosas cuando efectuemos viajes regulares. Tengo intención de convertir Colorado Springs en la capital interplanetaria del mundo. Tenemos la concesión del viejo cremallera; ¿cuál es el problema?

- Verá, se trata de tiempo y dinero.

- Olvide el dinero. Ése es mi problema.

- El tiempo entonces. Sigo pensando que un cañón eléctrico es la mejor forma de conseguir la aceleración inicial para una nave impulsada por energía química. Como esto... - empezó a dibujar rápidamente -. Esto nos permitiría prescindir de la primera fase del cohete, que es mayor que todas las demás juntas y es terriblemente ineficiente, debido a su baja relación de masas. ¿Pero qué hace falta para conseguirlo? No podemos construir una torre, no una torre de tres kilómetros de alto, lo suficientemente fuerte como para resistir las sacudidas... no este año al menos. Así que ¡tendremos que utilizar una montaña. Pikes Peak es tan buena como cualquier otra; al menos es accesible.

»¿Pero qué tendremos que hacer para poder utilizarla? Primero, un túnel a partir de la ladera, de Manitou hasta debajo mismo del pico, y lo suficientemente grande como para meter por él toda la nave...

- Bájela desde la cima - sugirió Harriman.

- Ya pensé en eso - respondió Coster -. Ascensores de tres kilómetros de recorrido que puedan bajar naves espaciales no se pueden construir precisamente con cordeles; de hecho no se pueden construir con ninguno de los materiales hoy disponibles. Es posible arreglar la propia catapulta de modo que las bobinas de aceleración puedan ser invertidas y sincronizadas diferentemente para hacer el trabajo, pero créame, señor Harriman, nos meteríamos con otros problemas de ingeniería aún mayores... como un ferrocarril gigantesco en la punta de la nave. Y seguiríamos sin haber excavado la zanja de la catapulta propiamente dicha. No puede ser del tamaño de la nave, no como el cañón de una pistola en relación con la bala. Ha de ser considerablemente más amplia; no podemos comprimir impunemente una columna de aire de tres kilómetros de altura. Oh, podríamos construir una montaña catapulta, pero nos llevaría diez años hacerlo... o más.

- Entonces olvídalo. Construiremos para el futuro, pero no para este vuelo. No, espere... ¿y qué hay acerca de una catapulta de «superficie»? Excavamos uno de los lados de la montaña, y lo curvamos en su extremo.

- Francamente, creo que tendremos que utilizar algo parecido.

Pero, para hoy, sigue creando nuevos problemas. Incluso si pudiéramos diseñar un cañón eléctrico cuyo extremo pudiéramos curvar, cosa que no podemos actualmente, la nave tendría que ser diseñada para resistir terribles tensiones laterales y todo el peso adicional sería parasitario en lo que se refiere a nuestro propósito principal, el diseño de una nave cohete.

- Bueno, Bob, entonces, ¿cuál «es» su solución?

Coster frunció el ceño.

- Volver a lo que ya sabemos... construir un cohete de varias fases.

5

- Monty...

- ¿Sí, Jefe?

- ¿Ha oído usted alguna vez esta canción? - Harriman tarareó -: «La Luna pertenece a todo el mundo; las mejores cosas de la vida son gratuitas...» - y terminó cantándola, espantosamente fuera de tono.

- No puedo decir que la recuerde.

- Es anterior a su tiempo. Quiero sacarla del olvido. Quiero revivirla, ponerla de moda hasta que el propio Infierno esté harto de ella, que esté en labios de todo el mundo.

- De acuerdo. - Montgomery sacó su bloc de notas -. ¿Cuándo quiere que alcance su máxima difusión?

Harriman se lo pensó.

- Digamos dentro de unos tres meses. Quiero también que tome la primera frase y la aproveche para eslóganes publicitarios.

- Hecho.

- ¿Cómo están las cosas en Florida, Monty?

- Creí que íbamos a tener que comprar todo el condenado cuerpo legislativo hasta que hicimos correr el rumor de que Los Ángeles había firmado con nosotros un contrato para instalar una señal en la Luna con fines publicitarios que dijera «Límite de la Ciudad de Los Ángeles». Entonces cambiaron de idea.

- Estupendo. - Harriman pensó un momento -. ¿Sabe?, esto no es una mala idea. ¿Cuánto cree que estaría dispuesta a pagar la Cámara de Comercio de Los Ángeles por una publicidad de este tipo?

Montgomery hizo otra anotación en su bloc.

- Lo estudiaré.

- Supongo que ya está preparado para meterse con Texas ahora que Florida está saturada.
- De un momento a otro. Primero estamos haciendo correr algunos rumores insinuantes.

Titular del «Banner» de Dallas - Fort Worth:
«¡¡¡La Luna pertenece a Texas!!!»

«...y eso es todo por esta noche, amigos. No os olvidéis de enviar esas tapas, o sus facsímiles. Recordad: el primer premio es un rancho de mil acres en la misma Luna, gratuito y libre de gastos; el segundo premio es un modelo a escala, de un metro ochenta de alto, de la actual nave lunar, y hay cincuenta, escuchad bien, cincuenta terceros premios, cada uno de los cuales es un poney Shetland acostumbrado a la silla. Vuestra composición de cien palabras "Por qué quiero ir a la Luna" será juzgada por su sinceridad y originalidad, no por sus méritos literarios. Enviad esas tapas al Tío Taffy, Apartado 214, Juárez, Viejo México.»

Harriman fue introducido en el despacho del presidente de la Compañía Moka-Coka («Sólo la Moka es una auténtica Coka», «Arriba, arriba, arriba con la Coka»). Se detuvo en la puerta, a unos cinco metros del escritorio del presidente, y prendió rápidamente en su solapa un emblema de cinco centímetros de diámetro.

Patterson Griggs levantó la vista.

- Bueno, esto es realmente un honor, D. D. Entre y... - El ejecutivo de la compañía de bebidas no alcohólicas calló bruscamente, y su expresión cambió -. ¿Por qué lleva usted «eso»? - restalló - ¿Intenta irritarme?

«Eso» era el emblema de cinco centímetros de diámetro; Harriman lo desprendió y se lo metió en el bolsillo. Era un disco de celuloide, de color amarillo; pintado en negro en su superficie, casi cubriéndola, había un simple «6+», la marca registrada del único rival serio de la Moka-Coka.

- No - respondió Harriman -, aunque no le censuro por irritarse. He visto a la mitad de los chicos en edad escolar de la región llevando estos estúpidos botones. Pero he venido a hacerle un favor de amigo, no a irritarle.

- ¿Qué quiere decir?

- Cuando me he parado en su puerta ese emblema en mi solapa tenía exactamente el tamaño, para usted, sentado tras su escritorio, de la Luna llena cuando usted la mira desde su jardín. No ha tenido ninguna dificultad para leer lo que había en él, ¿verdad? Sé que no la tuvo; me estaba gritando antes de que yo tuviera tiempo de moverme.

- ¿Y qué?

- ¿Cómo se sentiría usted... y qué efecto produciría en sus ventas, si hubiera un «seis más» escrito sobre la cara de la Luna, en vez de sobre los jerseys de los escolares?

Griggs pensó en ello y luego dijo:

- D. D., no haga chistes malos. Hoy he tenido un mal día.

- No hago ningún chiste. Como habrá oído probablemente por los rumores de la calle, estoy metido en esa aventura del viaje a la Luna. Entre nosotros, Pat, es una empresa muy costosa, incluso para mí. Hace pocos días vino a verme un hombre, perdone que no mencione nombres, ya puede imaginar el motivo. Como iba diciendo, ese hombre representaba a un cliente que deseaba comprar la concesión de publicidad en la Luna. Sabía que no estábamos seguros del éxito; pero dijo que su cliente estaba dispuesto a correr el riesgo.

»Al principio no pude imaginar de qué estaba hablando, así que me puse en guardia. Luego pensé que intentaba engañarme, y me sorprendí. Mire esto... - Harriman sacó una gran hoja de papel y la extendió sobre el escritorio de Griggs -. Puede ver que el equipo

está instalado en un lugar cerca del centro de la Luna, tal como lo vemos desde aquí. Dieciocho cohetes pirotécnicos son disparados en dieciocho direcciones distintas, como los radios de una rueda, pero hasta distancias cuidadosamente calculadas. Dan en el blanco, y las bombas que transportan estallan, extendiendo finísimas partículas de negro carbón a distancias calculadas. Usted sabe que no hay aire en la Luna, Pat... un polvo fino puede lanzarse con la misma facilidad que una jabalina. Éste es el resultado. - Le dio la vuelta al papel; en otra parte había una foto de la Luna, débilmente impresa. Sobre ella, en negro y con un trazo grueso, había: «6 +».

- Así que era «eso»... ¡malditos envenenadores!

- No, no, no he dicho que esté todo hecho. Pero ilustra la cuestión; seis - más son sólo dos símbolos; pueden ser enviados a una distancia lo suficientemente grande como para que desde aquí puedan ser leídos en la cara de la Luna.

Griggs contempló el espantoso anuncio.

- ¡No creo que funcione!

- Una firma pirotécnica de confianza ha garantizado que funcionará... siempre que yo pueda llevar su equipo al lugar previsto. Después de todo, Pat, un cohete pirotécnico no necesita una excesiva potencia para recorrer una distancia larga en la Luna. Veá, usted mismo podría tirar una pelota de béisbol a tres kilómetros... ya sabe, la baja gravedad.

- La gente nunca aceptará algo así. ¡Es un sacrilegio!

Harriman parecía entristecido.

- Me gustaría que tuviera usted razón. Pero los anuncios escritos con humo en el cielo están ahí... y los vídeos comerciales.

Griggs se mordió el labio.

- Bueno, no acabo de ver por qué ha venido aquí con esto - estalló -. Usted sabe condonadamente bien que el nombre de mi producto no aparecerá nunca sobre la cara de la Luna. Las letras serían demasiado pequeñas para poder ser leídas.

Harriman asintió.

- Por eso exactamente he venido a verle. Pat, esto no es tan sólo una aventura de negocios para mí; es mi corazón y mi alma. En realidad me pone enfermo el pensar que alguien pueda realmente pensar en utilizar la cara de la Luna para publicidad. Como usted dice, es un sacrilegio. Pero de alguna manera esos chacales han sabido que necesito dinero. Así que han venido a mí cuando han estado seguros de que iba a escucharles.

»De momento retrasé la decisión. Les prometí que les respondería el jueves. Luego me fui a casa y permanecí en vela toda la noche. Después pensé en usted.

- ¿Yo?

- Usted. Usted y su compañía. Después de todo, tiene usted un buen producto y no necesita demasiada publicidad. Se me ocurrió que hay muchas maneras de utilizar la Luna con fines publicitarios sin necesidad de ensuciarla. Suponga ahora que su compañía adquiere la misma concesión, pero con la generosa promesa pública de no hacer nunca uso de ella. Suponga que imprime usted eso en sus productos. Suponga que hace correr fotos de un chico y una chica sentados bajo la Luna y bebiendo una botella de Moka. Suponga que la Moka es la única bebida no alcohólica que llevamos en nuestro primer viaje a la Luna. Claro que no soy yo quien debe decirle cómo ha de hacerlo. - Miró el reloj de su dedo -. Tengo que irme, no quiero molestarle más. Si quiere usted que hablemos de esto, hágalo saber a mi oficina mañana al mediodía y haré que Montgomery se ponga en contacto con su jefe de publicidad.

El director de la gran cadena periodística le hizo esperar el tiempo mínimo reservado a los personajes importantes y miembros del gabinete. Harriman se detuvo de nuevo en el umbral del amplio despacho y prendió un disco en su solapa.

- Hey, Délos - dijo el editor -. ¿Cómo va hoy el tráfico de queso verde? - Entonces vio el disco y frunció el ceño -. Si es una broma, es de muy mal gusto.

Harriman se metió el disco en el bolsillo; esta vez no mostraba el «6+», sino una hoz y un martillo.

- No - dijo -, no es una broma; es una pesadilla. Coronel, usted y yo nos contamos entre las pocas personas en este país que se dan cuenta de que el comunismo sigue siendo una amenaza.

Poco tiempo después estaban charlando tan amigablemente como si la cadena del coronel no se hubiera opuesto a la aventura lunar desde sus inicios. El editor señaló su escritorio con el cigarro.

- ¿Cómo se hizo usted con esos planos? ¿Robándolos?

- Fueron copiados - repondió Harriman, lo cual era parcialmente cierto -. Pero no son importantes. Lo importante es llegar los primeros; no podemos arriesgarnos a tener una base de cohetes enemiga en la Luna. Durante años tuve una pesadilla constante de despertarme y ver en los periódicos los titulares de que los rusos habían puesto pie en la Luna y declarado el Soviet Lunar, formado por trece hombres y dos mujeres, todos ellos científicos, y pedido su inclusión en la URSS cuya petición, por supuesto, había sido graciosamente aceptada por el Soviet Supremo. Normalmente me despertaba temblando. No sé si llegarían realmente a pintar la hoz y el martillo en la cara de la Luna, pero sería algo acorde a su psicología. Piense en esos enormes carteles que cuelgan siempre por todas partes.

El editor mordía furiosamente su cigarro.

- Veremos lo que podemos hacer. ¿No hay ninguna forma de acelerar su partida?

6

- ¿Señor Harriman?

- ¿Sí?

- Ese señor LeCroix está aquí otra vez.

- Dígale que no puedo verle.

- Sí, señor... Esto, señor Harriman, el otro día no lo mencionó, pero dice que es piloto de cohete.

- Maldita sea, envíelo a Rutas del Espacio. No contrato pilotos.

El rostro de un hombre apareció en la pantalla, desplazando a la secretaria de recepción de Harriman.

- Señor Harriman... soy Leslie LeCroix, el piloto suplente del Caronte.

- Como si fuera usted el mismísimo Arcángel Gab... ¿Ha dicho usted el Caronte?

- He dicho el Caronte. Y tengo que hablar con usted.

- Pase.

Harriman saludó a su visitante, le ofreció tabaco, luego lo examinó con interés. El Caronte, cohete lanzadera del perdido satélite de energía, había sido lo más cercano a una nave espacial que el mundo había podido ver. Su piloto, muerto en la misma explosión que había destruido el satélite y el Caronte, había sido, en cierta manera, el primero de la futura raza de espacionautas.

Harriman se preguntó cómo habría escapado a su atención que el Caronte debía tener pilotos suplentes. Lo sabía, por supuesto... pero de alguna manera había olvidado tomar aquel hecho en consideración. Había desechado el satélite de energía, su cohete lanzadera y todo lo relacionado con ambos, dejando de pensar en ello. Ahora miró a LeCroix con curiosidad.

Vio a un hombre pequeño y atildado, con un rostro delgado e inteligente, y las grandes y competentes manos de un jockey. LeCroix devolvió la inspección sin inmutarse. Parecía tranquilo y seguro de sí mismo.

- ¿Y bien, capitán LeCroix?

- Está usted construyendo una nave lunar.
- ¿Quién dice eso?
- Se está construyendo una nave lunar. Los chicos dicen que usted está detrás de todo eso.

- ¿Sí?
- Quiero pilotarla.
- ¿Por qué tendría que ser usted?
- Soy el hombre más capacitado para ello.

Harriman hizo una pausa para echar una bocanada de su cigarro.

- Si puede usted probar lo que dice, la plaza es suya.
- Eso es un trato. - LeCroix se puso en pie -. Dejaré fuera mi nombre y mi dirección.
- Espere un minuto. He dicho «sí». Hablemos. Yo pienso ir también en ese viaje; quiero saber más cosas de usted antes de confiarle mi pellejo.

Charlaron acerca del vuelo a la Luna, del viaje interplanetario, de cohetes, de lo que podían encontrar en la Luna. Gradualmente, Harriman se fue animando al hallar otro espíritu tan parecido al suyo, tan obsesionado con el Maravilloso Sueño. Subconscientemente ya había aceptado a LeCroix; la conversación empezó a asumir que el hombre se unía a la aventura.

Tras un largo tiempo, Harriman dijo:

- Es divertido, Les, pero tengo todavía que hacer un montón de cosas hoy, o de lo contrario ninguno de nosotros irá a la Luna. Vaya a Campo Peterson y preséntese a Bob Coster... yo ya le avisaré. Si ustedes dos congenian, extenderemos el contrato. - Escribió algo en un trozo de papel y se lo tendió a LeCroix -, Déle esto a la señorita Perkins, y le incluirá en la nómina.

- Eso puede esperar.
- Todos tenemos que comer.

LeCroix aceptó el papel, pero no se marchó.

- Hay una cosa que no comprendo, señor Harriman.

- ¿Qué?

- ¿Por qué está diseñando usted una nave movida por energía química? No es que ponga objeciones; la pilotaré igualmente. ¿Pero por qué ir por el camino difícil? Sé que transformó el Ciudad de Brisbane para utilizar combustible X...

Harriman se lo quedó mirando.

- ¿Está usted en sus cabales, Les? Está preguntando por qué los cerdos no tienen alas... ya no hay combustible X, y no volverá a haber hasta que no volvamos a fabricar nosotros... en la Luna.

- ¿Quién le ha dicho eso?

- ¿Qué quiere decir?

- Por lo que tengo oído, la Comisión de Energía Atómica asignó combustible X, bajo tratado, a algunos países... y algunos de ellos todavía no estaban preparados para utilizarlo. Pero lo recibieron igualmente. ¿Qué pasó con él?

- ¡Oh, «eso»! Exacto, Les, algunas empresas pequeñas de América Central y América del Sur recibieron una tajada del pastel por razones políticas, aunque no tenían forma de comérsela. Fue una buena idea, de todos modos... volvimos a comprarla y la utilizamos para paliar la inmediata escasez de energía. - Harriman frunció el ceño -. De todos modos, pienso que tiene usted razón. Hubiera debido quedarme con parte del combustible.

- ¿Está usted «seguro» de que ya no queda?

- Sí, por supuesto. Estoy... No, no lo estoy. Lo comprobaré. Adiós, Les.

Sus contactos fueron capaces de controlar cada kilogramo de combustible X en poco tiempo... excepto el asignado a Costa Rica. Esa nación se negó a vender su provisión debido a que su planta de energía, adaptada al combustible X, estaba casi terminada

cuando ocurrió el desastre. Otras investigaciones evidenciaron que la planta de energía jamás fue terminada.

Montgomery se encontraba por aquel entonces en Managua; Nicaragua había sufrido un cambio en la administración y Montgomery había acudido a asegurarse de que la posición especial que ocupaba la corporación lunar local estaba bien protegida. Harriman le envió un mensaje codificado para que se dirigiera a San José, localizara el combustible X, lo comprara y se lo enviara... a cualquier precio. Luego fue a ver al presidente de la Comisión de Energía Atómica.

El hombre pareció alegrarse de verle, y se mostró muy afable. Harriman empezó a explicarle que deseaba una licencia para investigar con isótopos... de combustible X, para ser precisos.

- Esta petición tiene que hacerse por los conductos habituales, señor Harriman.

- Lo haré. Éste es tan sólo un tanteo preliminar. Deseo saber sus reacciones.

- Después de todo, yo no soy el único comisionado... y casi siempre seguimos las recomendaciones de nuestra rama técnica.

- No me venga con evasivas, Cari. Sabe usted muy bien que controla a la mayoría. Extraoficialmente, ¿qué dice?

- Bueno, D. D., extraoficialmente... no puede obtener usted ni un átomo de combustible X, así que, ¿para qué pedir una licencia?

- Deje que yo me preocupe de eso.

- Hummm... la ley no nos ha exigido que sigamos cada millicurio de combustible X, puesto que no está clasificado como potencialmente utilizable en armas de gran tamaño. Pero no importa, sabemos lo que ocurrió con él. No hay nada disponible.

Harriman permaneció en silencio.

- En segundo lugar, puede obtener usted una licencia para combustible X, si lo desea... para cualquier uso excepto como combustible para cohete.

- ¿Por qué esa restricción?

- Están construyendo una nave lunar, ¿no?

- ¿Yo?

- No me venga «usted» con evasivas, D. D. Mi obligación es saber las cosas. Usted no puede utilizar combustible X para un cohete, aun en el caso de que lo encontrara... cosa que no puede hacer. - El presidente se dirigió hacia una hornacina situada detrás de su escritorio y regresó con un volumen en cuarto, que dejó frente a Harriman. Estaba titulado: «Investigación teórica sobre la estabilidad de varios combustibles radioisotópicos, con notas sobre el desastre del Caronte y el satélite de energía». La cubierta llevaba un número de serie y estaba estampillada: «SECRETO».

Harriman lo apartó.

- No es de mi incumbencia consultar esto... y aunque lo hiciera no lo entendería.

El presidente sonrió.

- Muy bien, le diré lo que contiene. Le estoy atando deliberadamente las manos, D. D., confiándole un secreto de la Defensa...

- ¡Le digo que no me incumbe!

- No intente impulsar una nave espacial con combustible X, D. D. Es un combustible encantador... pero puede estallar como un fuego de artificio en cualquier lugar del espacio. Este informe explica el porqué.

- ¡Maldita sea, hicimos funcionar el Caíante durante casi tres años!

- Tuvieron suerte. La opinión oficial, aunque absolutamente confidencial, del gobierno es que fue el Caronte quien provocó la explosión del satélite de energía, en lugar de ser el satélite quien provocó la explosión del Caronte. Al principio pensamos que había ocurrido de la otra manera, y por supuesto podría haber ocurrido, pero había algunas contradicciones en los informes del radar. Parecía como si la nave hubiera estallado una

décima de segundo antes que el satélite. Ello nos forzó a realizar una intensiva investigación teórica. El combustible X es demasiado peligroso para cohetes.

- ¡Eso es ridículo! Por cada kilogramo quemado en el Caronte se usaban al menos cien en las plantas de energía de la superficie. ¿Cómo es que «ésas» no estallaron?

- Es asunto de protección. Un cohete utiliza necesariamente menos protección que una planta estacionaria, pero lo peor es que opera en el espacio. Se supone que el desastre tuvo su origen en las radiaciones cósmicas primarias. Si lo desea, llamaré a uno de los físicos matemáticos para que se lo aclare.

Harriman agitó la cabeza.

- Ya sabe usted que no hablo su lenguaje. - Meditó -. Supongo que eso es todo.

- Me temo que sí. Lo siento realmente. - Harriman se levantó para irse -, Ah, una cosa más, D. D... supongo que no estará usted pensando en contactar con alguno de mis colegas subordinados, ¿verdad?

- Por supuesto que no. ¿Por qué tendría que hacerlo?

- Me alegra oírle decir esto. Ya sabe, señor Harriman, que algunos de los miembros de este comité no son los más brillantes científicos del mundo... es muy difícil mantener a un científico de primera clase feliz en las condiciones de un servicio del gobierno. Pero sí hay una cosa de la que estoy seguro: todos ellos son absolutamente incorruptibles. Sabiendo eso, consideraría como una afrenta personal el que alguien intentara influenciar a alguien de mi gente... una afrenta muy personal.

- ¿Sí?

- Sí. A propósito, en la universidad boxeaba como peso medio pesado. Todavía me mantengo en buena forma.

- Hummm... bueno, yo nunca fui a la universidad. Pero juego muy bien al poker. - Harriman sonrió de pronto -. Dejaré tranquilos a sus chicos, Carl. Sería algo muy parecido a ofrecer un soborno a un hombre que se está muriendo de hambre. Bueno, adiós.

Cuando Harriman regresó a su oficina, llamó a uno de sus empleados confidenciales.

- Envíe otro mensaje codificado al señor Montgomery. Dígame que envíe el material a la ciudad de Panamá, en lugar de a los Estados Unidos. - Empezó a dictar otro mensaje a Coster, con la idea de decirle que interrumpiera los trabajos en el Pionero, cuyo esqueleto empezaba ya a erguirse hacia el cielo en la pradera de Colorado, y se dedicara al Santa María, antes Ciudad de Brisbane.

Pero se lo pensó mejor. El despegue tendría que efectuarse fuera de los Estados Unidos; con la Comisión de Energía Atómica alertada, era mejor no intentar mover el Santa María, pondría demasiadas cosas en evidencia.

Y tampoco podría moverla sin volver a dotarla con motores para energía química. No, pondría fuera de servicio otra nave del tipo del Brisbane y la enviaría a Panamá, y la planta de energía del Santa María podría ser desmontada y enviada también allí. Coster tendría la nueva nave lista en seis semanas, quizás antes... ¡y él, Coster y LeCroix podrían partir hacia la Luna!

¡Al diablo con los temores sobre los rayos cósmicos primarios! El Caronte había funcionado durante tres años, ¿no? Harían el viaje, probarían que podía ser hecho, y entonces, si se necesitaban combustibles más seguros, tendrían el incentivo para buscarlos. Lo más importante ahora era hacerlo, hacer el viaje. Si Colón hubiera esperado a tener naves decentes, todos estarían todavía en Europa. Un hombre que no se arriesga no llega nunca a ningún lado.

Satisfecho, empezó a redactar los mensajes que pondrían en marcha el nuevo proyecto.

Fue interrumpido por una secretaria.

- Señor Harriman, el señor Montgomery desea hablar con usted.

- ¿Eh? ¿Ha recibido ya mi mensaje codificado?

- No lo sé, señor.

- Bien, póngame.

Montgomery no había recibido el segundo mensaje. Pero tenía noticias para Harriman: Costa Rica había vendido todo su combustible X al Ministerio de Energía inglés, poco después del desastre. No quedaba ni un gramo de combustible, ni en Costa Rica ni en Inglaterra.

Harriman se sentó y permaneció abatido durante varios minutos después de que Montgomery cortara la comunicación. Luego llamó a Coster.

- ¿Bob? ¿Está LeCroix ahí?

- Aquí mismo... estábamos a punto de irnos a cenar juntos. Ahora se pone.

- Hola, Les. Les, su idea fue estupenda, pero no ha funcionado. Alguien robó el niño.

- ¿Eh? Oh, entiendo. Lo lamento.

- No malgaste su tiempo lamentándolo. Seguiremos con nuestros planes originales. ¡Iremos allí!

- Seguro que iremos.

7

Del número de junio de la revista Técnica Popular. «Yacimientos de uranio en la Luna. Un artículo sobre una gran industria que pronto será realidad.»

De Holiday: «Luna de miel en la Luna. Un reportaje sobre el magnífico lugar que nuestros hijos podrán disfrutar, tal y como les fue contado a nuestro director de la sección de viajes.»

Del American Sunday Magazine: «¿Diamantes en la Luna?. Un científico muy famoso demuestra cómo los diamantes deben ser tan comunes como los guijarros en los cráteres lunares.»

- Desde luego, Clem, no sé nada de electrónica, pero así es como me lo explicaron. Se puede mantener el rayo de una emisión de televisión dentro de los límites de un grado o así en nuestros días, ¿no?

- Sí... si utilizas un reflector lo suficientemente grande.

- Tendrás el suficiente espacio acotado. Ahora la Tierra cubre un espacio de dos grados de amplitud, vista desde la Luna. De acuerdo, es una distancia considerable, pero no tendrás pérdidas de energía, y las condiciones para la transmisión son absolutamente perfectas e inmutables. Una vez hayas hecho la instalación, no va a resultar más caro que emitir desde la cima de una montaña aquí, y mucho menos caro que mantener helicópteros en el aire de costa a costa, como hacemos ahora.

- Es un proyecto fantástico, Délos.

- ¿Qué hay de fantástico en él? Llegar a la Luna es mi problema, no el tuyo. Una vez allí, podremos enviar emisiones de televisión a la Tierra, puedes apostar en ello tu camisa. Es una instalación sencilla para una emisión en línea recta. Si no estás interesado, buscaré algún otro.

- No he dicho que no estuviera interesado.

- Bien, pues entonces decídetelo. Hay otra cosa, Clem... no intento meter la nariz en tus negocios, pero ¿verdad que has tenido una serie de problemas desde que perdiste la utilización del satélite de energía como estación retransmisora?

- Conoces la respuesta; no tienes por qué hurgar en la herida. Los gastos han subido astronómicamente, sin que hayan aumentado los ingresos.

- No es a eso a lo que me refería. ¿Qué hay con la censura?

El ejecutivo de la cadena de televisión se llevó las manos a la cabeza.

- ¡No pronuncies esa palabra! ¿Cómo puede un hombre esperar mantenerse en los negocios con todos esos mojigatos esparcidos por todo el país ejerciendo su veto sobre lo que podemos decir y lo que podemos mostrar y lo que no podemos mostrar...? Es suficiente para que uno presente su renuncia. Hasta su principio es erróneo: es como pedirle a un adulto que se alimente con leche descremada porque los bebés no pueden comer bistés. Si pudiera echarles mano a esos malditos, mal pensados, viscosos...

- ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! - interrumpió Harriman -. ¿No se te ha ocurrido nunca que no hay absolutamente ninguna forma de interferir con una emisión de televisión procedente de la Luna... y que la censura de la Tierra no tendrá ninguna jurisdicción sobre ella, en ningún caso?

- ¿Qué? Repite eso.

«Life se va a la Luna. Life - Time Inc. está orgullosa de anunciar que se han ultimado los arreglos para ofrecer a los lectores de Life una información personal y directa del primer viaje a nuestro satélite. En lugar de la habitual sección semanal "Life acude a una fiesta", iniciaremos la publicación, inmediatamente después del regreso del primer y triunfal...»

«Seguros para la Nueva Era».

(Extracto de un anuncio de la North Atlantic Mutual Insurance and Liability Company.)

«... la misma previsión para el futuro que protegió a nuestros asegurados tras el incendio de Chicago, tras el incendio de San Francisco, tras todos los desastres desde la Guerra de 1812, se ofrece ahora para asegurarles contra pérdidas inesperadas, incluso en la Luna...»

«Las ilimitadas fronteras de ¡a Tecnología».

«Cuando la nave lunar Pionero ascienda por el cielo sobre una columna de llamas, veintiséis aparatos esenciales en sus entrañas estarán alimentados por baterías DELTA especialmente diseñados...»

- Señor Harriman, ¿puede venir usted al Campo?

- ¿Qué ocurre, Bob?

- Problemas - respondió lacónicamente Coster.

- ¿Qué tipo de problemas?

Coster dudó.

- Será mejor no hablar de ello por la pantalla. Si usted no puede venir, quizás Les y yo pudiéramos ir a verle.

- Estaré ahí esta misma tarde.

Cuando Harriman llegó al Campo vio que el impasible rostro de LeCroix rezumaba amargura. Coster miraba obstinadamente y a la defensiva. Esperó hasta que los tres se hallaron solos en la sala de trabajo de Coster antes de hablar.

- Adelante, suéltelo, muchachos.

LeCroix miró a Coster. El ingeniero se mordió el labio y dijo:

- Señor Harriman, usted sabe cuáles han sido las etapas de este proyecto.

- Más o menos.

- Tuvimos que abandonar la idea de la catapulta. Entonces adoptamos ésta... - Coster rebuscó en su escritorio, tomó un boceto en perspectiva de un cohete de cuatro etapas, grande pero de líneas armoniosas -. Teóricamente era una posibilidad; prácticamente hila demasiado fino. Cuando el grupo principal de trabajo y el grupo auxiliar y el grupo de control terminaron de ensamblar las distintas partes, nos vimos obligados a llegar a esto...

- mostró otro boceto; era básicamente como el primero, pero más achaparrado, casi piramidal -. Añadimos una quinta etapa como un anillo alrededor de la cuarta fase.

Conseguimos incluso ahorrar algo de peso utilizando la mayor parte del equipo auxiliar y de control de la cuarta fase para controlar la quinta. Y seguía teniendo la suficiente densidad seccional como para horadar la atmósfera sin excesivo freno, pese a su desmañada forma.

Harriman asintió.

- Ya sabe usted, Bob, que vamos a tener que abandonar la idea del cohete de varias fases cuando los viajes a la Luna se conviertan en regulares.

- No sé cómo podrá conseguirlo con cohetes impulsados por energía química.

- Si tuviera usted una catapulta decente podría enviar un cohete de una sola etapa impulsado por energía química a una órbita en torno a la Tierra, ¿no es cierto?

- Seguro.

- Eso es lo que haremos. Luego podremos repostarlo de combustible en esa órbita.

- La antigua estación espacial. Supongo que es algo razonable... de hecho sé que lo es. Sólo que la nave no necesitaría repostar combustible y proseguir hacia la Luna. Sería más económico disponer de naves especiales que nunca aterrizaran sino que tan sólo hicieran el salto de allí a otra estación auxiliar alrededor de la Luna. Entonces...

LeCroix mostró una impaciencia desacostumbrada.

- Todo eso no significa nada ahora. Sigue con la historia, Bob.

- Exacto - asintió Harriman.

- Bueno, este modelo tendría que haber hecho el viaje. Y maldita sea, aún tendría que conseguirlo.

Harriman parecía perplejo.

- Pero Bob, éste es el diseño aprobado, ¿no? Por eso precisamente hay dos tercios de él construidos ahí afuera, en el campo.

- Sí - Coster parecía abrumado -. Pero no lo hará. No funcionará.

- ¿Por qué no?

- Porque he tenido que añadirle demasiado peso muerto, por eso. Señor Harriman, usted no es ingeniero; usted no tiene idea de los enormes problemas que surgen cuando uno tiene que construir una nave sin otra cosa más que un determinado combustible. Tomemos las disposiciones para el aterrizaje del anillo que forma la quinta etapa impulsora, por ejemplo. Utilizamos esta etapa durante un minuto y medio, y luego hay que desprenderse de ella. Pero no podemos arriesgarnos a que caiga sobre Wichita o Kansas City. Tenemos que incluirle un paracaídas. E incluso entonces tenemos que prever su rastreo por radar y cortar las cuerdas por radiocontrol cuando esté sobre campo abierto y a no demasiada altura. Esto significa más peso, además del paracaídas. Con todo esto, no conseguimos una adición real de más de kilómetro y medio por segundo con esta etapa. No es suficiente.

Harriman se agitó en su silla.

- Parece como si hubiéramos cometido un error intentando lanzarlo desde los Estados Unidos. Suponga que lo lanzamos desde algún lugar despoblado, digamos la costa del Brasil, dejando que las etapas consumidas vayan cayendo al Atlántico; ¿cuánto peso podríamos economizar?

Coster miró a un punto perdido en la distancia, luego tomó una regla de cálculo.

- Podría funcionar.

- ¿Traería muchos problemas trasladar la nave, en esta etapa de su construcción?

- Bueno... tendríamos que desmontarla completamente; no hay otra solución. No puedo hacerle un coste estimado ahora mismo, pero saldría caro.

- ¿Cuánto tiempo requeriría?

- Hummm... cascaras, señor Harriman, no puedo responderle así de pronto. Dos años... dieciocho meses, con suerte. Tendríamos que preparar un emplazamiento. Tendríamos que edificar talleres.

Harriman pensó en ello, aunque ya tenía la respuesta en su corazón. Los cordones de sus zapatos, aunque fuertes, estaban apretados al límite. No podía sostener la campaña de promoción, sólo con palabras, durante otros dos años; tenía que efectuar con éxito un viaje, y pronto... o de otro modo toda la endeble estructura financiera se vendría abajo.

- No sirve, Bob.

- Me lo temía. Bueno, intentaré añadirle una sexta etapa. - Le tendió otro boceto -. ¿Ve esa monstruosidad? Alcancé el punto de saturación. La velocidad final efectiva es menor con este aborto que con el cohete de cinco etapas.

- ¿Significa esto que se da por vencido, Bob? ¿Se ve incapaz de construir una nave lunar?

- No, yo...

- Limpiemos Kansas - dijo de pronto LeCroix.

- ¿Eh? - murmuró Harriman.

- Evacuemos a todo el mundo en Kansas y Colorado oriental. Dejemos que las secciones cuarta y quinta caigan donde sea en esa área. La tercera fase caerá en el Atlántico; la segunda quedará en órbita permanente... y la nave continuará hacia la Luna. Podríamos hacerlo si no tuviéramos que malgastar peso con los paracaídas de las secciones cuarta y quinta. Pregúnteselo a Bob.

- ¿Sí? ¿Es cierto eso, Bob?

- Es lo que he dicho antes. Era esa carga parasitaria la que nos frenaba. El diseño básico es correcto.

- Hummm... que alguien me deje un atlas. - Harriman examinó las zonas de Kansas y Colorado, luego hizo algunos cálculos superficiales. Permaneció mirando a un punto indefinido del espacio, pareciéndose sorprendentemente, por un momento, a Coster cuando el ingeniero estaba pensando en su propia obra. Finalmente dijo:

- No funcionará.

- ¿Por qué no?

- Dinero. Les dije que no se preocuparan por el dinero... para la nave. Pero costaría más de seis o siete millones de dólares evacuar esa área, incluso por un solo día. Tendríamos que establecer inmediatamente albergues provisionales; no podríamos esperar. Y seguiría habiendo los tozudos de siempre que se negarían a moverse.

- Si hay algunos locos estúpidos que no quieren moverse, dejémosles que corran con el riesgo - dijo LeCroix salvajemente.

- Comprendo lo que siente, Les. Pero este proyecto es demasiado grande para ocultarlo y demasiado grande para trasladarlo. Si no protegemos a los habitantes, nos detendrán con un mandato judicial y nos arrestarán a la fuerza. No puedo comprar a todos los jueces de dos estados. Algunos de ellos no están en venta.

- La intención fue buena, Les - le consoló Coster.

- Pensé que podía ser una solución para todos - respondió el piloto.

- ¿Había empezado a mencionar alguna otra solución, Bob? - dijo Harriman.

Coster parecía incómodo.

- Usted ya conoce los planos de la nave en sí... calculada para tres hombres, con espacio y provisiones para tres.

- Sí. ¿A dónde quiere ir a parar?

- No es imprescindible que sean tres hombres. Dividamos la primera fase en dos partes, reduzcamos la nave al mínimo para un solo hombre, y librémonos del resto. Es la única forma que veo para que el proyecto básico funcione. - Mostró otro apunte -. ¿Ve? Un hombre, y provisiones para menos de una semana. Sin aire acondicionado... el piloto permanecerá dentro de su traje a presión. Nada de cocina. Nada de literas. Lo mínimo indispensable para mantener vivo a un hombre durante un máximo de doscientas horas. Funcionará.

- Funcionará - repitió LeCroix, mirando a Coster.

Harriman miró el boceto con una extraña sensación de náusea en el estómago. Sí, no había dudas de que funcionaría... y para los propósitos de promoción no importaba que fuera un hombre o tres los que llegaran a la Luna y regresaran. Bastaba con que se hiciera el viaje; estaba completamente seguro de que un único viaje con éxito bastaría para que el dinero acudiera de

tal modo que tendría el capital suficiente para desarrollar naves prácticas capaces de llevar pasajeros.

Los hermanos Wright habían empezado con mucho menos.

- Sí ésta es la única alternativa, supongo que debo aceptarla - dijo lentamente.

Coster parecía aliviado.

- ¡Magnífico! Pero hay otro problema. Ya sabe usted bajo qué condiciones acepté este trabajo... yo tenía que ir. Y ahora aparece Les agitando un contrato ante mi nariz y diciendo que él es el piloto.

- No es exactamente así - contradijo LeCroix -. Tú no eres piloto, Bob. Te matarás y arruinarás toda la empresa tan sólo por tu absurda terquedad.

- Aprenderé a pilotarla. Después de todo, yo la he diseñado. Mire, señor Harriman, lamentaría tener que ir por la vía legal. Les dice que él sí está dispuesto a hacerlo, pero mi contrato es anterior al suyo. Tengo intención de que se cumpla.

- No le escuche, señor Harriman. Déjele que acuda a los tribunales. Yo pilotaré esa nave y la traeré de vuelta. Él la estrellará.

- O voy yo, o no construyo la nave - dijo Coster tajantemente.

Harriman hizo un gesto a ambos para que se tranquilizaran.

- Calma, calma los dos. Ambos pueden ponerme pleito si es eso lo que les gusta. Bob, no diga tonterías, a estas alturas puedo contratar a otros ingenieros para que terminen el trabajo. Me dice usted que tiene que ser un solo hombre.

- Exacto.

- Lo tienen delante de sus ojos.

Ambos se le quedaron mirando.

- Cierren sus bocas - restalló Harriman -. ¿Qué hay de divertido en ello? Ambos saben que yo quiero ir. Supongo que no pensarán que me he buscado todos estos líos tan sólo para que ustedes se vayan de paseo a la Luna, ¿no? Pienso ir yo. ¿Qué hay de malo en que yo sea el piloto? Tengo buena salud, mi vista está perfecta, y soy lo suficientemente listo como para aprender lo que tenga que aprender. Si he de conducir mi propio cacharro, lo conduciré. No me echaré a un lado por nadie, ante nadie, ¿me oyen?

Coster fue el primero que recuperó el aliento.

- Jefe, no sabe lo que está diciendo.

Dos horas más tarde aún seguían discutiendo. La mayor parte del tiempo Harriman permaneció sentado ceñudamente, silencioso, negándose a responder a sus argumentaciones. Finalmente salió de la habitación por unos pocos minutos, con el pretexto habitual. Cuando regresó dijo:

- Bob, ¿cuánto pesa usted?

- ¿Yo? Algo más de ochenta kilos.

- Casi los noventa, calcularía yo. Les, ¿cuánto pesa usted?

- Cincuenta y nueve.

- Bob, diseñe la nave para una carga neta de setenta kilos.

- ¿Eh? Aguarde un minuto, señor Harriman...

- ¡Cállese! Si yo no puedo aprender a pilotar en seis semanas, usted tampoco podrá.

- Pero yo poseo los conocimientos matemáticos y básicos para...

- ¡He dicho que se calle! Les ha pasado tanto tiempo aprendiendo su profesión como usted aprendiendo la suya. ¿Puede convertirse en ingeniero en seis semanas? ¿Entonces qué le permite a usted pensar que puede aprender su trabajo en el mismo tiempo? No voy a permitir que estelle usted mi nave para satisfacer su ego. Además, me dio usted la

verdadera clave del problema cuando estábamos discutiendo el diseño. El auténtico factor de limitación es el peso del pasajero o pasajeros, ¿no? Todo... todo actúa en proporción a esa única masa. ¿Correcto?

- Sí, pero...

- ¿Correcto o no?

- Bueno... sí, es correcto. Yo sólo quería...

- Un hombre más pequeño necesita menos agua para subsistir, consume menos aire, ocupa menos lugar. Irá Les. - Harriman se puso en pie y apoyó una mano en el hombro de Coster -. No se lo tome tan a pecho, hijo. No es peor para usted de lo que es para mí. Ese viaje tiene que ser un éxito... y eso significa que tanto usted como yo tenemos que declinar el honor de ser el primer hombre en la Luna. Pero le prometo esto: ambos iremos en el segundo viaje, con Les como nuestro chófer particular. Ése será el primero de un montón de viajes con pasajeros. Mire, Bob... puede convertirse en un gran hombre en esta empresa, si ahora se porta bien. ¿Qué le parecería ser el ingeniero jefe de la primera colonia lunar?

Coster intentó sonreír.

- No suena tan malo.

- Le gustará. Vivir en la Luna será un problema constante de ingeniería; usted y yo hemos hablado a menudo de ello. ¿No le gustaría poner en práctica sus teorías? ¿Edificar la primera ciudad? ¿Construir el gran observatorio que pondremos allí? ¿Mirar a su alrededor y saber que es usted el hombre que ha hecho todo aquello?

Coster estaba definitivamente saboreando la idea.

- Lo dice usted de una forma tan convincente. Diga, ¿y qué hará usted?

- ¿Yo? Bueno, tal vez me convierta en el primer alcalde de Luna City. - Era un pensamiento nuevo para él; lo saboreó -. El Honorable Délos David Harriman, Alcalde de Luna City. Oiga, ¡me gusta! ¿Sabe?, nunca he tenido ningún cargo público; sólo he poseído empresas. - Miró a su alrededor -. ¿Todo arreglado?

- Creo que sí - dijo Coster lentamente. De pronto tendió una mano a LeCroix -. Tú la pilotarás, Les; yo la construiré.

LeCroix estrechó su mano.

- Trato hecho. Y tú y el Jefe empezad a trabajar en los planos de la siguiente nave... lo suficientemente grande como para que quepamos los tres.

- ¡De acuerdo!

Harriman apoyó su mano sobre las otras dos.

- Así es como me gusta oírles hablar. Permanezcamos juntos, y así fundaremos Luna City.

- Creo que deberíamos llamarla «Harriman» - dijo LeCroix muy seriamente.

- No. He pensado en ella como Luna City desde que era pequeño; se llamará Luna City. Quizá le pongamos Plaza Harriman a su plaza mayor - añadió.

- La marcaré con este nombre en los planos - asintió Coster.

Harriman se fue en seguida. Pese a la solución, se sentía terriblemente deprimido, y no quería que sus dos colegas se dieran cuenta de ello. Había sido una victoria pírrica; había salvado la empresa, pero se sentía como un animal que ha tenido que roer su propia pata para escapar de una trampa.

8

Strong estaba solo en las oficinas de la sociedad cuando recibió una llamada de Dixon.

- George, estoy buscando a D. D. ¿Está ahí?

- No, está en Washington... algo acerca de unos permisos. Le espero pronto de vuelta.

- Hummm... Entenza y yo deseamos verle. Vendremos dentro de un momento.

No tardaron mucho en llegar. Entenza estaba evidentemente muy preocupado por algo; Dixon se mostraba tan impasible como de costumbre. Tras los saludos de rigor, Dixon aguardó un momento y luego dijo:

- Jack, tenía usted algo que negociar, ¿no?

Entenza se sobresaltó, luego sacó bruscamente un cheque de su bolsillo.

- ¡Oh, sí! George, después de todo no voy a tener que ir a prorratio. Aquí está mi pago para igualarme a los demás hasta la fecha.

Strong aceptó el cheque.

- Seguro que Délos se pondrá contento - lo guardó en un cajón.

- Bueno - dijo Dixon secamente -, ¿no le extiende ningún recibo?

- Si Jack lo quiere. El cheque cobrado sirve, de todos modos. - Sin embargo, Strong extendió un recibo sin hacer ningún comentario; Entenza lo aceptó.

Aguardaron unos instantes. De pronto Dixon dijo:

- George, está usted metido en esto hasta el cuello, ¿no?

- Es posible.

- ¿Quiere asegurar su inversión?

- ¿Cómo?

- Bueno, francamente, quiero protegerme a mí mismo. ¿Desea vender la mitad del uno por ciento de su participación?

Strong pensó en ello. De hecho estaba preocupado... terriblemente preocupado. La presencia del auditor de Dixon les había obligado a tener siempre el dinero en efectivo... y sólo Strong sabía las maniobras que habían tenido que hacer para conseguirlo.

- ¿Para qué lo desea?

- Oh, no lo utilizaré para interferir en las operaciones de Délos. Es nuestro hombre; todos lo respaldamos. Pero me sentiría mucho más seguro si tuviera derecho a dar el alto en caso de que intentara meternos en algo que no pudiéramos pagar. Ya conoce a Délos; es un optimista incurable. Tendríamos que tener alguna especie de freno sobre él.

Strong pensó en aquello. Era algo que le dolía, pero estaba de acuerdo con todo lo que había dicho Dixon; había permanecido allí observando cómo disipaba Délos dos fortunas, reunidas dolorosamente a lo largo de muchos años. D. D. no parecía preocuparse excesivamente por ello. Aquella misma mañana, se había negado a mirar siquiera el informe del interruptor doméstico automático H & S... tras haber sido él quien diera la idea a Strong.

Dixon se inclinó hacia delante.

- Dígame un precio, George. Seré generoso.

Strong cuadró sus curvados hombros.

- Venderé...

- ¡Estupendo!

-...si Délos lo aprueba. De otro modo no.

Dixon murmuró algo. Entenza se sobresaltó. La conversación se hubiera endurecido si en aquel momento no hubiera entrado Harriman.

Nadie dijo nada de la proposición hecha a Strong. Strong preguntó sobre el viaje; Harriman apretó el índice contra el pulgar.

- Todo perfecto. Pero cada vez resulta más caro ir a Washington en viaje de negocios. - Se giró hacia los otros dos -. ¿Cómo van las cosas? ¿Algún motivo especial para esta reunión? ¿Estamos en sesión ejecutiva?

Dixon se giró hacia Entenza.

- Dígaselo, Jack.

Entenza hizo frente a Harriman.

- ¿Qué es lo que entiende usted por venta de derechos de televisión?

Harriman enarcó una ceja.

- ¿Y por qué no?

- Porque me los prometió a mí, por eso. Ése fue el trato original; lo tengo por escrito.

- Será mejor que eche otra mirada al contrato, Jack. Y otra vez entérese bien antes de decir algo. Posee usted los derechos de explotación para radio, televisión y otras diversiones y empresas especiales relacionadas con el primer viaje a la Luna. Aún sigue teniéndolos. Incluidas las emisiones efectuadas desde la nave, en caso de que podamos hacerlas. - Decidió que aquél no era un buen momento para mencionar que las necesidades de reducir peso habían convertido aquello en imposible; la Pionero no llevaría ningún equipo electrónico que no fuera necesario para la navegación -. Lo que vendí fue la autorización para levantar una estación de televisión en la Luna, más adelante. Y a propósito, ni siquiera ha sido una autorización en exclusiva, aunque Clem Haggerty piense que sí. Si desea comprar otra para usted, podemos llegar a un acuerdo.

- ¡Comprada! Bueno, usted...

- ¡Buf! O puede obtenerla gratis, si consigue que Dixon y George reconozcan que tiene derecho a ello. Yo no pondré ninguna objeción. ¿Algo más?

- ¿Cómo están las cosas en este momento, Délos? - interrumpió Dixon.

- Caballeros, pueden dar ustedes por seguro que la Pionero despegará de acuerdo con lo previsto... el próximo miércoles. Y ahora, si me disculpan, debo ir a Campo Peterson.

Tras su marcha, los tres asociados permanecieron sentados en silencio por algún tiempo, Entenza murmurando para sí mismo, Dixon aparentemente pensando, y Strong simplemente aguardando. De pronto, Dixon dijo:

- ¿Qué hay acerca de esa participación fraccional, George?

- No creyó usted conveniente mencionársela a Délos.

- Entiendo. - Dixon depositó cuidadosamente la ceniza de su cigarro -. Es un hombre extraño, ¿verdad?

Strong giró en su silla.

- Sí.

- ¿Cuánto tiempo hace que lo conoce?

- Déjeme ver... empezó a trabajar para mí en...

- ¿Él trabajó para usted?

- Durante algunos meses. Luego fundamos nuestra primera compañía. - Strong pensó en aquellos tiempos -. Supongo que ya entonces tenía un cierto complejo de poder.

- No - dijo Dixon cautelosamente -. No, yo no lo llamaría un complejo de poder. Se parece más a un complejo mesiánico.

- ¡Un miserable hijo de puta, eso es lo que es!

Strong lo miró apaciblemente.

- En su lugar yo no hablaría de esa forma de él. De veras, no lo haría.

- Cállese, Jack - ordenó Dixon -. Podría obligar a George a que le diera un mamporro. Una de las cosas más extrañas respecto a él - continuó - es que parece capaz de inspirar una lealtad casi feudal. Mírese a usted mismo. Sé que está sin un centavo, George... pero no permite que yo venga en su ayuda. Es algo que va más allá de la lógica; es algo personal.

Strong asintió.

- Es un hombre extraño. A veces pienso que es el último de los bandoleros románticos.

Dixon agitó la cabeza.

- No el último. El último fue el que abrió el Oeste Americano. Él es el primero de los nuevos bandoleros románticos... y ni usted ni yo veremos cómo termina. ¿Ha leído alguna vez a Carlyle?

Strong asintió de nuevo.

- Entiendo lo que quiere decir: la teoría del «Héroe»; pero no estoy necesariamente de acuerdo con ella.

- Sin embargo, creo que encierra algo de verdad - respondió Dixon -. Sinceramente, no creo que Délos sepa lo que está haciendo. Está fundando las bases de un nuevo

imperialismo. Dará un condenado infierno de beneficios antes de que se agote. - Se puso en pie -. Tal vez deberíamos haber esperado. Tal vez deberíamos habérselo impedido... si hubiéramos podido. Bien, ahora ya está hecho. Estamos en el tiovivo y no podemos bajar de él. Espero que nos guste la carrera. Vamonos, Jack.

9

La pradera del Colorado se iba cubriendo de sombras. El sol estaba ya tras el pico de la montaña, y la amplia y blanca cara de la Luna, llena y redonda, surgía por el este. En medio de Campo Peterson, la Pionero apuntaba al cielo. Una valla de alambre espinoso, que rodeaba a una distancia de mil metros la base en todas direcciones, mantenía alejada la multitud. En la parte interna de la barrera, los guardias patrullaban sin descanso. Más guardias circulaban entre la multitud. Dentro de la valla, cerca de ella, estaban aparcados los camiones y remolques para las cámaras, sonido y equipo de televisión y al extremo de los cables, estaban situados mandos de control remoto en puntos más o menos cercanos a la nave, por todos lados. Había otros camiones cerca de la nave, y una metódica y organizada actividad.

Harriman aguardaba en la oficina de Coster; el propio Coster estaba fuera en el campo, y Dixon y Entenza tenían una habitación para ellos. LeCroix, todavía bajo un sueño de tranquilizantes, estaba en el dormitorio de Coster en la parte de vivienda de su cuartel general.

Había agitación y tumulto en la parte exterior de la puerta. Harriman abrió tan sólo una rendija.

- Si es otro periodista, díganle «no». Envíenlo al otro lado, con el señor Montgomery. El capitán LeCroix no concederá ninguna entrevista no autorizada.

- ¡Délos! Déjame pasar.

- Oh... eres tú, George. Entra. Estamos acosados implacablemente.

Strong entró y le entregó a Harriman una gruesa y pesada saca.

- Aquí está.

- ¿Aquí está el qué?

- Los sellos estampillados por el sindicato filatélico. Ya los habías olvidado. Representa medio millón de dólares. Délos - gimió -, si no los hubiera visto en tu armario ropero la hubiéramos organizado buena.

Harriman trató de dominar su risa.

- George, eres un tipo estupendo, eso es lo que eres.

- ¿Los pongo yo mismo en la nave? - dijo Strong ansiosamente.

- ¿En? No, no. Les se encargará. - Miró su reloj -. Tenemos que despertarle. Yo me hago cargo de los sobres. - Tomó la saca y añadió -: No entres ahora. Ya tendrás oportunidad de decirle adiós en el campo.

Harriman penetró por la puerta contigua, la cerró tras él, aguardó a que la enfermera inyectara al durmiente piloto un estimulante para contrarrestar el efecto de los sedantes, y luego la echó. Cuando se giró, el piloto se incorporaba, frotándose los ojos.

- ¿Cómo se siente, Les?

- Estupendamente. Así que ya ha llegado el momento.

- Aja. Y tiene a todo el mundo en vilo, muchacho. Mire, tiene que salir ahí afuera y enfrentarse con ellos durante un par de minutos. Todo está preparado... pero antes tengo que decirle un par de cosas.

- ¿Sí?

- ¿Ve esa saca? - Harriman le explicó rápidamente qué era y lo que significaba.

LeCroix pareció desanimado.

- Pero no puedo llevármelos, Délos. Todo está calculado hasta el último gramo.

- ¿Quién dice que va a llevárselos? Por supuesto que no puede; deben pesar unos veinticinco o treinta kilos. No lo he pensado ni por un momento. Eso es lo que vamos a hacer: de momento los ocultaré aquí... - Harriman metió la saca en el fondo de un armario ropero -. Cuando aterrice, yo estaré tras sus talones. Entonces haremos un truco de juego de manos, y los sacaré de la nave.

LeCroix agitó la cabeza aún más desanimado.

- Délos, me decepciona. En fin, no estoy de humor para discutir.

- Me alegro de que no lo haga; de otro modo hubiera tenido que ir a la cárcel por un insignificante medio millón de dólares. Ya hemos gastado ese dinero. De todos modos, no importa - prosiguió -. Nadie excepto usted y yo lo sabrá... y los coleccionistas de sellos pagarán gustosamente su dinero por ellos. - Miró al hombre como si estuviera ansioso de recibir su aprobación.

- De acuerdo, de acuerdo - respondió LeCroix -. ¿Qué me importa lo que le ocurra a un coleccionista de sellos... esta noche? Vamos.

- Una cosa más - dijo Harriman, y sacó una bolsita de su chaqueta -. Eso lo puede llevar... su peso ha sido incluido. Me ocupé personalmente de ello. Ahora esto es lo que tiene que hacer.

- Le dio detalladas y muy precisas instrucciones.

LeCroix estaba desconcertado.

- ¿Le he oído correctamente? ¿Dejo que la descubran... y luego cuento la verdad exacta de lo ocurrido?

- Aja.

- De acuerdo. - LeCroix se metió la bolsita en un bolsillo de su mono de vuelo -. Salgamos al campo. Quedan veintiún minutos Para la hora H.

Strong se unió a Harriman en el blocao de control, después de que LeCroix ocupara su lugar dentro de la nave.

- ¿Están ya a bordo? - preguntó ansiosamente -. LeCroix no llevaba nada consigo.

- Oh, seguro - dijo Harriman -. Los puse yo mismo, antes. Será mejor que ocupes tu lugar. Ya se ha dado la señal luminosa de alerta.

Dixon, Entenza, el Gobernador de Colorado, el Vicepresidente de los Estados Unidos, y una docena más de personajes importantes estaban sentados ya ante sendos periscopios, montados sobre ranuras especiales de una especie de plataforma sobre una zona de control. Strong y Harriman subieron por una escalerilla y ocuparon las dos sillas que quedaban libres.

Harriman empezó a sudar, y se dio cuenta de que estaba temblando. A través de su periscopio podía ver la nave frente a él; desde abajo le llegaba la voz de Coster, comprobando nerviosamente los informes de la estación de partida. De un altavoz cercano surgía el apagado comentario de uno de los periodistas radiofónicos que relataba el acontecimiento. El propio Harriman era el... bueno, el almirante, decidió... de la operación, pero no podía hacer otra cosa más que esperar, mirar, y tratar de rezar.

Una segunda señal luminosa trazó un arco en el cielo, estallando en verdes y rojos. Cinco minutos.

Los segundos transcurrían interminablemente. A menos dos minutos Harriman se dio cuenta de que no podía permanecer allí esperando y mirando a través de una estrecha rendija; tenía que estar fuera, tomando parte directamente en ello... tenía que hacerlo. Bajó la escalera, echó a correr hacia la salida del blocao. Coster miró a su alrededor, con expresión sorprendida, pero no intentó detenerlo; Coster no podía abandonar su puesto, ocurriera lo que ocurriese. Harriman apartó al guardia con el codo y salió fuera.

Al este, la nave apuntaba hacia el cielo, con su estilizada forma piramidal destacando en negro sobre la Luna llena. Aguardó.

Y aguardó.

¿Qué había ido mal? Faltaban tan sólo dos minutos cuando había salido; estaba seguro de ello... y sin embargo, la nave aún seguía allí, silenciosa, oscura, inmóvil. No se oía ningún sonido, excepto el distante ulular de las sirenas avisando a los espectadores al otro lado de la distante valla. Harriman sintió que se le paraba el corazón, su agitada respiración secaba su garganta. Algo había fallado. Había fallado.

Un cohete luminoso partió del techo del blocao; una llamarada surgió de la base de la nave.

Se extendió, se convirtió en un bloque de blanco fuego que rodeó la base. Lentamente, casi pesadamente, la Pionero se elevó, pareció flotar por un momento, tambalearse sobre una columna de fuego... luego partió hacia el cielo con una aceleración tan grande que estuvo sobre él casi en un momento, avanzando hacia el cenit, un cegador círculo de llamas. Se elevó con tanta rapidez que no pareció que ascendiera ante él, sino formando un arco sobre su cabeza, amenazando con caer encima de él indefectiblemente. Tan instintiva como fútilmente se cubrió el rostro con las manos.

El sonido lo alcanzó.

No como sonido... era un ruido blanco, un retumbar que abarcaba todas las frecuencias, sónicas, subsónicas, supersónicas, tan increíblemente cargado de energía que le golpeó como un impacto en el pecho. Lo oyó con sus dientes y con sus huesos tanto como con sus oídos. Dobló las rodillas, protegiéndose de él.

Siguiendo al sonido, y al lento paso de caracol de un huracán, llegó la onda de choque. Pareció arrancar sus ropas, quitar el aliento de sus labios. Retrocedió ciegamente, tambaleándose intentando alcanzar el refugio del edificio de cemento, pero fue derribado.

Se levantó dificultosamente, tosiendo y atragantándose, y recordó mirar al cielo. Exactamente sobre su cabeza había una estrella que se empequeñecía. Luego, desapareció.

Regresó al blocao.

La habitación era una Babel de alta tensión, de premeditada confusión. Los oídos de Harriman, aún zumbando, oyeron a un altavoz gritar:

- ¡Puesto Número Uno! ¡Puesto Número Uno a Blocao! Quinta etapa desprendida según lo previsto... la nave y la quinta etapa aparecen ahora como dos blips separados... - y la voz de Coster, alta e irritada, cortándole:

- ¡Pónganme con Rastreador Uno! ¿Han localizado ya la quinta etapa? ¿La siguen?

En el fondo de la sala, el comentarista seguía desgañitándose:

- ¡Un gran día, amigos, un gran día! ¡La poderosa nave Pionero, ascendiendo como un ángel del Señor, blandiendo en su mano una espada llameante, sigue ahora su glorioso camino hacia nuestro planeta hermano! ¡Muchos de ustedes han contemplado su partida en sus pantallas; me gustaría que hubieran podido verla como yo la vi, trazando su arco en el cielo del atardecer, transportando su preciosa carga de...!

- ¡Hagan callar a ese maldito altavoz! - ordenó Coster; y luego, a los visitantes en la plataforma de observación -: ¡Y ustedes ahí arriba, silencio! ¡Quietos!

El Vicepresidente de los Estados Unidos giró sorprendido su cabeza, pero enmudeció. Se acordó de sonreír. Los otros personajes importantes se callaron, para seguir hablando poco después en débiles susurros. Una voz femenina rompió el silencio:

- Rastreador Uno a Blocao... quinta etapa localizada alta, más dos. - Hubo un movimiento en un rincón. Allí, una amplia lona protegía una gruesa lámina de plexiglás de la luz directa. La lámina estaba montada verticalmente y sus bordes estaban iluminados; mostraba un mapa coordinado de Colorado y Kansas, trazado con finas líneas blancas; las ciudades y pueblos brillaban con luz roja. Las granjas no evacuadas eran pequeñas motas rojas de advertencia.

Un hombre tras el mapa transparente lo tocó con un lápiz graso; la localización informada de la quinta etapa brilló. Frente al mapa había un hombre joven, sentado calmadamente en una silla, con un interruptor en forma de perilla en una mano, su dedo

pulgar suavemente apoyado sobre el botón. Era un bombardero, cedido por las Fuerzas Aéreas; cuando pulsara el interruptor, el circuito radiocontrolado de la quinta etapa desprendería las cuerdas del paracaídas de aterrizaje de la quinta etapa y ésta caería a plomo. Trabajaba tan sólo con los informes del radar, sin ningún imaginario observador que pudiera ayudarle. Actuaba casi únicamente por instinto... o mejor por el conocimiento subconsciente acumulado por su entrenamiento, integrando en su cerebro los pocos datos disponibles ante él, decidiendo dónde caerían las toneladas de la quinta etapa si pulsaba el botón en un momento determinado. No parecía preocupado.

- ¡Puesto Número Uno a Blocao! - repitió una voz masculina -. Cuarta etapa desprendida según lo previsto. - Y casi inmediatamente una voz más grave le hizo eco -: Rastreador Número Dos, siguiendo a la cuarta etapa, altitud en este momento uno-cincos-dos-uno kilómetros, vector previsto.

Nadie prestaba atención a Harriman.

Bajo la cubierta, la trayectoria observada de la quinta etapa iba dibujándose en un brillante trazo del lápiz, cerca, pero no encima, de la puntillada trayectoria prevista. De cada punto de localización surgía una línea en ángulo recto, la altitud informada para aquella localización.

El tranquilo hombre que observaba el mapa pulsó de pronto fuertemente el botón. Luego se levantó, se desperezó y dijo:

- ¿Alguien tiene un cigarrillo?

- ¡Rastreador Número Dos! - respondieron -. Cuarta etapa... primera predicción de impacto... sesenta kilómetros al oeste de Charleston, Carolina del Sur.

- ¡Repita! - aulló Coster.

El que hablaba volvió a gritar muy alto, sin ninguna pausa:

- ¡Corrección, corrección... sesenta kilómetros al este, repito, al este!

Coster suspiró. El suspiro fue interrumpido por otro informe:

- Puesto Número Uno a Blocao... tercera etapa desprendida menos cinco segundos - y un locutor en el puesto de control de Coster llamó:

- Señor Coster, señor Coster... el observatorio de Palomar desea hablarle.

- Dígales que se vayan... no, dígales que esperen.

Inmediatamente, otra voz interrumpió:

- Rastreador Número Uno, alcance auxiliar Fox... Primera etapa a punto de caer cerca de Dodge City, Kansas.

- ¿Cuan cerca?

No hubo respuesta. Luego la voz del Rastreador Número Uno dijo:

- Informado impacto aproximadamente a veintidós kilómetros al sudoeste de Dodge City.

- ¿Daños?

El Puesto Número Uno interrumpió antes de que el Rastreador Número Uno pudiera responder:

- Segunda fase desprendida, segunda fase desprendida... la nave prosigue ahora por sí misma.

- Señor Coster... por favor, señor Coster...

Y una voz totalmente nueva:

- Puesto Número Dos a Blocao... estamos siguiendo la nave. Iremos informando distancias y rumbo. Permanezcan a la escucha...

- Rastreador Número Dos a Blocao... la cuarta fase caerá definitivamente en el Atlántico, punto estimado de impacto nueve - uno kilómetros al este de Charleston rumbo nueve - tres. Repito...

Coster miró irritadamente a su alrededor.

- ¿No hay agua para beber en esta guarida?

- Harriman se dirigió a la puerta y salió. De pronto se sentía tremendamente abatido, tremendamente cansado, tremendamente deprimido.

El campo parecía extraño sin la nave. La había visto crecer; ahora, de pronto, se había ido. La Luna, alzándose sobre el horizonte, parecía indiferente a todo... y el viaje espacial era un sueño tan remoto como lo había sido en su niñez.

Había varias pequeñas figuritas afanándose alrededor de la valla que protegía el lugar donde había estado la nave... cazadores de recuerdos, pensó desdeñosamente. Alguien se le acercó en la oscuridad.

- ¿Señor Harriman?

- ¿Eh?

- Hopkins... de la A.P. ¿Qué le parece una declaración?

- ¿Uh? No, ningún comentario. Estoy cansado.

- Oh, sólo unas palabras. ¿Cómo se siente después de haber patrocinado con éxito el primer viaje a la Luna... si es que tiene éxito?

- Tendrá éxito. - Pensó un instante, luego cuadró sus cansados hombros y dijo -: Diga que esto es el comienzo de la era más grande de la raza humana. Diga que cada uno de nosotros tendrá la oportunidad de seguir los pasos del capitán LeCroix, descubriendo nuevos planetas, construyéndose un hogar en nuevas tierras. Diga que esto significa nuevas fronteras, la apertura del cuerno de la abundancia. Significa... - Se interrumpió -. Eso es todo por esta noche. Estoy agotado, hijo. Déjeme solo, ¿quiere?

Al cabo de un momento salió Coster, seguido por los personajes importantes. Harriman se dirigió a Coster.

- ¿Todo bien?

- Seguro. ¿Por qué no tendría que ir bien? El Rastreador Número Tres lo siguió hasta el límite de alcance... sin que se desviara de su ruta. - Coster añadió -: La quinta fase mató una vaca al caer a tierra.

- Olvídelo... tendremos bisté para desayunar. - Harriman tuvo entonces una conversación con el Gobernador y el Vicepresidente, y los escoltó hacia su nave. Dixon y Entenza se fueron juntos, con menos formalidades; finalmente Coster y Harriman quedaron solos, excepto por los subordinados demasiado jóvenes como para constituir un estorbo y los guardias que los protegían de la multitud -. ¿A dónde piensa ir, Bob?

- Al Broadmoor, a dormir toda una semana. ¿Y usted?

- Si no le importa, iré a su apartamento.

- En absoluto. Encontrará pildoras para dormir en el cuarto de baño.

- No voy a necesitarlas. - Tomaron unas copas juntos en las dependencias de Coster, hablaron de intrascendencias, y luego Coster llamó a un helicóptero y se fue al hotel. Harriman se echó en la cama, se levantó, leyó un número del día anterior del Post de Denver, lleno de fotografías de la Pionero y finalmente cedió y tomó dos de las cápsulas para dormir de Coster.

10

Alguien estaba sacudiéndolo.

- ¡Señor Harriman! Despierte... el señor Coster está en la pantalla.

- ¿Eh? ¿Qué? Oh, sí, muy bien. - Se levantó y se arrastró hasta el teléfono. Coster tenía un aspecto despeinado y excitado.

- ¡Hey, Jefe... lo ha conseguido!

- ¿Uh? ¿De qué está hablando?

- Palomar acaba de llamarme. Dicen que han visto su señal y que ahora han localizado la nave. El...

- Aguarde un minuto, Bob. Cálmese. Todavía no puede haber llegado. Partió anoche.

Coster pareció desconcertado.

- ¿Qué ocurre, señor Harriman? ¿No se encuentra bien? Partió el miércoles.

Vagamente, Harriman empezó a orientarse. No, la partida no se había efectuado la noche anterior... confusamente recordó un viaje en coche a las montañas, un día pasado dormitando al sol, una especie de fiesta en la que había bebido demasiado. ¿Qué día era hoy? No podía decirlo: Pero si LeCroix había alunizado, entonces... bueno, no importaba.

- Tranquilo, Bob... estaba medio dormido. Imagino que soñé de nuevo la partida. Ahora cuénteme todas las noticias, despacio.

Coster empezó de nuevo.

- LeCroix ha alunizado, justo al oeste del cráter de Arquímedes. Desde Palomar pueden ver la nave. Dicen que fue una gran idea el señalar su posición con polvo negro. Les debe haber cubierto un par de acres con él. Dicen que brilla como un anuncio luminoso, a través del Gran Ocular.

- Quizá tendríamos que ir allí y echar una mirada. No... más tarde - rectificó -. Vamos a estar muy atareados.

- No veo qué más podemos hacer, señor Harriman. Tenemos a una docena de nuestros mejores expertos en balística calculando posibles rutas para usted.

Harriman empezó a decirle al hombre que pusiera a otros doce, pero lo pensó mejor y desconectó la pantalla. Estaba todavía en Campo Peterson, con una de las mejores estratonaves de Rutas del Espacio aguardándole fuera, preparada para llevarle a cualquier punto del globo donde pudiera aterrizar LeCroix. LeCroix estaba en la alta estratosfera, llevaba allí más de veinticuatro horas. El piloto estaba disminuyendo lenta y cautelosamente su velocidad terminal, disipando la increíble energía cinética en ondas de choque y calor radiante.

Le seguían con el radar en sus vueltas alrededor del globo, una y otra y otra vez... pero no había forma de saber exactamente dónde y cómo correría el piloto el riesgo de aterrizar. Harriman escuchaba los incesantes informes del radar y se maldecía por el hecho de haber decidido eliminar peso suprimiendo el equipo de radio.

Las cifras del radar llegaban cada vez con más frecuencia. La voz calló y luego empezó de nuevo:

- ¡Inicia su deslizamiento de aterrizaje!

- ¡Diga al campo que lo tengan todo preparado! - gritó Harriman. Contuvo el aliento y esperó. Tras unos segundos interminables, otra voz anunció:

- La nave lunar está aterrizando. Entrará en contacto con el suelo en algún lugar al este de Chihuahua, en Viejo México.

Harriman abrió la puerta y echó a correr.

Guiándose por los informes de la radio, el piloto de Harriman no tardó en localizar a la Pionero, increíblemente pequeña entre la arena del desierto. En un magnífico aterrizaje, puso su propia nave muy cerca de la otra. Harriman estaba batallando ya con la portezuela de la cabina antes de que la nave se hubiera detenido por completo.

LeCroix estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un estabilizador de su nave y gozando de la sombra de sus alerones triangulares. Un pastor de ovejas nativo estaba de pie frente a él, mirándole con la boca abierta. Mientras Harriman trotaba hacia él, con sus pies hundiéndose en la arena, LeCroix se puso en pie, echó a un lado la colilla de su cigarrillo y dijo:

- ¡Hey, jefe!

- ¡Les! - abrazó al joven -. Me alegra verle de nuevo, muchacho.

- Yo también me alegro de verle a usted. Pedro, este hombre, no habla nuestro idioma.

- LeCroix miró a su alrededor; no había nadie excepto el piloto de la nave de Harriman -
. ¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Bob?

- No les esperé. Seguramente llegarán en pocos minutos... ¡hey, ahí vienen! - Otra estratonave estaba aterrizando. Harriman se giró hacia su piloto -. Bill... vaya a su encuentro.

- ¿Eh? Ya vendrán, no se preocupe.

- Haga lo que le digo.

- Usted es quien manda. - El piloto se alejó dificultosamente por la arena, con sus hombros mostrando desaprobación. LeCroix parecía desconcertado.

- Aprisa, Les... ayúdeme con esto.

«Esto» eran los cinco mil sobres estampillados que se suponía habían estado en la Luna. Los sacaron de la estratonave de Harriman y los metieron en la nave lunar, guardándolos en un compartimento para comida vacío, con sus acciones ocultas a la vista de los recién llegados por el cuerpo de la estratonave.

- ¡Huau! - dijo Harriman -. Estuvimos cerca. Medio millón de dólares. Los necesitamos, Les.

- Seguro; pero mire, señor Harriman, los di...

- ¡Chissst! Los otros vienen. ¿Qué hay de lo otro? ¿Listo para hacer tu número?

- Sí. Pero estaba intentando decirle...

- ¡Calle!

No eran sus colegas; era un grupo de periodistas, operadores de cine, locutores, comentaristas, técnicos. Se echaron sobre ellos.

Harriman los saludó alegremente con la mano.

- Sírvanse ustedes mismos, muchachos. Tomen las fotos que quieran. Suban a la nave. Hagan como si estuvieran en sus casas. Miren todo lo que quieran mirar. Pero no molesten al capitán LeCroix... está cansado.

Había aterrizado otra nave, esta vez con Coster, Dixon y Strong. Entenza apareció en la nave fletada por él mismo, y empezó a dar órdenes a los hombres de televisión, radio y demás periodistas, y casi se enzarzó a golpes con un equipo de cámaras no autorizado. Un enorme helicóptero de transporte aterrizó, y de él salió casi un pelotón de tropas mexicanas vestidas de caqui. De algún lugar - aparentemente surgidos de la propia arena - aparecieron varias docenas de campesinos nativos. Harriman se alejó de los periodistas, sostuvo una rápida y cara discusión con el capitán de las tropas locales, y con su ayuda consiguió mantener un cierto orden para evitar que la Pionero fuera desmantelada a piezas.

- ¡Dejen eso! - era la voz de LeCroix desde dentro de la Pionero. Harriman aguardó y escuchó -. ¡No es de su incumbencia! - la voz del piloto sonaba alta y airada -. ¡Vuelvan a dejarlo donde estaba!

Harriman se abrió camino hasta la puerta de la nave.

- ¿Cuál es el problema, Les?

Dentro de la angosta cabina, donde apenas cabía un aparato de televisión, estaban tres hombres, LeCroix y dos periodistas. Los tres parecían irritados.

- ¿Les? - repitió Harriman.

LeCroix estaba sujetando una bolsita de tela que parecía estar vacía. Esparcidas sobre la litera de aceleración, entre él y los periodistas, había algunas piedrecitas que relucían con un brillo mate. Un periodista tenía una de ellas en la mano y la examinaba a la luz.

- Esos tipos están metiendo sus narices en cosas que no les conciernen - dijo irritablemente LeCroix.

El periodista miró la piedra y dijo:

- Usted nos autorizó a mirar lo que quisiéramos, ¿no, señor Harriman?

- Sí.

- Su piloto, aquí... - señaló a LeCroix con el pulgar - no esperaba aparentemente que descubriéramos eso. Lo tenía bien oculto en el almohadillado de su litera.

- ¿Qué es?

- Diamantes.

- ¿Qué se lo hace pensar?

- Son diamantes, se lo aseguro.

Harriman se detuvo y tomó un cigarro. Luego dijo:

- Esos diamantes estaban donde usted los ha encontrado porque yo los puse ahí.

Un flash destelló a espaldas de Harriman; una voz dijo:

- Levanta un poco más esa piedra, Jeff.

El periodista llamado Jeff hizo lo que le pedían y luego dijo:

- Eso suena como una acción muy extraña, señor Harriman.

- Estaba interesado por saber el efecto de las radiaciones del espacio abierto en los diamantes en bruto. Siguiendo mis órdenes, el capitán LeCroix puso el saquito de diamantes en la nave.

Jeff silbó dubitativo.

- Bueno, ¿sabe?, señor Harriman, si usted no me hubiera dado esta explicación, hubiera creído que LeCroix había encontrado esas piedras en la Luna y estaba intentando ocultarlas.

- Publique eso, y le demandaré por libelo. Tengo mi entera confianza en el capitán LeCroix. Ahora déme los diamantes.

Jeff enarcó las cejas.

- Pero no la suficiente confianza como para dejar que se los quede, quizá.

- Déme las piedras. Y ahora salgan.

Harriman arrancó a LeCroix de manos de los periodistas tan pronto como pudo y lo metió en su nave.

- Eso es todo por ahora, muchachos - les dijo a los periodistas y fotógrafos -. Nos veremos en Campo Peterson.

Cuando la nave despegó, se giró hacia LeCroix.

- Has hecho un magnífico trabajo, Les.

- Ese periodista llamado Jeff debe estar hecho un mar de confusiones.

- ¿Eh? Oh, eso. No, me refiero al vuelo. Lo hiciste. Eres el hombre más famoso del planeta.

LeCroix se alzó de hombros.

- Bob construyó una buena nave. No podía fallar. Ahora, respecto a los diamantes...

- Olvida los diamantes. Has hecho tu parte. Nosotros pusimos las piedras en la nave; eso es lo que diremos a todo el mundo... y es la pura verdad. Si no nos creen no será culpa nuestra.

- Pero, señor Harriman...

- ¿Qué?

LeCroix abrió la cremallera de uno de los bolsillos de su mono de vuelo, y sacó un pañuelo sucio con los extremos anudados. Lo desató... y echó a las manos de Harriman muchos más diamantes que los que había mostrado en la nave... diamantes finos y grandes.

Harriman se los quedó mirando. Empezó a reír.

Luego se los devolvió a LeCroix.

- Guárdelos.

- Imagino que pertenecen a todos nosotros.

- Bueno, entonces guárdelos para todos nosotros. Y mantenga la boca cerrada al respecto. No, espere. - Tomó dos piedras grandes -. Mandaré hacer unos anillos con esas dos, uno para usted y otro para mí. Pero mantenga la boca cerrada, o de lo contrario no valdrán nada, excepto como curiosidades.

Era completamente cierto, pensó. Desde hacía mucho tiempo el sindicato diamantífero había comprendido que los diamantes en gran cantidad valdrían poco más que el vidrio, excepto para usos industriales. En la Tierra había suficientes diamantes para la industria,

y suficientes también para la joyería. Si en la Luna los diamantes eran literalmente «tan abundantes como los guijarros», entonces se convertirían simplemente en eso... en guijarros.

No valdrían ni el gasto de traerlos a la Tierra.

Pero ahora había que pensar en el uranio. Si también era tan abundante...

Harriman se echó hacia atrás en su asiento y empezó a soñar.

Al cabo de un momento, LeCroix dijo con voz suave:

- ¿Sabe, Jefe? Aquello es maravilloso.

- ¿Eh? ¿Qué?

- La Luna, por supuesto. Tengo que volver. Tengo que volver allí tan pronto como pueda. Tenemos que apresurarnos con la nueva nave.

- ¡Seguro, seguro! Y esta vez la construiremos lo suficientemente grande como para que quepamos los tres. ¡Esta vez yo también iré!

- Apuesto a que sí.

- Les... - el maduro hombre habló casi con timidez -. ¿Cómo se ven las cosas cuando uno mira la Tierra desde allí?

- ¿En? Se ven como... se ven... - LeCroix se interrumpió -. Diablos, Jefe, es algo que no puede explicarse. Es maravilloso, eso es todo. El cielo es negro y... bueno, aguarde a ver las fotografías que tomé. Mejor aún, espere a verlo usted mismo.

Harriman asintió.

- Pero se hace tan largo esperar.

11

«¡¡¡Campos de diamantes en la Luna!!!»

«El millonario que financió la empresa desmiente la historia de los diamantes. Dice que las joyas fueron llevadas al espacio por razones científicas.»

«Diamantes en la Luna: ¿verdad o mentira?»

«...pero consideren esto, invisibles amigos radioescuchas: ¿qué razón puede impulsar a alguien a llevar diamantes a la Luna? Cada gramo de esa nave y su carga estaba calculado; los diamantes no serían incluidos sin una buena razón. Muchas autoridades científicas se han pronunciado sobre lo absurdo de la razón confesada por el señor Harriman. Es fácil suponer que esos diamantes podían haber sido puestos en la nave con el propósito de "salpicar" la Luna, por decirlo así, con joyas terrestres, con la intención de convencernos de que existen diamantes en la Luna... pero el señor Harriman, su piloto el capitán LeCroix, y todos los demás relacionados con la empresa, han jurado que los diamantes no procedían de la Luna. Pero lo que sí es absolutamente cierto es que los diamantes estaban en la nave espacial cuando ésta aterrizó. Deduzcan lo que quieran de ello; este informador intentará comprar antes de que se agoten algunas acciones de las futuras minas de diamantes lunares...»

Strong, como de costumbre, estaba ya en la oficina cuando llegó Harriman. Antes de que los socios pudieran hablar, la pantalla se iluminó.

- Señor Harriman, Rotterdam al habla.

- Dígales que se vayan a plantar tulipanes.

- El señor Van der Velde está esperando, señor Harriman.

- De acuerdo.

Harriman dejó hablar al holandés, y luego dijo:

- Señor Van der Velde, las afirmaciones a mí atribuidas son absolutamente correctas. Yo puse en la nave esos diamantes que vieron los periodistas antes de que despegara.

Proviene de minas de aquí, de la Tierra. De hecho los compré cuando fui a verle; puedo probarlo.

- Pero, señor Harriman...

- Créame. Puede que haya más diamantes en la Luna de los que usted pueda juntar en toda su vida. No se lo garantizo. Pero sí garantizo que esos diamantes de que están hablando los periódicos son de procedencia terrestre.

- Señor Harriman, ¿por qué envió usted diamantes a la Luna? Quizás intentaba engañarnos, ¿verdad?

- Piense usted lo que quiera. Pero ya le he dicho que esos diamantes procedían de la Tierra. Ahora escuche esto: tiene usted una opción... una opción sobre una opción, por llamarlo así. Si usted desea pagar el segundo plazo de esa opción, y mantenerla en vigor, tiene de tiempo hasta las nueve en punto del jueves, hora de Nueva York, tal como está especificado en el contrato. Aguardó su decisión.

Cortó la comunicación, y se dio cuenta de que su socio lo estaba mirando ceñudamente.

- ¿Qué es lo que te preocupa?

- Yo también he pensado mucho en esos diamantes, Délos. He estado examinando las listas de pesos de la Pionero.

- No sabía que te interesaras en ingeniería.

- Sé entender las cifras.

- Bueno, lo encontraste, ¿no? Partida F-17-c, cincuenta gramos, asignados personalmente a mí.

- Lo encontré. Destaca tanto como un dedo vendado. Pero no encontré otra cosa.

Harriman sintió que se le anudaba el estómago.

- ¿Qué?

- No encontré la partida de los sobres estampillados. - Strong se le quedó mirando.

- Tiene que estar. Déjame ver las listas de pesos.

- No está, Délos. Sabes bien que me extrañó que insistieras tanto en entrar solo a ver al capitán LeCroix. ¿Qué ocurrió, Délos? ¿Los metiste a bordo sin que él se diera cuenta?

- Siguió mirando a Harriman mientras éste se agitaba, inquieto -. Hemos resuelto juntos algunos problemas difíciles... pero ésta será la primera vez que alguien pueda decir que la firma Harrison & Strong han cometido una estafa.

- Maldita sea, George... sería capaz de estafar, mentir, robar, mendigar, sobornar... ¡con tal de conseguir a cualquier precio lo que hemos conseguido!

Harriman se levantó y empezó a pasear por la habitación.

- Necesitábamos ese dinero, o la nave no hubiera despegado nunca. Estábamos a cero. Lo sabes, ¿no?

Strong asintió.

- Pero esos sobres tendrían que haber ido a la Luna. Eso fue lo que contratamos.

- Maldita sea, me olvidé de ello. Luego ya era demasiado tarde para añadirle ese peso. Pero no importaba. Pensé que si el viaje fracasaba, si LeCroix desaparecía, nadie sabría que los sobres no estaban allí, a nadie le importaría. Y sabía que si lo conseguía, tampoco importaría; tendríamos el dinero a espuestas. Y lo tendremos, George; ¡lo tendremos!

- Pero tendremos que devolver ese dinero.

- ¿Ahora? Dame tiempo, George. Todos los implicados en la empresa están contentísimos de cómo van las cosas. Espera a que recuperemos nuestra inversión; entonces compraré yo mismo todos esos sobres... con dinero de mi propio bolsillo. Es una promesa.

Strong siguió sentado. Harriman se detuvo frente a él.

- Te pregunto, George, si es necesario echar a pique una empresa de esta magnitud por una simple cuestión teórica.

Strong suspiró y dijo;

- Cuando llegue el momento, utiliza el dinero de la firma.
- ¡Así se hace! Pero utilizaré sólo el mío. Te lo prometo.
- No, el de la firma. Si estamos asociados, estamos asociados para todo.
- De acuerdo, si así lo quieres.

Harriman regresó a su escritorio. Ninguno de los dos socios tuvo nada que decir durante largo rato. Finalmente, Dixon y Entenza fueron anunciados.

- Hola, Jack - dijo Harriman -. ¿Se encuentra mejor ahora?
- No gracias a usted. Tuve que luchar por lo que invertí en el aire... y parte de ello tuve casi que arrebatarlo. Délos, tenía que haber habido una cámara de televisión en la nave.
- No se preocupe por eso. Como ya le dije, esta vez tuvimos que ahorrar peso. Pero estará ahí en el próximo viaje, y en el otro. Su concesión le reportará un montón de dinero.

Dixon carraspeó.

- Por eso hemos venido a verle, Délos. ¿Cuáles son sus planes?
- ¿Planes? Seguir adelante. Les, Coster y yo realizaremos el próximo viaje. Estableceremos una base permanente. Quizá Coster se quede allá. En el tercer viaje enviaremos una auténtica colonia... ingenieros nucleares, mineros, expertos en hidropónica, ingenieros de comunicaciones. Fundaremos Luna City, la primera ciudad en otro planeta.

Dixon se quedó pensativo.

- ¿Y cuándo empezaremos a recuperar dinero?
- ¿Qué quiere decir con «recuperar»? ¿Desea reembolsarse el capital invertido, o recibir algún beneficio por su inversión? Puedo interpretarlo de ambas maneras.

Entenza estaba a punto de decir que deseaba que le devolvieran su inversión, pero Dixon se le adelantó:

- Beneficios, naturalmente. La inversión ya está hecha.
- ¡Estupendo!
- Pero no veo de dónde espera sacar beneficios. De acuerdo, LeCroix hizo el viaje y regresó sano y salvo. Esto es un honor para todos nosotros. ¿Pero dónde están los intereses?
- Espere a que madure la cosecha, Dan. ¿Acaso parezco preocupado? ¿Cuáles son nuestros bienes? - Harriman fue contándolos con los dedos -. Derechos de cine, televisión, radio...

- Todo esto pertenece a Jack.

- Eche un vistazo al contrato. Él tiene la concesión, pero debe pagar a la firma... a todos nosotros, por ellos.

- ¡Cállese, Jack! - dijo Dixon antes de que Entenza pudiera hablar; luego añadió -: ¿Qué más? Eso no nos va a sacar de ningún apuro.

- Garantías en cantidad. Los chicos de Monty están trabajando en ello. Derechos sobre el mayor best seller de todos los tiempos... tengo a un escritor fantasma y a una estenógrafa siguiendo a LeCroix minuto a minuto. Una concesión para la primera y única línea espacial...

- ¿De quién?

- La tendremos. Kamens y Montgomery están ahora en París, trabajando en ello. Esta tarde me reuniré con ellos. Y uniremos a esta concesión otra concesión del otro lado, tan pronto como podamos instalar una colonia permanente allí, no importa lo pequeña que sea. Será el estado autónomo de la Luna, bajo la protección de las Naciones Unidas... y ninguna nave podrá aterrizar o despegar de su territorio sin su permiso. Además de eso tendremos derecho a otorgar concesiones a una docena de otras compañías para los más variados propósitos, e imponerles igualmente impuestos, tan pronto como hayamos establecido la Corporación Municipal de la Ciudad de la Luna, bajo las leyes del Estado

de la Luna. Lo venderemos todo menos el vacío... e incluso venderemos este vacío, para fines experimentales. Y no lo olviden... tendremos una gran parte de bienes inmuebles, con título soberano sobre ellos, como propiedad, y aún por vender. La Luna es grande.

- Sus ideas también son grandes, Délos - dijo Dixon secamente -. Pero dígame realmente, ¿qué va a pasar ahora?

- En primer lugar haremos que las Naciones Unidas confirmen el título. El Consejo de Seguridad está reunido ahora en sesión secreta; la Asamblea se reunirá esta noche. Las cosas están que arden; por eso tengo que ir allí. Cuando las Naciones Unidas decidan, ¡y lo harán!, que es su corporación no lucrativa la única que tiene derecho real a reclamar la propiedad de la Luna, entonces empezaré a moverme. La pobrecilla y débil corporación no lucrativa que he creado está dispuesta a garantizar un cierto número de cosas a algunas buenas y honestas corporaciones de pelo en pecho... como compensación por su ayuda en montar un laboratorio de investigación física, un observatorio astronómico, un instituto de selenografía y algunas otras empresas perfectamente no lucrativas. Ésta será interinamente nuestra finalidad hasta que no tengamos una colonia permanente con sus propias leyes. Entonces...

Dixon gesticuló impacientemente.

- No me salga con disquisiciones legales, Délos. Le conozco desde hace demasiado tiempo como para saber lo que me puede decir al respecto. ¿Qué es lo que vamos a hacer ahora?

- ¿Eh? Tenemos que construir otra nave, mayor que la otra. No mayor en el sentido real, sino en efectividad. Coster ha empezado a proyectar una catapulta de superficie... se extenderá desde Manitou Springs hasta la cima de Pikes Peak. Con ella podremos lanzar una nave a una órbita libre alrededor de la Tierra. Luego utilizaremos esa nave para abastecer de combustible a otras naves... una estación del espacio, como la estación de energía. Nos proporcionará además la forma de llegar hasta allí con energía química sin tener que desprendernos de las nueve décimas partes de la nave por el camino.

- Suena muy caro.

- Lo será. Pero no se preocupe; tenemos un par de docenas de pequeñas empresas que nos irán proporcionando dinero hasta que estemos organizados de una forma comercial; entonces emitiremos acciones. Ya lo hemos hecho antes; sólo que ahora, en vez de venderlas a diez dólares, las venderemos a mil.

- ¿Y usted cree que podremos mantenernos hasta que la empresa se autofinancie? Haga frente a las cosas, Délos, la empresa no será rentable hasta que tengamos naves haciendo el trayecto de aquí a la Luna y viceversa, y cobremos los fletes de mercancías y pasajeros. Eso quiere decir clientes, con dinero. ¿Qué hay en la Luna que interese a alguien... y quién estará dispuesto a pagar por ello?

- Dan, ¿cree realmente que no hay nada? Si es así, ¿por qué está con nosotros?

- Creo en ello, Délos... o mejor dicho, creo en usted. Pero ¿cuál es su plazo de tiempo? ¿Cuál es su presupuesto? ¿Qué tipo de cosas piensa explotar? Y por favor no me mencione los diamantes; creo que ya entendí su trampa.

Harriman mordisqueó su cigarro durante unos instantes.

- Hay una valiosa mercancía que empezaremos a embarcar inmediatamente.

- ¿Cuál?

- Conocimiento.

Entenza se sobresaltó. Strong pareció desconcertado. Dixon asintió.

- Compró. El conocimiento siempre sirve para algo... al hombre que sabe explotarlo. Y admito que la Luna es un lugar ideal para conseguir nuevos conocimientos. Asumo que puede usted amortizar el próximo viaje. ¿Cuál es su presupuesto y su plazo de tiempo para él?

Harriman no respondió. Strong estudió atentamente su rostro. Para él, la cara de poker de Harriman era tan reveladora como un anuncio... decidió que su socio estaba

acorralado en un rincón. Aguardó, nervioso pero dispuesto a jugar el juego de Harriman. Dixon prosiguió:

- Por la forma como lo describe, Délos, juzgo que no tiene usted suficiente dinero para el siguiente paso... y que no sabe de dónde sacarlo. Creo en usted, Délos... y le dije al principio que no creía en dejar que un nuevo negocio se muriera por anemia. Estoy dispuesto a contribuir con un quinto más.

Harriman se lo quedó observando.

- Mire - dijo francamente -, usted tiene ahora la parte de Jack, ¿verdad?

- Yo no diría eso.

- Usted vota por él. Es exactamente lo mismo.

- Eso no es cierto - dijo Entenza -. Yo soy independiente. Yo...

- Jack, es usted un maldito mentiroso - dijo Harriman desapasionadamente -. Dan, usted tiene ahora el cincuenta por ciento. Según los acuerdos actuales, yo decido las cosas, lo cual me da el control mientras George permanezca a mi lado. Si le vendemos otra participación, usted poseerá tres quintas partes del voto... y será el amo. ¿Es eso lo que está buscando?

- Délos, le dije que confío en usted.

- Pero se sentirá más feliz con el látigo en la mano. Bueno, no voy a hacerlo. Dejaré que el viaje espacial, el auténtico viaje espacial, con vuelos regulares, aguarde otros veinte años antes de lanzarme de nuevo. Sí, dejaré que todos nos hundamos mientras vivimos en la gloria antes de volver a lanzarme de nuevo. Así que ya pueden pensar en alguna otra cosa.

Dixon no dijo nada. Harriman se levantó y se puso a pasear por la habitación. Se detuvo frente a Dixon.

- Dan, si comprendiera usted realmente lo que significa todo esto, le permitiría que se quedara con el control. Pero no lo comprende. Usted lo ve tan sólo como otra forma de llegar hasta el dinero y el poder. Estoy perfectamente de acuerdo en dejar que los buitres como usted se enriquezcan con ello... pero quiero conservar el control. Quiero que todo esto se desarrolle, no que sea ordeñado. La raza humana está mirando ya a las actuales estrellas... y esta aventura presenta nuevos problemas comparados con los cuales la energía atómica es un juego de niños. La raza está tan preparada para ello como pueda estarlo una virgen inocente para el sexo. A menos que emprendamos cuidadosamente la aventura, todo se derrumbará. Usted la hará derrumbarse, Dan, si deo que tenga usted el voto decisivo... porque usted no lo comprende.

Inspiró profundamente y prosiguió:

- Tome la seguridad por ejemplo. ¿Sabe por qué permití a LeCroix que pilotase la nave en lugar de hacerlo yo mismo? ¿Piensa que tuve miedo? ¡No! Yo quería que regresara... sano y salvo. No quería que el viaje espacial sufriera otro retraso. ¿Sabe por qué debemos establecer un monopolio, al menos durante los primeros años? Porque cualquier hijo de vecino querrá construirse una nave para ir a la Luna, ahora que saben que puede hacerse. ¿Recuerda los primeros días del vuelo sobre el océano? Después de que Lindbergh lo hiciera, cualquiera que se autodenominara piloto y que poseyera un trasto con alas se creía con ánimos de lanzarse por encima de cualquier extensión líquida. Algunos incluso se llevaron consigo a sus chicos. Y la mayor parte de ellos aterrizaron en mojado. Los aeroplanos adquirieron una reputación de peligrosos. Pocos años más tarde las líneas aéreas empezaron a hacerse la competencia de una forma tan encarnizada con el fin de ganar dinero rápido en un campo altamente competitivo que uno no podía echarle una ojeada al periódico sin leer los titulares de otra catástrofe aérea.

»¡Eso no ocurrirá con el viaje espacial! No voy a dejar que ocurra. Las naves espaciales son demasiado grandes y demasiado caras; si adquieren una reputación de peligrosas, entonces hubiéramos hecho mejor quedándonos en la cama. Tengo sentido de la responsabilidad.

Se detuvo. Dixon aguardó un instante, y luego dijo:

- Dije que creía en usted, Délos. ¿Cuánto dinero necesita?

- ¿Eh? ¿En qué condiciones?

- Su crédito.

- ¿Mi crédito? ¿Ha dicho usted mi crédito?

- Por supuesto, quiero algunas seguridades.

Harriman maldijo.

- Sabía que había gato encerrado ahí. Dan, sabe usted condenadamente bien que todo lo que poseo está invertido en esta aventura.

- Tiene los seguros. Por lo que sé, representan una cantidad bastante respetable.

- Sí, pero todo esto es para mi esposa.

- Me pareció haberle oído decir algo por el estilo a Jack Entenza - dijo Dixon -. Vamos... conociéndole como le conozco, sé que tiene al menos alguna inversión irrevocable, o alguna renta anual, o algo por el estilo, para que la señora Harriman no tenga que terminar sus días en un asilo, pase lo que pase.

Harriman pensaba intensamente.

- ¿Qué plazo me concede?

- Cuando pueda y como pueda. Por supuesto, quiero una cláusula de protección contra una quiebra.

- ¿Por qué? Una cláusula así no tiene validez legal.

- Con usted sí la tiene, ¿verdad?

- Hummm... sí, la tiene.

- Entonces traiga sus pólizas y veamos la cantidad máxima que podemos fijar.

Harriman se lo quedó mirando, luego se giró bruscamente y se dirigió hacia su caja fuerte. Regresó con un fajo de alargados y abultados sobres. Los sumaron juntos; era una suma sorprendentemente elevada... para aquellos días. Dixon consultó una libretita de notas que sacó de su bolsillo y dijo:

- Creo que falta uno... bastante elevado. Una póliza de la North Atlantic Mutual, creo.

Harriman volvió a quedárselo mirando.

- Maldita sea, ¿es que no puedo tener empleados de auténtica confianza en mis propias oficinas?

- No - dijo Dixon apaciblemente -. No he obtenido la información de su personal.

Harriman volvió a la caja fuerte, tomó la póliza y la añadió al montón. Strong dijo entonces:

- ¿Quiere también las mías, señor Dixon?

- No - respondió Dixon -, no va a ser necesario. - Empezó a meterse las pólizas en sus bolsillos -. Me las quedo yo, Délos, y me encargaré de ir pagando las primas. Se las cargaré, por supuesto. Envíe la nota y los documentos de cambio de beneficiario a mi oficina. Aquí tiene mi cheque. - Le tendió un papel; era un cheque registrado por el banco... librado por el importe exacto de las pólizas.

Harriman miró el cheque.

- A veces - dijo lentamente - me pregunto quién está engañando a quién. - Tendió el cheque a Strong -. De acuerdo; George, hazte cargo de él. Me voy a París, caballeros. Deséenme suerte. - Salió trotante como un fox - terrier.

Strong pasó su mirada de la puerta cerrada a Dixon, luego al cheque.

- Tendría que hacer pedazos este trozo de papel.

- No lo haga - advirtió Dixon -. Entienda, realmente creo en él. - Añadió -: ¿Ha leído alguna vez a Cari Sandburg, George?

- No suelo leer mucho.

- Inténtelo alguna vez. Cuenta una historia acerca de un hombre que hizo circular el rumor de que había descubierto petróleo en el infierno. Casi inmediatamente todo el mundo había partido para el infierno, tratando de llegar el primero. El hombre que había

hecho circular el rumor los vio partir, se rascó la cabeza, y se dijo a sí mismo que tal vez hubiera algo de verdad en aquel rumor, después de todo. Así que él también partió para el infierno.

Strong aguardó unos instantes, y finalmente dijo:

- No le veo la punta.

- La punta está en que sólo quiero protegerme si es necesario, George... y usted también debería hacerlo. Délos puede acabar creyendo en sus propios rumores. ¡Diamantes! Vamonos, Jack.

12

Los meses siguientes fueron tan ajetreados como el período anterior al vuelo de la Pionero (ahora honorablemente retirada en la Smithsonian Institution). Un equipo de ingenieros y grandes grupos de operarios estaban trabajando en la catapulta; otros dos equipos se afanaban en dos nuevas naves; la Mayflower y la Colonial; una tercera nave se hallaba en las mesas de diseño. Ferguson era el ingeniero jefe de todo el complejo; Coster, aún protegido por Jock Berkeley, era el ingeniero consultivo, y trabajaba donde y como quería. Colorado Springs se había convertido en una ciudad bulliciosa; las edificaciones situadas en torno a la carretera rodante Denver - Trinidad se habían extendido hasta las Springs, rodeando Campo Peterson.

Harriman estaba tan atareadísimo como un gato con dos colas. El constante aumento de los trabajos de explotación y promoción le ocupaban ocho días de cada semana, pero, haciendo trabajar a Kamens y a Montgomery hasta casi la úlcera y pasando él mismo numerosas noches sin dormir, consiguió tener frecuentes oportunidades de correr a Colorado y hablar de cómo iban las cosas con Coster.

Luna City, se decidió, sería fundada en el siguiente viaje. La Mayflower fue planeada para transportar no sólo a siete pasajeros, sino también aire, agua y provisiones para mantener a cuatro de ellos hasta el próximo viaje; vivirían en un barracón hermético de aluminio tipo Quonset, sellado, presurizado y enterrado bajo la superficie de la Luna hasta que, como era de presumir, fueran socorridos.

La elección de los cuatro pasajeros extra dio lugar a otra polémica, otra campaña publicitaria... y venta de más acciones. Harriman insistía en que fueran dos parejas casadas, en contra de las objeciones unánimes de todas las organizaciones científicas del mundo entero. Sólo cedió a la condición de que todos ellos fueran científicos, siempre que constituyeran dos parejas casadas. Eso trajo consigo varios matrimonios apresurados... y algunos divorcios, una vez anunciada la elección.

La Mayflower tenía el tamaño máximo que los cálculos demostraban era capaz de situarla en una órbita libre en torno a la Tierra por el empuje de la catapulta y la ayuda de sus propios motores. Antes de despegar, otras cuatro naves, casi tan grandes como ella, la precederían. Pero éstas no serían naves espaciales; serían simple depósitos... sin ningún nombre. El más preciso cálculo balístico, el más preciso lanzamiento, los situaría en la misma órbita y en el mismo punto. Allí la Mayflower se citaría con ellos y cargaría su combustible.

Ésta era la parte más arriesgada de todo el proyecto. Si los cuatro depósitos quedaban situados lo suficientemente próximos entre sí, LeCroix, utilizando la pequeña reserva de maniobra, podría acercar su nueva nave hasta ellos. Si no... bueno, uno se siente muy solo en el espacio.

Se pensó seriamente en dotar a los tanques de pilotos y aceptar como un mal menor el uso del suficiente combustible de uno de ellos para permitir que una pequeña nave, un bote salvavidas con alas, decelerara, alcanzara la atmósfera y frenase lo suficiente como para aterrizar. Coster encontró un sistema más sencillo y económico.

Un piloto automático accionado por radar, cuyo antepasado era la espoleta de proximidad y cuyos padres más inmediatos podían encontrarse en los aparatos de teledirección de los proyectiles dirigidos, fue encargado de la tarea de reunir los tanques entre sí. El primero no iría equipado, pero el segundo, a través de un robot, husmearía al primero y se dirigiría hacia él con ayuda de un pequeño motor cohete direccional, utilizando el vector más corto. El tercero se uniría del mismo modo a los otros dos, y el cuarto al resto del grupo.

LeCroix no iba a tener ningún problema... si el sistema funcionaba.

13

Strong deseaba mostrarle a Harriman los informes de ventas del interruptor doméstico automático H & S; Harriman lo apartó a un lado.

Strong volvió a metérselos bajo la nariz.

- Será mejor que empieces a mostrar un poco de interés por esas cosas, Délos. Alguien en esta oficina tendría que pensar en algún modo de hacer dinero... dinero que nos pertenezca, o pronto vas a verte vendiendo manzanas en una esquina.

Harriman se echó hacia atrás y cruzó las manos tras su cabeza.

- George, ¿cómo puedes hablar así en un día como éste? ¿No hay poesía en tu alma? ¿No has oído lo que he dicho al entrar? La cita ha funcionado. Los depósitos uno y dos están tan pegados como unos hermanos siameses. Saldremos dentro de una semana.

- Es posible. Pero los negocios no pueden detenerse.

- Tú harás que no se detengan; yo tengo una cita. ¿Cuándo dijo Dixon que vendría?

- Tendría que estar ya aquí.

- ¡Estupendo! - Harriman mordió la punta de un cigarro y prosiguió -: ¿Sabes, George?, no lamento el no haber hecho el primer viaje. Así aún tengo que hacerlo. Me siento tan ansioso como una novia... y tan feliz. - Empezó a canturrear.

Dixon entró sin Entenza, una situación que había obtenido desde el día en que Dixon dejó de pretender que tan sólo controlaba una parte. Se estrecharon las manos.

- ¿Ha oído las noticias, Dan?

- George me lo ha dicho.

- Esto está hecho... o casi. Dentro de una semana, más o menos, estaré en la Luna. Casi no puedo creerlo.

Dixon se sentó en silencio. Harriman siguió:

- ¿Ni siquiera piensan felicitarme? ¡Éste es un gran día!

- D. D., ¿por qué va usted? - dijo de pronto Dixon.

- ¿Eh? No haga preguntas estúpidas. Para esto es para lo que he estado trabajando desde un principio.

- No es una pregunta estúpida. Le he preguntado por qué iba usted. Los cuatro colonos tienen una razón obvia, y cada uno de ellos es un selecto especialista y observador. LeCroix es el piloto. Coster es el hombre que ha diseñado la colonia permanente. Pero, ¿por qué va usted? ¿Cuál es su función?

- ¿Mi función? Bueno, soy el tipo que hace que las cosas marchen. Demonios, pienso presentarme para alcalde cuando esté allí. Tome un cigarro, amigo mío... se llama Harriman. No olvide votarme. - Sonrió.

Dixon no sonrió.

- No sabía que planeara quedarse allí.

Harriman pareció avergonzado.

- Bueno, aún no está decidido. Si podemos construir el refugio con rapidez, podremos ahorrar las suficientes provisiones como para que pueda quedarme hasta el próximo viaje. No van a envidiarme por eso, ¿verdad?

Dixon le miró directamente a los ojos.

- Délos, no puedo dejar que vaya.

En un primer momento, Harriman se quedó demasiado sorprendido como para hablar. Finalmente consiguió decir:

- No bromea, Dan. Iré. No puede detenerme. Nada en la Tierra puede detenerme.

Dixon agitó la cabeza.

- No puedo permitirlo, Délos. He invertido demasiado dinero en esto. Si usted va y le ocurre algo, lo perderé todo.

- Eso es una tontería. Usted y George podrán seguir adelante, eso es todo.

- Pregúnteselo a George.

Strong no tenía nada que decir. No parecía ansioso de cruzar su mirada con la de Harriman. Dixon continuó:

- No intente escabullirse, Délos. Esta empresa es usted, y usted es esta empresa. Si usted muere, todo se va abajo. No digo que el viaje espacial se resienta por ello; creo que ya le ha dado usted el impulso decisivo, y proseguirá por su propia inercia. Pero en cuanto a esta empresa, es decir nuestra compañía, se vendrá abajo. George y yo tendremos que liquidar a medio centavo el dólar. Tendremos que vender los derechos de la patente para hacer frente a todo lo que nos venga. Los bienes tangibles no tienen ningún valor.

- Maldita sea, son los intangibles los que estamos vendiendo. Usted sabía esto desde el principio.

- Usted es el bien intangible, Délos. Usted es la gallina que pone los huevos de oro. Y quiero tenerlo a la vista hasta que los haya puesto. No puede arriesgar el cuello en un vuelo espacial hasta que las cosas empiecen a rendir dinero, de modo que cualquier ejecutivo competente, como George y yo mismo, podamos seguir manejándolas. Estoy hablando en serio, Délos. He arriesgado mucho en ello como para dejar que usted lo eche a rodar en un viaje de placer.

Harriman se puso en pie y apoyó los dedos sobre su escritorio. Respiraba fatigosamente.

- ¡Usted no puede detenerme! - dijo con lentitud, con voz fuerte -. Siempre ha sabido que yo pensaba ir. No puede detenerme ahora. Ni todas las fuerzas del cielo y del infierno podrán detenerme.

Dixon respondió suavemente:

- Lo siento, Délos. Pero puedo detenerle, y lo haré. Puedo detener la nave.

- ¡Inténtelo! Tengo tantos abogados como pueda tener usted... ¡y mejores!

- Creo que pronto descubrirá que ya no es usted tan popular en los tribunales americanos como lo era antes... no desde que los Estados Unidos supieron que la Luna, al final no era para ellos.

- Inténtelo, le digo. Romperé con usted, y además me quedaré con sus acciones.

- ¡Tranquilo, Délos! No dudo de que tenga algún plan con el cual pueda arrebatarnos los derechos básicos de la compañía a George y a mí, si decide hacerlo. Pero no será necesario. Ni tampoco será necesario retener la nave. Deseo tanto como usted que ese vuelo se lleve a cabo. Pero usted no va a ir, porque usted mismo decidirá no hacerlo.

- Yo lo decidiré, ¿eh? ¿Acaso tengo aspecto de loco desde ahí donde está usted sentado?

- No, al contrario.

- Entonces, ¿por qué no iré?

- Porque yo tengo un pagaré suyo. Quiero hacerlo efectivo.

- ¿Qué? No señala ninguna fecha.

- No, pero quiero asegurarme de cobrarlo.

- Pero, loco estúpido, si yo muero, lo cobrará antes que nunca.

- ¿Lo haré? Está usted equivocado, Délos. Si usted muere en un viaje a la Luna, no cobraré nada. Lo sé; lo he comprobado con cada una de las compañías que le han

asegurado. La mayor parte de ellas tienen cláusulas de exclusión que cubren el empleo de vehículos experimentales; eso data de los primeros tiempos de la aviación. En cualquier caso, tendremos que obtener su cancelación ante los tribunales si es necesario, si decide usted poner un pie dentro de esa nave.

- ¡Usted lo instigó todo!

- Cállese, Délos. Se está congestionando. Claro que hice algunas averiguaciones, pero fue algo tan legítimo como defender mis intereses. No tengo ninguna intención de reclamar el pago de ese pagaré... ni ahora ni a su muerte. Deseo que lo pague usted con sus propios beneficios, quedándose aquí y ocupándose de esta compañía hasta que esté estabilizada.

Harriman tiró su cigarro, casi no fumado y destrozado a mordiscos, a la papelería. Falló.

- Me importa un pimiento lo que pierda usted en esto. Si no las hubiera puesto sobre aviso, las compañías hubieran pagado sin decir nada.

- Pero esto reveló un punto débil en sus planes, Délos. Si el viaje espacial es un éxito, los seguros tendrán que cambiar para cubrir este nuevo riesgo.

- Maldita sea, hay una compañía que ya lo hace... la North Atlantic Mutual.

- También fui a verles, y me enteré de lo que ofrecen. Lo suficiente para el traje de luto de su viuda, con la habitual cláusula de exclusión. No, los seguros tendrán que renovarse, todo tipo de seguros.

Harriman parecía pensativo.

- Me enteraré. George, llama a Kamens. Tal vez tengamos que fundar nuestra propia compañía.

- No se preocupe por Kamens - objetó Dixon -. La cuestión es que usted no puede ir en este viaje. Hay demasiados detalles de este tipo que vigilar y planear y cuidar.

Harriman lo miró directamente:

- ¡Dan, parece que aún no se ha metido en la cabeza el hecho de que voy a Jr! Retenga la nave si puede. Si pone usted sheriffs a su alrededor, tengo los chicos suficientes para echarlos a patadas.

Dixon se mostró apenado.

- Lamento mencionar este asunto, Délos, pero me temo que no va a ir ni aunque me mate.

- ¿Por qué?

- Su esposa.

- ¿Qué tiene que ver ella con esto?

- Está dispuesta a presentar una demanda por separación injustificada ahora mismo... se ha enterado de lo de los seguros.

Cuando se entere de su plan actual, le obligará a presentarse ante los tribunales y le exigirá un inventario de sus bienes.

- ¡Usted la ha instigado a que lo haga!

Dixon vaciló. Sabía que Entenza se lo había contado todo a la señora Harriman... maliciosamente. Pero no parecía necesario añadir una nueva enemistad personal.

- Ella es lo suficientemente lista como para hacer algunas averiguaciones por su propia cuenta. No voy a negar que hablé con ella... pero fue ella quien me llamó.

- ¡Lucharé contra los dos! - Harriman se dirigió a la ventana y miró afuera... era una auténtica ventana; le gustaba mirar al cielo.

Dixon se acercó y puso una mano sobre su hombro. Dijo suavemente:

- No se lo tome así, Délos. Nadie está intentando quitarle su sueño. Pero ahora no puede ir; no puede dejarnos de este modo. Hemos estado a su lado hasta aquí; ahora es usted quien tiene que permanecer al lado nuestro.

Harriman no respondió; Dixon prosiguió:

- Aunque usted no sienta lealtad hacia mí, ¿qué hay con respecto a George? Se mantuvo a su lado contra mí, cuando le dolía, cuando creía que usted lo estaba

arruinando... y esto es seguramente lo que ocurrirá á menos que usted termine personalmente el trabajo. ¿Qué hay con respecto a George, Délos? ¿Piensa también abandonarlo?

Harriman se giró, ignorando a Dixon y enfrentándose con Strong.

- ¿Qué dices a eso, George? ¿Crees que debo quedarme?

Strong se frotó las manos y se mordió el labio. Finalmente levantó la vista.

- A mí me parece bien lo que hagas, Délos. Haz lo que pienses que es mejor.

Harriman se quedó allí de pie, mirándole, durante un largo momento, con el rostro crispado, como si estuviera a punto de llorar.

- De acuerdo, sucios bastardos. De acuerdo. Me quedaré.

14

Era uno de esos gloriosos atardeceres tan comunes en la región de Pikes Peak, tras un día en el que el cielo había sido bien lavado por las tormentas de verano. La pista de la catapulta ascendía en línea recta por la ladera de la montaña, donde habían sido volados grandes peñascos para permitir su paso. En el espaciopuerto provisional, apenas acabado de construir, Harriman, en compañía de notables visitantes, estaba diciéndoles adiós a los pasajeros y tripulación de la Mayflower.

La multitud llegaba hasta el mismo raíl de la catapulta. No había necesidad de mantenerla alejada de la nave; los cohetes no entrarían en funcionamiento hasta que estuviera a bastante altura sobre el pico. Sólo la nave en sí estaba custodiada, la nave y los relucientes raíles.

Dixon y Strong, juntos para darse mutua compañía y apoyo, se apartaron hasta el borde del área acotada para los pasajeros y personalidades. Observaron a Harriman bromeando con los que se iban.

- Adiós, doctor. No le quite el ojo de encima, Janet. No le deje ir a buscar las sirenas lunares. - Lo vieron enfrascarse en una conversación privada con Coster, luego darle al joven una palmada en el hombro.

- Hace de tripas corazón, ¿eh? - susurró Dixon.

- Quizás hubiéramos debido dejarle ir - respondió Strong.

- ¿Eh? ¡Qué estupidez! Lo necesitamos aquí. De todos modos, tiene asegurado su lugar en la historia.

- A él no le importa la historia - respondió Strong seriamente -, lo único que quiere es ir a la Luna.

- Bueno, maldita sea... podrá ir a la Luna... tan pronto como termine su trabajo aquí. Después de todo, es su empresa. Él la creó.

- Lo sé.

Harriman se giró, los vio, y acudió a su encuentro. Callaron.

- No pongan esa cara - dijo jovialmente -. Todo va bien. Iré en el próximo viaje. Entonces las cosas ya marcharán por sí solas. Ya verán. - Se giró hacia la Mayflower -. Es hermosa, ¿verdad?

La puerta exterior fue cerrada; las luces de partida se iluminaron a todo lo largo de la pista y en la torre de control. Sonó una sirena.

Harriman dio un par de pasos hacia adelante.

- ¡Se va!

Hubo un grito de la multitud. La gran nave empezó a moverse lentamente, suavemente, a lo largo de los raíles, ganó velocidad, y empezó a ascender hasta salir disparada en dirección al distante pico. Era ya casi tan sólo una mancha cuando se curvó montaña arriba y saltó velozmente al cielo.

Pareció colgar allí una fracción de segundo, y entonces un penacho de luz estalló bajo su cola. Los cohetes se habían conectado. Luego fue una luz brillante en el cielo, una bola de fuego, y finalmente... nada. Había desaparecido, hacia arriba y hacia afuera, a su cita con los tanques.

La multitud había echado a correr hacia el lado oeste de la plataforma cuando la nave inició su ascensión por la montaña. Harriman se quedó donde estaba, y ni Dixon ni Strong siguieron a la multitud. Los tres se quedaron solos, Harriman más solo aún ya que no parecía darse cuenta de la proximidad de los otros dos. Estaba mirando el cielo.

Strong lo miraba a él. Entonces Strong le susurró muy bajo a Dixon:

- ¿Ha leído usted la Biblia?

- Un poco.

- Parece Moisés, cuando contempló por primera vez la Tierra Prometida.

Harriman apartó sus ojos del cielo y los vio.

- ¿Qué demonios están haciendo aquí? - dijo -. Vamonos... tenemos mucho que hacer.

FIN